PARAIRE ET RIMEY

LA PATRIA ESPAÑOLA

LIBRAIRIE ARMAND COLIN ○ PARIS

Prix net : 2 fr. 75

LA
PATRIA ESPAÑOLA

A LA MÊME LIBRAIRIE

Método de Lengua Castellana, según el Método Brunot y Bony, por MIGUEL DE TORO Y GÓMEZ :

Primer Libro. Un volume in-8 écu, 105 gravures, cartonné. **85** cent.
Segundo Libro. Un volume in-8 écu, 49 gravures, cartonné. **1** fr. »

El Vocabulario Castellano. conforme al método de I. CARRÉ, por GÓMEZ ARCA. Un volume in-16, cartonné . . . . . **60** cent.
LIBRO DEL MAESTRO. . . . . 1 fr. 25

Fábulas de Samaniego. Novísima edición ilustrada, anotada por MIGUEL DE TORO Y GÓMEZ. Un volume in-12, nombreuses gravures, cartonné. . . . **1** fr. **25**

Nuevo Diccionario francés-español y español-francés, por MIGUEL DE TORO Y GÓMEZ. Un volume in-18, 1204 pages, relié toile rouge. . . . . **6** fr.

Nuevo Diccionario enciclopédico ilustrado de la Lengua Castellana, por MIGUEL DE TORO Y GÓMEZ. Un volume in-18, 1050 pages, 55000 mots, 1400 articles encyclopédiques, 1100 gravures, 16 planches en couleur, relié toile rouge . . . . . **6** fr.

España y Portugal. Une carte murale en couleur (1m20 × 1m), de la *Collection Vidal-Lablache :*

Sur carton, double face . . . . . **7** fr.
Sur papier simili-japon (2 feuilles). . . . . **7** fr.

— Demander le Catalogue : *Publicaciones Españolas* —

١٣٥٥٤١

P.C
P.2225P

Mlle V. PARAIRE
Professeur au Collège de Jeunes Filles
et à l'École normale d'Institutrices
de Perpignan.

G. RIMEY
Professeur agrégé au Lycée
et à l'École normale d'Instituteurs
de Foix.

LA PATRIA ESPAÑOLA

EL PAÍS Y LOS HABITANTES
pintados
por escritores españoles modernos

Con 42 grabados y un mapa

133093
18/6/14

LIBRAIRIE ARMAND COLIN
Rue de Mézières, 5, PARIS

1913
Tous droits réservés.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

LA
PATRIA ESPAÑOLA

PRIMERA PARTE

ESPAÑA

MAPA POÉTICO DE ESPAÑA

Los que amamos y admiramos nuestro pintoresco país que tan varios aspectos presenta según que el viajero se dirija al Este ú Oeste, al Sur ó al Norte; los que en nuestro fanatismo poético lamentamos á veces que la actual civilización niveladora arrebate cada día algo de su peculiar carácter á los diferentes reinos, á las distintas razas, á las diversas regiones que constituyen la confederación llamada España; los que tememos á todas horas que el telégrafo y el ferrocarril, la prensa y la centralización administrativa y económica, el parlamentarismo y la empleomanía, la industria y el comercio, la moda dictatorial parisiense y el espíritu iconoclasta de nuestra época concluyan por realizar el grande progreso, el deseado milagro político de asimilar y fundir los heterogéneos componentes de nuestra nacionalidad, extirpando el provincialismo, identificando los intereses de todos los pueblos, borrando los dialectos, interrumpiendo las tradiciones y uniformando los trajes, las costumbres y las literaturas de tantas gentes todavía extrañas entre sí; nosotros, decimos, retrógrados en este punto á fuer de melancólicos poetas, excitamos á nuestros hermanos en Apolo á que recorran detenidamente las provincias de España y recolecten sus historias, sus vestidos, sus países, sus costumbres, sus melodías, sus usos y modismos; y los consignen en álbumes, en libros, en óperas, en lienzos, en fotografías y en grabados.

El tiempo urge : desbandémonos por la península en busca de sus risueños panoramas, de sus graciosos contrastes y renovados accidentes : pongamos el rumbo hacia esas maravillosas regiones, que son otros tantos manantiales de inspiración : — á Galicia, mansión de los bardos y de los pastores; á Asturias y Santander, asilo de audaces cazadores y patriarcado de la paz; á las provincias Vascongadas, emporio de nuestras clásicas costumbres, *palladium* de la virtud y del derecho; á Navarra y Aragón, asiento del valor y de la fuerza, á Cataluña, patria de la actividad y del trabajo; á Valencia y Murcia, albergue de la alegría y de la abundancia; á León y á las dos Castillas, plantel de caracteres antiguos y riñón de nuestra historia ; á Extremadura, feraz, adusta y romanceresca; á Andalucía en fin donde florecen Córdoba, la sultana de Sierra Morena, la ciudad opulenta y perezosa, cuna de ingenio y foco de arrebatadas pasiones; á Sevilla, la tierra de la hermosura y del entusiasmo, en la cual la imaginación no concibe sino la belleza y adopta por consiguiente las formas purísimas del arte; á Cádiz, góndola de dorados remos, tripulada por el lujo, la gracia y la galantería; á Almería y Málaga, que miran el africano continente del cual recuerdan los voluptuosos encantos; y por último á Granada, hija mimada de la naturaleza, Campo Elíseo de Europa, jardín de las Hespérides para los poetas, amparo del exaltado sentimiento; en que sólo se vive la vida de la fe, en la que el amor y la devoción se dividen el imperio de las almas, en la que se ama á un mismo tiempo á María, la purísima Virgen de los cielos, y á las Zoráidas y Zulemas, las arrogantes sultanas.

Recorramos, sí, esta nuestra tierra bendecida, en que Dios acumuló todos los encantos de la naturaleza; en que diez civilizaciones dejaron sus artes y monumentos, y cien razas confundidas depositaron las riquezas de su lengua, de su literatura y de sus hábitos.

Ofrécenos la Mancha los horizontes sin fin de los desiertos, mientras que los montes cántabros reproducen los pintorescos paisajes de la Suiza; tenemos la vegetación de América en los márgenes del Turia y del Segura, y en la costa que corre desde Almería hasta Málaga los bosques de

las palmeras de la Libia ondulan desde Alicante á Elche : el reino de Jaén hace olvidar los olivares de Grecia : las vegas de Carmona, de Granada, de Sevilla, de Ecija y de Guadix compiten con las llanuras de la alta Italia : Sierra Nevada levanta su encanecida frente á poco trecho de Sierra Morena, exuberante de calurosa vida : Zaragoza, con su imperial aspecto, es el centro de riquísimas comarcas : los bosques y las rocas descienden del Pirineo hasta el Ebro en pintorescas masas, y pacíficos ríos y espumosos torrentes esparcen sus aguas entre dos mares : todos los climas, todas las plantas, todos los paisajes; la montaña y la llanura, el hondo y verde valle, el melancólico erial, el pedregal fantástico y la enmarañada selva : todo lo encontraremos en nuestro suelo privilegiado.

Pues prestemos atento oído al tamboril y á la dulzaina de los músicos valencianos entregados á la febril algazara de sus *festetas ;* oid la suave flauta de caña de los vascos, ó la melancólica gaita de los gallegos, ó la alegre y animada *sardana* de los catalanes; escuchad la bandurria y el pandero de los aragoneses, que entonan su enérgica y animada *jota;* percibid entre los platillos y las castañuelas los cadenciosos acordes del *bolero*, al son de solitaria y balbuciente guitarra ; observad la apasionada *rondeña*, la patética *caña,* la gemebunda *playera,* esos cantos eternos é infinitos como la soledad del desierto de Sahara, en donde un beduino los entonó por primera vez á la caída de una tarde, bendiciendo á Dios ó pensando en su familia al sentir en su frente — abrasada por un largo día de sol — el primer soplo de aire fresco que sacaba de su mortal deliquio á la soñolienta caravana.

Escuchad, escuchad el *romance* lemosín, el *zorzico* de los celtas, el *romance* del ciego castellano, la *seguidilla* manchega, la *balada* del cántabro marino ó la *hiperbólica copla* andaluza, poemas todos que resumen ignoradas historias de pasiones ó de heroismo, penas misteriosas, dolores de tiempos ya pasados, calamidades, milagros, himnos de triunfo, fúnebres salmos ó alegrías y placeres de la juventud de nuestros difuntos abuelos... ¡Oh! qué mundo de ideas y de sentimientos y de acciones y de recuerdos desconocidos! ¡Qué mundo impalpable! ¡Qué mundo flo-

tante sobre el nuestro! ¡Qué ecos tan elocuentes de otras vidas, de otros tiempos, de otros lugares! ¡Cómo se renuevan al son de esos ecos populares el recuerdo y las cenizas de muertas generaciones!...

Pues bien : también veréis en nuestra España, que á la diversidad del paisaje, del canto y del idioma, responde una misma diversidad en los trajes y en los tipos : aquí admiraréis el atlético y hermoso guipuzcoano con su *ancha ropa* de pana y su elegante *boina;* allá el catalán con su *barretina;* en una parte el *majo* andaluz, garboso y derrochador; en otra el aragonés con su redoblada y vastísima *faja,* con sus *medias azules* y su *pañuelo* en la cabeza; ya el valenciano fornido, mal cubierto bajo los flotantes *zaragüelles,* ó el murciano con su *montera* de terciopelo; ya el atildado asturiano, ó el lujoso montañés con su severa *vestimenta;* de un lado el maragato, fiel á su traje del siglo XV, de otro el Castellano, siempre hidalgo en la compostura... Es decir, tantos trajes como provincias; lo céltico, lo romano, lo gótico, lo árabe, lo alemán y lo francés conservados al través de las edades : ¡ Diferentes civilizaciones representadas en su forma más auténtica!

Y si es en la hospitalaria arquitectura; si es en la Niobe de las artes; si es en el arte que sobrevive á todos los demás, en el que os agrada encontrar las huellas de nuestra historia, pasad el Guadarrama y recorred el ensangrentado suelo de Castilla : la ojiva gótica corrompiéndose ó purificándose os encaminará á Segovia, á Valladolid, á Burgos, á Avila, á Palencia, á León, á Salamanca; los castillos y las catedrales, los palacios y los sepulcros arruinados os hablarán de los Juanes y de los Enriquez : volved á Castilla la Nueva, y Toledo os contará la epopeya de los Alfonsos y el principio de la monarquía española bajo Isabel I. Veréis aparecer á Carlos V en el cesáreo alcázar greco romano, y estudiaréis la decadencia de la nación en cada piedra levantada por los monarcas que le sucedieron. El inmenso sarcófago llamado el Escorial encierra el cadáver de nuestra historia. Huid, volad á Aragón, á Cataluña y Valencia, en donde cada monumento acredita el esfuerzo popular y el heroismo real, venerandas instituciones ó memorables conquistas, derechos ó hechos en que se funda su grandeza;

y descended por último á Andalucía, sembrada de alcázares y mezquitas bordadas en piedra por los Árabes, y leeréis en letras de carmín y oro la maravillosa leyenda de los Abderramanes y Almanzores, la tragedia de Muza y de Boabdil, y el sangriento melodrama de Aben-Humeya.

El Evangelio y el Corán, Roma antigua y Roma moderna, el imperio y el papado, Austria y Felipe V, Napoleón el Grande y Aníbal, Viriato y Escipión, Gonzalo de Córdoba y el Cid; cien Ilíadas os saldrán al encuentro en cualquier lugar de la península en que fijéis la planta : aquí Sagunto, allí Zaragoza; Tarragona, heroica dos veces al través de veinticinco siglos; Numancia y Roncesvalles; Barcelona la de los Condes y Barcelona la que recibe á Colón; el Aragón que reina en Nápoles, y el Aragón de Lanuza; Roger de Flor en Oriente y Cortés y Pizarro en Occidente; Don Juan de Austria en Lepanto, Leiva en Pavía; Padilla en Villalar; el pueblo en Bailén; Cisneros en África; Felipe II en Flandes... y mil y mil recuerdos asaltarán vuestra imaginación por todas partes.

PEDRO A. DE ALARCÓN.

CASTILLA LA VIEJA

El suelo de esta región lo componen comarcas montañosas y altiplanicies de altitud superior á 800 metros. Debe su nombre á los numerosos castillos ó fortalezas que se levantaron allí para defender el terreno contra las irrupciones de los Árabes, y vino á ser el centro geográfico de Castilla é histórico de la *Nacionalidad española*. Así es que el nombre de Castilla se toma muchas veces para designar toda la nación española.

Burgos — La provincia de Burgos vió sus límites señalados en 1833, pero está constituída naturalmente casi por las dos cuencas del Ebro y del Duero. Las *sierras de Burgos*, derivadas de la Cordillera Cantábrica, siembran de asperezas el suelo de esta provincia : valles estrechos, montes pelados, angostos desfiladeros ; accidentes todos que explican hasta cierto punto la dificultad grande con que tropezaron los Invasores al querer apoderarse de esta comarca.

La provincia, en muchas partes despoblada de arbolado, mal cultivada por fuerza de la ignorancia de sus habitantes, puede ser el día de mañana un gran centro de producción, duplicándose las cosechas de trigo y vino en cantidad y calidad, cuando

sepan los Castellanos aprovechar cuantos medios les brinda la cienca agrícola para regenerar el suelo.

Burgos, cabeza de Castilla, con sus magníficos monumentos, sus arrabales frondosos, es una de las poblaciones más bellas de España. Tiene cierto aire de gravedad y tristeza, algún resabio de sus decantadas glorias; hay que verla desde su *Castillo* desmochado, al caer de una tarde de verano, cuando los arreboles inundan de luz las flechas de la catedral; parece la cuidad salir de las sombras de su pasado, y la Naturaleza misma, con sus esplendores, se complace en ofrecer al viajero la soberbia apoteosis de Burgos, capital ínclita de Castilla la Vieja.

Santander. — Es conocida esta provincia por el nombre de « la Montaña ». Sus habitantes « los Montañeses » sacan fortuna de pobreza, tienen espíritu ingenioso y mercantil; muchos suelen irse por los pueblos de Europa como barquilleros, otros se van á América; pero tan grande es su amor á « la tierruca » que no dejan nunca de volver á ella para gozar en el pueblo natal las rentas ahorradas en el extranjero. Muchos vuelven ricos y se los conoce con el mote de « Indios ». La capital, *Santander*, uno de los seguros puertos y fondeaderos que ofrece la costa del Cantábrico se ha transformado en gran almacén por lo mucho que se ha desarrollado la industria y por la importancia que tiene la minería en esta región. Sin embargo la pérdida de las colonias ha perjudicado la actividad y el movimiento del puerto.

Segovia. — El suelo de esta provincia es muy montuoso. A medida que se va hacia el Norte los cerros y el monte bajo suceden á las montañas y bosques; luego aparecen las hondonadas, las llanuras con las dehesas y sementeras; y en vez del arbolado, de la encina, del pino, del enebro, del tomillo y de la salvia se cubre el suelo de hortalizas, melones y sandías, guindos y cerezos, perales y manzanos. Antiguamente por esos collados se criaban famosas *merinas* cuya lana servía á fabricar las bayetas estampadas de Segovia. Esta capital se asienta sobre un peñasco que ofrece la forma de un navío. Entre sus monumentos más notables descuella el acueducto romano que lleva á la ciudad las aguas del Riofrío. Las obras dan principio á 16 kilómetros de Segovia en los manantiales de la sierra de Fuenfría y el agua es conducida por un canal de mampostería hasta el depósito donde empiezan los arcos en número de 170, en dos filas superpuestas sobre

814 metros de longitud. Las piedras están unidas sin argamasa.

Entre los pueblos de la provincia merece ser citado San Ildefonso ó la *Granja*, sitio real con soberbios jardines, artísticas fuentes de caprichosos juegos de aguas. Fué residencia de Felipe V.

Ávila. — La parte más hermosa de esta comarca es el delicioso valle de Tiétar en las faldas de la Sierra de Gredos. Allí se encuentran casi todas las zonas de cultivo que existen en España : crecen la vid y el olivo, igual que el almendro, el naranjo y el granado. No hay de extrañar por consiguiente que el pueblo de *Cebreros* tenga fama merecida por la rica uva de albillo de su abundante viñedo.

¡ Desgraciadamente no es una sola vega toda la provincia ! La región del Norte es seca, llana, arenosa como la gran planicie castellana ; y la ciudad de Ávila, cuyo casco descansa en macizos de granito, no fué llamada sin motivo « *tierra de santos y de cantos* ».

Soria. — Enormes murallones bordean la provincia de Soria, dejando abierto sólo un boquete por donde sale el Duero á la meseta castellana. Por este boquete entra poca cultura y los habitantes tienen tan especial ignorancia como particular honradez.

La riqueza de Soria es forestal, pero sus pinares, tan hermosos antiguamente, no son ya ni la sombra de lo que eran, por las continuas talas que se hacen en los montes. En la provincia de Soria es donde se debe generalizar la llamada « fiesta del Árbol » para que la ganadería y la arboricultura no desaparezcan de ella dejando la ruina donde antes imperaba la riqueza.

Cerca de la ciudad de Soria están las ruinas de la célebre Numancia que tan valerosamente resistió el asedio de los Romanos dirigidos por Escipión el Africano.

Logroño. — Casi toda la provincia es un inmenso viñedo ; el Ebro que la riega hizo de ella una feracísima comarca, una hermosa huerta, denominada « *la Rioja* » cuyos productos compiten en los mercados con los de Murcia y Valencia. Los Riojanos han sabido explotar esta tierra tan fértil, acudiendo á los modernos procedimientos de cultivo y fundando grandes bodegas para elaborar el vino con sumo esmero. « El vino alegra » dicen, por eso los Riojanos se parecen más á los Navar-

ros y Aragoneses que á los tristes Castellanos. Son amigos de rondallas y jotas, asiduos en el trabajo y muy emprendedores. Así es que por el talento de los habitantes como por las condiciones geográficas del terreno, la provincia es una de las regiones privilegiadas de la Península; y su capital, *Logroño*, población industrial, especializada en la fabricación de conservas de frutas y legumbres, es ciudad de gran porvenir.

Las Tierras llanas.

Vuela el tren atravesando la monótona llanura
Cuyo suelo resquebraja la aridez canicular,
Donde no hay ni un hilo de agua ni una mata de verdura
Pero que ábrese á los ojos infinita como el mar.

Como el mar este paisaje por los surcos ondulado
Que sin términos ni orillas se dilata en derredor.
Es un mar en inmutable rigidez paralizado,
En el cual no se percibe movimiento ni rumor.

Aquí quizá más imponente porque en calma inexpresiva
Ni sonríe ni amenaza, siempre inmóvil, siempre igual,
Es también el libre espacio, la insondable perspectiva
Que fascina y anonada, tentadora y virginal.

Aquí, igual que ante la inmensa plenitud del Océano,
El espíritu del hombre retrocede sin querer.
Y su vista no se atreve, confundido por lo arcano
De la esfinge aterradora la mirada á sostener.

Es la misma soberana, desdeñosa indiferencia
Que parece repetirnos en la vasta soledad:
« ¿Qué sé yo de vuestra nada? ¿qué hace vuestra presencia?
Soy lo eterno y permanezco; sois lo efímero, pasad. »

¡Cuán solemne la tristeza reposada y majestuosa
De estos campos, que contemplan cara á cara el cielo azul,
Donde en medio de una viva transparencia luminosa
Flota sólo en la distancia la calina como un tul!

Tierras, tierras y más tierras sin relieves ni accidentes;
Un tapiz desenrollado, sin cesar, á nuestros pies,
Una tela ajedrezada de cien tonos diferentes,
Desde el verde de las cepas hasta el áureo de la mies.

Sólo, á veces, de unos olmos medio oculta entre el ramaje
Se ve el agua de un arroyo mansamente resbalar;
Y ¡qué intensa poesía cobra en medio del paisaje,
Que su vida allí parece toda entera concentrar!

Otra vez es un sendero, que aseméjase al rasguño
Con que un dedo de gigante desgarra aquel tapiz,
El que cruza la rugosa superficie del terruño,
Dividiéndola á lo largo como roja cicatriz.

Unos de otros muy distantes, y apiñados siempre en torno
Del escueto campanario que remata humilde cruz,
Pasan pardos pueblecillos cuyo mísero contorno
Se recorta en línea oscura sobre un fondo todo luz;

Y detrás de aquellos muros la existencia se adivina
Del labriego castellano, grave, sobria y regular;
Del trabajo al aire libre la epopeya campesina,
La velada silenciosa junto al fuego del hogar.

Calma en todo, que no turban sino el grillo soterrado
Tras el seto, en cuyas ramas se guarece el caracol,
O algún grupo de maricas que se cierne, desbandado,
Sobre la ancha carretera, donde á plomo cae el sol.

. . . . . .

Una voz. Allá en las eras, dando vueltas en el trillo
Que abandona de las mulas al impulso maquinal,
Una moza entona un aire de monótono estribillo,
Un canto áspero, arrastrado, soñoliento y gutural.

Aquel canto es la llanura con su austera poesía,
Es el eco de la estepa resonando en su confín;
Sus compases tienen, lentos, la uniforme simetría
De los surcos, que los escriben en pentágrama sin fin.

No es su rígida cadencia la que en árabe guitarra
Sensual gime con acentos de indolente languidez
En la siesta voluptuosa, bajo el toldo de la parra
Que de un patio granadino presta sombra al ajimez.

No es la música mimosa con arrullos de caricia
Que en las tardes apacibles melancólicos oís,
Por las húmedas laderas de los valles de Galicia
Y al chirrido quejumbroso de algún carro del país;

Ni la heroica alegría tan robusta y generosa
Que Aragón presta á los tonos de su canto popular,
Explosión de sentimientos en que indómita rebosa
La fiereza originaria de la sangre almogavar.

Es todo esto confundido, que á los términos distantes
Se dilata sin que un eco lo devuelva en su extensión;
Es un trémolo de notas aceradas y vibrantes
Como el alma de Castilla, que está toda en aquel són.

¡ Oh Castilla, tierra madre ! ¿ Quién no siente la hermosura
De esas vírgenes montañas que no ha hollado humano pie;
Que hasta el cielo se escalonan en disforme arquitectura,
Y en redor de cuyas cumbres sólo al águila se ve?

¿ Quién no admira, estremecido por un vértigo sublime,
Desde el borde pedregoso de un picacho desigual,
De qué modo hacia el abismo, con fragor que el pecho oprime,
Precipitase el torrente por el agrio peñascal?

Sí, grandioso es el ceñudo panorama de los montes;
Mas á todo yo prefiero tu solemne placidez,
Tus serenas perspectivas, tus abiertos horizontes,
Donde abarcan las miradas el espacio de una vez.

En las cimas Dios se vela tras la roca ó tras la nube;
Aquí le hablo sin que nada se interponga entre los dos;
En las ásperas montañas hasta Dios el hombre sube;
Solamente en las llanuras hasta el hombre baja Dios.

EMILIO FERRARI.

La construcción castellana.

En los pueblos de Castilla, abundan los castillos; los palacios señoriales, ni siquiera las casas solariegas, apenas existen. Y claro es, que nos referimos en uno y otro caso á las ruinas ó despojos de otros tiempos.

La montaña es tierra señorial. El pueblo más insignificante revela allí al punto su constitución aristocrática, mostrando una ó dos casas por lo menos, cuya fábrica, relativamente suntuosa, á veces monumental y heráldica, pregona al lado del restante humilde caserío la superioridad histórica de las familias que la habitan. Los *casones* santanderinos, los *casariegos* astures, los gallegos *pazos*, jamás faltan en el castro montañés, albergues de fidalgos linajudos, ora con las arcas llenas y doradas por dentro las gabetas, ora con los arratonados pergaminos por caudal único y hacienda.

La llanura todo lo posee llano y á igual nivel : tierras y hombres. País por naturaleza democrático. El suelo no tiene ni consiente elevaciones entre los próximos; la formación histórica ha corroborado la del suelo.

Cuantas razas llegaron á esta escueta planicie sufrieron igual democratización. El régimen feudal parece aquí imposible, y la construcción social y la geológica adoptan la propia arquitectura : series perfectamente horizontales de

capas superpuestas, estratos sucesivos á idéntico nivel, el rasero de la planicie allanándolo todo. Ni rocas empinadas, formando montañas, ni privilegiadas familias constituyendo aristocracias. La ley geológica mezcló los materiales y extendió la igualación de todos los terrenos; el fuero no fué aquí para tal ó cual linaje, sino para el común, para la colectividad entera. ¿Se comprende nada más compacto? ¡Cómo extrañar que esta Vieja Castilla haya resultado tronco firmísimo de la Península y cimiento indestructible de la patria!

Tan fuertes moldes igualitarios han impreso también carácter en el aspecto exterior de los pueblos castellanos con rasgos como los al principio apuntados. En ellos, con raras excepciones correspondientes á un pasado de grandezas históricas hoy totalmente desvanecidas, jamás aparecen la casona ni el pazo : todas sus casas corresponden á una idéntica y vulgar categoría de burguesía rural. La fábrica de piedra no existe; la construcción monumental de ladrillo, tampoco; el trazo y la ornamentación arquitectónicos sólo se ven, como en Grecia, consagrados á Dios en los templos, jamás al hombre en las habitaciones; la heráldica no ha tenido que tallar blasones ni escudos sobre la morada de familia alguna.

Pero si el sello nobiliario no, las diferencias económicas, sí resultan, como no puede menos, impresas en el caserío rural de los pueblos campesinos. En ellos no existen linajes; pero existen pudientes. La igualación de las sangres no ha alcanzado á la igualación de las fortunas. Lo que hay es que las casas de los labradores, no linajudos, sino ricos, sólo se diferencian, antiguas ó modernas, de las otras más bien por la masa que por la arquitectura. Mientras las comunes son medianas ó chicas y están construídas de adobes ó tapiales, ellas son grandes y enseñan muros de ladrillo : las antiguas, muy semejantes en sus formas exteriores al tipo rural ordinario : las modernas, con pronunciado estilo de construcción urbana. Estas últimas provienen — ¡extrañas involuciones de los grandes fenómenos histórico-sociales! — de la guerra de Crimea, y su origen es contemporáneo del famoso adagio triguero : « agua y sol y guerra en Sebastopol. » Antes del año cincuenta ni se sospechaba siquiera

en los viejos Campos góticos el tipo aún en sus formas más vulgares y modestas, de la casa modernista... y puede asegurarse que tampoco en sus ciudades.

RICARDO MACÍAS PICAVEA.
(*La tierra de Campos.*)

La Fiesta del Corpus en Burgos.

En Burgos ha tenido siempre bellísimo carácter la fiesta del Corpus.

Desde el jueves anterior al Corpus, todos los días, muy de mañanita sale á la calle y empieza á sonar la gaita de los danzantes con el tamboril indispensable en las populares funciones.

Muy vestidos de domingo el tamborilero y los gaiteros, llevando como distintivo en el negro y amplio sombrero gacho una cinta de seda roja con fleco de oro en los extremos, y guiados por un criado de la ciudad, rinden por la mañana el homenaje de su saludo á todo el Ayuntamiento, para lo cual ejecutan un par de piececitas á la puerta de la casa de cada regidor, entre un buen corro de chicos y con el concurso de la portera, alguna criada y dos ó tres aldeanos de los que acuden á la ciudad para vender aves, huevos, frutas ó cucharas de palo. Por la tarde, y con el fin de dedicar el anuncio y el obsequio directamente al pueblo y alegrar á las gentes, recorren, tocando, las calles principales de la población, seguidos de una escolta variadísima de muchachos, que van bailoteando con algazara propia de su edad envidiable.

Durante tales ocho días, casi á todas horas se está oyendo esos sonidos chillones, agudos, penetrantes, agridulces de la dulzaina de Castilla; casi á todas horas se está oyendo esas sonatas peculiares, distintivas, inconfundibles, de la gaita de los danzantes; sonidos y sonatas que son para Burgos una promesa de futuras alegrías, un recuerdo de familia, una prueba de identidad de la población, un

testimonio de que no hemos derrochado del todo la herencia de nuestros antepasados.

En la víspera del Corpus, en aquel miércoles tan ansiado, salen á la calle los danzantes y los gigantones, dos cosas tan tradicionales, tan significativas, dos cosas con que la

Serranos de la Provincia de Burgos.

ciudad contribuye á la grandeza esplendorosa de la fiesta.

Tienen los gigantones grandor desmesurado; yerguen unas cabezas enormes; llevan lujosos vestidos de rico damasco, y representan, con caracteres bien estudiados y bien entendidos de país y de época, potestades de las principales partes del mundo.

Con los gigantones salen y han salido siempre las gigan-

tillas; antes dos figuras, varón y hembra, grotescas, ridículas, chocarreras, vestidas con telas de dibujos chocantes, de colores chillones y de formas extrafalarias y adornadas con exagerados accesorios de las modas del año; ahora lindísima pareja de serranos, en caricatura sumamente graciosa é inofensiva, llenos de verdad y de sal cómica, ataviados con propiedad admirable, risueño y como embobado el hombre, satisfechota y picaresca la mujer, y los dos, por efecto acaso del cambio de los tiempos, sin la significación de las antiguas gigantillas.

El sombrero de velludo, enorme rueda vista desde cualquier altura, la capa parda, cumplidita y de tiesísimo cuello, y la vara de fresno que lleva el hombre, hacen creer al vulgo que el tal hombre es el alcalde de uno de los pueblos de la sierra de Burgos. La mujer tiene que ser la alcadesa. En ella todos los detalles rebosan gracia; la verruga junto á la nariz, el peinado, el pañuelo al cuello, y sobre todo aquella risita tan felizmente copiada, y más aún, aquel meneito de caderas al andar en que su conductor demuestra un perfecto conocimiento de los pasos en que andan ó mejor dicho, con que andan las mujeres, entusiasman al público.

Antiguamente la gente se agrupaba alrededor de ellos cuando se ponían á bailar ante las casas de los regidores, diciendo todo el mundo en coro y con acompañamiento de palmadas:

Los gigantones, madre,
el día del Señor,
como están tan cansados,
hacen el arrimón,
Alajú, Alajú, gigantones,
Menead con sal los talones,
Y á compás, con gracia y contento,
A salud del Ayuntamiento.

ANSELMO SALVÁ.
(*El día del Señor en Burgos.*)

La Montaraz Castellana.

Hermosa sin los amaños
de enfermizas vanidades,
tiene unos ojos castaños
con un mirar sin engaños
que infunde tranquilidades.
Sencilla para pensar,
prudente para sentir,
recatada para amar,
discreta para callar
y honesta para decir.
Robusta como una encina,
casera cual golondrina
que en casa canta la paz,
algo arisca y montesina
como paloma torcaz.
Agria como una manzana,
roja como una cereza,
fresca como una fontana,
tiene efluvios de alma sana
y olor de Naturaleza.

J. Gabriel y Galán.

San Vicente de la Barquera.

Las marismas de la Rabia son tristes, solitarias, más solitarias y tristes á causa de su extensión. En las orillas bajas no hay pueblos, ni caseríos, ni bosques, ni los verdes collados que tanto abundan en este país. Las árgomas, un linaje de hierbas espinosas que se adornan de florecillas menudas, parecidas á las de la retama, invaden todo el suelo. Lo que de éste queda libre se lo toman para sí los

helechos, que extienden su dominio absoluto allí donde no entran jamás arado, ni dalle, ni azada. En la Rabia debieran existir hermosos y espesos pinares; pero no hay nada más que charcos salobres y cien mil islas bajas, formadas por intrincado dédalo de canales, que unos á otros se quitan ó se dan el agua, según sube ó baja la marea.

Únese luego el camino á la carretera de Torrelavega á Oviedo, y poco después, vencidos los cerros que dominan la ría, se distingue el incomparable panorama de San Vicente. La inmensa anchura del valle á cuyo extremo se alza esta villa, la proximidad del mar, la gallarda situación del caserío entre dos puentes, las lejanas y altísimas montañas que forman un fondo majestuoso y parecen agrandar aún más el paisaje, hacen de esta perspectiva una de las más admirables y sintéticas que pueden ofrecerse á la vista del viajero Allí todo es inmenso : tierra, cielo, montes, praderas, río, mar, marismas. Hasta el mismo pueblo de San Vicente parece un pueblo de primer orden á causa de la maravillosa fantasmagoría que produce su situación al pie del cerro, en cuya cima está la iglesia; reflejando en el agua dormida sus casas pintorescas, alargando á una y otra ribera sus dos puentes como brazos con que se sostiene en los montes para poder zambullirse mejor en el agua. Tan bello es esto, que verdaderamente da pena el ver que á continuación de la perspectiva de San Vicente, venga San Vicente mismo, cuando lo mejor sería que después de ofrecerse en imagen lejana y fascinadora á los ojos del atónito pasajero, desapareciese y se ocultara allá entre hierbas de la mar, ó que se desvaneciera como las figuras del humo en los aires.

Pasando el gran puente del siglo VI, de treinta y dos arcos, sentimos verdadero estupor al ver que no se entra por allí á un pueblo como Glasgow, Hamburgo ó Nueva York. No se comprende que aquella gran ribera haya sido criada por Dios para sustentar al pobre San Vicente, y que las inmensas marismas que quedan atrás no sustenten miles de calles y plazas donde hierva gentío afanoso; no se comprende que esté tan cerca un mar sin barcos y un abra sin puerto, y un río sin fondo ni muelles, y que toda aquella singular belleza y amplitud sean tan solo un gran charco de

lodo salobre donde mojan sus cimientos algunas casas añosas, tristes y negras, como los pensamientos del desesperado.

D. Benito Pérez Galdós.

De Reinosa á Tablanca en la « Montaña ».

Era mucha la tierra que había que pisar por aquel lado. ¡Pero qué tierra, divino Dios! A mi izquierda, y en primer término, dos altísimos conos unidos por sus bases, de Norte á Sur, como dos gemelos de una estirpe de gigantes; enfrente de ellos, á mi derecha, las cumbres de Palombera dominadas por el *Cuerno* de Peña Sagra que extendía sus lomos colosales hacia el Oeste; y allá en el fondo, pero muy lejos, cerrando el espacio abierto entre Peña Sagra y los dos conos, las enormes Peñas de Europa, coronadas ya de nieve, surgiendo desde las orillas del Cantábrico y elevándose majestuosas entre blanquecinas veladuras de gasa transparente, hasta tocar las espesas nubes del cielo con su ondulante y gallarda crestería. Por el lado en que me encontraba yo, descendía la sierra blandamente hasta la base del primer cono, de la cual arrancaba hacia la derecha un cerro de acceso fácil que resultaría montaña desde el fondo de la barranca en que terminaba bruscamente. Lo que había entre la loma de este cerro y el espacio limitado por las Peñas de Europa no era posible descubrirlo, porque lo bajo quedaba oculto por el cerro, y lo alto me lo tapaba una neblina que andaba cerniéndose en jirones, de quebrada en quebrada y de boquete en boquete. Sin aquel obstáculo pertinaz, hubiera visto, al decir del espolique, maravillas de pueblos y comarcas, y hasta el mar por el boquete de Peña Sagra. Hacía más imponente el cuadro el contraste de la luz del sol iluminando gran parte de los altísimos peñascos más próximos y reluciendo á lo lejos sobre las veladuras de los Picos, con la tétrica penumbra

del fondo de aquel brocal enorme cuyo lado más bajo me servía á mi de observatorio.

Ni entonces supe ni sabré jamás definir las complejas impresiones que me produjo la súbita aparición de aquel espectáculo ante mis ojos, en cuyas retinas conservaba todavía estampada la imagen del risueño valle de los tres Campóes. Lo que recuerdo bien es que, sin apartar la vista del cuadro que tenía al alcance de ella, me fuí con el pensamiento al otro, y me abismé en la contemplación del contraste que formaban los dos.

« Allá — me decía — la llanura abierta, los campos amenos, el sol radiante, los frutos, las flores, la égloga, el idilio de la vida; aquí la bravura salvaje, la lobreguez de los abismos, el silencio mortal de los páramos, la inclemencia de la soledad; allí el hombre, rey y señor de la tierra fértil; aquí, siervo infeliz, sabandija miserable de sus riscos escarpados y de sus moles infecundas. » Y me sentí invadido de una profunda tristeza...

... Hecho el descenso de aquella parte del brocal muy fácilmente, no tardamos en subir la ladera del cerro que seguía á la primera hondonada.

Arrastrábame hacia allí la fuerza misteriosa de una curiosidad que tenía mucho de la atracción de los abismos.

Llegó Chisco á la loma antes que yo, según costumbre, y aguardóme en ella con el brazo extendido ya, como la otra vez, para mostrarme lo que desde allí se veía...

... ¡ Y por Dios crucificado que no era poco! El pozo de antes se ahondaba por aquel lado mucho más, y su suelo, ondulante y caprichoso, se perdía en todas direcciones entre espesas neblinas sobre las cuales alzaban sus cabezas de granito las montañas del brocal.

Toda aquella interminable superficie parecía un mar de leva cuajado de repente; un mar hasta con sus islotes y escollos; unos monolitos muy grandes que se destacaban escuetos y descarnados, sobre la aridez del suelo entre matojos de escobinos, de árnica ó de regaliz. Abundaban los manchones verdes de las breñas de jugosos pastos, y no era ingrato á la vista el color de otros detalles; pero ¡lo demás!... Aquellos cantos pelados, tan grandes, tan secos, tan esparcidos en todas direcciones; aquella

inmensa extensión calva, monda, rapada y desnuda de todo follaje; aquellas nieblas tenaces cerrando todas las salidas y surgiendo de todas las hoyadas; aquellos riscos inaccesibles y fantásticos elevándose sobre todo y por todos lados; aquel cierzo continuo y gemebundo que parecía el espíritu funerario de las grandes necrópolis, llevando consigo los jirones de la niebla como si fueran sudarios arrancados de las tumbas en los senos entenebrecidos de las barrancas; aquellos buitres que me señalaba Chisco, revolando en las alturas; aquel cielo que iba encapotándose poco á poco... todo ello, que era lo más, visto á través de las lentes pesimistas de mis ojos, se imponía al resto, que era relativamente, muy escaso, y me presentaba toda la superficie del Puerto bajo un aspecto feroz y repulsivo. Yo no veía más que una llanura infinita, plagada de costras y tumores; y los monolitos solitarios y dispersos, se me antojaban erupciones de verrugas asquerosas sobre una inmensa piel de leproso.

Contemplando desde la sierra lo que se veía del panorama del Puerto, habíame comparado yo, por la fuerza del contraste, con un mísero gusanejo; pero al hallarme en el observatorio de más adentro; qué cambio tan radical y tan súbito de ideas, y cuán extrañas las impresiones recibidas!... Creo que fué de espanto, de frío y de arrepentimiento la primera, y estoy seguro de que fué de melancolía la segunda, como lo estoy también de que la siguiente me infundió la sensación de lo que tenía á la vista, de tal modo y con tal intensidad y fuerza, que hubiera jurado yo que circulaban por mis venas líquidos pedernales, y era mi cuerpo una estatua de granito coronada con manojos de loberas y acebuches.

J. M. DE PEREDA.

(*Peñas arriba.*)

La villa arcaica.

En la paz de la mañana
llena de melancolía,
puebla el aire la campana
de la vetusta abadía.
Voz cristiana
del tiempo dominadora,
parece que gime y llora
sobre los altos pilares
de los arcos carcomidos
y en los mármoles floridos
de los góticos altares.
Los timidos resplandores
del viejo sol otoñal
dejan pálidos colores
en los tristes corredores
de la villa señorial;
mansa luz que besa y dora
los tejidos de la yedra
trepadora,
primoroso entrelazado
de las páginas de piedra
de este libro del pasado.
¡Oh magníficos solares
que entre mirtos seculares
asomáis vuestros escudos,
rancias castas de hidalguía,
bizarría
de guerreros linajudos!
¡Oh emblemas caballerescos
de hijo-dalgos y señores
principales!
¡Oh sillones plateresccos
con divisas de priores
y leyendas imperiales!
Vieja villa señorial,
duerme y reposa olvidada
bajo la luz tamizada
del viejo sol otoñal.

Rancia villa de señores,
de caudillos vencedores
y de abades,
en tus calles solitarias
vibran voces centenarias
de las pasadas edades.
Vivió en tí la heroica raza
gallarda y dominadora
de los Andes,
hombres de guerrera traza
vencedora
que llevó Farnesio á Flandes.
Bravas águilas guerreras
cuyas alas altaneras
se posaron victoriosas
en las trágicas batallas,
sobre escarpas peligrosas
de fatídicas murallas.
En tus viejos caserones
coronados de blasones
se alistaron
los audaces campeones
que sus ínclitos pendones
por Italia pasearon.
Y en tus calles silenciosas
y encharcadas,
aún se escuchan las pisadas
resonantes y orgullosas
de los bravos caballeros
que dejaban sus solares

para lucir altaneros
los bigotes militares.
Sobre los pardos leones
del roto escudo triunfal,
cifra de los campeones,
abre su pompa un rosal.

Y el rosal que la encadena
cuidadoso y señoril,
compañero de su pena,
acaricia la azucena
de sus manos de marfil.
Señora sin caballero,

Los cubos de Ávila.

Y en el balcón florecido
tiene su templo y su nido
la doncella castellana
que da al sol de la mañana
su rostro empalidecido.
Entre las flores se asoma
silenciosa y pensativa,
sensitiva
con blancura de paloma.

castellana sin juglar,
sin dueña ni ballestero,
no la defiende un acero
ni la acaricia un cantar.
Tejiendo sueños gentiles
se va arrugando su frente,
mientras mira en occidente
el sol de sus quince abriles.
De sus ensueños señora,

mira en la torre almenada
el espejo de la luna
brilladora,
y aún espera enamorada
lances de amor y fortuna.
¡ Triste flor,
que en el balcón blasonado
espera al duce enviado
del amor!

Vieja villa de señores,
ya no hay lances, ni torneos,
ni caudillos vencedores,
ni amorosos galanteos,
ni prelados retadores.
Tu pasado
yace obscuro y olvidado
sobre los altos pilares
de los arcos carcomidos
y en los mármoles floridos
de los góticos altares.
Vieja villa señorial,
duerme y reposa olvidada
bajo la luz tamizada
del viejo sol otoñal.

José Montero.

(De *Nuevo Mundo*, Revista ilustrada.)

En Segovia.

Ni el tintinear de un tranvía, ni el silbato de una fábrica, ni el humo de una chimenea... La trepidación, la balumba, el atareado rumor de la vida moderna no han pasado por aquí. Escalonada en su áspera roca, dominando los campos amarillentos, donde sin el obstáculo de los árboles, destacándose sobre los perfiles ondulantes y precisos, se advierten, como en los frescos de Puvis de Chavannes, las augustas y patriarcales siluetas del hombre que siembra ó del hombre que pasa con el arado á través de la tranquilidad de la tierra y de la serenidad del ambiente ; Segovia, la ibérica, la romana, la medioeval, se yergue bajo la diáfana y luminosa pompa del día.

En los dos puntos culminantes de la roca — la una en medio, el otro en la saliente, sobre el barranco, — la Catedral y el Alcázar elevan sus moles feudales y pensativas.

Allá abajo, en la plaza del Azoguejo, el acueducto romano se levanta á su mayor altura y en su máxima majestad.

Estos arcos, que sufrieron del reinado de oro de Augusto, que soportaron el embate de los moros en el siglo XI, que se salvaron de la desoladora furia francesa en la época actual, intactos aún, soberbios y graciosos á la vez, enmarcan con sus piedras grises el impoluto azul del cielo. Una telaraña de callejas se entrecruza, se anuda y serpentea entre la Catedral y el Alcázar y casi en cada calleja se alza un palacio en ruinas, el señorío imponente de una torre, la mole de un templo románico, la ultrajada reliquia de un pórtico. A insignificantes distancias va uno encontrando « La casa de los picos », raro palacio, cuya fachada está hecha de piedras talladas en facetas ; la plaza de San Martín con la casa de Juan Bravo, el comunero—encantadora vejestoria,—en cuya severidad pone sonrisas de arte una logia del Renacimiento, allá en el piso superior ; la torre, torva y poderosa que flanquea la casa del marqués de Lozoya ; la iglesia romana de San Martín ; el torreón de los Arias Dávilas ; la antigua sinagoga del Corpus Christi ; la iglesia gótica de San Miguel ; el maravilloso patio de la casa del marqués del Arco... Una legión de monumentos y de recuerdos.

Todo el mundo va á Toledo ; poca gente extranjera viene á Segovia. Para Toledo hay trenes dominicales excepcionalmente baratos y cómodos. A Segovia se llega con más trabajo ; el tren se arrastra al pie del Guadarrama bruñido por la nieve, y los pies de los viajeros en invierno se congelan sin misericordia. Pero cómo nos compensan de la excursión el paisaje montañés y la ciudad inviolada.

En Toledo todo está catalogado y profanado por la planta burguesa del turismo ; en Segovia todo es inédito. Las guías han olvidado muchas cosas.

En Toledo asalta al viajero con una tenacidad odiosa una legión de cicerones. En Segovia le dejan á uno vagar á su talante por las laberínticas callejuelas, por las hermosas plazoletas.

Pregunto por el Alcázar, y muchas manos, con movimiento familiar y cordial, se apresuran á indicarme el rumbo. Titubeo en las callejuelas y un chiquillo se me acerca y me propone acompañarme.

Lleva muy dignamente su vestido de pana negra, marcha con resolución, sabe tres gramos de historia y me cuenta

cómo se cayó desde el más hermoso balcón del Alcázar, que distinguimos ya perfectamente y que se abre sobre el gran hueco de un abismo verde, en cuyo fondo serpea el Clamores, un arroyo límpido; cómo se cayó, digo, de los brazos de su nodriza el infante D. Pedro, hijo de D. Enrique II.

Se celebraba un torneo en una explanada allá en el valle. La nodriza curiosa, con el real infante en el brazo, seguía todos los incidentes de la lucha. ¡De pronto uno de los rápidos episodios de ésta la sobresaltó. (Aunque nodriza, tenía acaso sus predilecciones, admiraba quizás á uno de los caballeros, y este caballero admirado caía tal vez en aquel instante del caballo, golpeado en pleno peto por la lanza contraria...). El caso es que fué grande el sobresalto, que los brazos de la nodriza se abrieron y que el niño cayó á la profunda sima. Imagináos la escena de confusión y de angustia, los gritos de las damas que en el balcón estaban, la consternación de la nodriza... «El hijo del rey. ¡Se le había escapado de los brazos el hijo del rey!» Allá abajo yacía un informe y sanguinolento montoncito de carne...

¡Qué sería de ella un momento después cuando el monarca lo supiera! La infeliz nodriza no vaciló: inclinóse hacia el abismo y echóse á la hondura en pos del augusto mamón que yacía en el fondo.

Una cruz en el balcón señala el lugar de la tragedia, y en un rincón de la catedral, en la capilla de Santa Catalina, entre una porción de trebejos de sacristía, en una densa penumbra, se eleva el mausoleo del infante, sobre el cual duerme una descalabrada y primitiva estatua de mármol.

...Y esto pasó hace muchas centurias en el siglo XIV, en el año de gracia de 1366... ¿Qué no fué así? Pues así debió ser pese á esos séres dañinos, irritables, agresivos, que usan gafas, que se llaman eruditos, que serían capaces de desplumar á un celaje y de envenenar toda la alegría del mundo en nombre de ese concepto infantil de la verdad histórica, como si después de todo hubiese historia... como si la historia debiese ser una lista de hechos nimios y no la amplia pintura de la vida de los pueblos.

Mi pequeño guía me cuenta además que él es monaguillo de la catedral—á donde habrá de dirigirse en breve, porque

va á empezar el coro;—que no canta del todo mal, que en la escuela es de los más aprovechados y que con «lo que gana» le ayuda á su madre.

El Alcázar de Segovia.

Yo lo despido amablemente, con algunos reales, y él, después de un «vaya usted con Dios» tan castellano y tan bello, me deja á la puerta del Alcázar y se aleja, siempre digno, hacia la catedral, donde en breve, vestido de rojo, cantará enfrente de un gran facistol...

Desde la azotea el espectáculo de la ciudad, del valle y de las sierras encaperuzadas de nieve, es ideal. Aquí, al pie de las robustas torres, en las frescas tardes de estío venían á solazarse las antiguas infantas con las canciones de los troveros, los pitos de los ministriles y las bufonadas de los locos de caperuza puntiaguda.

Toda la avasalladora y noble poesía de otros tiempos me ase y aprieta el alma.

Cierro los ojos y contemplo á Segovia dormida bajo el velo de plata de la luna y al soberbio castillo iluminado y lleno de rumores de fiesta... Pasan los sayos de terciopelo acuchillado de raso; pasan los tabardos; se yerguen las tocas con joyeles... suspiran los laúdes de los donceles poetas...

Profundamente melancólico me alejo al fin con las viejas coplas de Jorge Manrique entre los labios, con esas viejas coplas que conservan aún todo el suave perfume de cinco siglos:

¿... Qué se fizo el Rey don Juan?
Los infantes de Aragón,
¿... qué se ficieron?
¿Qué fué de tanto galán,
qué fué de tanta invención
como trujeron?...

Y recitándolas me pierdo en las callejas de Segovia, arropadas ya por el misterio de la noche y besadas por la piedad de la luna...

AMADO NERVO.

(*Los lunes del Imparcial.*)

Una boda en la Rioja.

Celebráronse las bodas con grande regocijo en casa de Pelayo. Sirvióse la comida en el aposento mayor de la casa, bien estrecho para tanta gente. Una larga mesa con manteles blanquísimos y almidonados, como vestimenta de altar, sufría el peso de las ricas viandas que aderezaron con generosa largueza en las cocinas de la torre.

Lo primero que se ofrecía á la vista, sobre los blancos manteles, era una cazuela formidable de chanfaina, con escolta nutrida de otras cazuelas de diversos guisos bien olientes, carnes de oveja, cordero, buey, aves y caza de distintos géneros. Un escuadrón de opulentos zaques de vino aseguraba el triunfo de aquel numeroso ejército de ollas sabrosas. Había también cestos henchidos de hogazas tiernas y enormes fuentes de quesos, natillas, requesones y arroz con leche. Los bizcochos, galletas, yemas, pastas y brinquiños, guardia de honor del clásico chocolate, los habían mercado no por libras, sino por arrobas. El aparato de aquellos desposorios, algo menos copioso que el de las bodas insignes de Camacho, podía colmar de admiración y maravilla y rendir el apetito y la voluntad al más goloso de los mortales.

Vióse obligado el señor de la torre á presidir la mesa, y asistieron al banquete dos docenas de invitados, amén de las familias de Villalaz y Crespo. Hubo allí sabrosas pláticas y brindis á estilo de la tierra, que terminaban con la misma frase :

— Jesús : de hoy en un año estemos todos los presentes con cabal salud. Saliéronse luego al amplio corral y en él se dispuso el baile y holgorio que habría de durar hasta la noche. Oyéronse los sones alegres de la dulzaina y del tamboril ; los mozos solteros se aprestaron á « *bailar á la novia* », según el uso de la tierra. Bajo un hermoso parral de lucidos pámpanos, confundidos con madreselvas y jazmines, había una mesa, y encima de la mesa una bandeja

de plata. Acercóse don Fernando, del brazo de su esposa, y vació el bolsillo en la bandeja.....

Puestos en fila los mozos, enfrente de las mozas, comenzó el baile, antigua danza, honesta y señoril, que bien pudiera acompasarse con versos del Romancero. Tañía la dulzaina un viejo capaz de darle ciento y raya á los más afamados dulzaineros de ambas Castillas, y le acompañaba un nieto suyo, gentil tamborilero, que hacía primores con los palillos en el parche. Isabel, vestida de color de rosa, movía los lindos pies y acentuaba las cadencias con donosos vaivenes, poniendo los brazos en arco por encima de la rubia cabeza, muy en su papel de novia, serio el semblante, digna y severa la actitud, los ojos en el suelo, sin mirar al mozo que « *la bailaba* ». A una señal de Tasarín, que dirigía el corro, mas sin tomar parte en el baile, cambió el ritmo de la danza; tocó la dulzaina un aire vivo de seguidilla; redobló más alegre el tamboril, y las parejas hicieron las mudanzas de rúbrica, hurtando las mozas el talle con muy graciosos quiebros de cintura, donaires, burlas y suertes de mucha agilidad. Una voz varonil, bien afinada, cantó esta copla :

Sal á bailar conmigo
Morena mía,
que el corazón me salta
de la alegría
¡ Al baile tocan !
Baile que en boda empieza
Concluye en boda.

Hervía el corral de Pelayo en voces y cantares, aplausos y carcajadas. El vino de los zaques, pasando de boca en boca, soltaba las lenguas, ponía en retozo los piés, y llenaba los pechos de libertad y de júbilo. Relucían al sol los vestidos majos de las hembras, arreadas con una jarcia de collares y buhonerías, gayos pañuelos y haldas de vivos colores, como jaquitas de feria.

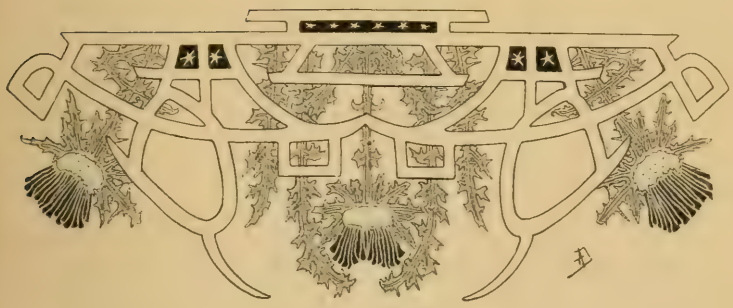
Abriéronse de par en par las puertas de la casa y entró en ella todo el que quiso, llenándose el corral de danzantes y curiosos de ambos sexos. Vinieron también nuevos canta-

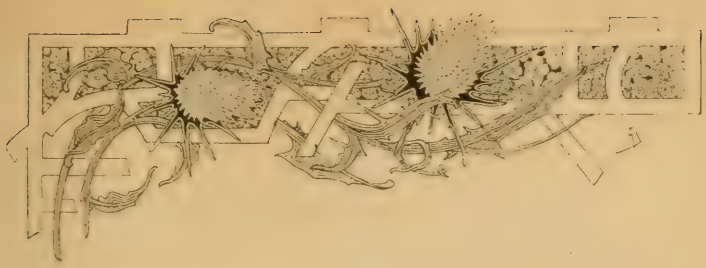
dores y menudearon las coplas con vivas y requiebros á la lindísima reina del corro.

Me gustan por lo blancas
las azucenas
y las rosas pajizas
por lo morenas.
¡ Viva la novia,
que es de todas las flores
la más hermosa !

Doña Juana, Pelayo y algunos señores de la villa presenciaban el holgorio y el baile, sentados á la puerta, bajo el toldo de la parra.

RICARDO LEÓN.
(*El Amor de los Amores.*)
Biblioteca Renacimiento.





II

REINO DE LEÓN

El antiguo reino de León comprende cinco provincias que son León, Palencia, Zamora, Valladolid y Salamanca. Como los límites que separan esta región de Castilla no son bien marcados los moradores participan del carácter y costumbres dominantes en las comarcas Castellanas.

Salamanca. — Se ofrece la provincia en forma de extensas llanuras y mesetas escalonadas. Ocupa buen trecho de la cuenca del Duero, pero su río más famoso es el Tormes tan decantado por los poetas.

La capital *Salamanca*, asentada en la margen derecha del Tormes ha sido el centro intelectual de España hasta los tiempos modernos.

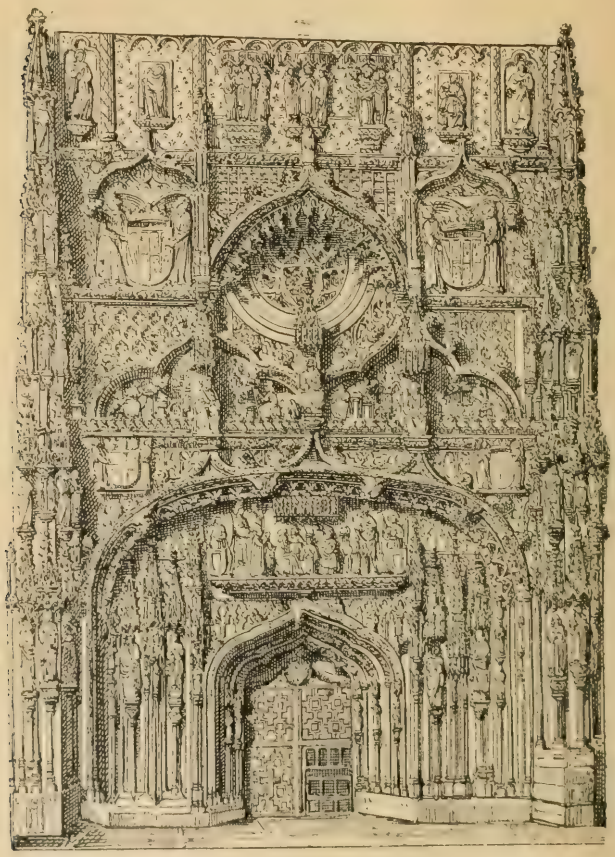
Emporio de ciencias, foco del Renacimiento en España, Salamanca fué una de las cuatro lumbreras del mundo y tanto creció su fama que numerosos refranes revelan aún hoy día el renombre merecido que alcanzó la ciudad.

« El que quiera saber, á Salamanca á aprender. »

Zamora. — La capital *Zamora*, por sus timbres históricos descuella entre todos los pueblos del reino.

De un cabo la cerca el Duero,
Del otro peña tajada,
Del otro veinte y seis cubos,
Del otro la barbacana.

Así la describe un antiguo romance; hoy no sería muy fáci, reconocerla por estas señas porque se ha modernizado algol sin embargo conserva vestigios de su pasado: un viejo case-

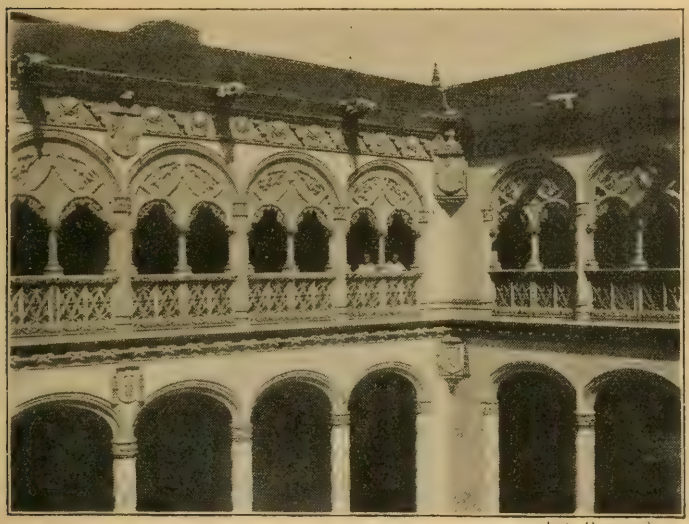


Fachada del Convento de San Pablo en Valladolid.

rón se llama todavía el palacio de Doña Urraca, y muestran también el postigo por donde entró Vellido Dolfos á quien El Cid perseguia.

Valladolid. — Para llanuras y páramos, la provincia de Valladolid, pero no vaya el lector á figurarse que la inmensa meseta Vallisoletana es un desierto, nada de eso ; numerosos ríos tributarios del Duero fertilizan la región, además *el Canal de Castilla* atraviesa la *Tierra de Campos*. De resultas de tanta agua para regar, los beneficios en orden á la agricultura son grandes y cuentan Medina del Campo, Olmedo y Peñafiel entre los primeros mercados de cereales de la Península.

Valladolid, población de 70 000 almas, no fué muy favorecida



(Fot. Paraire.)

Valladolid. — Patio de San Gregorio.

de los reyes y en particular de Felipe II que nació en uno de los palacios de la ciudad, pero los habitantes por sí solos lograron el engrandecimiento de la antigua corte, desarrollaron su importancia industrial haciendo de ella el centro de un gran movimiento obrero.

« Por su hermosura, por su riqueza, su extensión industrial, comercial, hasta universitaria, Valladolid es verdaderamente una ciudad moderna y « la antesala de la Corte ».

Palencia. — « Región del trigo y de las mantas » así se puede llamar la provincia de Palencia. La « Tierra de campos », gra-

nero de la Provincia, cultivada con esmero desde hace algunos años por medio de abonos minerales y aperos perfeccionados, no parece ya haber estado tanto tiempo víctima del grande atraso é ignorancia de los agricultores leoneses. Perfeccionada también es la maquinaria que sirve á la fabricación de mantas y cobertores de lana, sin embargo muchísimos telares antiguos no han caido del todo en desuso, por lo cual las colchas no tienen la suavidad, la ligereza y la elegancia de los mismos géneros tejidos en el extranjero. Es de desear que sigan desarrollándose la agricultura y la ganadería sirviendo de bases á cuantos ramos industriales suelen nacer de ellas, de modo que pronto se diga : « *No se llame señor quien en Tierra de Campos no tenga un terrón, y en Palencia una fábrica.* »

León. — Como la provincia de Palencia la de León recuerda en su parte septentrional los caracteres de las regiones alpinas. Allí se hallan desfiladeros salvajes, picos cubiertos de nieve, bosques de árboles seculares, cascadas bulliciosas, ríos juguetones, profundos valles, paisajes pintorescos que alegran la vista y hacen soñar el espíritu.

Lo que falta á la provincia es una red más densa de ferrocarriles y caminos ; con su riqueza minera en hulla, hierro y cobre, podrían tomar un incremento extraordinario así la industria como el comercio ; y la capital, León, que fué la corte de aquellos reyes valerosos cuyos bríos resistieron la pujanza musulmana, pronto sería el centro de la actividad obrera en la España septentrional.

El Labrador.

... Helaba á más y mejor. Cuando el jinete llegó á un camino muerto, poco más ancho que senda y apenas ajustado á la rodera de los carros del país, puso el desmedido rucio al trote corto, y en el mismo punto surgieron sobre la perdida lontananza de la calzadeja las siluetas de tres cansadas huebras que, arrastrando los respectivos timones de sus arados y con los correspondientes jayanes sentados á lomo de una de las mulas volvían de la labor de la tarde. De vigilarlas sin duda venía también el del cuártago al trote quedo.

Era un labrador de clase media, prototipo del género en Castilla. Recio; atezado; la barba cana y pobladísima; la piel del semblante, atormentada de arrugas; entre rojiza y pálida la color; terroso el matiz de las carnes; brillante y dura la mirada; la edad sexagenaria. Ancho y cargado de espaldas, formidables los hombros, membrudas la manos, acusaban todas las señales el vigor un tanto rudo de aquel hombre. El traje componíalo terno de americana completamente ordinario, aunque en verdad harto metido en faena, y era de atención ver al que lo vestía tan desabrochado, sin un mal tapaboca sobre el desplanchado cuello de una camisa de color, mucho menos sin capa ni manta de abrigo, menos aún sin guantes en las rugosas manos. Estos son regalo á que no se hallan acostumbrados los labradores llamados pudientes de los burgos castellanos, y en cuanto á la manta ó la capa úsanla más bien cuando llueve que cuando hiela.

Para ellos las heladas son el natural ambiente en que se mueven las tres cuartas partes del año... y aun otra porción de la restante. De todas suertes no se comprendía cómo aquella criatura no daba diente con diente, antes caminaba tan desahogado, sufriendo la media docena de grados bajo cero que en aquel momento marcaría el termómetro, y el cierzo que soplaba siniestro como una maldición del genio del invierno.

RICARDO MACÍAS PICAVEA.
(*La tierra de Campos*)

Tonadas.

CANTO DE TRILLA

Voy por mar de espigas
En las rubias eras,
Más feliz que el hombre
Que en el mundo entero
Más feliz se cree,

Por el campo rubio
Respirando llamas
¡ á la luz del sol !
Y el calor me azuza
Que el calor es vida
Y el vivir calor.

« ¡ Ah los rubios trigos
En mis ricas eras,
á la luz del sol !

Por el campo rubio,
De mi yegua bruna :
La mejor que corre
Sobre tales eras,
Sobre tal llanura.

« Sin que en giros tantos
Ni la yegua ceje
Ni me canse yo.
Porque así cumplimos
Trajinando juntos,
Con la ley de Dios.

(Fot. Paraire.)

La « trilla ».

« ¡ Sobre campos firmes
En la gran Castilla
Y á la luz del sol !

« La mi moza guapa
La mi moza buena :
Mientras voy trillando
Tu canción me preste
Voluntad y fuerzas.

Amapolas brillen
Por tus rizos negros,
Que tan negros son.
¡ Estará contigo,

Cada flor que lleves
Como flor en flor!

« Trabajemos juntos
A la par cumplamos
Con la ley de Dios!

En mis campos rubios
Con mi yegua bruna
Donde todos saben
Que te quiero yo.
¡Donde el sol nos llena
De calor y vida!
¡Trabajemos todos!
¡A la luz del sol!

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

Castilla y León.

¡Castilla... León...! ¿Cómo pronunciar sin emoción estos nombres que recuerdan las más puras glorias de la patria? Mientras la crítica histórica — fría, serena, impasible — aventa el áureo polvillo del pasado, el viejo solar español nos evoca aquellos tiempos engrandecidos por la leyenda. Aun quedan en pie los monumentos que á la evocación ayudan. En las ciudades modernizadas hay misteriosos rincones llenos de calma y de quietud que nos hablan de las edades muertas; las ruinas de castillos y conventos se desparraman junto á los pueblos que apiñan sus casas en torno de la iglesia, como bandada de polluelos bajo la madre; guarda el eco en las montañas los gritos de guerra convertidos en canciones de enamorados, en las alamedas que bordean los mansos, apacibles ríos, se agitan las estrofas de los grandes líricos; flota al viento, en la vega, el gallardo penacho del Romancero; y por la inmensa llanura limitada por el horizonte lejano, se extiende el alma de los místicos inflamada de amor como la tierra que guarda en

sus entrañas la semilla... Escasean los árboles, las fuentes susurran escondidas y los pájaros vuelan á ras del suelo. El ambiente es sereno y transparente. El cielo es muy azul y está muy alto...

He aquí nuestra casa solariega. La vida siguiendo su curso natural, la trajo los progresos, las leyes, y las costumbres nuevas. Mas la penetración ha sido lenta y no se verificó sin gran esfuerzo; porque los pueblos que fueron dominadores tardan mucho en sentirse dominados. Y el dolor de la conquista, de la muerte de los grandes ideales desaparecidos al torcerse el curso de la historia, dejó en las cosas y en las almas esa nostálgica angustia que tiene algo de aureola de martirio y algo también de ensueño malogrado. Los vetustos caserones que coronan pétreos escudos revocados; las viejas catedrales restauradas; los edificios que testimonian fechas y nombres inolvidables, parece que contemplan con asombro el rápido galope de los años. Y el tiempo que marca en todas partes la huella de su paso, ha impreso en ellos ese estupor melancólico que se observa en los rostros, más que viejos envejecidos...

Cuando la noche enciende sus estrellas en la celeste bóveda, un hondo silencio cae sobre los campos solitarios. Es la noche serena cantada por Fray Luis de León... Se percibe claro el misterioso ritmo de la armonía universal, y el corazón palpita soñando en ascensiones inefables... Por las desiertas callejuelas del pueblo, acaso vaga el fantasma del pasado. ¿Es él, ó el viento quien se queja al golpear las carcomidas puertas y ventanas? Al toque de oraciones han huído los vencejos. Duermen ya las cigüeñas en los altos nidos del campanario. En la cocina se retuercen los secos sarmientos que alegran con sus llamas. Bajo la amplia campana, en derredor del fuego la familia termina sus pláticas y sus rezos; dormitan los chicos en el regazo de la madre, y un mocetón vigila y cuida los pesebres, donde rumian los apacibles animales que ayudan á ganar la vida.

Todo el cansancio, todo el aplanamiento, toda la resignación que produce la misión cumplida, impregna la llanura de un vago sentimiento de tristeza. Ya la raza llenó el mundo con sus glorias y conquistas; ya creó una patria y ensanchó sus límites, y la dió alientos de libertad y conmovió las

almas. Y ahora, encargada de cuidar su suelo, encierra todos sus amores en la tierra.

En la tierra, que es pródiga y fecunda, pero también mimosa y exigente como un niño; en la tierra que da la vida y que la consume en continuo sacrificio; en la tierra que guarda el pan, pero que no lo brinda sino después de una labor constante.

Grises, como ella, son los cabellos de los hombres que la cuidan; grises son sus ropas y sus casas. Gris es también la existencia lenta, monótona, callada, que se desliza por los surcos, al compás perezoso de la yunta... Esos hombres no han visto más que el mundo encerrado en unas cuantas leguas á la redonda, ni saben de la vida otra cosa que los eternos y naturales sucesos que delatan su marcha; los hechos insignificantes y vulgares en que el hombre interviene con mansa y primitiva inconsciencia. La otra vida intensa, febril, inquietante, pasa á lo lejos por la vía férrea que lleva á los mentideros oficiales cuanto puede satisfacer sus ambiciones. Por allí viene también ese tirano que arrebata á los hijos, impone las leyes y aumenta las tribulaciones. En su nombre algunos pequeños farsantes llegan á turbar la calma secular con ciertas palabras ininteligibles: progreso, civilización, derecho, libertad...

Mas la labor persiste y la miseria no se acaba nunca.

No se acaba nunca la miseria. No termina jamás el poderío de los señores. Transformado á usanza de los tiempos, vestido á la moderna, el feudalismo eleva su cabeza triunfal impasible á todos los dolores. Sus ojos sombríos de mirada dura subyugan á los espíritus adormecidos. Su mano férrea se apodera de todo y lo tritura, sin que se ablande al sentirse bañada en llanto de dolor, de desesperación y de amargura: ...*Sic vos, non vobis*... Esos hombres que se encorvan ante la madre tierra y que dirigen á los cielos sus miradas suplicantes interrogando el secreto de su propia suerte, labran terrenos que no son suyos. Todos sus cuidados serán para los otros y acaso sirvan para aumentar el peso de la carga á sus infelices sucesores. La propiedad está en pocas manos; en tan pocas que hay grandes extensiones laborables que á un solo propietario pertenecen... « Esta tierra es del duque... » « ¿ Y ésta?... También... Y la lindante, y aquélla y otra más »

¡ Y así hasta el infinito ! La hoz brilla un momento, suspendiendo su tarea, como una interrogación lanzada al porvenir. !

(Fot. Lacoste.)

Maragatos.

¡ Y hasta parece que sus dientes crujen cuando siega las cañas y abate las espigas orgullosas ! ¡ De prisa muchachos, de

prisa! Hay que llevar al duque su tesoro; que tiene muchos gastos, y es muy cara la vida de los próceres.

¡Terrible y secular servidumbre! Subido es el precio del arriendo; pero, en cambio, tiene que entregarse sin remisión en trigo de primera calidad, bien limpio y bien medido, cuando terminada la época de la recolección vuelve el arado á tapar los surcos y empiezan á vendimiarse los majuelos. Entonces por las carreteras y caminos vecinales dirígense á la ciudad las tardas y pesadas caravanas de carros, portadores de la renta, que arrastran los sufridos bueyes, rumiando sin cesar durante todo el trayecto. Los guían fuertes mocetones endomingados, de tez quemada por el sol estival, de manos endurecidas y callosas. Tumbados en los repletos sacos, cantan con dejos de nostalgia tiernas tonadas que vibran en el aire y vuelven apagadas por el eco.

¡Levántate, morenita,
levántate, resalada!
levántate, niña hermosa,
Que ya viene la mañana!
¡Levántate!

Hay que hacer noche en el camino. Reposan los bueyes junto al carro, libres del yugo; los mozos se arropan con sus anguarinas y duermen por turno bajo la bóveda del cielo. Y al amanecer vuelve á emprender su marcha la caravana. La panera del duque abre sus enormes fauces de monstruo y se traga los granos de oro que caen de los sacos como el chorro fantástico de una soñada fuente. El tributo está pagado. La caravana torna á la aldea. Los mozos tumbados en los sacos vacíos cantan con dejos de nostalgia tiernas tonadas que vibran en el aire y vuelven apagadas por el eco:

La mañana va viniendo,
La noche se va pasando,
La niña suspira y llora
Porque el sueño le han quitado.
¡Levántate!

La noche se va pasando. Sonríe la aurora en el horizonte.

Y el nuevo día empieza á deslizarse al compás perezoso de las yuntas lento, monótono, callado.

A. PALOMERO.
(De *Blanco y Negro*.)

En la llanura.

Ni aislada roca, ni escarpado monte
Del diáfano horizonte
El indeciso término cortaban :
Por todas partes se extendía el llano
Hasta el confín lejano
En que el cielo y la tierra se abrazaban.

¡ Oh tierra en que nací, noble y sencilla !
¡ Oh campos de Castilla
Donde corrió mi infancia ! ¡ Aire sereno !
Fecundadora luz ! ¡ Pobre cultivo !
¡ Con qué placer tan vivo
Se espaciaba mi vista en vuestro seno !

Cual dilatado mar la mies dorada
A trechos esmaltada
De ya escasas y mustias amapolas,
Cediendo al sopio halagador del viento
Acompasado y lento,
A los rayos del sol mueve sus olas,

Cuadrilla de atezados segadores,
Sufriendo los rigores
Del sol canicular, el trigo abate,
Que cae agavillado en los inciertos
Surcos como los muertos
En el revuelto campo de combate.

Corta y cambia de pronto la campiña
Alguna hojosa viña
Que en las umbrías y laderas crece,

Y entre las ondas de la mies madura
Cual isla de verdura,
Con sus varios matices resplandece.

Serpean y se enlazan por los prados
Barbechos y sembrados,
Los arroyos, las lindes y caminos,
Y donde apenas la mirada alcanza
Cierran la lontananza
Espesos bosques de perennes pinos.

Por angostos atajos y veredas
Los carros de anchas ruedas
Pesadamente y sin cesar transitan,
Y sentados encima de los haces
Rapazas y rapaces
Con incansable ardor cantan ó gritan.

Lleno de majestad y de reposo
El Duero caudaloso
Al través de los campos se dilata :
Refleja en su corriente el sol de estío
Y el sosegado río
Cinta parece de bruñida plata.

Ya oculta de improviso una alameda
Su marcha mansa y leda ;
Ya le obstruye la presa de un molino
Y como potro á quien el freno exalta
Párase, el dique salta
Y sigue apresurado su camino.

En las tendidas vegas y en las lomas
Cual nidos de palomas
Se agrupan en desorden las aldeas,
Y en la atmósfera azul pura y tranquila
Ligeramente oscila
El humo de las negras chimeneas.

En las cercanas eras reina el gozo.
Con íntimo alborozo

Contempla el dueño la creciente hacina.
Y mientras un zagal apura el jarro

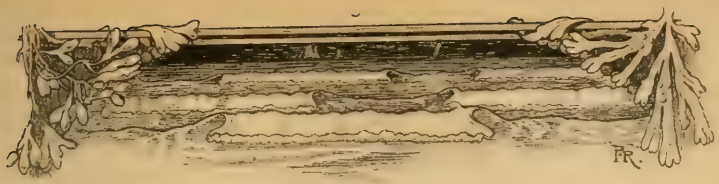
(Fot. Lacoste.)

León : Rivereños.

Otro descarga el carro
Que bajo el peso de la mies rechina.

Otro en el trillo de aguzadas puntas,
Que poderosas yuntas
Mueven en rueda, con afán trabaja,
Y cual premio debido á su fatiga
Desgránase la espiga
Y salta rota la reseca paja.

Gaspar Núñez de Arce.
(*Idilio*).



III

PROVINCIAS VASCONGADAS

Las tres provincias vascongadas gozaron hasta el año de 1876 franquicias especiales ó *Fueros* que las eximían de varias cargas públicas.

Estas libertades han desaparecido, sólo rige aún en las Provincias Vascongadas un concierto económico ó régimen especial. Del mismo modo conservan también sus milicias particulares de Miqueletes.

La vida de estas provincias, en todas sus formas, tiene su carácter propio y típico. En primer lugar se distinguen de las demás regiones por su misteriosa lengua *éuskara*, una de las más antiguas del mundo; luego por la tenacidad de los habitantes, el amor á su libertad, y el apego á sus costumbres que se manifiestan mayormente en el uso de la boina, el baile popular : *el Zorcico*, y su cantar patriótico. Los Vascuences ó euskaldunas consideran el árbol de Guernica en Vizcaya como el símbolo de sus instituciones antiguas, se reunen á su sombra las Juntas de Navarra y de las tres provincias vascongadas : Álava, Vizcaya, Guipúzcoa. Es un roble conservado por sucesivos renuevos de un tronco más de diez veces secular, según la tradición recogida por el bardo Iparraguirre, autor del himno *Guernicaco Arbola*.

Es verdaderamente extraordinario el desarrollo industrial y fabril de estas tres provincias Fábricas de muebles de lujo que hacen famosa á la capital Vitoria ; fundiciones de hierro en Bilbao cuyos *Altos Hornos* producen diariamente miles de toneladas de aquel metal y de acero; fábricas de cemento, cerá-

mica cuyos mosaicos compiten con los del extranjero ; los varios centros industriales de San Sebastián ; fábricas de papel que casi por completo han acaparado la producción,he aquí las armas con que las provincias Vascongadas luchan hoy día en pro de sus libertades para el libre desenvolvimiento del ingenio de la raza éuskara.

Pero si la producción mineral de las tres provincias es para ellas el verdadero motivo de su desarrollo portentoso, pasando por todos los grados de la escala en punto á ramos industriales, mercantiles ó artísticos, no es de olvidar sin embargo que por el aprovechamiento de los modernos adelantamientos científicos y por su incansable laboriosidad los Vascongados tienen convertido en un hermoso verjel el suelo de las tres provincias. También trabajan las mujeres con una energía que ha sorprendido siempre á cuantos extranjeros las han visto ocupadas en las faenas agrícolas, además tienen el hábito del ahorro y el amor del hogar: así que la dicha en las familias Vascongadas está aún en las virtudes sociales.

Especialmente en la provincia de Álava cuyo nombre significa « *llanura entre las montañas* » los agricultores han sabido dar al país un aspecto encantador y rico de esperanzas. Trabajan el suelo con *la laya*, especie de azada de dos picos, la tierra, muy fuerte, exigiendo un cultivo particular.

Elaboran también un vino áspero llamado *Chacolí*, con las uvas que no maduran por completo, sin embargo se cosecha en la Rioja alavesa vinos riquísimos. En fin si la creación de una azucarera en Burgos no pudo surtir buen efecto, no pasa lo mismo en Vitoria donde ya en su mayor parte el suelo está destinado á la producción de la remolacha.

En resumen, sea por el cultivo intenso que apremia y fuerza la producción, sea por la minera que horada valles y montañas, sea por la industria que no deja siquiera al hombre un momento de absoluto reposo, se puede afirmar que en estas provincias el afán al progreso es el motor que lanza á la humanidad en vertiginoso movimiento y la agita por fiebre insaciable.

Navarra. — « *Ega, Arga y Aragón hacen al Ebro varón* » dice el refrán y tiene razón : el Ega que nace en Álava, el Arga que pasa por Pamplona, el Aragón que viene de Huesca, desembocan en el Ebro aumentando singularmente su caudal de aguas. El Ebro fertiliza toda le provincia de Navarra y la feracidad del terreno es tanta en la zona llamada la Ribera que dos poblaciones, Olite y Tafalla, son consideradas como « *la flor de Navarra* ». La parte montañosa, con vertiente é inclinación gene-

ral al Ebro, es rica en pastos y maderas, mientras la Ribera abunda en cereales, vino y hortalizas.

El valle del Roncal está circundado por montes muy altos y abruptos, lo que le ha permitido conservar mucho tiempo su autonomía administrativa, igual que Elizondo dentro de los confines del valle de Batzán cuyos moradores se glorian todos de sus preclaros timbres nobiliarios, de su antigua hidalguía que excluyó entre ellos toda desigualdad social. Este valle famoso añade hoy á su importancia histórica y agrícola, nuevos y grandes recuerdos de las discordias civiles durante el reinado de Isabel II.

Como sus tres hermanas las provincias Vascongadas, Navarra es muy apegada á lo tradicional, como ellas goza todavía régimen tributario particular, y *Pamplona*, plaza fuerte á orillas del Arga, es el símbolo del Navarro fuerte y robusto, bravo y noble, y que no ha sido nunca dócil á espuela y freno.

Provincias Vascongadas y Navarra.

En esa zona de los Pirineos donde habita la vieja raza vasca, hay todos los paisajes, hay todos los aspectos de la naturaleza.

Hay montes altos poblados de robles y de encinas, hay valles estrechos con pueblecillos en el fondo rodeados de campos de maiz, hay peñas ceñudas que levantan su frente al cielo, hay prados risueños y verdes, hay caseríos blancos, muy blancos, ocultos entre el follaje, y ríos claros y tumultuosos que saltan ahora entre piedras formando encajes de espuma y se remansan luego en un cauce donde el agua clara duerme quieta sobre los limpios guijarros.

Hay también en nuestras provincias, hacia Castilla, las vertientes del Ebro, llanuras extensas, campos de trigo inacabables, en cuyo horizonte se levanta una montaña azul; campos de trigo, verdes en primavera, amarillentos en verano, granizados siempre por las amapolas y los acianos.

Y hay además junto á la costa las perspectivas del Cantábrico, que suele divisarse entre dos montes, allí lejos, siempre fosco, siempre acre, siempre cambiante de color. El que ha vivido en el país vasco no lo olvida jamás. La tierra vasca es una tierra fértil, es una tierra amable; los valles son templados, los montes frondosos, el clima húmedo.

Yo recuerdo cuando era médico de pueblo, las mañanas

en que salía á caballo á hacer mi visita. La aldea estaba dormida, las casas iban brotando de la noche, negras por la humedad; sobre el río se levantaba una niebla azul que luego se deshacía en jirones. Yo subía por el monte al paso de mi caballo por las sendas, entre la niebla, sin pensar en nada. Muchas veces en la cumbre veía todo el valle lleno de brumas blancas, y arriba brillaba un sol espléndido y el cielo estaba azul como un zafiro; otras veces las nieblas avanzaban, corrían por entre los árboles desnudos, cuyo ramaje negro parecía una humareda, y la bruma volvía á envolverme.

Aquellas brumas de los montes son para mí un recuerdo indeleble; otras cosas se me han olvidado: odios y cariños, favores y desprecios, han pasado por mí sin dejar una huella; esas brumas, en cambio, anegaron mi alma para siempre; ya no salen de ella, ya no saldrán jamás.

Yo siento un profundo desdén por la vida de las ciudades, por las redacciones de los periódicos, por los saloncillos de los teatros, por el público de los estrenos, por la política, por todas esas cosas que constituyen lo que se llama la civilización.

En cambio, guardo dentro de mí, como una de esas piedras preciosas incrustadas en el frontal de un santo, un sueño cándido y heroico, infantil y brutal. Es un sueño guerrero, un sueño de hombre de selva. Yo me veo por los montes de Guipúzcoa ó de Navarra al frente de una partida, viviendo siempre en acecho, en una continua elasticidad de la voluntad, atacando, huyendo, escondiéndome entre las matas, haciendo marchas forzadas, incendiando el caserío enemigo.

Yo me veo de cabecilla, con cuarenta ó cincuenta hombres, entrando en las aldeas á caballo, la boina sobre los ojos, el sable al cinto, mientras las campanas tocan en la iglesia. Y luego me figuro encontrarme en la casa del párroco ó en la casa del alcalde, en la mesa, hablando amablemente, contando la peripecias de una acción. Y mientras la sobrina del cura ó la hija del dueño me mira con curiosidad ó con espanto; y al anochecer, después de haber bailado en la plaza con la chica más guapa del pueblo al son del tamboril, después de haber vaciado las arcas municipales,

pienso en el placer de huir por los senderos húmedos, monte arriba, y en el placer de descansar en una borda sobre una cama de hierba seca.

Y un instinto guerrero, si no idéntico, parecido, aplicado á la vida, aplicado á la industria, aplicado á la religión, ha informado siempre el carácter de los Vascos. Esa tentativa de los Bilbaínos, de apoderarse de todas las minas de España y de ponerlas en explotación ¿no era una tentativa guerrera? Juan Gabriel Borkman, el héroe genial de Ibsen, hubiese visto con simpatía á estos hidalgos vascongados intentando sacar á la superficie de la tierra las riquezas que duermen en sus entrañas.

Yo no sabría definir de un modo sintético el carácter de los vascongados; sí sé que casi todos tienen un fondo guerrero, que casi todos en el campo tienen algo de bruma en su cerebro, que hablan poco, que peroran poco, que son serenos, pensativos y silenciosos.

Tienen estos montañeses un santo que representa la voluntad de la raza : San Ignacio. Un militar que representa su instinto guerrero Zumalacárregui.

Un marino que representa el heroismo : Churruca. Un político que representa la prudencia y la diplomacia : Legazpi. Un hombre que da la vuelta al mundo : Elcano.

De ninguno de estos hombres queda una frase, de ninguno de ellos queda un discurso : todos fueron parcos en el hablar y abundantes en el ejecutar; todos fueron individualistas, ninguno hizo una labor social ; y es que el vascongado en el fondo es anárquico.

Silenciosos, antisociales, los vascos cuando quieren entenderse con los demás cantan.

No ha habido un orador vascongado; el orador allí se ha convertido en músico ó en poeta, en el humilde versolari ó en el bardo Iparraguirre.

Pío Baroja.

El árbol de Guernica.

El árbol, verdadero símbolo y altar de la libertal vizcaína, manifiesta el carácter de la tierra que habita el pueblo vascongado, vive aún, y su follaje cubre todavía al país que le adoptó por emblema, le puso en sus banderas y en el centro de su limpio cuanto nobilísimo escudo de armas, Arbol tan glorioso cuanto respetable, que simboliza la fe política de sus naturales, basada en su fe religiosa, por lo que también, ésta como aquélla, en medio de las amargas vicisitudes que atraviesa, permanece firme é inquebrantable. En los tiempos antiguos cuando las bocinas llamaban desde las alturas á Junta general ó *batzarrá* (congreso de ancianos) acudían los vizcaínos so el árbol, y sentados en torno de él, sin más bóveda que la del cielo, trataban, conferenciaban y decidían acerca de los asuntos del país, cuidaban de su administración, dictando reglas convenientes al buen régimen de ella, y examinaban la conducta de los encargados de ejecutarlas; bajo él se administraba justicia; bajo él nombraban sus señores (*jaunac*) para que los acaudillasen en las guerras; bajo él vinieron á jurar nuestros Fueros los más poderosos reyes de España, que tenían en mucho su propia dignidad y el decoro de la Corona, y no desdeñaron bajar de sus dorados solios para venir á sentarse á un pobre banco de piedra, toscamente labrado al pie del árbol vizcaíno, y allí en medio de la representación de Vizcaya, reunida en pie en torno suyo, con la frente descubierta, juraban guardar inviolablemente los Fueros, libertades, buenos usos y costumbres de este Señorío. Todos, en fin, cuantos hechos gloriosos ennoblecen é inmortalizan nuestra historia se han celebrado so el árbol de Guernica; por eso, para nosotros es el representante de nuestra historia, de nuestras tradiciones, de nuestros recuerdos, de nuestra existencia política y social, de nuestras glorias: todo, en fin, lo que constituye el orgullo y la nacionalidad de un pueblo, reside en el árbol de Guernica.

. . . . . .

Juntas ¡institución grandiosa de estas provincias! Cada dos años solían congregarse las ordinarias, y cuando casos graves lo exigían las extraordinarias. En ambos casos, los puntos que habían de ser sometidos á su deliberación, se indicaban en la convocatoria, que se dirigía á los pueblos, con objeto de que nombrasen los apoderados que habían de representarlos en ellas y les dieran instrucciones sobre la conducta que deberían observar en lo que en ella iba á discutirse. El tipo de la representación era el pueblo, cualquiera que fuera su territorio, población y riqueza, á la manera que cada elector tiene su voto, aunque no todos tienen la misma ilustración y riqueza, la personalidad del apoderado quedaba envuelta bajo la del pueblo que representaba; ¡base admirable! pues de este modo sólo cuidaban de las necesidades de la localidad que representaban, atendían al bienestar moral y material de los pueblos y no á satisfacer ambiciones personales ó de partidos, y así les era muy fácil hacer mucho en pocos días.

Llegado el día señalado, reuníanse la Diputación y todos los apoderados, con gran concurso de curiosos, y á las nueve de la mañana salía de la Diputación en cuerpo, precedida de maceros y clarines, y se dirigía á la Casa de Juntas, de donde, á su terminación, volvía en la misma forma. Llegados á dicho punto el Corregidor político, representante del poder central, juraba, cuando por primera vez asistía á ellas, guardar inviolablemente los Fueros, buenos usos y costumbres del Señorío; después tenía lugar la entrega de poderes, para lo que el Secretario iba llamando en voz alta á los pueblos; concluido esto, se decía la Misa del Espíritu Santo. Después de llenado este deber religioso, que solía repetirse todas las mañanas, pronunciaba el Corregidor un discurso alusivo al acto, y se daba fin á la primera Junta nombrando una comisión encargada de examinar los poderes y otra de Padres de Provincia para que examinase los de los que componen ésta.

Aprobados éstos en la sesión del segundo día, é instalada la Junta en las primeras sesiones, la Diputación saliente daba cuenta de sus actos, los cuales eran juzgados por la Asamblea, y después empezaba la discusión de los asuntos,

por el orden señalado en la convocatoria, en castellano primero, que después se vierte al vascuence, y para simplificar las discusiones y evitar el que se hicieran interminables, se nombraban comisiones, generalmente de dos individuos por cada una de las nueve merindades de que consta el Señorío, las que examinaban con detención el asunto y presentaban su informe razonado, del cual pocas veces discrepaba el voto de la mayoría de la Asamblea, que no teniendo por objeto lucir con largas peroratas despachaba con brevedad y con acierto. En estas juntas tenían también asiento de preferencia y con voz consultiva los Padres de Provincia, esto es, los que habían ejercido el cargo de Diputado foral, con ejercicio aprobado, y los que habiendo prestado servicios extraordinarios á estas provincias, obtuvieron esta distinción honorífica por acuerdo de las Juntas.

Por lo general eran muy notables el buen orden y compostura que reinaban en estas Juntas, y el respeto con que en ellas se trataba á las autoridades que las presidían, observando la mesura y el decoro propios de la dignidad de la Asamblea y la uniformidad de sentimientos patrióticos que á los representantes animaban ; sin embargo de componerse la gran mayoría de pobres aldeanos que el día anterior dejaban la azada, era grande el decoro y la dignidad que imprimían á aquel acto. Era objeto de estas Juntas el nombramiento de empleados, examen de presupuesto, el fomento de la agricultura, ganadería, artes é industrias, beneficencia instrucción pública, corrección de costumbres, culto y clero, caminos reales y vecinales ; en fin, cuanto abarcaba el gobierno universal de la provincia.

En las Juntas ordinarias se hacía el último día el nombramiento de la Diputación para el siguiente bienio, por medio de compromisarios y de un modo tal, que imposibilitaba, hasta donde es posible, coacciones, amaños é intrigas. La duración de estas Asambleas, por más que no tenían tiempo determinado, solía ser de doce ó quince días.

J.-M. DE ANGULO.

La Boina.

Toda aquella pintoresca variedad de monteras, gorros,

Tipos vascongados

caperuzas y todo género de cubrecabezas va desapareciendo

en España ante la boina niveladora. La boina más cómoda y más barata, expulsa á todos los demás cobertores de la cabeza. Y á la vez destruye el pelo.

Es interesante y sugestiva la historia de la boina en España.

La boina se introdujo del Mediodía de Francia, á principios de la guerra civil carlista de los siete años, hacia 1833, y la introdujeron los llamados «chapelgorris», ó sea «gorros rojos»—la palabra vascongada «chapela», que es el francés «chapeau», es cualquier cubrecabezas—cuerpos volantes cristinos, ó sea liberales. Y aquí tenemos, como primer dato curioso y sugestivo, el de que la boina, que llegó á ser para muchos distintivo del carlismo, fué introducida por tropas liberales, y siempre usada, en ambas guerras carlistas, por tropas liberales también.

Al introducirse la boina en Guipúzcoa y el país vasco todo, empezó por sustituir á los más antiguos y más típicos cubrecabezas del país. Hoy, todavía, se encontrará en rincones del país vasco aldeanos que jamás se hayan puesto una boina. Siendo yo niño, veíase cada día en Bilbao los anchos sombreros de los aldeanos del valle de Arratia, sombreros como la montera asturiana, con anchas alas, recogidas por detrás. Y los de otras regiones de Vizcaya gastaban otros sombreros, y algunos el «chano», un largo gorro de punto, algo parecido á la barretina. Y estos sombreros y gorros habían, á su vez, sustituído á otros más antiguos, como puede verse en un curiosísimo cuadro que se conserva en la Sala de Juntas del Señorío de Vizcaya, en Guernica.

La boina expulsó en el país vasco á los sombreros y gorros anteriores á ella, y llegó pronto á ser prenda típica, y en cierto modo tradicional, del vasco. Al vasco no se le concibe en muchas partes, en América sobre todo, sin boina.

MIGUEL DE UNAMUNO.

La Sanjuanada.

I

. . . . . .
Tras las cumbres del Ocaso
Va el sol desapareciendo...
Desaparezca en buen hora,
Que más que sol, era fuego ;
Y si piensa que su ausencia
El valle cubre de duelo,
Lo que es esta vez, amigos,
Se lleva un chasco soberbio,
Que á su desaparición
Todo el valle está contento.
Todo vida, todo gritos
Y cánticos placenteros.
Por todas partes cuadrillas
De doncellas y mancebos
Trepan á los argomales
De los empinados cerros,
Saltando como las cabras
Regatos, cárcabas, setos,
Y talan, cual si buscasen
Roza para cien caleros,
Con las espinosas árgomas
El inofensivo brezo,
Y en haces como montañas
La roza va disponiendo.
Ruedan veloces los haces
Por la pendiente del cerro,
Como en enormes aludes
Rueda la nieve en invierno,
Y á un haz sigue otro haz y bajan
Al valle diez, veinte, ciento,
Y junto á las caserías
Se elevan á poco tiempo
Altas hacinas de roza

Que sólo esperan el fuego.
No hay corazón en el valle
Que no lata de contento,
Porque la noche que empieza
A tender su oscuro velo
Será una noche de encanto,
De luz, de placer inmenso,
Y los momentos se acercan
En que cien soles, tan bellos
Como el sol que hace una hora
Brillaba en el firmamento,
Inunden de luz el valle,
Inunden de luz el cielo,
Pues esos gritos que se oyen
Resonar de cerro en cerro
Y de llano en llano, anuncian
Esos ansiados momentos.
Oid cómo gritan unos :
¡ San Juan ! San Pedro !
Y cómo responden otros :
— ¡ San Pelayo en medio !

II

Poned, gentiles doncellas,
Poned á la roza fuego,
Y así que la llama ondule
Agitada por los céfiros,
En torno de las hogueras
Bailad sin perder momento
Al compás de las campanas
Y al compás de los panderos,
Hasta que los pajaritos,
Que duermen en los cerezos,
Os anuncien la alborada
Con sus alegres gorjeos.
Bailad, gentiles doncellas,
Con los gentiles mancebos,
Que San Juan os dará el novio
Que os deleita en vuestros sueños

Con tal que la Sanjuanada
Celebréis cual cumple hacerlo.
Mas ya alumbran cien hogueras
Cañadas, llanos, oteros
Todo ese verde horizonte
Que ante los ojos tenemos,
Y alumbran tal, que si el sol
Brillara en el firmamento,
Se eclipsan luna y luceros.
El campanario que se alza
Altivo sobre los fresnos
Y los que asoman humildes
Entre el ramaje en los cerros,
Cual nunca alegres, cual nunca
Sonoros y vocingleros,
Celebran la Sanjuanada
Y al sonoro campaneo
Escopetas y cohetes
Unen constantes su estruendo.
En torno de las hogueras
Los músicos instrumentos
Dan vida y compás al baile
De doncellas y mancebos,
Y en altas pértigas andan
Las corambres que sirvieron
De vaso al rico clarete
De la Rioja en otro tiempo,
Y al compás de las campanas,
Del canto, del tiroteo,
De los tamboriles, de
Los silbos y los panderos,
Las hembras y los varones,
Los jóvenes y los viejos
Incesantemente gritan :
¡ San Juan ! ¡ San Pedro !
Y de cien partes responden :
¡ San Pelayo en medio !

ANTONIO DE TRUEBA.
(*Libro de los cantares.*)

La deshoja.

Tres faroles con vela de sebo, colgados de la pared, iluminaban á medias la primera *gambara* ; el techo, listeado por las negras vigas, permanecía en la oscuridad. Enormes montones de mazorcas de maíz ocupaban el suelo del desván. Sentados de espaldas á los montones, ó medio hundidos en ellos, se veían hasta veinte jóvenes de ambos sexos, formando grupos de cuatro y cinco al rededor de los *saski*, ó cestos hechos con varillas de avellano, adonde echaban las panojas deshojadas. En el centro de la *gambara* se iba elevando una montaña de secas y amarillentas hojas que los *maizachuriketari* arrojaban. La montaña estaba habitada, medio cuerpo de un hombre viejo formaba su cumbre. Era el viejo de color sano, nariz grande y aguileña, tez muy arrugada, ojillos vivos, alegres y desvergonzados que denotaban gustos y genio de joven, malquistos con los mechones de pelo blanco cual la plata que asomaban por debajo de la enorme boina azul, agujereada y mugrienta. Tenía una pipa de barro cocido en la boca ; cada vez que aparentaba ir á encenderla, alzábase estrepitoso vocerío de fingido temor.

La semiobscuridad teñía con oscilantes manchones de luz los regocijados grupos : aquí se vislumbraba una cara risueña, más allá una maciza trenza, más lejos una blusa de percal azul, un calloso pie descalzo, una mazorca deshojada, brillante como un huso de oro.

Aunque ejecutando la misma labor, todos los circunstantes diferían por su actitud. Había quien hablaba quedo con su pareja ; quien canturriaba á solas ó en coro ; quien, á hurtadillas, cambiaba tiernas miradas ; quien conversaba á grito herido, con el interlocutor más distante ; quien, por entre las mazorcas, andaba á caza de pantorrillas que pellizcar, arrancando á las mozas gritos instantáneamente reprimidos.

Reinaba más júbilo que en los alcázares de los reyes y grandes. Aquellas cuatro paredes, aquellos vetustos solivos cubiertos de telarañas, aquellas chisporroteantes luces des-

mayadas, contenían é iluminaban juventud y robustez, modestia de aspiraciones, parvedad de exigencias, hábito del trabajo, lozanía del amor, que era impulso de almas cándidas é instinto de cuerpos vigorosos.

Tan bulliciosa alegría dimanaba de una circunstancia principal entonces : de que los sexos congregados eran diferentes.

No todos los grupos loqueaban ; si había deshojadores por jugar, los habia también por trabajar. Entre éstos se contaba el que presidía la reunión, del cuál era centro Josefa Antonia, vestida con justillo pardo, anchas mangas de camisa arremangadas hasta el codo y saya de percal blanco rayado de azul obscuro. De la casi desceñida toca se escapaban dos gruesas trenzas de pelo negro que, rodeando la cintura, metían los cabos en el regazo, sobre el delantal de cuadritos blancos y negros. La luz, aunque escasa, permitía distinguir sus ojos y frente, pequeña y tersa ésta, rasgados y grandes aquéllos, de color garzo clarísimo, donde se pintaban como aterciopeladas rayas, las curvas y largas pestañas.

. . . . . .

Sonaron las diez, y apenas se habían apagado las vibraciones, cuando tremoló en la puerta del desván un prolongado y ensordecedor relincho, y penetró *Cuadran* saltando por encima de los *saski* y del montón de hojas, enseñando cierto objeto que llevaba en la mano derecha, y gritando como un energúmeno.

Antes de que nadie se reportase de la sorpresa causada por aquella imprevista invasión, *Cuadran* se plantó junto á la *Josepantoñi* le sujetó los brazos y le estampó un sonoro beso en la mejilla derecha.

¡ Toma, retrechera ! que se te güelva gloria como á mí.

La moza se desasió, airada y se puso de pie. Estaba roja de ira, más que de vergüenza, y se frotaba el carrillo con el delantal, gritando en castellano :

¡ Pedazo de burro ! Ojalá si te *erreventarias* ahora mismo ! Este incidente fué la señal de la broma. Salieron á relucir varios *artogorri* y otras tantas mozas fueron blanco de idénticos obsequios que la Josepantoñi, aunque más gustosamente recibidos. Costó trabajo restablecer la calma y

pronto acertó á turbarla de nuevo la dueña de la casa, que fué poniendo en el suelo una enorme cazuela de bacalao al *ajo arriero*, una caldera de castañas cocidas y dos jarros de vino.

Los deshojadores saludaron respetuosa y cariñosamente, con el título de *andrea*, á la recién venida, cuya cara y cuerpo mostraban muchas señales de haber excedido en hermosura á su hija, como si el tipo se hubiese embastecido al trocar las brisas marinas del valle de Oyarzún, por los recios vientos de la alta meseta borundesa circundada de nevosas sierras.

ARTURO CAMPIÓN.
(*Blancos y Negros.*)

Viaje al país Vascongado.

LA NOCHE PROFUNDA DE VERGARA

La tarde había muerto ; una línea de vaga luz flotaba aún sobre la cima de los montes ; caía la noche, y por Oriente amanecían las estrellas. Larga y angosta, obscura y callada, la villa de Vergara iba sumiéndose en la profunda religiosidad de la noche.

En aquel punto sonaron las campanas, con un acento tan bronco, tan lento, quejumbroso, que todas las casas de la villa parecieron estremecerse como si las rozase un ala mística. Tocaban á la oración de la tarde, cantaban el himno vespertino del « Ave María » ; el silencio entonces se hizo absoluto, las cosas adquirieron mayor inmovilidad, la sombra cayó totalmente : una calma taciturna y meditativa llenaba el valle, el pueblo, las montañas, el mismo cielo. Todo quedó sumido en silencio y quietud. Allí arriba estaba la iglesia, con su maciza y alta torre, dominando la villa y el valle ; escudero y protector del templo, una vieja casa mayorazga, armada de cuatro torrecillas feudales, erguíase junto á la casa de Dios.

En los vetustos pueblos vascongados, donde no llega el ruído de la industria ó el vaivén del turismo, las costumbres conservan un fuerte sello tradicional, un carácter de rigurosa devoción : no es la devoción brillante y ostentosa que singulariza el catolicismo de los pueblos meridionales, sino una devoción austera y metida en sí, algo como una forma de culto puritano, que se manifiesta en rezos á baja voz, en cánticos tristísimos, en fiestas religiosas sin ningún aparato de flores ni de procesiones pintorescas. En esos pueblos taciturnos, viejos y austeros, la iglesia es el punto culminante de la vida, adonde afluyen por la tarde, en la hora mística de la muerte del día, todos los vecinos á sumirse en la oración.

Era, pues, esa hora en que los afanes del día se aquietan, en que el espíritu grita y pide su parte ; en que la soledad y el silencio se ofrecen propicios á los coloquios del alma. El pueblo entero iba entrando en la iglesia, hombres, mujeres, ancianos : los hombres se colocaban á un lado de la nave central, ó bajo el coro, y las mujeres en el centro. Y á medida que las mujeres entraban, como si obedeciesen á una disciplina, iban situándose en filas simétricas : se arrodillaban en el suelo, dejaban caer la mantellina sobre el rostro y poníanse á orar, sin gestos, sin ruído, como sombras tácitas. Y cada una de las mujeres traía una candelilla amarillenta, retorcida en forma de aro pequeño ; la encendían, dejábanla en el suelo frente á ellas, y de este modo el templo aparecía lleno de filas de mujeres negras, inmóviles é impasibles, y de luces muy débiles, parpadeantes.

Nada tan fuerte de expresión, ni tan severamente religioso como el aspecto de aquella iglesia grande, sembrada de bultos negros y de largas filas de luces ; nada tan místico como aquel silencio del templo, en que sólo se oían los pasos tímidos de alguna mujer rezagada, ó el chisporroteo de una lámpara, ó la voz de un monacillo que transitaba entre las mujeres pidiendo limosna para las ánimas, para las pobres ánimas que padecen en el Purgatorio.

De repente se oyó el preludio de un cántico : unas voces infantiles comenzaron á salmodiar arriba en el coro ; y el órgano, abriendo sus poderosos registros, inundó la iglesia con su voz tonante. Fué como si una ola sagrada cayese

sobre las almas de los devotos : la fibra más oculta de los corazones vibró en aquel momento : un largo estremecimiento corrió por la multitud. Y yo bebía aquella música del órgano, como se bebe un agua antigua y familiar, nacida del manantial de la niñez. Yo dejaba que mi espíritu se saliese fuera, huyendo en alas de la ola sagrada, escapándose á los tiempos remotos de la adolescencia ; yo dejaba que mi corazón se deshiciera en un mar de sensaciones veloces é intensas : venían los recuerdos, y pasaban los anhelos dormidos, y volvían á surgir las emociones olvidadas. La vida real, la torpe vida de las cosas, se esfumaba hasta desaparecer, y levantábase una vida inmaterial en que nada era concreto, en que todo era anhelo y angustia vaga, sed de misterio, pena del bien perdido, esperanza de lo que no existe, sueño de lo imposible...

A mi lado había un altar, cubierto con una cortina blanca : pasaba entonces un monaguillo, se detuvo y encendió unas velas, luego tiró de un cordón y se descorrió la cortina. Y apareció la imagen del « Cristo de Montañés », el Cristo asombroso, maravilla del arte.

Estaba Cristo clavado en su cruz, retorcido de dolor, en el momento de la agonía ; sin duda era el instante en que se volvía al cielo y clamaba aquella suprema voz de angustia : « ¿ por qué me has desamparado ? » Las piernas se le doblaban una sobre la otra, los brazos se tendían con el último esfuerzo, el cuerpo caía anonadado, y la cabeza, volviéndose de un lado y hacia arriba, buscaba el apoyo del cielo. Los labios entreabiertos, los ojos vidriosos, las mejillas sumidas, el cuello vacilante, todo indicaba el momento final en que la vida ya no puede resistir la opresión del dolor.

Los devotos, cuando vieron descorrerse la cortina, se volvieron á mirar al Cristo moribundo. El órgano retumbaba con una máxima y prolongada voz de amargura ; los niños cantaban un salmo tristísimo : Cristo iba á morir, y la multitud oraba con mayor fervor ante la agonía del Crucificado. Era aquel un Cristo casi real ; el templo estaba lleno de él, el pueblo entero : Vergara, la vetusta villa, hundida en el angosto valle, padecía la angustia mística de su Cristo moribundo. Finalmente, calló el órgano, cesaron los Oficios y

la gente fué saliendo paso á paso y recatadamente : el templo quedó vacío ; en la profundidad del altarillo, allá dentro, alumbrado por la lámpara de aceite, el Cristo agonizaba, solo y abandonado... Yo salí también, siguiendo lo largo de la estrecha calle.

El pueblo comenzaba á dormirse bajo la sombra de las montañas, hundido en el grave silencio de la noche. Solamente alguna luz alumbraba el crucero de los callejones; sólo alguna tenducha permanecía abierta, y dentro bajo los anaqueles empolvados, la vieja tendera dormitaba con las manos cruzadas sobre el vientre : un acordeón, en el fondo de una taberna, allá en la extremidad del pueblo, plañía su música desconsolada, y dos mozos bailaban, cogidos de los hombros, dando brincos airados. Como vestigio de una edad más gallarda, las casas mayorazgos abrían sus portalones ojivales sobre la calle, y por encima de sus aleros sobresalían las torrecillas nobiliarias, todas enhiestas y sin el menor portillo, como para atestiguar la permanencia del orgullo de sus dueños.

Fuera del pueblo dormía el campo : dormían las montañas, que bajaban hasta el mismo borde del río ; dormían las caserías, metidas en los repliegues de las laderas ; dormían los molinos : únicamente la carretera parecía vivir, semejante á una móvil y ondulante serpiente blanca que salía del pueblo y se metía en la tortuosidad del barranco, hacia el Mediodía, buscando las llanuras y las vegas luminosas que hay á la otra parte de los montes.

Aquellos eran los montes antiguos y rebeldes, sembrados de vestigios guerreros; eran los montes que habían recorrido los guerrilleros carlistas, los montes donde los capitanes de las bandas fraguaban sus asaltos repentinos ; por aquellas asperezas habían caminado, con sed, con hambre, con fatiga, los soñadores de un ideal loco y sombrío ; por aquellas angosturas de los barrancos, los mozos campesinos, trasformados en hombres belicosos, bajaban á morir junto á los mismos campos que antes labraron pacíficamente. Mudas y grandes y sombrías, las montañas se apelotonaban en un confuso enmadejamiento de cumbres, barrancos y laderas ; venía de ellas como un aura misteriosa, y el viento, que á veces soplaba en ráfagas suaves, parecía

un eco de su voz, algo como una palabra nocturna y religiosa.

J. M. SALAVERRÍA.

A mi tierra madre.

Almohada serás de mi cabeza
cuando rendida de la idea al peso
se vuelva á descansar,
cuando sucumba al fin á la tristeza
de la muela incesante del progreso
con su inútil rodar.
Serás, tierra bendita de los míos
que un punto fuiste vaso de la angustia
que en mi vida encarnó,
reposadero de mis yertos bríos
un tiempo tuyos, cuando al alma mustia
buscaba un alma yo.
Cuando tu polvo brisas otoñales
levanten jugueteando en tu regazo
á hora del sol morir,
envuelto del olvido en los pañales
gozaré, sin sentirlo, el dulce abrazo
del que fué mi vivir.
Mi tierra parda, madre de verdura,
masa de corazones, recia fragua
de mi españolidad,
bajo tu lecho en la rocosa hondura
virgen, del cielo se remansa el agua
soñando eternidad.
A esa agua irán los sueños de mi vida,
recuerdos de esperanzas y temores,
allí á apagar su sé,
que á sus hijos al cabo el mundo olvida,
cada nuevo año, con sus nuevas flores ;

á esa agua irá mi fe.
Y cada sueño que hoy mi mente ansiosa
lanza de la esperanza á cada rayo
una flor te será,
y esta misma canción acaso en rosa
cada año al sol de cada nuevo Mayo
en tí renacerá.
Y ha de surgir en tí, pálido lirio
que se enrojece cuando cae la tarde
al último arrebol,
este de no querer morir delirio
que pega á mi alma, que á sus rayos arde,
de las almas el sol.
Y hojas serán de otoño en remolino
los desengaños que hoy sobre mi frente
canas son de la edad;
sobre tu pecho el viento peregrino
los llevará á morir en el Poniente.
¡ Tierra de soledad!
Tierra de soledad, guarda en tu seno
mi soledad, hermanas soledades
que alma son de los dos;
tierra de soledad, campo sereno,
tú cuando llegue el fin de las edades
me pondrás cara á Dios.
¡ Oh dulce tierra parda, madre mía,
cuna, lecho nupcial, tumba serena
del fatal conocer,
hecha en tí flor renacerá algún día
sin gloria mi alma, mas también sin pena
y libre del querer!

MIGUEL DE UNAMUNO.

Navarra.

OJEADA SOBRE URGAÍN Y SUS HABITANTES

Llueve, llueve, llueve. Quince días de lluvia incesante, inagotable, irrestañable. ¿Continuaba brillando el sol tras las plomizas nubes, ó se había apagado para siempre? El noroeste sacude los árboles y por la ruda corteza de sus troncos baja á hilos, el agua, extendiéndose luego, al pie de ellos, en forma de charcas. Las nieblas blanquecinas y densas tocan la raíz de la sierra. Descórrelas, á veces, el viento y se hacen visibles los sombríos manchones de hayedos y robledales, y sobre las peñascosas crestas, la nieve y el azul pálido y borroso del cielo.

El paisaje, materialmente diluído en la acuosa atmósfera lograba á duras penas, salvar de aquel emborronamiento algunos rasgos salientes : acá, el camino carretil apretado por setos vivos ; acullá, el cauce zarzoso del río ; más lejos los grupos de casas aldeanas con sus tejados relucientes y el desmayado penacho azul de las chimeneas.

El agua llovediza había convertido en regatos las zanjas divisorias de las heredades ; las tierras de pan traer, en pantanos transformadas, partían términos con los maizales cuyos amarillentos despojos aclaraban el fondo pardo del suelo. Las hojas secas, enligadas en el barro, chasqueaban como sonajas de pandereta cada vez que el viento disparaba sus descargas al valle por las gargantas de los próximos montes.

El suelo de la plaza de Urgaín, estriado por las llantas de las carretas ; despachurrado por la pezuña de los bueyes, agujereado por las patas de los cerdos, cabras y ovejas ; majado por el diario galopar de las yeguadas que suben y bajan de la sierra, había perdido toda consistencia, disolviéndose en papilla de lodo negruzco, espeso, pegajoso y resbaladizo, licuado á trechos, en agua fangosa.

Revolcándose por los barrizales, complacidos cual la dama que, al salir de perfumado baño, envuelve su cuerpo

en suave peinador de felpa, los cerdos correteaban gruñendo y esquivando la persecución de los chicuelos, ó seguían, con inconstante docilidad, los pasos de alguna mujer que remangadas las sayas y al aire las pantorrillas, buscaba, á saltos, entre charcos y baches, tierra sólida donde posar los pies descalzos, á la vez que su mano derecha agitaba la cesta con maíz, cebo sabroso de los glotones animales.

Sobre la acera y apoyada en la pared de las casas, la concurrencia recibía, impertérrita, el torrencial aguacero. Algunos cuantos paraguas descomunales, de algodón azul y cenefa de hilo blanco, dominaban la línea ondulante de las cabezas, como otros tantos toldos de barracas de feria. Los hombres, de caras mondas y enjutas, caracterizadas por la proeminencia de las mandíbulas, la largura de la nariz y el vuelo de las orejas, cubiertas las cabezas con amplias boinas de color azul claro, vestidos de pana, camisa blanca, sin botones en la arrugada pechera ni corbata en el ancho cuello; laciamente ceñida la cintura por faja morada; calzados con gruesos borceguíes cuyos clavos movían al andar, estrépito de herradura, ó con abarcas y peales ó *mantarres* á rayas blancas y negras; envueltos, algunos, en *capusais*, pero la mayoría sin otro abrigo que la chaquetilla corta y desceñida y el chaleco despechugado; metidas las manos en los bolsillos del pantalón remangado hasta el tobillo, sobre el que caían rígidos los pliegues de las bragas: fumaban en pipa de barro la *belarra* apestosa y discutían los negocios del mercado.

Las mujeres, por cuya abierta toca caían, espaldas abajo, hasta la cintura, las dos trenzas, prendidas á la tira de tela negra que las mantiene juntas, vestidas de percal, pañuelo á cuadros de colores vivos en el cuello, tersas las caras, de bondadosa, suave y mortecina expresión, cuya vida parece reconcentrada en los hermosos ojos, negros ó castaños: formaban grupos de parleras comadres, ó regateaban con terquedad el par de pendientes y las varas de tela que los buhoneros pasiegos les ofrecían. De vez en cuando una muchacha, llevando la herrada sobre la cabeza, salía á la plaza de alguna bocacalle, grave en la actitud, ligera en el andar, saltando baches y pisando guijarros garbosamente, empa-

padas de lluvia las sayas cortas que se le pegaban á las piernas, y mientras la herrada se llenaba, charlaba con las

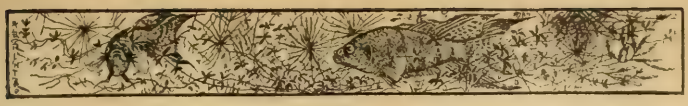
(Fot. Lacoste.)

Navarra : Campesinos.

compañeras, ó apoyaba la mano sobre el caño de la fuente, y se entretenía mirando á los corros de feriantes, no sin

bailar los descalzos pies sobre el majado pavimento para desentumecerlos del frío.

ARTURO CAMPIÓN.
(*Blancos y Negros.*)



IV

I. — GALICIA

Galicia es una de las regiones mejor pobladas de España, no obstante el considerable número de Gallegos que salen de su país para el resto de España y para América. « Es que, dice « la ilustre escritora Doña Emilia Pardo Bazán, los gallegos son « una raza prolífica, sobria, resignada, mansa, cauta, humilde, « que aquí, lo mismo que en América, ha puesto las robustas « espaldas al trabajo cual un atlante musculoso, con serena acep- « tación del destino sin rehusar ni la fatiga, ni el deber del « hombre de bien, *el acrecentamiento de la especie*, llenando el « hogar de hijos y trayéndoles, empapado en sudor, el pan dia- « rio. »

Galicia por su terreno quebrado, sus fértiles vegas y verdosos valles, lleva el nombre de *Suiza española*. Sus costas ofrecen á la navegación hermosas rías y los fondeaderos más abrigados de la península, sin embargo en la parte que es comprendida entre el Cabo Finisterre y la desembocadura del Eo, hay muchos acantilados, bajos, escollos, rompientes que con las nieblas á veces hacen muy peligrosa la navegación y cabotaje.

Orense. — La característica de la provincia es la industria de la lencería; apenas hay casa que no tenga un telar de lienzos. Ninguna región sufre tanto como ésta de la falta de carreteras y ferrocarriles, así es que ha de dejar sin explotar abundantes yacimientos de minerales, numerosos y buenos manantiales de aguas medicinales, y sus maderas de construcción.

La capital *Orense*, situada en la margen izquierda del Miño sobre el que tiene un magnífico puente con siete arcos grandio-

sos que se remonta á la época de Trajano, se distingue por su aseo ; un cantar dice:

Tres cosas hay en Orense
Que no las hay en España :
El Santo Cristo, la Puente
Y la Burga hirviendo el agua.

La Burga es un manantial con cuatro surtidores por los que brota el agua dentro de la población á una temperatura de 67 grados centígrados y sirve á los usos domésticos.

Pontevedra. — Lleva el nombre de *jardín de Galicia* por los hermosos valles que forman montes de escasa elevación, desprendidos de los Pirineos Galaicos. El Océano, que se entretiene en afiligranar la costa, tiene mucha influencia en la fertilidad y salubridad del país por su acción térmica. Casi todas las ciudades por su clima delicioso y saludable son puntos de veraneo, mientras los valles están cubiertos de rico verdor y producen todas clases de cereales, como de frutas : allí no falta nada ni siquiera la caña de azúcar.

Los habitantes gozan envidiable bienestar debido á los favores de la Naturaleza, pero también á su trabajo, á sus dotes, á su inteligencia y actividad.

Pontevedra es la capital de la provincia, pero Vigo es la ciudad de mayor importancia por su magnífico puerto.

Lugo. — La provincia de Lugo cuyo centro sirve de cauce al río Miño es en especial una región de pastos.

Lugo, la capital, es por ahora una población de poca vida y aspecto triste; conserva vestigios de monumentos romanos. En el extremo meridional de la provincia hay la colina conocida por el nombre de *Montefurado*, esto es monte horadado, porque en ella los romanos abrieron un túnel que da paso á las aguas del Sil, con motivo de buscar en su antiguo cauce filones de oro de donde proceden las arenas auríferas que arrastra dicho río.

La Coruña. — En esta provincia los habitantes piden el pan de cada día á varias labores, pero en general los hombres se dedican á la pesca, abundante en las costas, mientras las mujeres se ocupan en hacer encaje.

La Coruña, capital de la provincia, ofrece á los buques una hermosa bahía; para llegar á ella hay que pasar un sitio donde se estrellan las corrientes, se llama *la Marola* y la temen

mucho los navegantes; por eso dicen: *Quien pasa la Marola pasa la mar toda.*

El Ferrol es otro puerto con importante dársena y poderosos diques que vienen á reforzar de tal modo sus defensas naturales que se le puede considerar como plaza inexpugnable. En sus arsenales y astilleros se construyen los barcos de guerra de gran tonelaje.

Basta citar el nombre de *Santiago de Compostela* para recordar á la vieja Europa los tiempos en que los hombres de todas las clases tomaban el bordón del peregrino para visitar la ciudad santa y pisar las losas de granito de su grandiosa basílica ante la que Castelar decía: « He contemplado mil veces los prin-
« cipales escenarios en que acaecieron los hechos históricos, y
« no había visto, sin embargo, aquellos donde nuestra historia
« comienza, y la fuente de nuestra vida nacional brota, y el
« poema de la Reconquista se inicia, y el habla nacional bal-
« bucea sus primeras palabras, y el grito de Dios y de libertad
« resuenan, y el astur y el galaico hacen retroceder al árabe
« abortado por los desiertos del Mediodía, al normando abor-
« tado por los mares del Norte y por doquier, así en los primi-
« tivos dialectos de incomparable dulzura, como en las igle-
« sias románicas de indecible severidad, se sienten aún los
« vagidos de nuestro espíritu y se tocan las tablas de nuestra
« cuna. »

II. — ASTURIAS

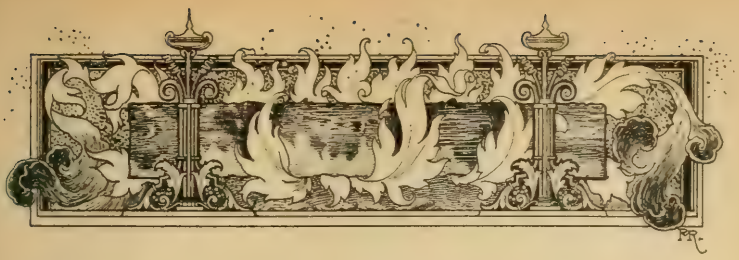
El principado de Asturias limita con la provincia de Santander al Este, con la de León al Sur y la de Lugo al Oeste, mientras el Cantábrico baña sus costas bravas. Allí soplan con furia los vientos batiendo el granito de los acantilados, formando barras difíciles de salvar en las rías de la orilla. La costa está sembrada de arrecifes y en ella se destaca el macizo de Cabo Peñas que avanza 20 kilómetros mar adentro. Esta parte de la provincia se llama *la marítima*, goza de clima muy templado y tiene vegetación mediterránea (granados, moreras, limoneros, naranjos) por la influencia de la corriente del Golfo, y también por la protección que le presta el murallón del Pirineo continental contra los vientos fríos de la meseta Castellana.

Este murallón tiene derivaciones llamadas cordales, entre las cuale corren hondas cañadas ; las montañas están pobladas de bosques seculares donde abundan los osos y forman toda la parte de la provincia denominada *Umbría*.

Siendo desigual el terreno y diferente el clima según se pasa de la Umbría á la *marina,* muy variados son también los productos agrícolas. Pero lo que no cambia de una á otra parte son los juegos de las aguas que brotan por todos lados, desaparecen en sumideros naturales, se despeñan en ruidosas cascadas ó forman brillantes lagos en los llanos y páramos ; tampoco cambia el aspecto de las casas, diseminadas en la campiña ó por la falda de los cerros, reunidas en blancos caseríos ; en fin, los Asturianos conservan la sencillez de costumbres, el valor de los belicosos astures, sus progenitores ; y algunos filólogos han querido ver en el dialecto *bable* algún eco de la lengua primitiva de Asturias.

Sea por la vida que llevan en las montañas, sea por otro motivo de raza, no escapa á nadie que « Gallegos y Asturianos son primos hermanos », nosotros tenemos que mentar aquí otro parecido aún. En los cantares, los instrumentos de música, y hasta los bailes, Asturianos y Gallegos se asemejan muchísimo á los *Auvergnats* franceses, y la tonada de la « *bourrée d'Auvergne* », podría ser verdaderamente gallega ó asturiana.

Al principado de Asturias corresponde una sola provincia que es la de *Oviedo :* es una de las primeras de España por su riqueza. Vastas pomaradas cubren los valles y de sus manzanas se extrae la sidra espumosa generalizada en toda España ; la tierra prodiga sus frutos porque la agricultura está muy desarrollada, pero no son menos importantes los rendimientos del subsuelo, y la industria siderúrgica con sus numerosas fraguas, herrerías y fábricas alimenta un comercio activísimo, centralizándose casi todo el tráfico en el puerto de *Gijón*.



Los Robles.

Allá en tiempos que fueron, y el alma
Han llenado de santos recuerdos,
De mi tierra, en los campos hermosos,
La riqueza del pobre era el fuego ;
Que al brillar de la choza en el fondo,
Calentaba los rígidos miembros
Por el frío y el hambre aterídos,
Del niño y del viejo.

De la hoguera sentados en torno,
En sus brazos la madre arrullaba
Al infante robusto ;
Daba vuelta afanosa la anciana
En sus dedos nudosos, al huso,
Y al alegre fulgor de la llama,
Ya la joven la harina cernía,
O ya desgranaba
Con su mano callosa y pequeña,
Del maíz las mazorcas doradas.

Y al amor del hogar calentándose
En invierno, la pobre familia
Campesina, olvidaba la dura
Condición de su suerte enemiga ;

Y el anciano y el niño contentos
En su lecho de paja dormían,
Como duerme el polluelo en su nido
Cuando el ala materna le abriga.

II

Bajo el hacha implacable ¡ cuán presto
En tierra cayeron
Encinas y robles !
Y á los rayos del alba risueña
¡ Qué calva aparece
La cima del monte !

Los que ayer fueron bosques y selvas
De agreste espesura,
Donde envueltas en dulce misterio
Al rayar el día
Flotaban las brumas
Y brotaba la fuente serena
Entre flores y musgos oculta,
Hoy son áridas lomas que ostentan
Deformes y negras
Sus hondas cisuras.

Ya no entonan en ellas los pájaros
Sus canciones de amor, ni se juntan
Cuando mayo alborea en la fronda
Que quedó de sus robles desnuda.
Sólo el viento al pasar trae el eco,
Del cuervo que grazna
Del lobo que aúlla.

III

Una mancha sombría y extensa
Borda á trechos del monte la falda,
Semejante á legión aguerrida
Que acampase en la abrupta montaña
Lanzando alaridos
De sorda amenaza.

Son pinares que al suelo desnudo
De su antiguo ropaje le prestan
Con el suyo el adorno salvaje
Que resiste del tiempo á la afrenta
Y corona de eterna verdura
Las ásperas breñas.

Árbol duro y altivo que gustas
De escuchar el rumor del océano
Y gemir con la brisa marina
De la playa en el blanco desierto,
¡ Yo te amo ! y mi vista reposa
Con placer en los tibios reflejos
Que tu copa gallarda iluminan
Cuando audaz se destaca en el cielo,
Despidiendo la luz que agoniza,
Saludando la estrella del véspero.

Pero tú, sacra encina del celta,
Y tú roble de ramas añosas,
Sois más bellos con vuestro follaje
Que si mayo las cumbres festona
Salpicadas de fresco rocío
Donde quiebra sus rayos la aurora,
Y convierte los sotos profundos
En mansión de gloria.

Más tarde, en otoño,
Cuando caen marchitas tus hojas,
¡ Oh roble ! y con ellas
Generoso los musgos alfombras,
¡ Qué hermoso está el campo !
La selva ¡ qué hermosa !
Al recuerdo de aquellos rumores
Que al morir el día
Se levantan del bosque en la hondura
Cuando pasa gimiendo la brisa
Y remueve con húmedo soplo
Tus hojas marchitas,
Mientras corre engrosado el arroyo

En su cauce de frescas orillas,
Estremécese el alma pensando

Dónde duermen las glorias queridas
De este pueblo sufrido que espera
Silencioso en su lecho de espinas
Que suene su hora
Y llegue aquel día
En que venza con mano segura
Del mal que le oprime,
La fuerza homicida.

IV

Torna roble, árbol patrio, á dar sombra
Cariñosa á la escueta montaña
Donde un tiempo la gaita guerrera
Alentó de los nuestros las almas;
Y compás hizo al eco monótono
Del canto materno
Del viento y del agua,
Que en las noches de invierno al infante
En su cuna de mimbre arrullaban.
Que tan bello apareces, ¡ oh roble !,
De este suelo en las cumbres gallardas
Y en las suaves graciosas pendientes
Donde umbrosas se extienden tus ramas,
Como en rostro de pálida virgen
Cabellera ondulante y dorada,
Que en lluvia de rizos
Acaricia la frente de nácar.

¡ Torna presto á poblar nuestros bosques ¡
Y que tornen contigo las hadas
Que algún tiempo á tu sombra tejieron,
Del héroe gallego
Las frescas guirnaldas.

ROSALÍA DE CASTRO.

Guipúzcoa y Pontevedra.

LA GUERRA COMO ESCUELA

Cae en Pontevedra la misma ó mayor cantidad de lluvia que en Guipúzcoa; ofrece su terreno los mismos desniveles; la población de la provincia gallega es tan densa ó más densa que la de la provincia vascongada; ambos países son fronterizos y costeros, y sin embargo, Guipúzcoa muestra todos los síntomas de la riqueza y del adelanto, mientras Pontevedra, fuera de Vigo, enriquecido por las industrias pesquera y conservera, es, por punto general, ejemplo de rutina y de miseria. Análogas tierras, paisajes parecidos, son aquí teatro de tristeza y pesimismo, y allí marco de fuerza y de esperanza. Y ello prueba que no hemos de buscar todas las causas en los estrictos hechos geográficos; los hechos humanos influyen á su vez; ¿ de qué manera?

En la provincia de Pontevedra la propiedad rústica se halla dividida á tal extremo, que apenas se encuentra hombre sin tierra ni tierra sin hombre. Hasta los obreros de las ciudades suelen poseer su pedazo de finca. Y éstas son infinitesimales por lo pequeñas. Sorprende el sinnúmero de cercas, tapias, zarzales y regatos que marcan sus linderos. Todos ó casi todos los pontevedreses son minúsculos propietarios, y todos ó casi todos cultivan sus tierras y sólo sus tierras. El número de terratenientes no trabajadores es insignificante. La población urbana está formada por los comerciantes, los funcionarios, los abogados y los antiguos emigrantes enriquecidos en América.

En Guipúzcoa, por el contrario, la división de la tierra es

más aparente que real. Es relativamente raro el cultivador propietario del campo que trabaja. La tierra se halla en manos de arrendatarios, mientras viven los terratenientes con la renta de los tres ó cuatro caseríos que, por lo común, poseen. Hay en Guipúzcoa dos castas de hombres perfectamente deslindadas : propietarios que hacen la vida urbana, sin otra preocupación económica que la de cobrar las rentas de sus tierras, y labriegos que moran en los caseríos y cuya vida se arrastra de año en año con la obsesión de allegar recursos para satisfacer los arriendos. Estas dos castas no han podido fundirse en el transcurso de los siglos. El régimen de mayorazgos ha impedido la subdivisión de la propiedad. El primogénito heredaba la tierra, los hermanos menores ingresaban en la Iglesia, en el Ejército ó en la Marina, algunos emigraban, otros se hacían abogados ó médicos ; las hermanas de escaso dote tenían que ser monjas. Los labriegos se transmitían igualmente los arriendos de padre á hijo. El propietario se cuidaba de casarlos y aun de arrinconar á los viejos cuando eran inútiles para el trabajo, concediendo las tierras á los hijos é indemnizando á los padres con un régimen de asilo en su antigua casa, dulcificado por algunos cuartillos de vino para las grandes fiestas, y algunas libras de tabaco para la pipa.

La tierra de Guipúzcoa nos ofrece el tipo modelo del régimen aristocrático y militar ; dos razas, dos pesos, dos medidas ; hombres que guerrean y dominan, y hombres que mandan y obedecen. Este tipo de vida seguramente se ha dado en Pontevedra siglos hace. Sin duda cuantas razas invasoras han llegado á Galicia constituyeron su hegemonía de modo semejante. Pero el hecho es que en Guipúzcoa se perpetúa, mientras en Pontevedra ha desaparecido. Y el hecho es natural, porque el régimen militar y aristocrático es duro de mantener, duro para el que obedece, duro para el que manda, que ha de sacrificar los mayores afectos familiares en gracia á la vinculación de la hacienda, y ha de vivir con el arma constantemente al brazo para no dejarse arrebatar sus derechos. Sólo la necesidad más imperiosa es capaz de perpetuarlo. En la paz permanente, las aristocracias degeneran hasta fundirse en la multitud : en la guerra incesante acaban por destruirse ; sólo con un régimen de paz y guerra

alternativas, las aristocracias se mantienen. Verosimilmente, la paz de que Galicia disfruta desde hace varios siglos ha hecho degenerar á sus señores, hasta que en aquel pueblo no quedara más que una muchedumbre de pobres y pequeños propietarios, regida por ínfima minoría de caciques, mientras en Guipúzcoa el sistema aristocrático se ha conservado merced á las guerras que, hasta hace un cuarto de siglo, ensangrentaron el solar vascongado.

Así las cosas, asentada la paz definitivamente en 1876 por la consolidación de la unidad española, llegan Guipúzcoa y Pontevedra al período industrial en que la explotación de sus saltos de agua puede enriquecer ambas comarcas. Guipúzcoa, educada en la guerra, tiene las cualidades bélicas — ambición, osadía, austeridad, rudeza; Pontevedra, hecha á la paz, posee las virtudes de la paz — cortesanía, indulgencia de costumbres, amor á las artes y á las letras, dulzura melancólica, tristeza sensual; — los mejores cantos de Guipúzcoa, son himnos guerreros; los mejores de Pontevedra, endechas de amor; las iglesias guipuzcoanas, son austeras y obscuras; las vírgenes gallegas reciben como ofrendas ramilletes de flores. Por cada tres ó cuatro familias que habitan otros tantos caseríos, tiene Guipúzcoa una familia que no necesita encorvar el cuerpo para labrar el campo y que es enérgica y ambiciosa y tiene ahorros y puede invertir caudal, tiempo y energía en otras empresas, mientras el cacique de Galicia no tiene por qué ambicionar nada, y sus infinitos é infinitesimales propietarios, atados á la tierra, no pueden disputarse más que pedazos insignificantes de hacienda en pleitos interminables. El emigrante de Guipúzcoa, segundón sin fortuna ó hijo de arrendatario sin posibilidad de caserío en arriendo, como ninguna propiedad deja á su espalda, vive en América hasta realizar considerable capital; el emigrante de Pontevedra, en cuanto adquiere doscientos duros, se acuerda de sus tierras y regresa para comprar microscópica huerta ó algún ganado de labor.

Y así en cuanto los primeros forasteros descubren el valor de los saltos de agua y de las minas que por igual encierran Guipúzcoa y Pontevedra, encuentran en la provincia vascongada dinero competidor, en los indianos y en los terratenientes; ingenieros y capataces, en los segundones sin

fortuna, pero con carrera y ambición ; operarios magníficos en la gente campesina que no puede hallar tierras en arriendo; mientras en la comarca gallega el cacique á la antigua no tiene por qué cambiar un régimen en el que se halla á gusto, y el pequeño propietario es demasiado pobre para ofrecerle capataces é ingenieros y demasiado rico para resignarse á trabajar por salario con la permanencia que requiere toda industria estable y algo especializada.

Y así, lector, si vas á Guipúzcoa te encontrarás al frente de las fábricas magníficos ejemplares de cabecillas que están pidiendo el uniforme, y si vas á Pontevedra verás un pueblo miserable y triste, sometido á unos cuantos políticos que tienen en sus manos, con el reparto de las contribuciones, la dicha y la desdicha de aquellos campesinos, seres irredimibles hasta que los progresos de la industria les arranquen de sus campos minúsculos.

Y así la guerra antigua de las armas ha servido de escuela á los guipuzcoanos para la nueva guerra de la industria. ¡ Siempre la misma guerra ! ¡ Vivir, luchar, vencer, mandar !... Digno de la muerte es el pueblo que renuncie á vivir; dignos de la servidumbre los hombres que no aspiren á mandar.

RAMIRO DE MAETZU.

El Gaitero.

Surge espontáneo artista
de la armonía
de aquella tierra emporio
de poesía ;
sencilla ó grave
su música es el trino
que lanza al ave.

Retozón, bullanguero,
libre de aliños,
festeja á las muchachas

corre á los niños,
y halla bastante
ventura en la del pájaro
que vaga errante.

Cuando llega á una fiesta
sus dulces sones
hacen latir unísonos
los corazones.
¿ Llegó el gaitero ?
pues llegó la alegría
del mundo entero.

Repartiendo sonrisas
cruza las calles,
traspone las montañas
baja á los valles,
y aves y flores
le dicen los secretos
de sus amores.

¿ Qué es la gaita ? ¡ Su vida !...
Tosca ó sublime,
si él es dichoso, canta,
si sufre, gime.
Su gaita encierra
algo así como el alma
de aquella tierra.

ANTONIO OSETE.
(*Arte y letras.*)

El Peregrino.

¡ Con su talma de conchas, levantado
El fieltro gris por su sudosa frente,
El rosario del cíngulo colgado,
La calabaza del bordón pendiente !

¡ Y el sayal de estameña hecho girones
Nevado por el polvo del camino,
En los compostelanos escalones
Se arrodilla, de golpe, el peregrino !

¡ Viene en luctuoso viaje de muy lejos ;
Sangran sus pies por el calzado roto,
Mas en su faz explenden los reflejos
De la ventura, al realizar su voto !

¡ Acaso vá á morir, vacila y llora
Con la agonía en su mirada impresa,
Pero impuesto al cansancio se incorpora,
Y con hondo fervor las gradas besa !

¡ Y ya concluída su oración, de bruces,
Álzase al fin, el sombrerón se quita,
Y se mete en el templo con sus cruces,
Con su fe medioeval que resucita !

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

Asturias.

Son tus manantiales músicas divinas
de agua melodiosas
que sus liras quiebran en tus rudos brezos
y que se atropellan por cantar tus glorias.
Mas el dulce canto
que al bajar entonan
no tiene el murmurio monótono y grave
ni el cansado ritmo ni las vagas notas
del arroyo que pasa mezclando
su voz al confuso rumor de la fronda.
Fueron tus cavernas
cajas misteriosas
de laudes de piedra en que el viento

guardaba los ecos de la vieja historia
y, por tal motivo,
llantos de leyendas de tus piedras brotan,
y tus altas cumbres
las nieves curiosas
abrazan, oyendo
cosas de otros días, olvidadas crónicas.
Y trenzando los iris más vivos
en el limpio cristal de sus gotas,
lanzan sus corrientes murmurando amores
y al saltar profieren gritos de victoria,
y al hundirse en revueltas vorágines
de espuma deshecha, bullente y rabiosa,
de las enconadas, fieras multitudes
imitan las voces lejanas y roncas,
y en los suaves remansos escuchan
con la inquieta atención de sus ondas
el grito del viento que zumba en los valles
fingiendo el sonido de la épica trompa,
y en claros arroyos rompiendo su túnica
caen en largas lágrimas bruñendo las rocas
y en hervores de perlas se extinguen
á la arena mintiendo lisonjas.

¡ Asturias hidalgas !
¡ Preclaros blasones de lises gloriosas
que labraron cinceles de espadas
poniéndolos motes de sangre por orla !
¡ Polvo de oro guardas en tus viejos códices !
¡ Son tus ruinas páginas de edades remotas !
¡ Tus cuevas profundas alcázares fueron
de ilustre memoria !
Y tus encinares,
y tus caseríos de techumbres rojas,
y tus gaitas de fieros sonidos
que maldicen y ruegan y lloran,
y tus dulces pravianas que el aire
de los rojos labios de tus hijas roban,
y el mar que iracundo
palpa tus cantiles con tus aguas torvas,

¡ parece que tienen
voces misteriosas,
de grandeza selvática y ruda,
que, como tus fuentes de irisadas gotas,
cantan por el suelo, se van por el aire
cantando tus glorias!...

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ.
(De *Nuevo Mundo*, Revista ilustrada.)

La Vaca.

Brillante con el brillo de la vida
de asta pequeña y de pezuña breve,
de piel con la blancura de la nieve
y ubres como una fuente dividida,
va á la cadena de metal prendida
la res lustrosa donde el Sol luz llueve,
y arrastra al hombre cuyo paso mueve
retozando de todo sorprendida.
Muge, brinca, sacude la cabeza;
la espléndida salud, que es su belleza,
muestra en el ancho lomo y cuello altivo.
Y cuando cesa, de jugar cansada,
mansa, enorme, paciente, y reposada,
¡ parece andando un monumento vivo!

SALVADOR RUEDA.

COSTUMBRES ASTURIANAS Y MONTAÑESAS

La pesca del retuelle.

Mediaba el mes de junio: las mareas eran vivas, el día espléndido, y aquella red, la primera que echaba *el lebrato*

La bahía de Vigo.

en el vagar que le ofrecían sus trabajos campestres, entre el resallo y la siega.

Antes de comer lo poco y mal condimentado que les aguardaba arrimado en un pucherete á la lumbre mortecina, ya estaban el padre y el hijo Arcillosa arriba en su chalana, porque la pleamar exacta era á las doce, y había que levantar la red un buen rato antes de iniciarse el descenso de las aguas. Cuando llegó el momento esperado, cada cual haló desde la orilla en que estaba del correspondiente cabo, que volvió á ser amarrado bien tirante á la respectiva estaca, en cuanto la red quedó alzada más de tres palmos sobre la marea; precaución bien tomada, porque el « muble » no es pez que se deja arrinconar por barreras que puedan franquearse con un salto de una tercia. Levantadas de igual modo las redes en los dos portillos, los rederos se volvieron á casa á zamparse la insípida puchera en paz y en gracia de Dios, mientras la línea negra que trazaba la red sobre la tersa y brillante superficie de las aguas, advertía á los muchos aficionados del lugar que apercibieran sus morrales y retuelles.

Y no fué desairado el aviso, pues desde más de una hora antes de bajamar, ya comenzaron á salir de los tres barrios triscando como potros bravíos, con el morral al costado, el retuelle al hombro, las perneras remangadas hasta las ingles, los pies decalzos, los brazos en cueros vivos y la cabeza hecha un bardal, cerca de dos docenas de mozuelos y más de seis mocetones, que no pararon de correr hasta la casa misma de los rederos, donde tomaban de memoria el número que había de corresponderles en la fila, según el orden en que iban llegando.

Cuando no quedó en la Arcillosa más agua que la contenida en su canal angosta, se formó dentro de ella, y en el orden indicado, la fila de uno en uno, detrás de los rederos y su familia. Iban, pues, delante de todos, el Lebrato, su hijo y tres nietos. Tenían los rederos ese privilegio en compensación del derecho que asistía á sus convecinos, y no se sabe por qué, para tomar parte en toda pesca preparada de igual modo en la ribera del lugar.

La fila no bajaba de treinta cuando el Lebrato se agazapó y comenzó á andar Arcillosa arriba, á pasos muy cortos y

muy lentos, arrastrando al mismo tiempo la mitad del aro de su retuelle por el suelo de la canal; y los que le seguían, imitando su ejemplo, se fueron humillando uno por uno, dando con sus oscilaciones y bamboleos tal aspecto á la procesión, que más parecía revolcarse que caminar. Como el diámetro de los retuelles no era menor que el ancho de la canal, evidente es que cada pescador no podía contar con otros peces que los que se escabulleran, casi de milagro, por los resquicios ó las mallas del retuelle del que le precedía. De este modo calcúlese lo que le alcanzaría al que formaba en la cola, por cada libra de pescado que embaulara el Lebrato en su morral. Ni los cámbaros llegaban esa vez al retuelle del muchacho que hacía en la procesión el número treinta.

. . . . . .

Entre tanto, los de la Arcillosa, olvidados bien pronto de Quilino con los lances de la pesca y las cosas del Lebrato, continuaban detrás de éste y su familia arrastrando el retuelle, casi siempre vacío; pero con la esperanza de mejorar de suerte más allá. Y así fué, para algunos, al llegar al remate de la canal, punto menos que en seco ya, donde los cautivos peces se habían ido refugiando al buscar una salida que sólo hallaban los que tenían la suerte de caber por las estrechas mallas de la red. Para todos los pescadores hubo algo en aquel sitio; pero tan poca cosa para los más de ellos, que sin las cuchufletas del Lebrato, el lance de Quilino y otras « deversiones de palabra » que allí encontraron, no alcanzara á consolarlos del tiempo que habían perdido, ni del dolor de riñones que les hacía renquear, de vuelta á casa.

José María de Pereda.

(*La puchera.*)

Asturias.

Gústesme porque yes probe
Tan probina como vieya
Fabla dulce de mio Asturias
Encanto de la mio tierra
Gústesme porque homildica.
Como l'homilde violeta
Que non piensa'n ser carbayu
Nin pino, nin clavelera,
Vives como fai mil años
Escondida nas aldeas.

* * *

Como nuestro Mediodía es África, y el Este es Asia, el Norte es aquel característico y austero suelo de Europa que contempla la vista á poco de viajar por sus naciones más renombradas y poderosas. Cielo gris, tristón; abundancia de humedad en la atmósfera; luz fría y pálida; casas morenas, techos ya rojos, ya pizarrosos; bosques y selvas de apretados robles, castaños y nogales lo cubren todo; por las vertientes de sus montañas trepan los campos de tupido maíz con sus rubias mazorcas balanceadas al empuje de fuertes vendabales; las doradas y rojas pomas dan el mosto agridulce de la sidra; las cañadas y repliegues de los montes parece que guardan en las tradicionales danzas sentidos cantos guerreros, que acompañan con la gaita y la dulzaina, instrumentos de aire; el campesino es pacífico, dócil, austero, trabajador, y en su cabello, del tinte de aquel lino cantábrico que mucho celebraban las matronas elegantes de Roma, denuncia la mezcla de antiguas razas, muy distintas de las que predominaron en los otros lugares.

Hice en el año 1892 el último de mis viajes por Asturias y entonces como siempre, me acometió vivo deseo de moverme; de pasear de uno en otro sitio; de sacudir mi espíritu hasta la saciedad contemplando sus paisajes, sus monumentos, sus industrias y sus costumbres; de oir á sus habitantes, tratarlos y quererlos, hallando por doquiera encantos y seducciones, idilios y grandezas que me impresionaban como si en mi alma de madrileño surgieran nostalgias y ternuras de misteriosos progenitores asturianos.

¡ Cuán hermosos me parecían todos, todos sus panoramas! Aquella desembocadura del Nalón en el mar, grandiosa, admirable de indiscutible belleza; aquel amplio y majestuoso valle de Villaviciosa, con su lindísima y arcaica población de señorial abolengo que traía á la memoria su conocido cantar:

Villaviciosa hermosa ¿qué tienes dentro,
Que me robas el alma y el pensamiento?

Y el valle de Cangas de Onís con su pintoresco puente cuyo espacioso arco encuadra un paisaje muy lindo, que ni Ruysdael le soñara tan hermoso... Además que bien distinguía luego los tipos de sus variados panoramas, según pertenecían á la región marina, ó costa; á la vega, ó centro y á las montañas ó mediodía!

De entre las primeras recordaré siempre con singular deleite y respetuoso cariño la ribera de Soto del Barco, no sólo por su grandiosa belleza, sino también, porque en uno de los pliegues de la quebrada comarca, entre laberintos de tupida verdura y boscaje, se oculta un lugarcillo que llaman Caseras, y en el lado extremo suyo hay muy pobre casita, ennegrecida por los años y el humo, donde nació mi ya difunto padre. Siempre que por allí voy, el corazón me late con inefable sentimiento, porque si el alma recuerda tiernas narraciones de obscurísimos antepasados, los ojos se embelesan saltando la mirada de monte en monte por un panorama de muchas leguas que comprende la juridicción de numerosos concejos. ¡Es soberbio el paisaje! En el centro resplandece la corriente de la ría de Pravia, donde

concluye el Nalón, que supera á todos los demás ríos de Asturias, por su cauce y pintorescas márgenes, y se dilata allí con expansiones que forman á modo de lago, antes de verterse en el mar, distante pocos metros; de sus orillas arrancan grandes montañas que se suceden en anfiteatro hasta perderse en términos lejanos, apareciendo, cuándo con pedregosas calvas, cuándo recubiertas por bosques de apretados pinos, castaños, robles y nogales, formando así manchones de muy variado tono, una sinfonía riquísima de matices del color verde. Pueblos, caseríos, quintas rodeadas de jardines, hoteles elegantes... abundan por doquiera la vista camine; allá está Soto del Barco, y en lugar solitario y predilecto, la renombrada Casa del Ponte; cerca del mar, sobre colina caprichosa, las ruinas de un castillo moro, esbeltas y bien asentadas, como si fuera fantástica creación de un lindo infantil Belén de Navidad; más allá se divisa faja como de áurea playa, confinando con el sombrío y vigoroso azul de las ondas del Cantábrico, marcando el sitio donde río y mar se juntan y donde hay un pueblecito de pescadores llamado El trenal, si bien recuerdo; enfrente está Muros, en lo alto de una loma por cuya falda parecen bajar al agua preciosos caseríos entre ellos, el hotel que hiciera el malogrado pintor Plasencia para mansión de verano y centro de una colonia de artistas que allí fueron, seducidos por tan mágica perspectiva y más abajo, cruzando de uno á otro lado de la ría, largo y magnífico puente de hierro; por distinto sitio se ve Riberas de Pravia; allá sobre un altísimo cerro, la blanca Iglesia de Santa Ana, dominando como un pararrayos todo el paisaje; lugar privilegiado donde se goza de una amplitud conmovedora de cielo, piélago inmenso del espacio, con luces de diferentes tonos y, casi de continuo, con nubes de muy bizarras apariencias, de agua ya en forma de ría, ya de lago, ya de mar; de verdes, ya en los prados, con sus alfombras de yerba y sus cónicas varas, ya en los maizales y en los sombríos y seculares bosques; de carreteras y caminos, de bardales y setos, enredijo de madreselvas y jarales, majuelos y zarzamoras; de iglesias, villas y lugarcillos.... todo formando un conjunto escénico dilatado, solemne, patriarcal.

ÁNGEL PULIDO.

Coloquio.

Hoy viene á visitarme Francisquín, un vecino
que es un buen hombre. No fuma, ni prueba el vino,
y á su mujer, Teresa, le da toda la plata
que puede. Es un bendito; un bendito... que mata
reses, y que la carne lleva á vender á Oviedo.
Se ha sentado á mi lado, y como yo no puedo
explicarme que sea buen hombre y matachín,
le digo de esta suerte:
— Amigo Francisquín
¡ No te tiembla la mano, no sientes mucha pena
al matar á esas pobres reses inofensivas?
¿ Y no creiste ver sú pupila serena
mirar, como implorando que las dejases vivas?
El hace un gesto y dice:
— Pss. Nunca creí ver nada.
— Pues, tienen esos animales una mirada
tan dulce, tan amiga y buena, tan resignada,
que todo un universo en su globo se encierra.
¿ No has visto tú los diáfanos ojos de una becerra?
No, no supiste verlos. Si los hubieras visto
no serías carnicero.
Y Francisquín: — ¡ Recristo!
Y... ¿ Qué iba usté á comer, Don Ramón?
— Ten por cierto,
que un animal es más útil vivo que muerto;
y es la naturaleza tan sabia y maternal,
que en ella vivir pueden todos, sin hacer mal.
La vaca da su leche, sus huevos la gallina,
y la abeja su miel para nosotros deja;
el pan viene del trigo, que es la flor de la harina,
y el vino tinto sale de la uva bermeja.
Y por si esto no basta, los árboles amigos
nos ofrecen sus frutos (peras, manzanas, higos);
cada cual á su tiempo muéstralos en sazón

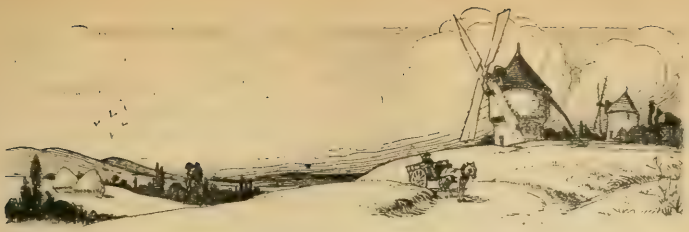
abundantes y dulces, que es una bendición.
Pero, aún hay más, querido Francisquín : hortalizas
existen, que á las gentes ponen gordas, rollizas,
con su virtud oculta. Y en fin, como propina,
alimento del alma da la tierra divina
con sus pájaros, sus arroyos y sus flores,
que cantan dulcemente, ó parlan reidores,
ó exhalan ambrosías al hombre triste, gratas. —
Y añado, semi en serio : — ¡Francisquín ! ¿Por qué matas ?

Y como siempre ha sido un pobre hombre, un bendito, sólo dice :

— ¡Qué cosas tiene usté, Señorito !

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.

(*La Paz del Sendero.*)



V

CASTILLA LA NUEVA

El suelo de Castilla la Nueva, árido y pedregoso, accidentado además por tristes cordilleras, ofrece el aspecto de un desierto con manchas verdes de algunos oasis.

Las cinco provincias de que se compone son entre sí tan desemejantes que ni en los productos del suelo, en las costumbres de los habitantes, en las ocupaciones de las gentes, en el trato ó en la vida de los pueblos y ciudades hay correlación : Castilla la Nueva es algo como un ser multiforme y policromo compuesto de rasgos diversos arrancados ó reflejados de cuantas regiones la rodean.

Madrid. — La provincia de Madrid está situada en el centro de la Península. Se divide en dos partes, una montuosa, por la Sierra de Guadarrama, con clima frío y húmedo, abundantes pastos, muchos pinares entre los cuales el más famoso es el Pinar del Paular ; otra llana descendiendo de nivel hacia el cauce del Tajo. Esta comarca provee la capital de cuantas hortalizas y fruta necesita el medio millón de habitantes que tiene concentrado.

La huerta de Aranjuez, las vegas del Tajuña y del Jarama, la campiña de Alcalá de Henares están sometidas á un cultivo intenso que favorecen mucho las condiciones de Madrid, centro de comunicaciones y residencia de cuantas dignidades y representantes altos ostentan la política, el capital, la artistocracia.

Asentada « la Villa y Corte », sobre algunas colinas de arena, capital improvisada y sin timbres históricos, creación de Felipe II, no tiene carácter antiguo; nuevos son sus palacios, modernas sus casas, su vida misma por el movimiento en las calles, la actividad de los moradores, la animación del comercio, es de una ciudad completamente nueva, construida por la voluntad de los hombres en un punto céntrico, sin reparo en la aridez del suelo, en la crudeza del clima, [*el aire de Madrid es tan sutil que mata á un hombre y no apaga un candil*], en todas las dificultades que á veces se oponen á la realización de nuestros deseos y necesidades : Madrid es como el símbolo de la lucha del hombre contra la Naturaleza.

Guadalajara. — Esta provincia sólo tiene importancia agrícola. Antiguamente de las minas de Hiendelaencina se sacaba mucha plata, ahora están casi agotadas. Pero no pierde por eso de su fama la provincia ya que la región barrancosa llamada vulgarmente *la Alcarria*, cubierta de oloroso tomillo y romero, sigue produciendo la mejor miel de España. Es una provincia rica únicamente de recuerdos históricos; del *antiguo Señorío de Molina* (en la parte más alta de la provincia), *cuidado de los Reyes de Aragón, deseos de los de Castilla, corte de Infantes, dote de reinas y desvelo de ricos hombres*, quedan todavía ruinosos castillos asentados en la falda de los cerros.

Toledo. — La ciudad de Toledo, después de haber podido esperar desenvolvimiento industrial notable y comercio activo que la transformara en grandioso emporio acabó por ser ciudad muerta, descansando en una peña circuida por el Tajo y ostentando sus monumentos de diversas edades en medio de los cuales descuella famosa catedral, primacía de España.

Ahora su industria principal es la de armas blancas, y de repujados, niquelados, damasquinados que hacen competencia con los de Eibar.

No se puede hablar de la Provincia de Toledo sin nombrar á Talavera de la Vega con sus fértiles huertas, su cerámica y tejidos de seda que gozan de antigua fama, y también de *El Toboso* inmortalizado menos por sus tinajas que por haberlo hecho Cervantes patria de *Dulcinea*.

Cuenca. — De la provincia de Cuenca el viajero guarda la visión de altos páramos cortados por hondos valles, de un desierto, de aguas corrientes y áspera serranía con bosques magníficos. La Alcarria con sus barrancos y jarales se extiende

también en esa provincia colindante con la de Guadalajara ; la Mancha despoblada, pero no sin poesía, despliega en terreno

(Fot. Lacoste.)

Campesinos de Ciudad Real.

llano su inmensa monotonía envolviendo luego en tristeza y fantásticos ensueños al desgraciado viajero que apechuga con

los rigores de su clima seco y cálido, la aridez del suelo, la pobreza de los pueblos y aldeas.

La capital misma, que presenta la forma de un pilón de azúcar, tiene aspecto en extremo pintoresco : está rodeada por grandes despeñaderos, el Júcar y el Huécar ciñen con hondo foso natural sus antiguas murallas.

Ciudad Real. — Basta leer *el Quijote* para darse cuenta del carácter de la provincia de Ciudad Real que comprende la mayor parte de la Mancha. « Tierra seca » decían los Árabes, tierra muy árida en efecto, desprovista de arbolado y talada por la langosta, la Mancha es pobre, muy pobre en producciones. Pero ¿á quién echar la culpa de tal pobreza ?, tal vez á los Manchegos mismos que no saben luchar contra la naturaleza, domarla fertilizando por un sistema de riego bien entendido un suelo que no resistiría al cultivo. A pesar de eso la provincia es bastante mercantil : á sus producciones en cereales que necesitan molinos de viento tan abundantes en ella, se añaden una riqueza vinícola notable y una industria minera importantísima. El azogue de Almadén, el vino de Valdepeñas, las blondas de Almagro y el queso manchego se reparten los favores del público.

Una verbena.

La muchedumbre se extendía alegre y bulliciosa por el paseo inmenso, entre los puestos de juguetes, de bisutería barata, de comestibles indigestos, chufas, avellanas nuevas con su cáscara verde, dorados altramuces, tostados cacahuetes anillados y panzudos como capullos de gusanos de seda; puestos de frutas con redondas manzanas, verdes peritas de San Juan, aterciopelados albaricoques, rojas naranjas, racimos de grosella que agitaban temblando sus bolitas de grana. Los puestos de flores estaban más arriba, al principio del paseo, alineados á ras del suelo como en patio andaluz; pequeños tiestecillos de albahaca, grandes tiestos de geráneos, espléndidas hortensias, blancas, violeta, de color de rosa; las grandes magnolias cortadas de su tallo con las anchas hojas cubriendo los pétalos, llenaban el espacio de aromas penetrantes; los rosales extendían sus ramas espinosas cuajadas de capullos, de rosas á medio abrir, de rosas abiertas, de rosas deshojadas; mostraban los dondiegos sus flores nocturnas, y languidecían en las jarras las varitas de nardo, en tanto que los claveles se balanceaban orgullosos sobre las macetas, los claveles amarillos, los pálidos claveles, los claveles disciplinados, los grandes claveles reventones rojos y blancos. Allí esta-

ban también los puestos de helados y refrescos, vistosamente engalanados con guirnaldas de hojas y cadenetas de papel de colores, unos con bombillas eléctricas, otros con farolitos venecianos, todos llenos de gente que charlaba y gritaba y reía sin dejar de beber.

La luz caía sobre la mesa, blanqueando los vasitos de horchata, dorando el agua de limón, tornasolando el agraz, abrillantando las poncheras de metal reluciente donde el hielo se liquida y la cerveza salta en rizos de espuma.

Y allí estaban también las aguadoras ambulantes, las pobres viejecitas del delantal blanco y enormes vasos llenos de agua cristalina y pura. ¡ Del Berro fresquita! ¡Fresquita del Berro!

¿Vamos hacia arriba?

Como quieras.

Deshicieron el camino volviendo á pasar por delante de los puestos de bisutería y comestibles, arrastrados por la corriente de la muchedumbre que se deslizaba compacta, empujándose, codeándose, arrastrando los pies, con sordo rumor de río desbordado. Pasaron otra vez ante los puestecitos portátiles, los pequeños tenderetes de chucherías y juguetes baratos de hojalata y de cartón, los juguetes del perro gordo y hasta del perro chico, los abanicos de papel, las mariposas de talco, las figuritas de yeso, todas las habilidades de la industria menuda y del ingenio anónimo.

De trecho en trecho, entre corros de sencillos admiradores hacían su agosto los vendedores del juguete de actualidad, del juguete de moda, del último juguete recién traído de los bulevares de París, la rana que salta y el cochecito que corre y el pájaro que vuela; los aparatitos de actualidad práctica, la pluma que escribe sin tinta, la lamparilla que se enciende sola, la maquinita para afilar cuchillos.

Al llegar al obelisco del Dos de Mayo, la verbena se interrumpía bruscamente para reanudarse en seguida, más animada aún con los caballitos de madera: los *carroussels* mecánicos que giraban frenéticos, poseídos de delirante vértigo, mientras las máquinas, detrás de ellos, resoplaban fatigosas como monstruos cansados; las tiendas de bebidas, los Pim... pam... pum... con sus muñecos cabezudos vestidos de trapo; los destartalados barracones con

La Sierra de Guadarrama.

exhibiciones extravagantes y maravillosas : « la Mujer Araña viviente, cazada en los desiertos salvajes de África » « el Perro con seis patas » ; los teatros *Guignol*, las marionetas, los grandes cinematógrafos con sus anuncios sugestivos de palpitante actualidad; los tiros al blanco, un maremagnum de cosas diversas y mezcladas, una endiablada confusión de tenduchos y casetas, y diversiones y espectáculos, todo revuelto, todo aglomerado, en desordenado desconcierto, campanas que tocan, payasos que gritan, vendedores que vocean, parroquianos que llaman, trompetas que suenan y bocinas que aturden; y dominando este infernal estrépito, resforzándole, sobreponiéndose á los gritos y á las campanas y á las trompetas y á los secos disparos de las carabinas, el resonar continuo y estridente de los antipáticos orquestrones.

Más adelante, entre el olor del aceite y las nubes de humo que asfixian los pulmones, los puestos de churros y buñuelos, con sus alegres camareras vestidas con faldas de volantes y los cabellos coronados de flores; y en todas partes, en el Botánico y en el Dos de Mayo y en el Prado y en la Cibeles, empujándose, codeándose, arrastrando los pies, contenta y bulliciosa, la muchedumbre, esa muchedumbre madrileña, siempre ansiosa de libertad, de fiesta y de alegría.

PEDRO MATA.
(*Ganarás el pan.*)

La calle de Toledo en Madrid

La bulla de la calle de Toledo no la distrajo de la atención que á su propio interior prestaba : los puestos *á medio armar* en toda la acera desde los portales á San Isidro, las baratijas, las panderetas, la loza ordinaria, las puntillas, el cobre de Alcaraz y los veinte mil cachivaches que aparecían dentro de aquellos nichos de mal clavadas tablas y de lienzos peor dispuestos; ... había racimos de dátiles colga-

dos de una percha; puntillas blancas que caían de un palo largo, en ondas, como los vástagos de una trepadora, pelmazos de higos pasados, en bloques; turrón en trozos como sillares que parecían acabados de traer de una cantera; aceitunas en barriles rezumados; una mujer puesta sobre una silla y delante de una jaula, mostrando dos pajarillos amaestrados, y luego montones de oro, naranjas en seretas ó hacinadas en el arroyo. El suelo intransitable ponía obstáculos sin fin, pilas de cántaros y vasijas, ante los pies del gentío presuroso, y la vibración de los adoquines al paso de los carros pareciá hacer bailar á personas y cacharros. Hombres con sartas de pañuelos de diferentes colores se ponían delante del transeunte como si fueran á capearlo. Mujeres chillonas taladraban el oído con pregones enfáticos, acosando al público y poniéndole en la alternativa de comprar ó morir. Se veían las piezas de tela desenvueltas en ondas á lo largo de todas las paredes, percales azules, rojos y verdes, tendidos de puerta en puerta, rúbricas de trapo. De ellas colgaban, prendidos con alfileres, toquillas de los colores vivos y elementales que agradan á los salvajes. En algunos huecos brillaba el naranjado que chilla como los ejes sin grasa; el bermellón nativo, que parece rasguñar los ojos; el carmín que tiene la acidez del vinagre; el cobalto que infunde ideas de envenenamiento; el verde de panza de lagarto, y ese amarillo tila, que tiene cierto aire de poesía mezclado con la tisis. Las bocas de las tiendas, abiertas entre tanto colgajo, dejaban ver el interior de ellas tan abigarrado como la parte externa, los horteras de bruces sobre el mostrador, ó vareando telas, ó charlando. Algunos braceaban, como si nadasen en un mar de pañuelos. El sentimiento pintoresco de aquellos tenderos se revela en todo. Si hay una columna en la tienda la revisten de corsés encarnados, negros y blancos y con los refajos hacen graciosas combinaciones decorativas. Más allá maniquís vestidos de señoras con tremendos polisones, ó de caballero con terno completo de lanilla. Después gorras, muchas gorras, posadas y alineadas en percheros del largo de toda una casa; chaquetas ahuecadas con un palo, zamarras y otras prendas que algo, sí, algo tenían de seres humanos sin piernas ni cabeza; había unos hombres amarillos, com-

pletamente amarillos, que colgados de unas horcas se balanceaban á impulsos del aire. Eran juegos de calzón y camisa de bayeta, cosidas una pieza á otra, y que así, al pronto, parecían personajes de azufre. Los habiá también encarnados. ¡ Oh ! el rojo abundaba tanto, que aquello parecía un pueblo que tiene la religión de la sangre. Telas rojas arneses rojos, collarines y frontiles rojos con madroñaje arabesco. Las puertas de las tabernas también de color de sangre y que no son ni una ni dos.

GALDÓS.

(*Fortunata y Jacinta.*)

En una tienda.

— ¿ Me da V. unas botinas para la niña?

— Tomen ustedes asiento.

— Ahí no, mamá que desde la calle me van á ver...

— ¡Toma! pues qué, ¿ es un delito entrar á comprarse unos zapatos?

— A ver éstas.

— Estas son chicas; la niña tiene el pie como yo...

— ¿ Qué dices mamá? Son grandes, me sobra un dedo.

— Pues qué ¿ tienes seis dedos?

— No es eso, mamá; es que son muy largas y anchas.

— Mira, niña, no tengamos la de siempre, que estás cinco ó seis días sin poder andar, y cuando sales á la calle te desmayas, y cuando te quitas las botas tienes todos los dedos montados encima del gordo

— ¡Qué exageración mamá!... Estas sí que me vendrán bien.

— Pero, hija, si son para niño recién nacido.

— Pero mamá ¿ no ves qué holgado queda el pie?

— ¿ Tú lo quieres? bueno — cuando llegues á mi edad lo pagarás... Yo también á tu edad quería llevar el pie en prensa, y ya ves como ando ahora. A ver, deme V. á mí unos zapatos, pero anchitos.

— Tome V. éstos, son de la medida de hombre...

— ¡Ay! ¡Ay! no señor, si tengo tres callos en cada dedo... ¡y mire V. que juanetes!

— Mamá, que están viéndote las piernas desde la calle.

— Anda hija, que no se llevarán ningún pedazo, ni me verán ningún punto en la media.

— Estos ya son los mayores... Los teníamos para un cura de Galicia, que siempre le enviamos de casa el calzado.

— ¡Ay! ¡bendito sea el cura gallego! ¡Qué á gusto andará con estos zapatos!

— Pero mamá, si te se van á caer en la calle.

— ¡Anda¡ más vale que se caigan ellos y no se me caigan los pies! ¿Tú te quedas con esas botitas?

— Sí, mamá.

¿Y cuánto? ¡Ay qué carero se va haciendo este hombre! Mire V. que soy una viuda militara, y está la patria oprimida. ¿Qué es eso niña?

— ¡Nada, que al levantarme me he torcido un pie!

— Milagro será que no te dé el soponcio en medio de la calle... Si estas botas están estallando.

— Pero, mamá, si me están anchas.

¡Salen hija y madre, aquélla apoyada en ésta porque se siente desfallecer; tales son los dolores que le producen las botitas nuevas, y ésta con los zapatos arrastrando, y andando de manera que parece que va sobre garbanzos.

FRONTAURA.

(*Las tiendas.*)

El Manzanares.

¡Cúantas burlas, pobre río,
Te han rimado los poetas,
Y las aguas que tú ocultas
Cuántos ríos las quisieran!
No envidiabas al Jarama
Ni te cegaba la arena

Cuando el camello africano
Bebía tus aguas frescas,
Y encauzándolas el moro
Por industriosas acequias,
Con sus cautivos regaba
La hortaliza de tus huertas,
Libres corrían tus aguas
Y se ensanchaba tu vega,
Cuando el botín de las Navas
Viste en cargadas acémilas
De filigranas moriscas
Arneses, armas y tiendas,
De ricos cueros de Córdoba
Y de alcatifas de Persia.
Libres labraban sus mieles
En los troncos las abejas,
Y en tus márgenes crecían
La carrasca y la maleza,
Cuando el montero cruzaba
Por sus agrestes veredas,
El cuchillo á la cintura
Y en el hombro la ballesta.
Fuiste río cortesano,
Y en tus orillas risueñas
Trazó el arte sus jardines
Y sus fuentes y alamedas;
Y entre sus calles de flores
Hallaron amor las bellas,
Aventuras los galanes
Y los ingenios comedias.
Parque y jardines cegó
Tosco murallón de tierra,
Y la gracia de tu orilla
Y las curvas de sus cuestas :
Sólo en la Virgen del Puerto
Como testimonio quedan
Algunos álamos blancos
De aquella margen izquierda,
Triunfó de la poesía
La industria en la carretera

Y llevaron al camino
Nueva emanación poética,
Goya en la ermita del Santo
Y en las noches de verbena,
Con sus cantos las manolas
Los majos con sus vihuelas.
Si has lavado humilde río,
Tantos trapos y miserias,
También lavaste otros lienzos
Que nuestra historia compendian;
Los alquiceles morunos
Sayales de penitencia,
Las golas encañonadas
Y las tocas de las dueñas;
Las vendas que el dos de Mayo
Ciñó la herida sangrienta,
El oloroso pañuelo
Arrojado de una reja,
La sobrepelliz rizada,
Que vistió Lope de Vega,
Y la almohada en que expiró
Miguel Cervantes Saavedra.
No me extraña Manzanares,
Que halles tu cárcel estrecha,
Y te irriten tantas burlas
Y te afrente tu pobreza;
Y en esos días de cólera
Sacudiendo tu melena
Corras inundando campos
Y arrastrando cuanto encuentras :
No te burlará ninguno
Si en tales días te viera :
Esos tus puentes, tachados
De ridícula grandeza,
Se afirman en los estribos
Redoblan su resistencia,
Y al ímpetu de tus aguas
Gimen sus moles de piedra.

José Fernández Bremón.

INDUSTRIAS ARTISTICAS

Los mueblistas de Albendiego.

Como los encajes en Almagro, consérvanse en otros puntos de España, poco menos que milagrosamente, vestigios de antiguas industrias artísticas, que para salud de la nación conviene reanimar, modernizándolas y abriéndolas vías comerciales.

Tal sucede con la carpintería en Albendiego. El hallazgo de esta industria en villa tan escondida me produjo asombro semejante al que experimentan los exploradores de ciertas selvas americanas al encontrar de pronto ignoradas, grandiosas y tan antiguas ruinas, que en los mismos aposentos, orgullo un día de emperadores, han crecido árboles milenarios.

Albendiego, al pie de una estribación del Alto Rey, y como guardando la entrada á las altas mesetas de Condemios, pobladas de pinos y cercadas de asperísimos montes, por los que va la línea divisoria de las provincias de Guadalajara y Segovia, distará 50 kilómetros de Sigüenza. La carretera de esta ciudad á Sepúlveda pasa por sus cercanías, comunicándose con ella por un mal camino de herradura de los que « ad libitum » trazan los caminantes y arrieros. Su caserío es de pobre apariencia. El suelo de la región, generalmente pobrísimo, pero de exquisitos pastos, fué en lo antiguo, como podría serlo hoy, y esto se ve por lo que resta de la antigua ganadería, criadero abundante de ganado lanar y vacuno. Ahora todos los pueblos de la región viven de la más rudimentaria agricultura, igualmente miserables y ajenos á toda otra industria, si se exceptúa Somolinos. Por eso es tan grande la sorpresa al recorrer las calles de Albendiego y encontrarse un taller de carpintería en cada casa. La mayor parte de sus quinientos vecinos construyen muebles, puertas y toda clase de objetos de carpintería.

¿Quién creó esta industria tan acertadamente situada en

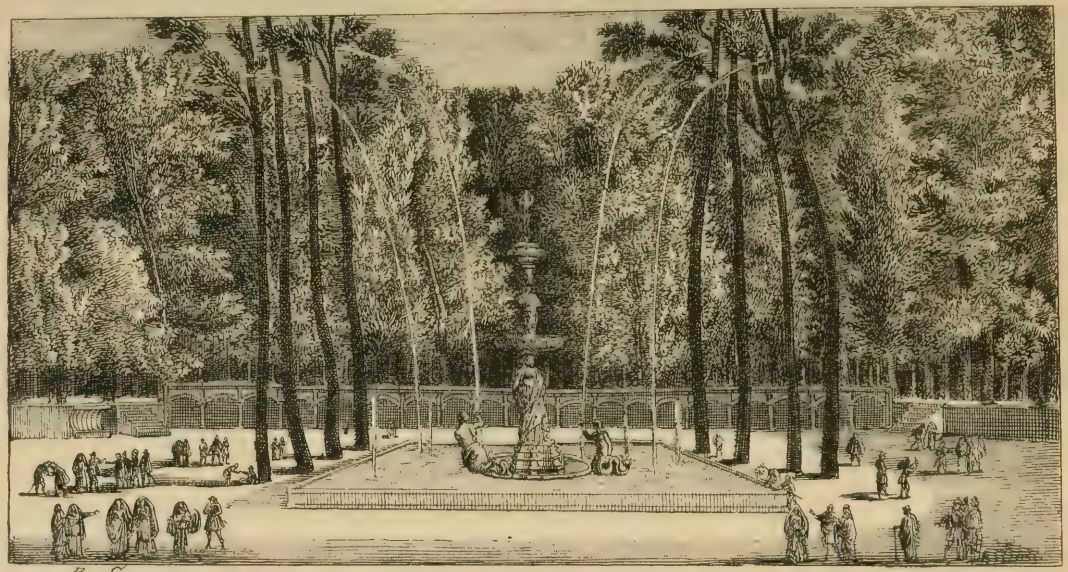
(Fot. Lacoste.)

Guadalajara : Campesinos.

el centro de dilatados pinares, hoy reducidos á las altas mesetas y á las cumbres de enorme macizo montañoso? ¿Fué de iniciativa particular ú oficial? ¿Data de la época de Fernando VI y Carlos III? No quedan para conjeturarlo vestigios del gusto de ese tiempo. En la silla-taburete que aun construyen persisten ciertos vagos recuerdos medioevales, pero ni en el archivo del Municipio, ni por tradición, se conservan datos ciertos. El ser una excepción en la comarca y en toda Castilla la Nueva, así como el dedicarse á un mismo oficio todos los vecinos del pueblo, permite atribuir el origen á una iniciativa poderosa en recursos, tanto técnicos como de capital; tal vez á una colonia fundada expresamente para el aprovechamiento de las maderas en el sitio donde se producen. Tal vez entre las gentes del país dedicadas á la ganadería eran los de Albendiego los únicos taladores de profesión para una dilatada comarca de pinares, y al disminuir éstos se fueron dedicando al oficio para que se veían preparados por su habilidad en la labra de maderas. Contradice esta última suposición el hecho de que, rudos y todo, los productos de su industria llevan el sello de uniformidad que se imprime á las obras manuales en un vasto taller ó fábrica, donde la marca personal se pierde bajo el dominio de una idea y de procedimientos uniformes y mecánicos.

De tal modo constituyen todas las casas del pueblo un vasto taller, que se practica la división del trabajo como en cualquier fábrica dependiente de dirección única. La práctica escrupulosa de la división del trabajo es tal vez el único indicio, bastante poderoso sin duda, para atribuir á la época de Carlos III la fundación de esta industria. En la casa donde se dedican á fabricar taburetes emplean larga temporada en labrar piezas, tornear palillos, que colocan en rimeros de fácil cuenta é inspección, hasta que llegan al número que exige la demanda y comienzan á armar, lo que hacen con rapidez asombrosa; igualmente los que se dedican á otros muebles. Como los antiguos carpinteros egipcios y árabes, hacen excelentes ensambladuras y emplean el tarugo casi exclusivamente.

Ahora, en este durísimo mes de Diciembre, aquellos valles y montes estarán blancos, bajo la capa de un metro



Los jardines del Palacio de Aranjuez.
Fuente de los Tritones.

de nieve. Ahora cunde en Albendiego la labor de carpintería, y en las casas, llenas de maderas, tablas, serrín y virutas, perfumadas por las resinas balsámicas, trabajan el padre, la madre y los hijos, aún los más pequeñuelos ; pero no trabajan alegres, porque el fin de su industria se halla próximo.

Antes sacaban la madera del monte del pueblo gratuitamente. Hace tiempo se acabaron los pinos del monte de propios, que no supieron repoblar, y hoy les es muy costosa la primera materia. Padecen las consecuencias de su propia incuria ; pero la incuria de los ignorantes, de los recluidos en lejano rincón de montaña, tiene disculpa.

No han sabido hacerse de un taller mecánico para simplificar el esfuerzo ; no han sabido municipalizar ese taller, ni trasformar el absurdo individualismo histórico en función colectiva, ni enviar representantes á las comarcas que se surtían de sus productos, para estar al tanto de los cambios de gusto ; no han sabido más que hacer lo aprendido de sus mayores.

FRANCISCO ALCÁNTARA.

La fresa.

Cantable para una revista lírico-bailable.

LA FRESA Y CORO DE CESTILLAS

Coro. Atadas con cordeles
Lo mismo que ladrones,
Dispuestas en montones
Sin trampa ni doblez,
Venimos cuando el alba
Las nubes arrebola,
En el furgón de cola
Del mixto de Aranjuez.
La mano del frutero

Que espera en el mercado
Desata con cuidado
Lo que otra mano ató,
Y súbita aparece
La fruta más hermosa
Más suave y más sabrosa
De cuantas Dios crió.

Fresa. ¡ Esa soy yó !
Yo, que en fino gusto y exquisito aroma.
A ningún producto tengo que envidiar ;
Y un sabor tan rico dejo al que me toma,
Que creerá que tiene, todo el que me coma,
Gloria en pedacitos en el paladar.
Con leche y azúcar
Soy una delicia,
Con naranja y vino
Cosa superior,
Curo la jaqueca,
Curo la ictericia,
¡ Y hasta de las penas
Quito el amargor !

Coro. Ella es la preciada, deliciosa fresa,
Reina de los postres, de las frutas prez,
A la cual adoran todos en la mesa
Cuando madurita llega de Aranjuez.
Viene con nosotras
¡ Ay todos los días,
Pero nos quedamos
¡ Ay ! con el olor.
Porque al poco tiempo
Nos dejan vacías
¡ Ay ! los compradores,
¡ Ay ! el vendedor...

SINESIO DELGADO.

(De *Blanco y Negro.*)

Ciudad Real. La Mancha.

... La Mancha triste y solitario país donde el sol está en su reino, y el hombre parece obra exclusiva del sol y del polvo ; país entre todos famoso desde que el mundo entero se ha acostumbrado á suponer la inmensidad de sus llanuras recorrida por el caballo de Don Quijote. Es opinión general que la Mancha es la más fea y la menos pintoresca de todas las tierras conocidas, y el viajero que viene hoy de la costa de Levante ó de Andalucía, se aburre junto al ventanillo del vagón anhelando que se acabe pronto aquella desnuda estepa, que, como inmóvil y estancado mar de tierra, no ofrece á sus ojos accidente, ni variedad, ni recreo alguno. Esto es cierto : la Mancha si alguna belleza tiene, es la belleza de su conjunto, es su propia desnudez y monotonía, que si no distraen ni sorprenden la imaginación, la dejan libre, dándole espacio y luz donde se precipite sin tropiezo alguno. La grandeza del pensamiento de D. Quijote no se comprende sino en la grandeza de la Mancha. En un país montuoso, fresco, verde, poblado de agradables sombras, con lindas casas, huertos floridos, luz templada y ambiente espeso, D. Quijote no hubiera podido existir, y habría muerto en flor, tras la primera salida, sin asombrar al mundo con las grandes hazañas de la segunda.

D. Quijote necesitaba aquel horizonte, aquel suelo sin caminos, y que sin embargo todo él es camino; aquella tierra sin direcciones, pues por ella se va á todas partes sin ir determinadamente á ninguna ; tierra surcada por las veredas del acaso, de la aventura, y donde todo cuanto pase ha de parecer obra de la casualidad ó de los genios de la fábula ; necesitaba de aquel sol que derrite los sesos y hace locos á los cuerdos, aquel campo sin fin, donde se levanta el polvo de imaginarias batallas, produciendo al transparente de la luz visiones de ejércitos, de gigantes, de torres, de castillos ; necesitaba aquella escasez de ciudades que hace más rara y extraordinaria la presencia de un hombre ó de un animal ; necesitaba aquel silencio cuando hay calma

y aquel desaforado rugir de los vientos cuando hay tempestad, calma y ruido que son igualmente tristes y extienden su tristeza á todo lo que pasa, de modo que si se encuentra á un ser humano en aquellas soledades, al punto se le tiene por un desgraciado, un afligido, un menesteroso, un agraviado que anda buscando quien le ampare contra los opresores y tiranos; necesitaba, repito aquella total ausencia de obras humanas que representen el positivismo, el sentido práctico, cortapisas de la imaginación que la detendrían en su insensato vuelo; necesitaba, en fin, que el hombre no pusiera en aquellos campos más muestras de su industria y de su ciencia que los patriarcales molinos de viento, los cuales no necesitaban sino hablar para asemejarse á colosos inquietos y furibundos que desde lejos llaman y espantan al viajero con sus gestos amenazadores.

Tal es la Mancha.

BENITO PÉREZ GALDÓS.

(*Episodios Nacionales*, Bailén. Cap VI).

Toledo.

I

Negra, ruinosa, sola y olvidada,
Hundida ya los pies entre la arena,
Allí yace Toledo abandonada,
Azotada del viento y del turbión.
Mal envuelta en el manto de sus reyes,
Aun asoma su frente carcomida ;
Esclava, sin soldados y sin leyes,
Duerme indolente al pie de su blasón.

Hoy sólo tiene el gigantesco nombre,
Parodia con que cubre su vergüenza,
Parodia vil en que adivina el hombre
Lo que Toledo la opulenta fué.
Tiene un templo sumido en una hondura,

Dos puentes, y, entre ruinas y blasones,
Un alcázar sentado en una altura
Y un pueblo imbécil que vegeta al pie.

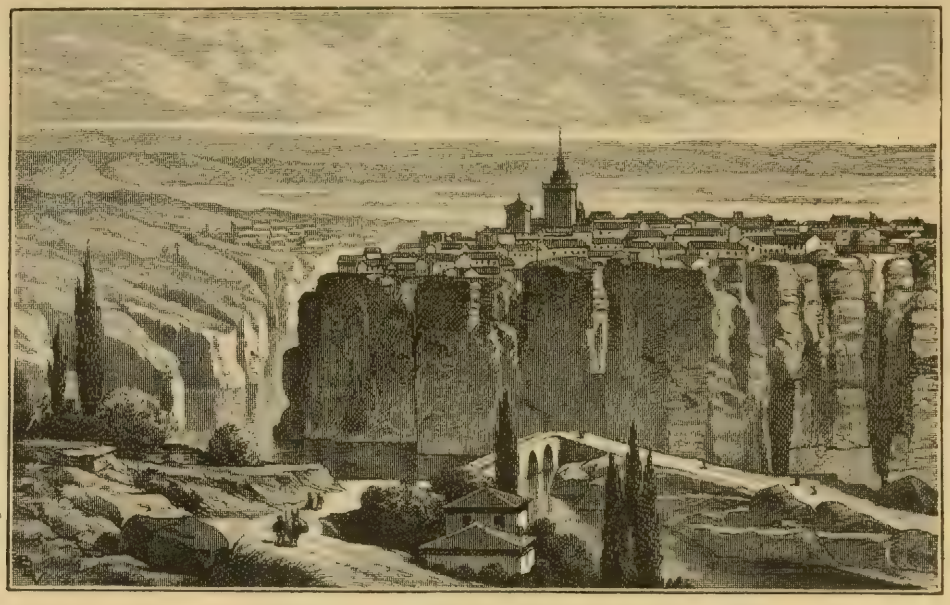
El soplo abrasador del cierzo impío
Ciñó bramando sus tostados muros
Y, entre las ondas pálidas de un río
Una ciudad de escombros levantó.
Está Toledo allí; yace tendida
En el polvo, sin armas y sin gloria,
Monumento elevado á la memoria
De otra ciudad inmensa que se hundió.

Alguna vez, sobre la noche umbría
De este montón de cieno y de memorias,
Se levanta dulcísima armonía...
Cruza las sombras cenicienta luz,
Se oye la voz del órgano que rueda
Sobre la voz del viento y de las preces;
Una hora después apenas queda
Un altar, un sepulcro y una cruz.

Apenas halla la tardía luna,
Al través de los vidrios de colores,
El brillo de una lámpara moruna
Colgada, al apagarse, en un altar;
Apenas entreabierta una ventana
Anuncia un ser que sufre, llora ó vela;
Que el pueblo sin ayer y sin mañana
Yace inerme dormido ante el hogar.

Acaso al gemir del viento
Ese pueblo en la alta noche,
Alza el rostro macilento,
Despertando con pavor;
Fingiendo en la sombra obscura
La mal abierta pupila,
La transparente figura
De un fantasma aterrador.

. . . . . .



Meseta de Castilla : Toledo.

La luna en tanto pasea,
Cruzando el azul tranquilo,
Y los despojos blanquea
De tanta generación :
Esas páginas sin nombre,
Cifras de un siglo ignorado,
Que alzó la mano del hombre,
Del hombre para baldón.

Toledo : San Juan de los reyes (claustro) 1476.

Esas santas catedrales,
Cuyos pardos capiteles,
Cuyos pintados cristales,
Cuya bóveda ojival,
Cuyo color ceniciento
Cuyo silencio solemne
Cobijan por pavimento
Una losa sepulcral,
Sobre ella los vivos cantan,
A par de ruidosa orquesta,

Cantares que se levantan
Hasta los pies del Señor :
Sobre ella brota el perfume
Que la atmósfera embalsama
Y en oblación se consume
Oro y mirra al Criador.
  Sobre ella, en noche lluviosa,
Al bramar del viento bravo,
Armonía misteriosa
En el templo se hace oir.
Es un cántico tremendo,
Ronco, vago, agonizante ;
Una voz que está pidiendo
Por los que van á morir.
Es la voz del himno santo,
Del terrible miserere,
Cuyo monótono canto
Miedo infunde al corazón ;
Y en la bóveda rodando,
Saliendo al aire flotante,
Al mundo va predicando
Una santa religión.
Y bajo la piedra helada,
De los hombres que murieron
Se oye la voz apagada
El triste salmo decir ;
Y la campana sonora,
Remedándola en el aire,
Con la voz de alguna hora
La hace en el aire morir.

II

Duerme ¡ oh Toledo ! en la espumante orilla
De ese torrente que á tus pies murmura ;
Que con agua pesada y amarilla
Roe y devora tu muralla obscura ;
Que llora avergonzado tu mancilla,
Tu perdida riqueza y tu hermosura ;
Y calla por piedad á las naciones

Que yacen en su fondo tus blasones.
Duerme, sí, con tus fábulas sagradas,
Los ángeles y brujas de tus cuentos,
Las danzas de los santos con las fadas
Los misterios ocultos en los vientos ;
Duerme, sí, con tus farsas parodiadas,
Prenda de tus señores opulentos :
Sepulta en barro tu diadema de oro
Y canta en derredor de tu tesoro.

Hubo unos días de gloria,
Vanos recuerdos de ayer ;
Apenas hoy de esa historia
Nos queda un Zocodover
Ú otro nombre en la memoria,
Ceñida entonces la plaza
De ancho tapiz toledano,
En la arena húmeda emplaza
Un moro de noble raza
A algún capitán cristiano.

Vestidos están de flores
Que avergüenzan un jardín,
Balcones y miradores ;
Cristales son de colores
Los del Miramamolín.

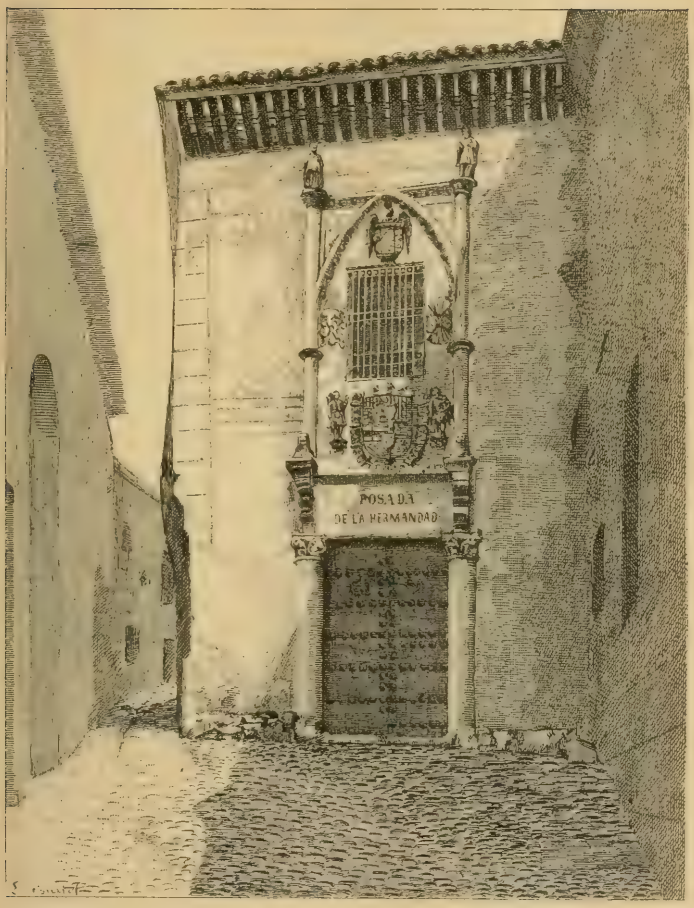
Sólo abierto hay un balcón
Y es el balcón del sultán ;
Y, armados de alto lanzón,
Jinetes debajo están
Por respeto á la función.

Y las musulmanas bellas,
Detrás de las celosías,
Muestran ocultas estrellas
Sus ojos, que en tales días
No hubiera luces sin ellas.

¡ Bellas son las orientales !
Delicados como espumas
Sus prendidos y sus chales,
Que mece en ondas iguales
Un abanico de plumas.

Por eso celoso el Moro

Tendió en sus ojos un velo ;
Que es más rico su tesoro



Toledo : Posada de la Santa Hermandad.

Que el color azul del cielo
Teñido en franjas de oro.

Derraman desde la altura
Aguas de olor en la arena
Que dan aroma y frescura
Y agitan el aura pura
De aurora blanca y serena.
Y en redes de oro, colgadas
De las tres torres mayores,
De luz y de aire embriagadas,
Cantan y vuelan cerradas
Aves de gayos colores.
Gala del hombre de Oriente
Era la altiva Toledo ;
Hoy conserva solamente,
Cieno en la caduca frente,
Y dentro del alma miedo.
La árabe Zocodover,
Solitaria y carcomida
Puede apenas sostener
La memoria de su vida,
Amenazando caer.
Hoy á las cañas de Moro,
A lo más ha reemplazado
Con una farsa de toros
Y á los adufes sonoros
Con los gritos de un mercado.
Y porque consuelo alguno
Quedar á Toledo pueda,
Robóle el tiempo importuno
Hasta la alfombra de seda
Del alto alcázar moruno.

III

Hoy un templo de gótica estructura,
Y escombros sin historias y sin nombre,
En su deforme y colosal figura
Su sentencia mortal muestran al hombre.
Y es fama que se encienden todavía
En el templo las lámparas sagradas,
Y que vibrar se escuchan noche y día

Del órgano las notas aceradas.
Aun existe una página de roca
En que leer, deletreando apenas,
La era en que una tribu noble ó loca
Cesó de darnos timbres y cadenas.
Aun hay mirra, hay pebetes y hay alfombras,
En que, á través de seda y pedrería,
Alcanza el pensamiento entre las sombras
Lo que Toledo la árabe sería.
Esos son los suntuosos funerales
De tanta gala, pompa y hermosura ;
Quedan, en vez de cantos orientales,
Himnos al Dios que mora en el altura.
Ya no hay cañas ni torneos,
Ni moriscas cantilenas,
Ni entre las negras almenas
Moros ocultos están ;
Hoy se ven sin celosías
Miradores y ventanas ;
No hay danzas ya de sultanas
En el jardín del sultán.

. . . . . .

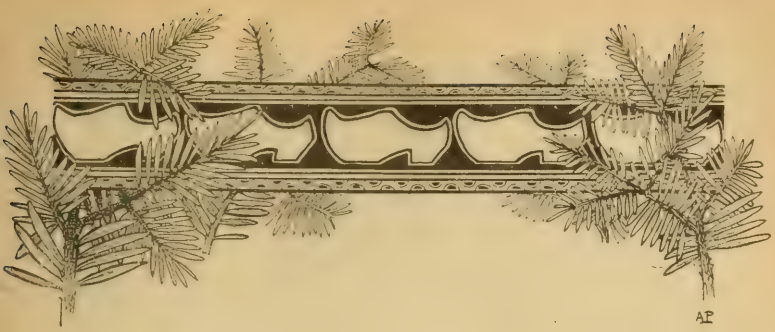
Ya no hay pájaros de Oriente
Presos en redes de oro,
Cuyo cántico sonoro,
Cuyo pintado color
Presten al aire armonía,
Mientras en baño de olores
Dormita, soñando amores,
El opulento señor.
No hay una edad de placeres
Como fué la edad moruna ;
Igual á aquélla, ninguna,
Porque no puede haber dos ;
Pero hay en gótica torre
De parda iglesia cristiana,
Una gigante campana
Con el acento de un Dios.
Hay un templo sostenido
De cien góticos pilares,

Y cruces en los altares
Y una santa religión.
Y hay un pueblo prosternado
Que eleva á Dios su plegaria
A la llama solitaria
De la fe del corazón.

IV

Hay un Dios cuyo nombre guarda el viento
En los pliegues del ronco torbellino ;
A cuya voz vacila el firmamento
Y el hondo porvenir rasga el destino.
La cifra de ese nombre vive escrita
En el impuro corazón del hombre
Y él adora en una árabe mezquita
La misteriosa cifra de ese nombre.

JOSÉ ZORRILLA.



VI

EXTREMADURA

Esta región llevó el nombre de Extremadura por ser mucho tiempo la parte extrema conquistada por los Cristianos al Sur del Duero. Fronteriza con Portugal y sufrió tanto en las guerras de independencia de la república vecina que un estadista del siglo XVIII pudo considerar el país extremeño como « una comarca desierta de gentes y de civilización ». Muchos Extremeños emigraron á América siguiendo en esto á sus mayores los Hernan Cortés, Pizarro, Nuñez de Balboa; los que se quedaron, encontrando en la ganadería, en la riqueza forestal de sus montes de alcornoques, en los abundantes criaderos del subsuelo cuanto podian apetecer, perdieron poco á poco el carácter aventurero y audaz de raza, y volviéronse indolentes y apáticos. De manera que el atraso en todo es casi de regla en Extremadura. El país da de sí suficientemente para sostener su escasa población, ¿para qué cansarse?

Cáceres. — « El chorizo extremeño » por la justa fama de que goza, sobre todo el de Montánchez, pone de manifiesto que la industria chacinera es una de las más florecientes en dicha provincia. Vive el ganado de cerda en los robledales, encinares y castañares donde halla alimento escogido.

En la provincia de Cáceres el viajero pasa de las vegas ame-

Meseta extremeña.

nas, cubiertas de hermosos frutales como limoneros, olivos, naranjos que adornan las laderas meridionales de las sierras de Gata y de Gredos, al áspero territorio de las Hurdes, al inculto valle de las Batuecas cuyos moradores están aislados del resto del país y como fuera de la civilización. Tan lamentable es su situación, su estado de incultura es tan grande, que ha dado origen á la expresión « *estar en las Batuecas* » aplicándose á quien puede ser considerado como el prototipo de la ignorancia y de la simpleza. La capital Cáceres, asentada sobre una eminencia conserva por sus vetustos palacios, sus calles estrechas sin movimiento, su falta de vida industrial, verdadero aspecto medioeval.

Badajoz. — Lo que caracteriza esta provincia son los inmensos eriales de pasto y un clima bastante cálido propenso á fiebres hasta tal punto que fué necesario hacer grandes plantaciones de eucalipto á orillas del Guadiana á cuya cuenca pertenece casi toda la provincia.

El centro agrícola, granero de Extremadura es la comarca llamada *Tierra de Barros* ; pero en la región hay otra riqueza aún ; la constituyen las merinas cuyas lanas son exportadas todas á Cataluña por falta de industria.

Badajoz es una plaza fuerte en la frontera portuguesa y conserva ruinas de una fortaleza romana con torre ochavada en un cerro. Antigüedades romanas hay muchísimas en la región. La primera de todas las ciudades por sus monumentos históricos es Mérida, la que fué la *Emerita Augusta* de los Romanos. En Mérida el viajero no sueña con el porvenir, con la vida rápida del siglo XX, escucha la voz del pasado y vive la historia en el inmenso descanso de las ruinas.

Extremadura.

Cercadas de eras durmiéronse Almendralejo y Villafranca. En tierra de Barros señalan al cielo las pajizas cañas de los rastrojos cercenadas por las hoces. Destácase del firmamento el torréon del homenaje del palacío ducal de Zafra. Las cigüeñas, posadas en lo alto del acueducto de Mérida parecen también adormecidas en un baño de luz; preside el castillo desmochado de la Puebla los pastizales de la Serena. Descansan de gloriosas gestas, pasadas ya, Medellín y Trujillo, Coria, Cáceres y Plasencia, Magacela y Miróbriga. Sobre el Guadiana se reflejan los arcos del puente de Palmas, y sobre el Tajo, en Alcántara, otro puente cifra de remotas grandezas.

En la Sierra de San Pedro, en Guadalupe y en la Vera, donde Carlos de Gante quedóse dormido eternamente, los olivos y los naranjos, los nísperos y los alisos, los toronjos y los cidros, los granados y los limoneros, los laureles y los cermeños, los manzanos y los perales y los bergamotos oponen la muchedumbre de sus hojas verdes y lustrosas á los caliginosos besos del luminar del día, que cae libre y abrasador sobre las tristes Hurdes eriales y míseras.

Es la hora roja; corren los días de la canícula; las plantas

y los animales sestean; sobre el Guadiana y sobre el Tajo la luz se quiebra en destellos deslumbradores, plateados ó bermejos. En las orillas del Alagón y del Tiétar, del Zújar y del Gébora bañan sus raíces los pomposos fresnos, los magros chopos, los cañaverales de gárrulo sonar, las adelfas amargas. El sol caldea el suelo donde agostó los finos tallos del cimbreante centeno, los cebadales pródigos de hinchadas espigas, los trigos y las matas salitrosas de los garbanzos. En los montes verdean los charnecales, los escaramujos, los chaparros, los acebuches y las madroñeras, las jaras chorreantes de resina, los ceriflores y los silvestres cornejos.

Baldío está el húmedo hociquillo de las ovejas, atacadas de congestiva morriña; no balan los corderos; no triscan los montaraces cabritillos; no gruñen los tozudos cerdos; buscan la sombra los toros; las vacas cutrales, echadas sobre sus ancas, miran pacientes las riberas de los arroyos, que perfuman el poleo y el mastranzo. Callan las oropéndolas y las mirlas; no se oye el croar de las ranas; únicamente los insectos zapateros van y vienen como lanzaderas en incesante porfía sobre las aguas. Se escucha sólo el canto milenario de las cigarras y las notas prolongadas de la canción de las eras.

Es la hora roja, y el sol no alumbra los misterios todos de la Naturaleza; no alumbra el misterio de las colmenas, ni las cuevas de los reptiles, ni las grutas donde reposan los murciélagos con las alas pegadas á las rocas. Todo duerme: el agua en los cauces, en el fondo de las cisternas y de los pozos, y los ganapanes, á la sombra de las higueras achaparradas ó al amparo de los sombrajos, duermen también de cara al cielo con un pañuelo de hierbas sobre los ojos.

Aun descansan matorrales, árboles y brutos cuando le despiertan al hombre sus cuidados y comienza de nuevo su labor, trabaja. En las Hurdes vive el hombre primitivo, el hombre larva, que es todavía troglodita y bestial; en el resto de la tierra extremeña habita el hombre instrumento, el hombre torcido de zancas, hundido de pecho, de miembros estavados, nudosos, de huesudos maxilares cubiertos por cañones negros de barba recia: éste es el hombre útil, el

hombre azadón y trillo, horca y angarilla, el ganapán parco de palabras y largo de obras, á quien le agrada más hacer que holgar, el hombre de donde por arcanas selecciones que el sol no alumbra, salieron los otros hombres que conquistaron los imperios y tomaron posesión de los Océanos; los que trasportaron á otras tierras el nombre de las ciudades patrias y presidieron los Museos y asombraron en los Concilios y plañeron sus tristezas ó sus nostalgias en versos inmortales.

De aquellos hombres nacieron Balboa y Pizarro, Hernán Cortes y García de Paredes, Arias Montano y Zurbarán, Ayala y Moreno Nieto; de aquellos hombres instrumentos nacieron héroes que dominaron la tierra y santos que conquistaron el cielo.

Es la hora roja, la siesta. El sol cae sobre la tierra, sobre la tierra fecunda de Extremadura, grata á mis ojos y á mis memorias.

VIRGILIO COLCHERO.

Mérida.

Mérida es, indudablemente, una de las poblaciones, mejor diremos, uno de los recuerdos más antiguos de nuestra España. Sus fundadores eligieron un terreno fértil, un clima productor y un río cuyas aguas, pérfidamente mansas como la sonrisa de una mujer, debían de regar una campiña deleitosa. Convencidos de las ventajas de su posesión, los dominadores del mundo la llevaron al más alto grado de esplendor; y es fama, conservada por los más de nuestros autores, que ha tenido un millón de habitantes. Erigida colonia romana, gozando de todos los fueros é inmunidades de tal, fué la segunda ciudad del Imperio y el sitio del descanso á que aspiraban altos funcionarios y guerreros, cansados del aplauso de la Victoria.

Se puede asegurar que no hay una piedra en Mérida que no haya formado parte de una habitación romana: nada

más común que ver en una pared de una choza del siglo XIX un fragmento de mármol ó de piedra, labrado, de un palacio del siglo I.

Zaguanes hemos visto empedrados con lápidas y losas sepulcrales; y un labrador, creyendo pisar la tierra, huella todos los días con su rústica suela el « aquí yace » de un procónsul, ó la advocación de un dios. Trozos de jaspe de un trabajo verdaderamente romano no tienen aquí otro museo que una cuadra y sirven de pesebre al bruto que acaban de desuncir del arado. Diariamente, el azadón de un extremeño tropieza en su camino con los manes de un héroe, y es común allí el hallazgo de una urna cineraria ó de un tesoro de numismática, coetáneo de los emperadores. Lo que es más asombroso: gran número de cosecheros se sirven aún en sus bodegas de las mismas tinajas romanas, que se conservan empotradas en sus suelos, y cuyo barro duradero, impuesto de tres capas diferentes superpuestas y admirablemente unidas, parece desafiar todavía al tiempo por más siglos de los que lleva vividos. Las vasijas mismas que se construyen en el país tienen una forma elegante, y participan de un carácter respetable de su antigüedad, que difícilmente puede ocultarse á la perspicacia de un arqueólogo.

MARIANO JOSÉ DE LARRA.

Cáceres.

LOS HURDANOS

Son muchos los que ignoran los meses y las estaciones, la edad que tienen y no pueden referir los acontecimientos de la vida sino comparándolos con la época de la recolección de tal producto ó los trabajos dèl campo de tal naturaleza. Así es, que uno dice, verbigracia, que se ha casado por las castañas, que ha tenido un hijo cuando se cogía la uva, que se le murió el abuelo cuando la cosecha de las patatas... Y cosas por el estilo.

(Fot. Lacoste)

Campesinos de Montehermoso.

Ignoran algunos hasta su propio apellido; tanto, que hemos oído á un niño contestar á tales preguntas, diciendo, por ejemplo: «Me llamo Guillermo, y soy hijo del tío Facio.» Si se insistía, volvía á contestar: «Pues soy Guillermo de Facio.» Repetidas veces, la Guardia civil ha tardado días y días en hallar un quinto, supuesto que el mismo interesado desconocía los apellidos de sus padres.

El cuidado principal de la Guardia civil consiste en evitar que se internen en la comarca individuos de fuera, que huyendo de la Justicia ó fugados de algún presidio, vengan á dar malos ejemplos á los moradores, dado que éstos se avienen fácilmente, y sin necesidad de Tribunales arreglan sus pequeñas disputas ó diferencias, y, ciertamente, no es una de las menores sorpresas la que experimenta el viajero al ver á mujeres y niños besar la mano del guardia civil con el mismo acatamiento que guardan para con el párroco cuando, respetuosos, acuden á besarle la mano y recibir su bendición.

Dr J. Bide.

(Las Batuecas y las Hurdes.)

VII

ANDALUCÍA

El viajero que recorre las provincias del antiguo reino de Andalucía, sobre todo por la parte de Sevilla, no puede menos de notar que inmensas soledades, eriales y baldíos constituyen distritos enteros sin contar los terrenos adehesados para servir de pasto al ganado vacuno, y naturalmente recuerda aquellos tiempos felices cuando contaba por ejemplo el reino de Granada de tres millones de habitantes y Granada misma, que apenas alcanza hoy 70 000, tenía 400 000 vecinos.

Desaparecieron los Moros, dejando profundas huellas de su dominación en toda la región andaluza : bien impresos perduran aún « su tipo, su carácter, sus costumbres, su imaginación ardiente, su espíritu soñador, así como sus mejores monumentos y hasta su música y baile » ; pero lo que se ha perdido de veras es su ciencia del cultivo y del riego que había transformado Andalucía en magnífico jardín.

Reino de Granada. — La región granadina comprende las tres provincias de Almería, Granada y Málaga, constituyendo una unidad geográfica perfectamente determinada por el gran macizo de la Cordillera Penibética. Dentro de esta denominación se aprecian en el territorio granadino zonas bien caracterizadas : una montañosa, muy elevada y fría que ocupa todo el N. E., y se continúa por la Sierra Nevada hasta la Serranía de Ronda, y sus derivaciones, otra costera y cálida, la tercera

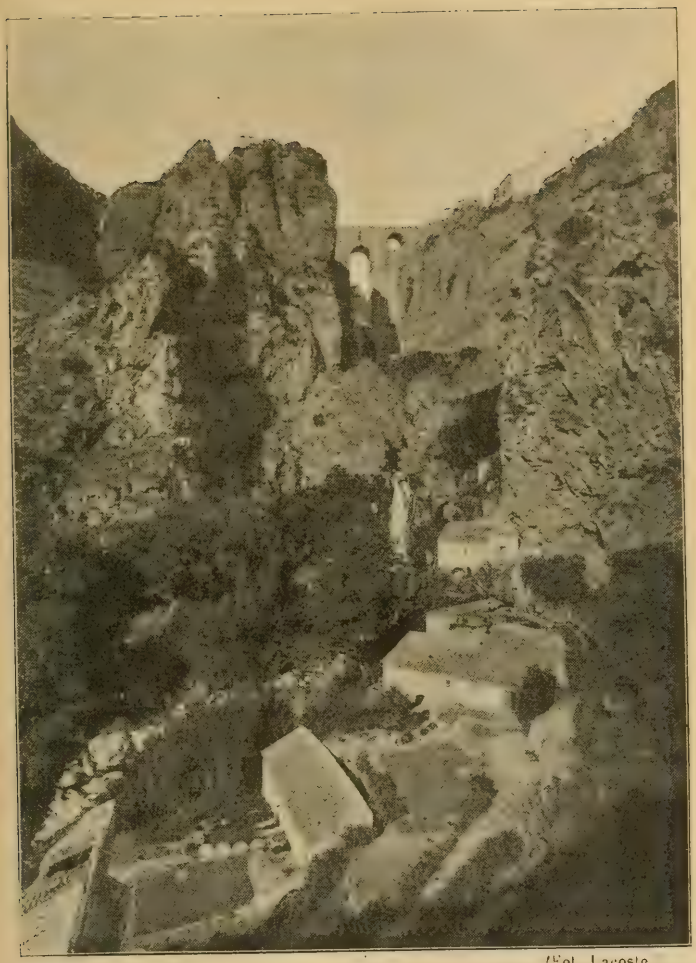
formada por la Vega del Genil intermedia entre las otras en cuanto á su elevación y clima.

Granada, en tiempos de los Moros y aun á principios del siglo XV tenía florecientes industrias, activo comercio; fué teatro de un gran movimiento literario, científico y artístico, pero Granada cristiana desmereció de la árabe y perdió muchísimo de su importancia. Después de largo descanso, y desde que, hace unos 20 años, volvió la atención á las cuestiones económicas, ha nacido nuevo florecimiento industrial debido á las riquezas naturales del país, tanto de la agricultura como de la minería y los abundantes saltos de agua de la Sierra aprovechables para la producción de energía eléctrica. Sin embargo aun queda mucho que hacer para que la Granada actual goce de días iguales á los de su glorioso pasado, oponiéndose á esto la escasez de comunicaciones, plaga general á toda España, y también la falta de tradiciones y usos industriales. Ahora parece que el Granadino pone todo su afán en mejorar la agricultura, recordando justamente que la Agricultura hizo la prosperidad de la Vega de Granada cuando sus antepasados trocaron lanzas y espadas en azadones y rejas, y se preciaban los más ilustres magnates de ser agricultores. A consecuencia de este despertar vigoroso de la Agricultura varias industrias alcanzan grande importancia, entre las cuales el primer puesto pertenece á la azucarera tanto de caña como de remolacha.

Almería. — « Cuando Almería era Almería, Granada era su alquería ».

« Hoy, decía Pi y Margall, yace triste y silenciosa en su « desierta playa; Almería es un cadáver animado por el galva- « nismo; no presenta vida sino cuando la agita el extraño « tumulto de sus ferias y mercados... La industria no levanta « allí su voz sino al pie de las olas del mar, donde se funde y « se trabaja el plomo; el comercio está en espantoso abati- « miento; la agricultura perece por falta de aguas que fecun- « den su espaciosa vega; el árbol que más abunda en la ciu- « dad y sus alrededores es la oriental palmera, esa planta « importada por los Arabes, que crece en los secos arenales del « desierto. »

Desde hace algunos años se ha modificado algo el aspecto de la provincia; sigue estando muy poco aprovechado el suelo pero no pasa igual con el subsuelo para cuya explotación no bajan de 3 000 las concesiones de minas; es de esperar que



(Fot. Lacoste.)

La Sierra de Ronda.

Almería continúe en adelante la transformación iniciada; se dilate cada día al fondo de mag nífico golfo, y merezca del todo su nombre de *espejo del mar*.

Málaga. — La Niza española es conocida por su famoso vino y su típico baile pero es digna de mejor aprecio. Vista del mar ofrece un aspecto encantador : á orilla del Mediterráneo está asentada la ciudad, entregada de cuerpo y alma al comercio y á la industria como lo prueban las numerosas fábricas levantadas en su casco; y en la lontananza, detrás del caserío, se divisan las sierras hasta las cuales se van las alquerías como sembradas por viñedos y olivares.

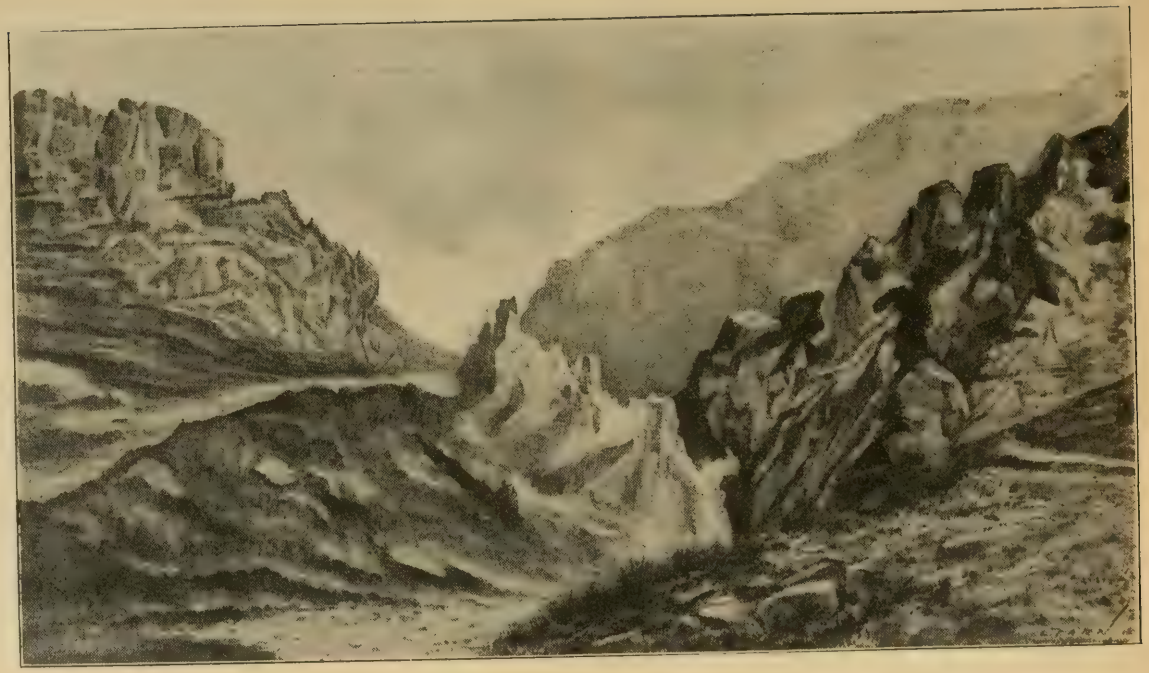
La provincia entera es industriosa, y hasta en los pueblos rurales se oye el ruido de los telares de lienzos. Cada población ha tenido á honor de lograr nombradía : *Coín* por su riquísimo verjel donde las parras se enroscan en los árboles ; *Antequera*, en el arranque de su fertilísima vega, por sus ganados y tejidos, *Ojen* y *Junquera* por sus aguardientes, formando todas un magnífico engaste á la « *Perla del Mediterráneo* ».

REINO DE JAÉN

Entremos en el reino, salvando la divisoria de Sierra Morena, por la brecha de *Despeñaperros* donde se reunían antiguamente pandillas de ladrones ; no tengamos miedo porque ahora magnífica carretera pasa por este desfiladero, y han desaparecido los salteadores.

Llegamos a Santa Elena y á la Carolina, poblaciones creadas por el Ministro Olavide en tiempos de Carlos III con colonos franceses y alemanes, y que un momento prosperaron ; desgraciadamente desaparecieron pronto por falta de protección de parte del gobierno ; *la Carolina* era la capital de aquellas aldeas. De pasada encontramos Linares con sus inagotables minas de plomo, y dejando el camino de *Úbeda* con el fin de no extraviarnos por sus *cerros* consabidos, atravesamos el Guadalquivir para llegar á Jaén, pintoresca capital rodeada de viñedos y olivares, huertos y jardines que conserva notable carácter morisco.

En las cañadas y llanuras se ven abundantes cortijos ó casas



Desfiladero de Despeñaperros.

de labor, pero sin ser la agricultura lo de menos en la provincia de Jaén, no cabe duda de que yacimientos numerosos y abundantes hacen de esta zona una de las principales regiones mineras: hay también canteras que explotar, especialmente de jaspe negro, rojo y blanco; aguas salutíferas brotan de tierra; en resumidas cuentas á la provincia de Jaén no le falta nada, ni siquiera el honor de comprender en su terreno dos aldeas cuyos nombres « *las Navas de Tolosa* y *Bailén* » evocan la memoria de luchas épicas sostenidas contra los Moros y las tropas de Napoleón. Allí dos veces se reanimó el espíritu nacional, pero en Bailén la victoria de los Españoles sobre las águilas imperiales tuvo por resultado de infundir en los corazones de todos los pueblos de Europa la dulce esperanza de su próxima libertad.

CÓRDOBA

La campiña de Córdoba, rica y fértil, donde rara vez llueve, no produce tanto como debiera por dos motivos: en primer lugar la pereza es allí una dote natural de los habitantes, luego inmensas extensiones de terreno quedan aglomeradas en manos de unos pocos propietarios que no practican el cultivo intensivo por descuido é ignorancia á la vez de los adelantos científicos en punto á la agricultura: así es que no se explotan grandes veneros de riqueza.

En cuanto á la antigua industria de « *los cordobanes* » ó cueros estampados, apenas si ha dejado huellas de su esplendor.

Córdoba significa *molino de aceite* y bien merece ese nombre la provincia porque abundantísimas son sus cosechas de aceite, mayormente en Montoro donde están los más extensos y mejores plantíos. En su término se crían famosos caballos á los cuales profesan los Andaluces orgulloso cariño; también se elabora el Montilla, vino célebre que desempeña siempre honroso papel en las fiestas y banquetes.

La ciudad de Córdoba, con sus 60 000 habitantes, no es ni la sombra de lo que fué cuando llegó al apogeo de su poder con Almanzor, siendo capital del califato de occidente. Hoy es meramente una población agrícola después de haber sido uno de los centros principales de la cultura romana y de la civilización árabe. De su vida antigua conserva en particular la

gran mezquita, verdadero laberinto de mármol y jaspes fastuosamente labrados; los escritos de sus hijos, honra de España, como Lucano, los Senecas, Juan de Mena, Góngora; en fin el recuerdo de las hazañas del *Gran Capitán* Gonzalo de Córdoba.

SEVILLA

Para los Sevillanos hay en el mundo una sola maravilla: *Sevilla*, y un solo río *el Guadalquivir*; se les olvida decir que la exageración es oriunda también de esa provincia.

A la verdad la llanura del Guadalquivir es magnífica, con opulenta vegetación, y la ciudad de Sevilla, por su riqueza industrial y mercantil, su situación, sus monumentos, sus habitantes, su clima, su vida toda es digna de la famosa copla:

Sevilla para el regalo
Madrid para la nobleza
Para tropas, Barcelona;
para jardines Valencia.

Su puerto está siempre muy animado por incesante tráfico, y grande es el movimiento de barcos cargados de ricos productos agrícolas con rumbo tanto á las demás naciones de Europa como á las Américas.

El casco de la ciudad se halla en la orilla izquierda del Guadalquivir, estando unido por puente de hierro con el barrio de Triana que es como el riñon de Sevilla, donde *únicamente puede nacer uno con toda la gracia andaluza*. Este barrio es también la capital, el verdadero refugio de los Gitanos que allí encontraron un tiempo protección y asilo por parte de la nobleza y de las gentes ricas.

Cádiz. — Cádiz es una hermosa señora que tiene para ella cuantas cualidades se reparten sus hermanas. Por su carácter dulce y hospitalario agrada á los extranjeros y forasteros que la visitan; su cultura que hace muy ameno y agradable su trato, su entusiasmo por cuantas ideas nuevas nacen en lo espíritus, por cuantos sentimientos generosos brotan en los corazones, provocan la admiración de los que saben apreciarla; en fin por

Cádiz: La Pesca del atún á fines del Siglo XVI.

su amor á la ciencia, su energía, su ingenio, su patriotismo, su heroicidad, sobresale en medio de las demás provincias : siempre se la encuentra ocupando el primer puesto en todo como fué la primera que recogió en su regazo á la Libertad en 1812 : es una señora bella, culta, trabajadora y potente.

En el manto de esta dama magnífica la Naturaleza sembró todas sus riquezas; *Tarifa* la obsequia con sus frutos de oro ; *Sanlúcar de Barrameda* la regocija con su manzanilla, *Jerez de la Frontera* despierta sus ardores con potenciosos vinos, *Medinasidonia* y *Olvera* le ofrecen el encanto de sus dehesas, *San Fernando* esparce diamantes de sus salinas en los pliegues del vestido talar que le hace la campiña, flores sin cuento como otros tantos pebetes la inciensan con sus perfumes embriagadores ; y cuando cansada de su trabajo variadísimo, de su viaje por mar los días de pesca, del ruido ensordecedor de sus fábricas quiere descansar, se va á *Chiclana de la Frontera* donde en clima delicioso halla la paz y el recreo.

Si Cádiz es algo coqueta, amiga del lujo y de los placeres, hay que perdonarle esos amables defectos propios de su hermosura y que dan sabor picante á esta *tacita de plata* donde los Andaluces beben el amor al progreso y la alegría del vivir.

Huelva. — La provincia de Huelva sólo con Río Tinto y Tharsis tendría bastante para ocupar puesto honrado en el mundo y ser el objeto de la envidia de capitalistas y explotadores. Sus minas la han hecho célebre « urbi et orbi » mereciéndole el mote de *California del cobre.*

Pero la actividad de la provincia halla grande alimento también en la industria corcho-taponera, en la pesca de la sardina así como en las canteras de jaspe que encierra Aracena en su terreno fragoso. No hay hasta sus higos pasas que no tengan especial renombre y los de Lepe son exquisitos. En fin, humildemente enclavado en la costa está el pequeño puerto de Palos, grande por el recuerdo ya que de allí partió el insigne Colón con sus tres carabelas para el descubrimiento de América.

Granada.

...¡ Qué hermosa estaba Granada en aquel momento ! En primer término, desde la eminencia misma en que la viajera se encontraba, y algún tanto apartada del cauce del río, extendíase como alfombra primorosa el valle entero del Genil, de trecho en trecho sombreado por altos, aislados, erguidos y frondosos álamos blancos, cuyas copas agudas y en pirámide, semejando ramilletes de argentada filigrana, parecían perforar con sus últimas ramas el firmamento ; por medio del valle, centelleando á la luz del sol ardiente, saltando juguetón entre el aterciopelado esmalte de los campos, alegrando bullidor el paisaje, se abría camino el Genil, como una cinta de plata reverberante, de la que brotan deslumbradoras chispas de fuego ; en leves pero continuas ondulaciones, como oleadas de un mar en calma, la alfombra de mil colores, seguía extendiéndose bañada en luz brillante, con grandes manchas oscuras de vez en cuando producidas por las sombrías arboledas y el follaje de los olivos y de los granados que formaban grupos. A espacios desiguales, cual perlas sueltas desprendidas de un collar, en medio de un vasto tapiz destacaban por su blancura con su cúpula esferoidal, algunas pequeñas construcciones, y resplandecían los blancos tapiales de las cercas ; más lejos,

(Fot. Lacoste.)

Granada : Vista de la Catedral y de la Alhambra.

se accidentaba bruscamente el paisaje, y surgía de costado la colina roja, como abrasada por los rayos del sol, distinguiéndose á sus plantas confusamente, con sus almenas y sus cubos, sus torres cuadradas y sus tambores, las murallas, también rojizas de la población, simulando desde el sitio en que la niña miraba extremecida aquel cuadro sorprendente, oscuro cinturón ceñido al talle de la hermosa sultana del Genil y del Darro. Detrás de las fortificaciones escalonadas y en anfiteatro resplandeciente de blancura, como tallada en yeso, y encaramada sobre las murallas, aparecía al fin la ciudad, con sus casas angulosas y sin ventanas, con los altos alminares de las mezquitas, cuadrados, de rojo ladrillo construídos, de domos dorados, que al ser heridos por el sol parecían brasas, y manzanas también doradas por remate; los huertos, los jardines, desbordando las notas verdes de sus árboles sobre la blancura de los edificios, y por cima, á la derecha, reclinadas con indolencia en la parte superior de la colina roja, las Torres Bermejas, la línea de murallas, las informes construcciones de la almedina, y por último, como señor y dueño, entre un mar de verdura, el alcázar fastuoso de la Alhambra, con sus torres cuadradas, rojizas, agradables, entrecortadas á modo de florones de una diadema. Al otro extremo, apenas se distinguía el cerro del Albaicín bajo el hacinamiento confuso de edificios y de torres, todo ello tomando singular relieve y pronunciando salientes y negras sombras desvanecidas por la distancia, en el baño de luz caliente que lo inundaba con fantásticas y deslumbradoras apariencias.

AMADOR DE LOS RÍOS.
(*La leyenda del Rey Bermejo.*)

Granada.

Lo peor es que hablando de Granada nadie sabe, — sobre todo en España — sino que es una provincia andaluza, donde está la Alhambra. Y como de Andalucía lo mejor es

Sevilla, Córdoba, ó Málaga, ó sea manzanilla y sol brillante, algazara y ceceo en la conversación, exageración y ruido de castañuelas, mujeres medio locas que cantan con ojos negros y pañuelos de Manila, y hombres muy alegres y embusteros, se tiene la misma idea ó poco menos de Granada, olvidando que en ella se encuentran la región de las nieves perpetuas, y las montañas más altas, no ya de España sino de Europa, aparte del Mont Blanc ; que es más húmeda y fría que Galicia ; que nada ha tenido que ver con el resto de España hasta hace poco, cosa de unos cuatro siglos, pues era árabe, cuando los demás estados y provincias cristianas estaban ya viejas, y que los Granadinos de hoy procedemos principalmente de gallegos y catalanes, mezclados con moros y judíos... Y que esto es científico, lo prueban los curiosos datos de la notable obra : « El Índice cefálico de España », del señor Oloriz. De modo que no tenemos semejanza ni etnográfica, ni histórica, con el resto de España, ni con Andalucía.

Lo granadino es, pues, distinto de lo que en todas partes se entiende por andaluz ; la nuestra es una Andalucía melancólica y poética, con violentos contrastes, con variedad tremenda de temperaturas, desde el cálido africano al frío glacial ; con vitalidad desordenada é inútil, como los torrentes que bajan de Sierra Nevada á ríos caudalosos, que á los pocos días se quedan secos... Todo esto se refleja en el carácter granadino, cuya nota típica es la pereza, sin duda porque la humedad, la hermosura de los paisajes y la fecundidad del suelo, desarrollan la soñolencia, el espíritu contemplativo y un refinado egoismo ; ó también por la dosis que tengamos de sangre musulmana.

En cambio de este defecto capital, que Ganivet señala y pone de relieve con precisión y gracejo en una de sus Cartas, tienen los poetas y escritores granadinos envidiabilísimas cualidades características, siendo, aunque graciosos, severos y profundos, sonoros y penetrantes, como los ecos que repercuten en nuestras cañadas ; clarísimos y despejados, como nuestro ambiente ; amenos y nutridos como lo son en colores, vitalidad y contrastes nuestros maravillosos paisajes ; y casi todos con dejos, más ó menos pronunciados, de honda y poética melancolía, como si estuvieran

empapados de la expresión delicadísima y de la dulce tristeza de nuestros soberanos crepúsculos.

NICOLÁS M. LÓPEZ.

(*Prefacio á las Cartas finlandesas de Ángel Ganivet.*)

La tierra andaluza.

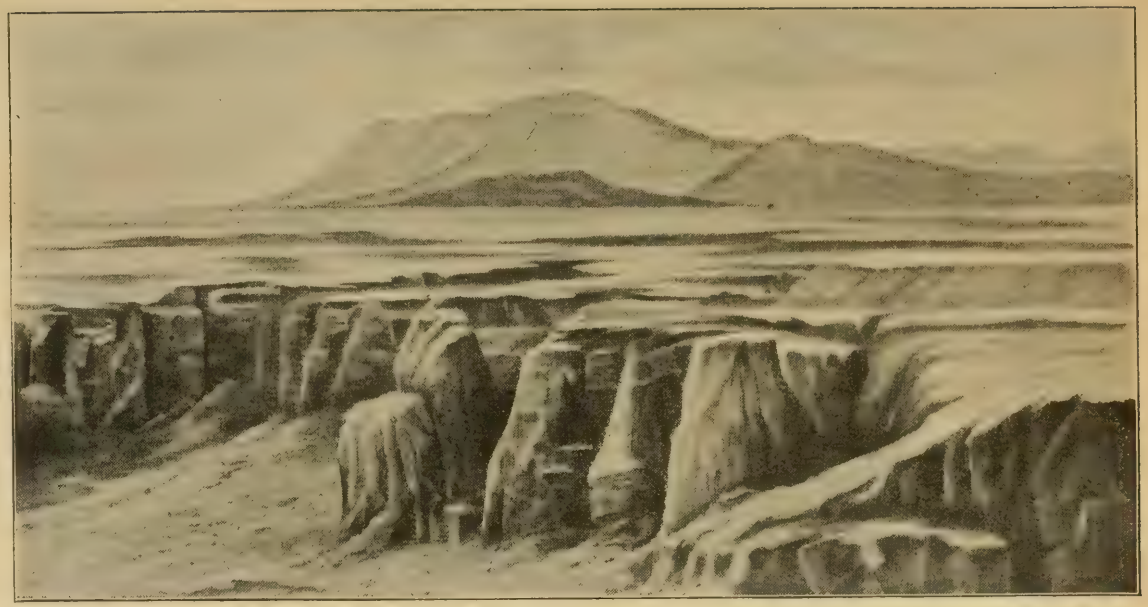
LA SIERRA Y EL LLANO. — PAISAJES Y COSTUMBRES

La sierra era el escenario de su aventurera juventud y, al volver al cortijo Rafael recordaba con entusiasmo las montañas cubiertas de acebuches, alcornoques y encinas, las profundas cañadas con espesuras de lentiscos, las altas adelfas orlando los riachuelos, en cuya corriente servían de pasos grandes fragmentos de columnas con arabescos que el agua iba borrando poco á poco; y en el fondo, sobre las cumbres, las ruinas de alcázares moriscos, el castillo de *Fátima*, el castillo de la *Mora encantada*, una decoración que hacía recordar los cuentos de los crepúsculos de invierno junto á la chimenea del cortijo.

Zumbaban los insectos sobre las inquietas crestas de la maleza; arrastrábanse los lagartos entre las piedras; sonaban á lo lejos las esquilas con acompañamiento de balidos, y de vez en cuando, al trotar el caballo de Rafael por unos caminos que nunca habían conocido la rueda, abríase en lo alto de un ribazo la cortina de matorrales, asomando los cuernos y el hocico babeante de una vaca ó el testuz curioso de un ternero que parecía extrañar la presencia de un hombre que no fuese el pastor.

Otras veces eran las yeguas de larga cola, sueltas crines, que temblaban un momento con salvaje sorpresa al ver al jinete y huían monte arriba con violentas ondulaciones de ancas. Los potros las seguían, con las patas grotescamente cubiertas de pelo, como si llevasen pantalones.

Rafael miraba asombrado á los zagales nacidos en la sierra. Eran tímidos y huraños con la gente que llegaba de la llanura,



Sierra Nevada.

á la que volvían los ojos con cierto temor supersticioso, como si en ella residiese el misterio de la vida. Eran pedazos de Naturaleza, de una existencia rudimentaria y monótona. Andaban y vivían como podrían hacerlo un árbol ó una piedra animados de movimiento. En su cerebro, insensible á todo lo que no fuesen sensaciones animales, apenas si las exigencias de la vida habían hecho florecer un ligero musgo de pensamiento. Miraban como fetiches milagrosos las grandes verrugas de los alcornoques, con las que podían fabricarse los *tornillos*, cazuelas naturales para confeccionar el gazpacho. Buscaban las pieles viejas de culebra, abandonadas entre los guijarros al cambiar de envoltura el reptil, y festoneaban los caños de las fuentes con estos pellejos obscuros, atribuyendo á su ofrenda influencias misteriosas. Los largos días de inmovilidad en el monte, vigilando el pastar de las bestias, extinguía lentamente todo lo que en estos muchachos había de humano.

¡Y estos zagales, condenados al salvajismo desde su nacimiento, como las criaturas á las que se deforma para explotar su fealdad, ganaban treinta reales al mes, á más de una triste pitanza que no acallaba los estremecimientos de su estómago excitado por el aire de la montaña y las aguas puras de las fuentes! ¡Y sus jefes, los yegüeros y vaqueros, tenían dos reales y medio cuando más, sin fiesta alguna durante el año; todos los días lo mismo, vivían aislados, con su mísera hembra, que procreaba pequeños salvajes, dentro de un chozón negro y ahumado, un verdadero ataúd sin más entrada que un agujero de madriguera, las paredes de pedruscos sueltos y una cubierta de hojas de corcho!...

En los cortijos del llano los gañanes vivían también en la miseria y sufrían hambre. En verano, durante la recolección, les daban un potaje de garbanzos, manjar extraordinario, del que se acordaban todo el año. En los meses restantes, la comida se componía de pan, sólo de pan. Pan seco en la mano y pan en la cazuela, en forma de gazpacho fresco ó caliente, como si en el mundo no existiera para los pobres otra cosa que el trigo. Una panilla escasa de aceite, lo que podía contener la punta de un cuerno, servía para diez hombres. Había que añadir unos dientes de ajo y un pellizco de sal, y con esto el amo daba por alimentados á

Feria de Caballos en Sevilla.

unos hombres que necesitaban renovar sus energías agotadas por el trabajo y el clima.

Unos cortijos eran de *pan por cuenta*, y en ellos se daban tres libras por cabeza. Una telera de seis libras era el único alimento para dos días. Otros eran de *pan largo*, no había tasa, el gañán podía comer cuanto desease, pero el horno del cortijo sólo cocía cada diez días, y las teleras cargadas de salvado eran tan ásperas y de tal modo se endurecían, que el amo, echándola de generoso, salía ganando, pues nadie osaba hincarlas el diente, más que en la suprema desesperación del hambre.

Tres comidas tenían al día los braceros, todas de pan : una alimentación de perros. A las ocho de la mañana, cuando llevaban más de dos horas trabajando, llegaba el gazpacho caliente, servido en un lebrillo. Lo guisaban en el cortijo, llevándolo adonde estaban los gañanes, muchas veces á más de una hora de la casa, cayéndole la lluvia en las mañanas de invierno. Los hombres tiraban de sus cucharas de cuerno, formando amplio círculo en torno de él. Eran tantos, que para no estorbarse se mantenían á gran distancia del lebrillo. Cada cucharada era un viaje. Debían avanzar, encorvarse sobre el barreño, que estaba en el suelo, coger la cucharada y retirarse á la fila para devorar las sopas, de una tibieza repugnante. Al aproximarse los gruesos zapatones hacían saltar el polvo ó las pellas de barro, y las últimas cucharadas tenían el mismo sabor que si comiesen tierra.

A mediodía era el gazpacho frío, preparado en el mismo campo. Pan también pero nadando en un caldo de vinagre, que casi siempre era vino de la cosecha anterior que se había torcido. Únicamente los zagales y los gañanes, en toda la pujanza de su juventud, le metían la cuchara en las mañanas de invierno, engulléndose este refresco, mientras el vientecillo frío les hería las espaldas. Los hombres maduros, los veteranos del trabajo, con el estómago quebrantado por largos años de esta alimentación manteníanse á distancia, rumiando un mendrugo seco.

Y por la noche, cuando regresaban á la gañanía para dormir, otro gazpacho caliente : pan guisado y pan seco, lo mismo que por la mañana. Al morir en el cortijo alguna res

cuyas carnes no podían aprovecharse, se regalaba á los braceros, y los cólicos de la intoxicación alteraban por la noche el amontonamiento de carne adormilada en la gañanía. Otras veces los que eran más brutales en su batalla con el hambre, si conseguían matar á pedradas en el campo un cuervo ó algún otro pajarraco de rapiña, conducíanlo en triunfo al cortijo y lo guisaban, celebrando con una risa de desesperados este banquete extraordinario.

Los hombres empezaban de pequeños el aprendizaje de la fatiga aplastante, del hambre engañada. A la edad en que otros niños más felices iban á la escuela, ellos eran zagales de labranza por un real y tres gazpachos. En verano servían de *rempujeros*, marchando tras las carretas, cargadas de mies como los mastines que caminan á la zaga de los carros, recogiendo las espigas que se derramaban en el camino y esquivando los latigazos de las carreteros, que los trataban como á las bestias. Después eran gañanes, trabajaban la tierra, entregándose á la faena con el entusiasmo de la juventud, con la necesidad de movimiento y el alarde fanfarrón de fuerza, propios del exceso de vida. Derrochaban su vigor con una generosidad que aprovechaban los amos. Estos preferían siempre para sus labores la inexperiencia de los mozos y de las muchachas. Y cuando aun no habían llegado á los treinta y cinco años se sentían viejos, agrietados por dentro, como si se desplomase su vida, y comenzaban á ver rechazados sus brazos en los cortijos.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

(*La Bodega.*)

La pasa.

Ya brilla el estío
Ya el campo se llena
De luz y perfumes
Y dulces cadencias
Y fúlgidos tonos;

Ya verdes y espléndidas
De pámpanos cubren
Al monte las cepas;
Ya Baco, sediento,
Levanta en la diestra
La copa en que ardiente.
Desbórdase el néctar.

Ya brilla el racimo
Cual rica presea
De ricos topacios;
Ya alegres regresan
Los vendimiadores,
Sobre la cabeza
Los repletos cuévanos;
Y á la luz postrera
Del sol, de las cumbres
Descienden; ya llevan
Al rústico asilo
Las áureas ofrendas
Que en dulce tributo
Les rinde la tierra;
Ya bajan cantando
Del monte; ya empiezan
Las tardes azules,
Las noches serenas.

*
* *

En breve la uva
Se encoge y se pliega
Del ancho pasero
Tendida en la arena;
Ya cuando en el éter
Reluce la estrella,
Los vendimiadores,
En plácidas fiestas,
Al son de los crótalos
Y al son de las tiernas
Moriscas guitarras,

Los ámbitos pueblan
De andaluces cánticos,
Y al par, en parejas,
Las mozas y mozos
Bailando celebran
La alegre vendimia,
La dulce cosecha.

*
* *

Mirad un instante
La linda faenera :
Sus ojos gitanos,
Su cara morena,
Sus labios de grana,
Su obscura guedeja
De lazos y flores
Orlada, su apuesta
Figura, su talle
Que ondula y cimbrea ;
Mirad el vistoso
Pañuelo que besa
Su busto arrogante
De estatua soberbia,
Su falda de coco
Que descubre apenas
Su pie, pie tan breve,
Que un dije semeja,
Miradla adornando
Con cintas de seda
Los negros y dulces
Racimos que encierra
Después en las cajas
En *lechos* que ostentan
Dorados encajes
Y finas viñetas.

*
* *

Ya á playas remotas
Las naves se llevan

Los negros racimos ;
Ya mustias se quedan
Las viñas del monte ;
Ya alegres no suenan
Moriscas guitarras,
Ni repiquetean
Los sonantes crótalos ;
Ya el aire no llenan
Amantes canciones,
Ni alegres parejas
De mozas y mozos
Bailando celebran
La dulce vendimia ;
Ya raudas se alejan
Las tardes azules
Las noches serenas.

ARTURO REYES.

De Jaén á Sevilla.

La locomotora corría por los campos de la provincia de Córdoba. Cubiertos de tiernos trigos se extendían en planicie de un verde pálido, cortado bruscamente por el muro sombrío y adusto de la sierra. Cuando nos acercamos á la ciudad, me sentí impresionado vivamente por la grandeza de sus recuerdos. Aquel montón de casas que se alzaba pardo y melancólico entre el río y la montaña había sido la gran ciudad del Occidente, la capital del mundo civilizado. Al ruido, á la alegría que en otro tiempo reinaran en ella, habían sucedido años y años, siglos y siglos de silencio y tristeza. Veíala con la imaginación hermosa y feliz en medio de una comarca fértil, risueña, abundante en toda clase de cosechas, ocupando una vasta extensión con sus murallas resplandecientes, provista de puertas monumentales, de infinitas calles donde las máquinas de riego abatían el polvo. Innumerables transeuntes discurrían por ellas, entrando y

saliendo de sus bazares á cuyas puertas pendían ricos damascos y tapices. En todas partes se alzaban suntuosos palacios, más bellos y suntuosos por dentro que por fuera : en todas partes bosques y jardines públicos donde sus felices moradores se solazaban con el aroma del azahar, del cinamomo y almoraduj. En torno de ella los amenos vergeles ó almuzaras se extendían á lo lejos, poblados de arboledas umbrías, de fuentes murmuradoras, de pájaros parleros. Enhiesta sobre el alminar de la mezquita la media luna elevaba sus cuernos poderosos protegiendo á la Ciudad. El ruido de los carros, de los escuadrones que á todas horas entraban y salían por sus puertas, de las máquinas de guerra, el gozoso rumor que se elevaba de sus talleres, donde fabricaban la inmensa variedad de artefactos que exigía su refinada cultura, la hacían bulliciosa y resonante. Veía la falda de la sierra cuajada de casas de campo, retiros deleitosos donde los caballeros árabes iban con las bellas de la ciudad á celebrar sus orgías...

... Según nos aproximábamos á la provincia de Sevilla, el paisaje adquiría tonos más secos y calientes. La comarca se desenvolvía ondulante como un mar de olas inmensas, petrificadas hasta los últimos confines del horizonte. Era una tierra roja, sangrienta, que infinitas hileras de olivos rayaban de verde gris. Y posados entre ellos como blancas palomas veíanse de vez en cuando algunos molinos donde la amarga aceituna fluía su licor. Sólo rara vez ya el verde pálido y tierno de algún sembrado despedía una nota pacífica en aquella tierra ardiente de una vitalidad feroz.

A medida que avanzábamos, el firmamento se elevaba y su azul se iba haciendo más intenso y profundo. Lucía el sol de un mediodía abrasador. La implacable intensidad de la luz me ofuscaba, haciéndome ver los términos lejanos como masas violáceas envueltas en una gasa blanca. La línea del último más bien se adivinaba que se percibía en los confines del horizonte luminoso. La naturaleza africana anunciaba ya su proximidad con los setos de pita y de higos chumbos erizados de púas. Los olivos se retorcían con furia, adoptaban posturas grotescas, chupando con ansia de aquella tierra roja las escasas partículas de agua ; árboles tristes, ridículos, donde alguna vez, como en todos los seres feos

de la tierra, brilla un relámpago de hermosura, cuando el viento arranca de sus pobres hojas algunos reflejos argentados.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.
(*La hermana San Sulpicio.*)

El olivo.

Con sólo uno de los vegetales de España, con el árbol andaluz por excelencia podemos llamarnos dichosos; que él se basta para hacer feliz á una región. Aludo al árbol de Minerva, al que simboliza la paz : el olivo.

Vedle poblando una gran parte de los terrenos de la antigua Bética; él da su sobrenombre de olivífero al Guadalquivir,

« Rey de los otros ríos caudaloso »;

miradle cuál se eleva retorciendo su nervudo tronco y sus espesas ramas, como quien perezosamente recibe las suaves caricias del espléndido sol meridional. Verde y brillante como la esperanza es el haz de sus hojas; casi plateado el envés como el de las hojas del cinamomo; su florecilla blanca y suavemente olorosa; morado su fruto cuando llega á la completa sazón. Ese mismo fruto sería regalo propio para los dioses, no ya para los mortales; y del dorado líquido que de él se obtiene ¿ qué decir que no sea mezquino elogio ?

Y ¡ qué pintoresca, qué divertida, qué *folklórica* es la recolección de la aceituna en Andalucía ! Yo, en cuatro plumadas, quiero probar á describirla...

... Dicen en las tierras frías que el que *coge la aceituna antes de Enero, se deja el aceite en el madero,* y en otros más templadas, que *por Santa Catalina todo su aceite tiene la oliva.* Quede eso para los terrenos tardíos ; el clima andaluz, que hace lozanas mujeres de las muchachas de trece años, madura el fruto del olivo al comenzar el mes de Noviembre. Ya por ese tiempo contrasta con lo verde y lo blanco de las hojas lo morado del espeso fruto que sólo se conserva *pin-*

tón en los árboles muy cargados de él, ó en contados vidueños, como el *verdial*.

Allá van camino de la hacienda, en donde habrá trabajo para dos ó tres meses, las familias cogedoras; lo que llaman diez ó quince casas por las cuales ya ha hecho el ajuste á destajo, el *tareero* ó *manigero*. Soltados los hatos en la casilla y pasado el sueño de la primera noche á la mañana siguiente ¿qué digo á la mañana? Cuando Dios comienza á echar sus luces; ya todos los cogedores han almorzado sus migas y van hacia el tajo, donde les aguardan los bancos, las canastas, los *reores* y las *pimpolleras* ó *apuraderas*: todos los trebejos del coger; y los del medir, pues tampoco falta el marco ó media fanega, que, porque no sirve al amo para cobrar, sino para pagar, suele tener, no seis, sino nueve y hasta once almudes.

Sale el sol y vense las aceitunas... y las caras; y tales suele haberlas que, al mismo sol le dicen: « Hazte para allá. » Á tomillo y romero huelen aquellas muchachas, frescas como unas rosas, criadas al aire libre en la aldea, no entre cristales, como plantas exóticas. ¡Lástima que desfiguren sus esbeltos talles, dejándose subrogar por unos calzones de hombre, las enaguas recogidas á la altura de las caderas! Con todo eso, los ovalados rostros, rebosando gracia y salud, son más que buenos fiadores de cuantas bellezas oculta el acostumbrado disfraz.

Todo es vida y animación en el tajo: el uno, desde el suelo golpea las ramas más altas y exteriores del olivo, que dejan caer su fruto en morada lluvia; otros sobre el banco, arrancan la aceituna de las ramas interiores, ó echan abajo la de otras, haciendo uso de las *pimpolleras;* las mujeres no dan paz á las manos, ya ordeñando, ya recogiendo del suelo con rapidez pasmosa el fruto desparramado, faena en que á ratos, ayudan los rapacejos de seis ú ocho años, mientras que los niños de pecho duermen ó lloran, revolcándose, á pocos pasos, sobre sendos trozos de manta deshilachada.

En el tajo, al mediar el día, se toma un bocadillo. ¿De qué?... De lo que cae: una granada y un pedazo de pan prieto, con unas buenas ganas de comer, que no hay salsa como ellas, fueron siempre plato para un sibarita. Prosigue

la faena, las más veces entre vientos desapacibles y molestas lluvias las menos, al amor del sol, que tanto se deja sentir en el estío, cuando hace mal, y tan poco se deja ver en el invierno, cuando hace bien. ¡Rico egoísta al cabo! Al fin, vanse amortiguando sus tibios resplandores entre los celajes del Poniente, arrecia el frío, y la musa del hambre inspira los cantos de los cogedores.

Acabada la recolección, y al descontar lo gastado de lo ganado, suele quedar á los aceituneros para darse una mala vuelta de ropa y para comprar un par de fanegas de trigo con que hacer frente á los rigores del resto del invierno. Pero son ricos de corazón, y es lo que ellos dicen: Canta la rana, y no tiene pelo ni lana.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

Los Latifundios.

No sé de playa alguna española que tenga la grandeza de Sanlúcar de Barrameda. Las amplias rías gallegas son más lindas, más pintorescas, en el sentido que han dado á la palabra los turistas. El verde intenso de las tierras y el escalonamiento de las casas, prestan à sus orillas los encantos de colosales nacimientos, compuestos y primorosos; pero la boca del Guadalquivir tiene la majestad ingenua y ultrahumana de la Naturaleza vieja y virgen cuando pueblan su soledad presente los recuerdos lejanos de civilizaciones extinguidas.

Salimos de Sanlúcar los expedicionarios en el vapor *Giralda*, de las obras del puerto de Sevilla. Remontamos la ría. El Guadalquivir debe parecerse al padre Nilo, si no en el color de las aguas, en la grandiosidad del cauce. Es curiosa la impresión de virginidad y de vejez que nos sugiere la contemplación de la ría. Todas las grandes civilizaciones han pasado por ella: fenicios, romanos, árabes, cristianos y comerciantes de Indias. Y las orillas se hallan tan despobladas, que se recuerda la descripción del Orinoco, en la América ecuatorial, por el Sr. Pérez Triana.

El peñón de Gibraltar.

Sentimos la importancia excepcional y única que tiene para el trático un brazo de mar que se interna más de cien kilómetros en tierra firme. Luego se nos dice que la mano del hombre ha mejorado notablemente la navegación por el Guadalquivir, salvando curvas y dragando el lecho ; y, con efecto nos encontramos algunas dragas, estacadas, hilos del teléfono y muelles de madera, signos inequívocos del humano esfuerzo. Pero se hallan tan distantes unas de otras estas débiles muestras de la ambición del hombre, que prevalece en nuestro espíritu la sensación de la Naturaleza virgen, sensación dolorosa en cuanto condena á nuestros padres porque han hecho tan poco : sensación alegre, porque presta á las futuras actividades el campo espléndido de una tierra donde está todo por hacer.

En las primeras horas de navegación se explica hasta cierto punto el abandono de las orillas. La tierra es salobre, improductiva, sujeta á inundaciones, movediza. Mas, ¿por qué no se la ha fijado, como en las landas francesas, con pinos marítimos? Allá donde el agua dulce del río reemplaza á la del mar, produce el abandono la impresión del crimen... ¡Tierras improductivas á la orilla del río !... Bueno está para aquellos tiempos en que los comerciantes sevillanos prohibían usar en riegos el agua del Guadalquivir... ¡ Pero hoy !... ¡ Cuando se sabe que una buena draga devuelve cuadruplicada en agua del mar toda el agua potable de que puedan beneficiarse los regantes! ¿Cómo no se multiplican los vergeles de los coquetones y apiñados pueblos que rodean á Sevilla ?

— ¿De quiénes son estos terrenos ? — preguntamos, señalando los páramos de las orillas, donde pacen los toros y las vacas, seguros y tranquilos, señores indiscutidos de los yermos.

Y al respondérsenos aparece la explicación.

— Son del marqués de A; de la duquesa de B; de Juan Particular.

— ¿Y por qué no mejoran sus propiedades, obteniendo de ellas mayores rendimientos y dando trabajo á los obreros, á los arrendatarios, al país ?

— El marqués A no las conoce ; vive en París hace muchos años; es español y no habla su idioma ; es senador por

derecho propio y no ha jurado el cargo. La duquesa B vive en Madrid y consagra sus actividades á la Iglesia; Juan Particular reside en Sevilla y se dedica á jugar en el Casino. ¿Qué se les importa de sus tierras, ni del campo andaluz, ni de sus propios intereses á esas gentes que viven fuera de la concurrencia y de las leyes económicas de la vida moderna?

Sus administradores y arrendatarios no tienen el menor interés en mejorar la tierra; carecen de capitales para emprender obras y siembras; los propietarios que tienen ahorros los colocan en papel del Estado.

Y al escuchar estas palabras, la indignación rebosa en todos los pechos. En el Norte, en Bilbao, la plutocracia, aristocracia de hecho, se apoya en el derecho. Los plutócratas acaparan riqueza, pero desarrollan al propio tiempo la riqueza general. Son los que más trabajan, á las iniciativas de un centenar de hombres debe el país vasco la transformación prodigiosa, acaso única, de un pueblo ayer lleno de hidalgos belicosos é inútiles y hoy plantel de trabajadores pacíficos é indispensables. Esos plutócratas son mil veces más útiles, como administradores del capital social, que los agitadores socialistas que pretenden suplantarlos. Mas, ¿para qué sirven los latifundistas?

Junto á Jerez existe un partido judicial — no recuerdo á punto fijo si es el de Grazalema ó el de Olvera — que pertenecía por entero á la casa de Osuna. Era uno de los más pobres de la provincia. Daba un gran contingente de jornaleros sin propiedad. Se desbarató la fortuna ducal, repartiéronse las tierras por subasta los arrendatarios, y hoy reina el bienestar y la seguridad del porvenir entre aquellos trabajadores, que en otro tiempo corrían las carreteras en busca de jornal. Este hecho se repite en Andalucía hasta el infinito.

Hijos los latifundios de períodos de guerras y de mala administración, han perdido su razón histórica de ser. Sin embargo, subsisten en buena parte las condiciones geográficas que los determinan. No hemos de olvidar que el carácter de la producción ejerce gran influencia sobre la distribución de la propiedad, así como aquel carácter está á su vez determinado por el clima ó el suelo, los instrumentos de

trabajo, los capitales, la capacidad personal, la demanda de ciertos artículos y el estado de los medios de transporte. La explotación de los bosques y de las dehesas es en todos los países del dominio de la gran propiedad y fuera tarea inútil fraccionarla sin transformar previamente las condiciones geográficas del suelo, porque las cosas volverían por su propio peso á su primitivo estado.

En cambio, el cultivo de la viña exige cuidados intensivos, más propios de la pequeña propiedad que de la grande, y así vemos que los viñedos jerezanos gozan de una gran división de la tierra. Pero en las zonas áridas sólo la irrigación permite, por punto general, la constitución de propiedades muy pequeñas y de gran valor consagradas al cultivo de legumbres y de frutas. Tal ocurre en Valencia.

Y así llegamos á formularnos un círculo vicioso, semejante al planteado por *Figaro* sobre lo que se lee y lo que se escribe en España. Decíamos que las obras hidráulicas resultarán inútiles en los países de latifundios mientras no se encuentre la manera de distribuir las grandes propiedades. Hoy vemos que el reparto de las grandes propiedades es inútil mientras no se emprenda la obra hidráulica y todas las transformaciones — medios de transporte, facilidad del crédito, enseñanza agrícola y métodos de cultivo — que ha de llevar anexa la obra hidráulica para ser eficaz. ¿Por dónde rompemos el círculo vicioso?

Rompámoslo por todas partes á la vez. Hagamos la obra hidráulica al menos en aquellos puntos como Jerez, donde es sencilla y económica, y preparémonos á combatir los latifundios.

RAMIRO DE MAETZU.

Sevilla.

¿Qué hay en tí, Sevilla, que te hace singular en el mundo? ¿Qué hay en tí, que quien no te vió nunca te desea, y enamoras á quien te ve, y quien te ve y te deja sueña en volver á verte? ¿Qué fuerza espiritual es la tuya, que así á todos

cautivas y atraes? ¿Qué aura del cielo se mezcla en tu aire, que así los sentidos embelesa? ¿Qué luz te inunda y te corona? ¿Qué secreto encanto tienen tus mujeres, tu cielo, tus flores y tus campos?

Tienen ellos y tienes tú... poesía y gracia.

Una y otra se hallan en tí por donde quiera, y en todo sitio y ocasión reinan y palpitan.

Tu gracia es la suma y esencia de toda la gracia. La Gracia se enamoró de tí, y te hizo suya en un altar de luz y de amor.

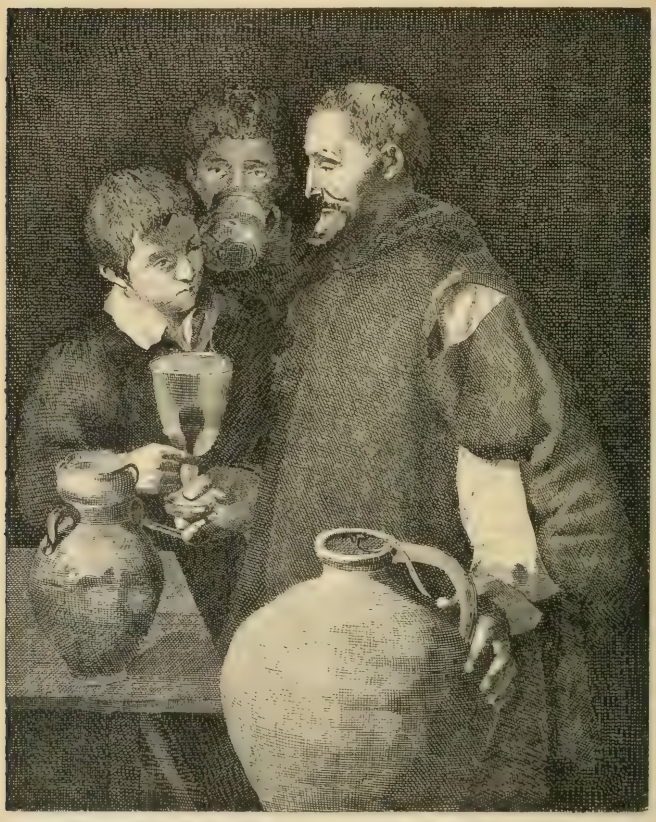
Gracia es en tí primero que nada esa tu natural inclinación á todo lo bello y alegre; gracia es en tí ese trabajar de tus obreros y de tus campesinos y de tus mujeres, con risa y bondad en el alma, venciendo la fatiga y esfuerzo materiales entre burlas y coplas; gracia es en tí ese desenfadado menosprecio de las cosas del mundo, que alegró mil veces hasta los sangrientos campos de batalla; gracia es en tí la fanática adoración de imágenes que simbolizan el misterio divino, y que no serían tan adoradas si fuesen menos bellas; gracia es en tí la arrogante originalidad de tus costumbres; graciosas son tus casas, llenas de silencio y reposo; graciosos tus jardines espléndidos, recreo de los sentidos, y los patios de tus corrales pobres, donde cada vaso roto ó cacharro inservible se convierte por obra de tu instinto del arte en maceta florida; graciosos son tus campanarios rientes; graciosas tu calles, tortuosas y estrechas llenas de inesperados encantos, de rincones secretos, de vivos contrastes de sombra y de luz como los que ofrecen las sevillanas al abrir y cerrar los ojos.

¡Las sevillanas! Genuina encarnación de la gracia en lo que tiene de más espiritual, impreciso y alado.

Gracia que no está sólo en su hablar dulce y hechicero; ni en su mirar de luces infinitas, de cambiantes fugaces; ni en su risa de plata, fresca y burlona, que llama y detiene á la vez; ni en su andar ingrávido y donairoso; ni en la innata elegancia de sus ademanes, ya cuando al hablar pintan con las finísimas manos lo que dicen ó se recogen un rizo suelto, ya cuando siembran en sus cabellos una rosa, ya cuando juegan coquetonamente con el venturoso abanico; gracia que no está en nada de ellas y que vive en todo; gracia tan

sutil, imponderable y única, que porque el nombre de gracia era insuficiente á definirla hubo que crear una palabra más expresiva y llamarle *ángel*.

. . . . . .



El aguador Sevillano (cuadro de Velázquez).

Hemos dicho, Sevilla, que tienes gracia y tienes poesía, y que por ellas eres singular en el mundo.

¡Poesía!... Poesía del corazón, de esta impalpable flor de sutil aroma, hay en Sevilla, tierra de sentimiento, una

perenne primavera; como la hay asimismo de aquella otra poesía menos oculta de las bellezas naturales. Y de la una y de la otra, exaltadas por la fuerza sentimental y soñadora de este pueblo, de esta raza andaluza, brotan espontánea y graciosamente los divinos cantares, ridículos y bárbaros á veces, casi siempre bellos y pulidos, y siempre llenos de expresión y de alma.

Quiere este pueblo dormir á un niño en la cuna, y canta:

A dormir va la rosa
de los rosales;
á dormir va mi niño
porque ya es tarde.

Quiere celebrar la hermosura y pureza de una mujer, y dice:

Tan sólo en el mundo hay una
Con quien poder compararte,
Y la encontré por fortuna,
pintada en un estandarte.

Quiere descubrir la honda firmeza de un amor que parece secreto, y exclama:

Dises que no la quieres
ni vas á verla;
pero la vereíta
no cría yerba.

Quiere llorar la temprana muerte de una linda mocita, y tiene para ella este lamento:

¡Presiosa claveyinita
Yevada ar pie de la sierra!
¡Qué lástima de carita
Que se la coma la tierra!

Quiere ser más delicado y profundo poeta que todos los poetas juntos, y llora de este modo la muerte dolorosa de la tierna clavellinita:

Se murió, y mi pañuelo
Se lo puse por la cara,

por que no tocara tierra
boquita que yo besaba.

Y esta poesía, que en las coplas tiene su más concreta y pura expresión, pasa en Sevilla por entre nosotros rozándonos con sus alas invisibles en todo lugar y á toda hora. Cuando sintáis un estremecimiento de vuestro ser, inefable y recóndito, buscadla en derredor, que cerca de vosotros va la poesía...

... Porque tienes estos tesoros de la poesía y de la gracia, Sevilla, eres melancólica y sentimental y eres alegre. Cultívalos, recréate en ellos, no los pierdas nunca, que ellos son tu esencia, tu vida y tu alma, y ellos te dan tu corona de reina en el mundo.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

Arcos.

¿Qué es lo que más cautiva vuestra sensibilidad de artistas: los llanos uniformes ó los montes abruptos? Cuáles son los pueblos que más os placen: los extendidos en la llanada clara, ó los alzados en los picachos de las montañas? Arcos de la Frontera es uno de estos postreros pueblos: imaginad la meseta plana, angosta, larga, que sube, que baja, que ondula de una montaña; poned sobre ella casitas blancas y vetustos caserones negruzcos; haced que uno y otro flanco del monte se hallen rectamente cortados á pico, como un murallón eminente; colocad al pie de esta muralla un río callado, lento, de aguas terrosas, que lame la piedra amarillenta, que la va socavando poco á poco, insidiosamente y que se aleja hecha su obra destructora, por la campiña adelante, en pronunciados serpenteos, entre terreros y lomas verdes, ornato de gavanzos en flor y de mantos de matricarias gualdas... Y cuando hayáis imaginado todo esto, entonces tendréis una pálida imagen de lo que es Arcos.

No hay en esta serranía pueblo más pintoresco. Sobre la cumbre de la montaña, la muchedumbre de casitas moriscas se apretuja y hacina en una larga línea de cuatro ó más kilómetros. El poblado comienza ya en la ladera suave de una colina; después baja á lo hondo; luego comienza á subir en pendiente escarpada por la alta montaña; más tarde baja otra vez, se extiende un breve trecho por el llano y llega hasta á morir en la falda de otro altozano. Y hay en lo alto, en el centro, en lo más viejo y castizo de la ciudad, unas callejuelas angostas, que se retuercen, que se quiebran súbitamente en ángulos rectos, pavimentadas de guijos relucientes, resbaladizos; al pasar, allá en lo hondo, bajo vuestros pies, veis un rodal de prado verde, ó un pedazo de río que espejea al Sol. El ruido de los pasos de un transeunte resuena de tarde en tarde suavemente. Pasáis ante el obscuro zaguán de una casa solariega: por la puerta entreabierta, dentro, en el estrecho patio, sombrío, penumbroso, un naranjo destaca su follaje esmaltado de doradas esferas.

Flota en el aire un vago olor á azahar; el cielo azul se muestra, como una estrecha cinta, en lo alto, entre las dos filas de casas de la vía. Y vosotros proseguís en vuestro paseo: las callejuelas se enredan en una maraña inextricable; ya suben á lo alto, ya bajan á lo hondo en cuestas por las que podéis rodar rápidamente á cada paso. Ahora, á vuestra mano izquierda, ha aparecido un largo muro; en él, á largos intervalos, vénse abiertos anchos portillos. Asomaos á uno de ellos; dejad reposar sobre el pretil vuestro cuerpo cansado: un panorama como no lo habréis visto jamás se descubre ante vuestros ojos. Nos hallamos sobre un elevado tajo de doscientos, de trescientos metros de altura; la campiña verde se pierde en lontananza en suaves ondulaciones; millares y millares de olivos cenicientos marcan en el gayo tapiz sus copas rotundas, hoscas; limita el horizonte una línea azul de montañas, dominadas por un picacho soberbio, casi esfumado en el cielo de un violeta suave. Y abajo, al pie de la muralla, en primer término, el Guadalete trágico, infausto, se acerca hasta lamer la roca, forma una ancha herradura, vuelve á alejarse, tranquilo y cauteloso. En las quiebras y salientes de la roca, las ortigas

y las higueras silvestres extienden su follaje; van dando vueltas y más vueltas en el aire, bajo nuestras miradas, los gavilanes y los buitres con sus plumajes pardos, desde un remanso de la corriente, un molino nos envía el rumor incesante de su presa, por la que el agua se esparrama en borbotones de blanca espuma...

MARTÍNEZ RUIZ.

¡Viva mi tierra!

Entre montones de sal
Fué mi cuna San Fernando.
Anda y busca por el mundo
Marinero más salao.

De la Gran Gades hermana
Y hermana la más querida;
A ella eternamente unida
Sobre la Isla gaditana;

Su ventura reflejando
En el puro azul del cielo,
Se alza sobre verde suelo
La ciudad de San Fernando.

Ciudad feliz generosa,
De campiña pintoresca,
Sol radiante, brisa fresca,
Y en donde no hay gente sosa.

Y ¿cómo haberla podría
En el Edén terrenal
Depósito de la sal
De la madre Andalucía?

Con fama justa de gloria,
Por más de un hecho brillante,

Que ella fué, puede arrogante
Consignar la patria historia,

Tierra que inicua invasión
Rechazó, hasta sus esteros[1]
Tragándose Granaderos
Del primer Napoleón.

La que, fiel siempre á sus reyes
Y firme en honroso puesto
Hizo de un teatro modesto
Templo augusto de las leyes,

Y con heroica lealtad,
Al fragor de la pelea,
En patriótica Asamblea
Dió el grito de libertad.

Su arsenal, donde tremola
El nacional estandarte,
Cuna ha sido y baluarte
De la Marina española.

Alza entre alegres casitas,
Sobre verde promontorio,
El mejor observatorio...
De las muchachas bonitas,

Y, confiesan sin trabajo
Los que observan las estrellas,
Que arriba las hay muy bellas
Pero mejores abajo.

Tierra que suelen llamar
De las bocas... ¡ como pocas !

1. Son los esteros caños ó brazos que salen de un río participando de las crecientes y menguantes del mar. En aquel terreno fangoso, por el cual sólo pueden correr sin exposición los salineros. se hundieron pereciendo ahogados muchos soldados franceses.

¿En qué tierra se ven bocas
Que convenzan sin hablar?

Albergue de querubines
Para *tangos* y *jipíos*,
Sus caños parecen ríos
Y sus huertas son jardines.

No te olvido, San Fernando,
Y aunque muy lejos de tí,
Tan vivo siempre está en mí
Tu recuerdo palpitando,

Que hasta en sueños mis visiones
Son tus alegres despecas [1]
Y el pregón de ¡ Bocas frescas !
¡ Langostinos ! ¡ Camarones !

JAVIER DE BURGOS.

1. Despeca es el nombre de la fiesta típica con que los dueños de las salinas obsequian á sus amigos y forasteros, extrayéndose con redes, y enorme cantidad, el exquisito y bien cebado pez llamado *mújol* (vulgarmente Iiza), que se cría en los esteros.

VIII

VALENCIA Y MURCIA

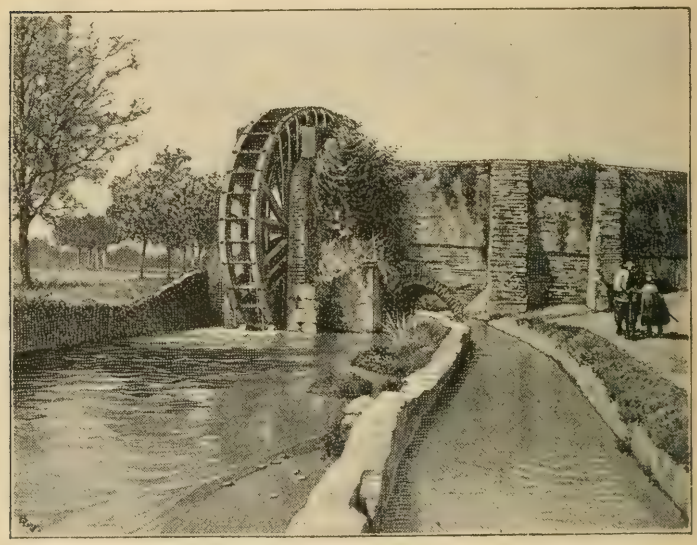
Reino de Murcia. — He aquí lo que decía el geógrafo Murillo de los Murcianos : « Son tan amartelados de su madre que con « dificultad se resuelven á perder de vista los chapiteles de sus « torres: y de aquí nace que pocos Murcianos se ven en las « Universidades, menos en los ejércitos y raros en las navega- « ciones... la gente está dada al regalo y al ocio. » Ahora todo ha cambiado.

La laboriosidad de los huertanos es tanta, tan esmerado su cuidado del suelo, que cosechan en el mismo terreno dos ó tres productos al año; además favorece el cultivo un sistema de riegos con sus ordenanzas para el régimen de la huerta de Murcia, redactadas y puestas en vigor en 1849, formando un código rural ; en fin los Murcianos cuentan con numerosas instituciones de cultura para el desenvolvimiento de la industria y comercio.

Como muestras de este desarrollo mercantil bastan la capital *Murcia* con sus 112000 habitantes y el mejor puerto del Mediterráneo tal vez, *Cartagena*, antigua capital de los Cartagineses en España.

En *la vega* los moradores gozan de un clima gratísimo y terreno feraz; no pasa igual en la *Sierra* donde luchan los habitantes contra las inclemencias de la temperatura y la pobreza del suelo; sin embargo la población eminentemente agrícola desafía con la misma impavidez el frío y el calor. Este último

terreno que corresponde á la provincia de *Albacete* produce pinos, encinas, arbustos y hierbas como el espliego y la zarzaparilla; cuando se siembra cereales sólo hay cosecha cada dos años. ¿Se podría pedir más al suelo? Tal vez, por que hay numerosos estanques que ocupan las hondonadas robando al cultivo suelo fértil que redimiría las deficencias de los terrenos de secano, además muy grandes son los estragos de las



Murcia : Noria.

inundaciones desde que los montes despoblados por tala bárbara no aminoraron sus efectos.

Albacete, pequeña capital asentada en las márgenes del Canal de María Cristina es famosa por su cuchillería que compite con la de Toledo.

Reino de Valencia. — Las tres provincias hermanas del reino de Valencia : Castellón de la Plana, Valencia y Alicante forman una región entusiasta del trabajo : tienen mucha fe en el porvenir porque saben que pueden contar con la fertilidad del suelo. Los habitantes, de ánimo pertinaz y de inteligente

laboriosidad, artistas y labradores, intelectuales y artesanos se juntan en el amor á la patria chica, probando con hechos que su seña es ahora *por Valencia y para España*, ostentando en el mundo las hermosas realidades en que cristalizaron los esfuerzos de los humildes tanto como las ideas de los ingenios.

« Los Valencianos conservan en su carácter, costumbres y trajes, muchos rasgos de la antigua morisma española » : hablan

(Fot. Lacoste.)

En la huerta Valenciana.

un dialecto lemosino y el instrumento principal de sus bailes populares es la dulzaina que se parece á la chirimía.

El reino de Valencia es un verdadero emporio de riqueza agrícola. « No forma todo él un florido verjel » ; profundos barrancos entre ásperas sierras, elevados macizos, cadenas de montañas, núcleos aislados, cubren la mayor parte del territorio, sólo una estrecha faja llana, próxima á la costa, remunera con exceso los sacrificios del labrador. En la huerta se halla muy adelantada la agricultura gracias á un sistema de riego admirable y garantido por el célebre *Tribunal de las*

Aguas, asi es que « llueva ó no llueva, trigo en Orihuela ».

La fruta Valenciana es conocida en toda Europa por su excelencia y, los dátiles de las 80000 palmeras de Elche merecen mención especial ; además en España misma se aprecia casi únicamente el arroz Valenciano del todo indispensable cuando se quiere confeccionar la auténtica *paella*.

Valencia y Murcia.

Nos encontramos en un trance apretado al tener que condensar en una página lo que nosotros pensamos de Valencia y de Murcia. España es un país heterogéneo; las más varias y contradictorias regiones, unidas violentamente por lazos burocráticos, forman nuestra nacionalidad. Y dentro de cada una de estas regiones, si nos detenemos á observarlas, podremos comprobar una porción de matices, de variedades y de cambiantes psicológicos. Y así, en Valencia, dentro del antiguo reino, no son lo mismo los valencianos que habitan Castellón que los que tienen sus moradas en la vega valenciana, ni éstos son idénticos á los que van vegetando en las tierras llamadas de la Marina — allá por donde los helenos tenían un templo consagrado á Diana, — ni éstos á los que, en campos de Alicante, van conllevando bien que mal la vida en la parte montañosa de la provincia; ni éstos á los que, pasada ya la capital de la provincia y bordeando el Mediterráneo, se extienden en tierras fronterizas á las de Murcia. El asunto, pues, es harto complejo y trascendental; hacer en tan breve espacio y por manera súbita é inopinada una breve y sustanciosa síntesis nos parece algo así como un trabajo de Hércules. Y en este

caso lo más acertado, lo menos expuesto al dogmatismo — á ese dogmatismo que nos causa horror — es que supongamos tranquilamente que dos viajeros que van recorriendo España y que tienen don agudo de observación, han marchado cada cual por la costa mediterránea, el uno bajando desde Barcelona, y el otro subiendo desde Almería, y se han encontrado en Alicante. Y como estos dos hombres felices, que pueden viajar, es decir, renovarse renovando el mundo exterior, acaso son amigos, estos dos hombres en una bella mañana de invierno se han sentado en una de las terrazas que en la querida ciudad afrontan con el mar, y allí, bajo un cielo azul, luminoso, ante el mar sosegado, de añil intenso, que aparece por encima del follaje de las palmeras, van platicando mano á mano, sin prisa, con esa voluptuosidad conque, cuando nos sentimos felices, rumiamos los recuerdos.

Yo, dirá de los viajeros el que ha venido desde Barcelona, yo he atravesado todo Valencia. Yo no podría resumir mis impresiones en cuatro palabras. Como hay una Andalucía puramente literaria, de convención, de abstracción, existe también una Valencia de las novelas y de los dramas. En Valencia yo veo las estepas yermas, ingratas, que han sido durante siglos con ímprobos trabajos hechas cultivables; una sabia repartición de aguas que cruzan y recruzan los campos en multitud de azarbes y regueras, hace fértil la tierra. La producción es segura, abundante: la vida es fácil; el paisaje que contemplan nuestros ojos es siempre el mismo, un poco monótono, uniforme — llanos de arrozales ó bosquecillos de naranjos; el cielo se muestra constantemente limpio; el aire que respiramos en pleno invierno entra tibio en nuestros pulmones. Y todas estas circunstancias, este ambiente, esta llana topografía, hacen que nuestro vivir se deslice en plena campiña; corremos, saltamos, vamos de un lado para otro por las fáciles sendas de la llanura; no entramos en nuestra casa sino breves momentos para dormir de un sueño ligero ó para comer rápida y sobriamente.

El aire, el cielo, la luz es nuestro alimento; en pocas horas las más rápidas y bruscas impresiones pasan por nuestro cerebro.

Nos apasionamos fácilmente; pero las pasiones lo que ganan en nosotros en rapidez y en violencia, lo pierden en fecundidad y en duración; pintores, llenaremos en breves minutos lienzos anchos con maravillosos conciertos de luces y sombras que encantan nuestros ojos, pero que no hablan á nuestro espíritu; novelistas, nuestras novelas serán obras vibrantes de energía, de ímpetu, pero en ellas no encontraremos esos detalles sugestivos, hondos, esas realidades segundas é íntimas que están por debajo de las realidades primeras y que son las que ven los poetas. Y por encima de estas cualidades que ha creado la herencia y fortifica el medio, encontraremos en todos los moradores de estas vegas una llaneza, una afabilidad, un humorismo grato, travieso, jovial, que ha creado un castizo teatro, y que hace que sea una de las más amenas pláticas, de las más deliciosas, las que podemos sostener en la puerta de una barraca con uno de estos labriegos que ponen su petaca y su caja de fósforos sobre el muslo y que van liando un cigarro lentamente, en tanto que hablan con una sonrisa de ironía y os miran con sus ojuelos maliciosos, brillantes...

Y así ha hablado — por citar algo de lo que ha dicho-el primer viajero.

Yo — contestará el segundo, el que ha subido desde Almería-yo he atravesado todo este maravilloso país de Murcia. Los habitantes de esta región, en la parte que cae hacia el mar, tienen mucho de la psicología valenciana; poseen la misma ligereza, la misma intuición pronta, el mismo arrebato súbito é inexplicable (que en la masa popular produce esas tragedias absurdas y enormes que nos llenan de estupor), el mismo amor á la música y á los artificios de la pólvora. Y hay aquí algo que, con tener esta gente tanto parentesco con los Valencianos de las estepas, los diferencia sin embargo, de ellos; este algo es una punta, un matiz de melancolía que es completamente desconocido en los llanos valencianos, que comienza á iniciarse en la estepa alicantina, que linda con las tierras murcianas, y que al llegar á la vega de Murcia se muestra abiertamente en un gesto especial de pensamiento y de dolor que estos moradores tienen en ciertos momentos de la vida, y que en el arte se traduce por un sentimentalismo delicado en la

poesía y por una expresión de angustia en la escultura.

Y de este modo ha hablado — y no copiamos toda su charla — el segundo viajero.

Y cuando han hablado de estás y otras muchas cosas; cuando se han cansado — si es posible cansarse — de contemplar en los días tibios y radiantes del invierno, este mar de añil que se columbra desde las terrazas, por encima de las palmeras, estos dos hombres felices han acordado meterse España adentro en busca de otros paisajes y otras ciudades. Y entonces los dos han tenido ocasión de observar lo que en nuestra clasificación, un poco violenta, podríamos llamar la tercera modalidad psicológica de las tierras de que tratamos. Ya el Mediterráneo se ha perdido de vista; los llanos han quedado en la costa; desaparecen los bosques de naranjos y los palmares; una serie de colinas redondas, de suaves y armoniosos perfiles, se destaca en un cielo azul pálido; alguna palmera solitaria se dibuja en el horizonte; comienzan los olivares grises y los granados con sus flores rojas. Es ésta la región montañosa alicantina, la tierra alta, el Alicante clásico, castizo, la parte de Monóvar, del Pinoso, de Petrel, de Villena. No encontramos aquí la lujuriante esplendidez de Valencia y de Murcia; todo es más sobrio, más seco, un poco más adusto.

La gente no se apasiona súbita y fácilmente; esta misma severidad y gracia de las colinas del paisaje, es la gracia y la severidad con que se sonríe á todas las ideas sin creer en ellas, y con que se las cambia si no convienen. Un mayor rigor en la temperatura hace que los moradores amen más las casas; las callejuelas en cuestas, los vericuetos, los barrancos y los montes que es preciso atravesar, hacen más acerados los músculos y más cenceños los cuerpos. Y como no llueve nada, ni hay canales como en Valencia, ni pantanos como en Murcia y la parte baja alicantina, los labradores revuelven y tornan á revolver sus tierras, las cavan hondo, las abonan, forman esos largos, sólidos, armoniosos, maravillosos ribazos que dan á la campiña un aspecto de jardín y por cuyas piedras doradas ó blancas descienden desbordados en el estío los pámpanos de verde claro...

Y los dos viajeros han visto todo esto; los dos son de

Elche : Las Palmeras.

seguro artistas y aman la Grecia clásica. Y los dos, sentados al pie de estos ribazos dorados ó blancos, ante el perfil luminoso de las colinas que cierra el horizonte, han tenido un recuerdo para el viejo Hesíodo, para Homero, para Píndaro y para el divino Luciano.

MARTÍNEZ RUIZ.

A Valencia.

Bajo la sombra de tus palmeras,
Entre las frondas de tus jardines,
Vagan las auras más placenteras,
Brota la esencia de los jazmines.
Cielo sin nubes
Vega de flores;
Díme al mirarte ¿quién no te adora?
Cuando del alba los resplandores
Entre naranjos y limoneros
Crecen fecundos tus arrozales,
Y son alfombra de tus senderos
Las madreselvas y los rosales.
¡Patria adorada!
Yo no te olvido
Y hoy que el invierno mi frente inclina,
Recuerdo siempre donde he nacido,
Como recuerda siempre la golondrina
Su amante nido.

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

Paisajes levantinos.

El espectáculo que empezó á descubrirse á los pocos kilómetros de Villamar era verdaderamente soberbio. Habían

Fot. Lacoste.)

Cartagena : El puerto.

subido, por una cuesta agria que culebreaba en la ladera, á una de las primeras estribaciones de la serranía, cuya altura dominaba á un lado, inmensa extensión de mar, y á otro, una serie de barrancos y de cerros pequeños, que daban al lugar el aspecto de una masa ondulada. Mar y tierra veíanse á una profundidad grande, mayor sin duda que la verdadera por el desnivel brusco que existía desde el sitio por donde caminaba la tartana. Aquel abismo parecía desierto. Ni una casa, ni una choza lo animaban con el signo siempre alegre de la presencia del hombre.

Los cerros, apenas vestidos por matojos de romero y otras plantas aromáticas de muy escaso desarrollo, mostraban por cien partes la blancura estéril de las rocas calcáreas: y los barrancos y vallecitos que entre ellos se abrían tenían un aspecto lúgubre, con sus plantaciones de almendros cuyas ramas negras, desnudas, evocaban la idea de un incendio que hubiese devastado el país, carbonizando los árboles. Sólo el mar azul, chispeante bajo los rayos del sol, cuya elevación rápida sobre el horizonte podía apreciarse á simple vista en aquellas horas iniciales de la mañana, parecía reir, en su eterna juventud que el invierno no marchita.

Don Vicente hizo parar el carruaje y bajaron siguiendo á pie algún tiempo para contemplar aquel panorama de una hermosura extraña y turbadora. Y siguió dando pormenores acerca del país que conocía palmo á palmo y respecto del cual sentía un entusiasmo sincero. Para él, no había en España, quizá en el mundo, nada tan hermoso como aquellas costas levantinas.

La gente del Norte, decía, acostumbrada al verdor de los prados, á la humedad constante, suele despreciarlas por sequeronas y polvorientas. Pero eso mismo les da una gran variedad, según los sitios y las estaciones. Nuestras sierras están desnudas y calvas; pero nuestras hoyas, nuestros valles amplísimos, crían las mejores frutas, azucaradas como confites, y se visten al cabo del año con los trajes multiformes de dos ó tres cosechas diferentes. ¡ Y luego, el mar, ese mar que trae el recuerdo de cien siglos de historia llenos de poesía!

. . . . . .

La tartana corría ahora velozmente por un llano cubierto de plantaciones, algunas de las cuales conservaban su verdor. El mar veíase de nuevo, á la derecha, formando un seno profundo. Atravesaron un pueblecito sin detenerse : Villarica.

La carretera se acercaba al mar, cuyo rumor sobre la playa de guijarros oíase á veces. Atravesaron otro pueblecito que se prolongaba mar adentro, dando la impresión de un cabo artificial en cuya punta se alzaba la iglesia de muros fuertes, que la espuma salpicaba en días de viento. Más allá, rompía la superficie tersa de agua una isla, dorada por el sol. El camino torcía de repente tierra adentro, escalando una ladera, suave al principio; luego aguda y agria, hasta rematar en unos picos oscuros, á gran altura.

RAFAEL ALTAMIRA.

(*Reposo.*)

El tribunal de las aguas de Valencia.

Era jueves y, según costumbre que databa de cinco siglos, el Tribunal de las aguas iba á reunirse en la puerta de la catedral, llamada de los Apóstoles.

El reloj del Miguelete sonaba poco más de las diez, y los huertanos juntábanse en corrillos ó se sentaban en el tazón de la seca fuente que adornaba la plaza, formando en torno del vaso una animada guirnalda de mantas azules y blancas, pañuelos rojos y amarillos y faldas de indiana de colores claros.

Llegaban unos tirando de sus caballejos, con el serón cargado de estiércol contentos de la colecta hecha en las calles; otros, en los carros vacíos, procurando enternecer á los guardias municipales para que les dejasen permanecer allí y mientras los viejos conversaban con las mujeres, los jóvenes se metían en el cafetín cercano para matar el tiempo ante la copa de aguardiente, mascullando el cigarro de tres céntimos.

Toda la huerta que tenía agravios que vengar estaba allí,

gesticulando y ceñuda, hablando de sus derechos, impaciente por soltar ante los síndicos ó jueces de las siete acequias todo el interminable rosario de sus quejas.

El alguacil del Tribunal, que llevaba más de cincuenta años de luchar con aquella tropa insolente y agresiva, colocaba á la sombra de la ojival portada las piezas de un largo sofá de viejo damasco, y tendía después una verja baja, cerrando el espacio de acera que había de servir de sala de audiencia.

La puerta de los Apóstoles, vieja, rojiza, carcomida por los siglos, extendiendo sus roídas bellezas á la luz del sol, formaba un fondo digno del antiguo Tribunal : era como un dosel de piedra, fabricada para cobijar aquella institución de cinco siglos.

En el tímpano aparecía la Virgen con seis ángeles de rígidas albas y alas de menudo plumaje, mofletudos, con llameante tupé y pesados tirabuzones, tocando violas y flautas, caramillos y tambores. Corrían por los tres arcos superpuestos de la portada tres guirnaldas de figurillas, ángeles, reyes y santos, cobijándose en calados doseletes; en los robustos macizos, puntos avanzados de la portada, exhibíanse los doce Apóstoles; pero tan desfigurados, tan mal hechos, que no los hubiera conocido Jesús : los pies roídos, las narices rotas, las manos cortadas; una fila de figurones, que más que Apóstoles parecían enfermos escapados de una clínica, mostrando dolorosamente sus informes muñones. Arriba, al final de la portada, abríase como gigantesca flor cubierta de alambrado, el rosetón de colores que daba luz á la iglesia, y en la parte baja, en la base de las columnas adornadas con escudos de Aragón, la piedra estaba gastada, las aristas y los follajes borrosos por el frote de innumerables generaciones.

En este desgaste de la portada adivinábase el paso de la revuelta y del motín. Junto á aquellas piedras se había aglomerado y confundido todo un pueblo; allí se había agitado, en otros siglos, vociferante y rojo de rabia, el valencianismo levantisco, y los santos de la portada, mutilados y lisos como momias egipcias al mirar el cielo con sus rotas cabezas, parecían estar oyendo aún la revolucionaria campana de la Unión á los arcabuzazos de las Germanias.

(Fot. Lacoste.)

Valencia : Un Huertano.

Terminó el alguacil de arreglar el Tribunal y plantóse en la entrada de la verja esperando á los jueces.

Iban llegando, solemnes, con su exterior de labriegos ricos, vestidos de negro, con blancas alpargatas, pañuelo de seda bajo el ancho sombrero. Cada uno llevaba tras sí un cortejo de guardias de acequia, de pedigüeños que antes de la hora de la justicia buscaban predisponer el ánimo á su favor.

La gente labradora miraba con respeto á aquellos jueces salidos de su clase, cuyas deliberaciones no admitían apelación. Eran los amos del agua; en sus manos estaba la vida de las familias, el alimento de los campos, el riego oportuno, cuya carencia mataba una cosecha. Y los habitantes de la extensa vega separada por el río, que es como inabordable frontera, designaba á los jueces por el nombre de las acequias.

Un vejete seco, encorvado, cuyas manos rojas y cubiertas de escamas tremblaban al apoyarse en el grueso cayado, era Cuart-Sestenar; el otro, grueso y majestuoso, con ojillos que apenas si se veían bajo los dos puñados de pelo blanco de sus cejas, era Mislata; poco después llegaba Rascaña, un mocetón de planchada blusa y redonda cabeza de lego, y tras ellos iban presentándose los demás hasta siete : Favara, Robella, Tormos y Mestalla.

Ya estaba allí la representación de las dos vegas : la de la izquierda del río, la de las cuatro acequias, la que encierra la huerta de Ruzafa, con sus caminos de frondoso follaje que van á extinguirse en los límites de la pantanosa Albufera; y la vega de la derecha del Turia, la poética, la de las fresas de Benimaclet, las chufas de Alboraya y los jardines siempre exuberantes de flores.

Los siete jueces se saludaban como gente que no se ha visto en una semana; hablaban de sus asuntos junto á la puerta de la catedral, y de vez en cuando, abriéndose las mamparas cubiertas de anuncios religiosos esparcíase en el ambiente ardoroso de la plaza una fresca bocanada cargada de incienso, algo así como la respiración húmeda de un lugar subterráneo.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

(*La Barraca.*)

(Fot. Lacoste.)

Las mieses.

Los niños valencianos.

Veis jugar esos niños sin sosiego
bajo el árbol que ostenta pomas de oro?
¿Veis brillar en sus ojos aún el fuego
que heredaron del moro?

¿Los veis unir la risa con el llanto,
Y, á la vez maliciosos y sencillos,
á sus madres dar júbilo y espanto,
Adorables diablillos?

¿Los veis vivos, audaces y traviesos,
venir, en fieras luchas, á las manos
y abrazarse después súbitos? Esos
son niños valencianos!

Son la explosión vital de jubilosa
raza que un sol fecundador inflama,
y con la extraña fuerza que la acosa
piensa, imagina y ama.

De esas irresistibles energías
que en su seno infecundas nunca duermen,
veo en sus infantiles fantasías
el vigoroso germen.

Y sus inspiraciones bienhadadas,
que el dulce fruto rendirán más tarde,
son la hoguera que en esas alocadas
cabecitas hoy arde.

Esos alborotados rapazuelos,
á cuya frente la esperanza amiga
da ya la luz de plácidos anhelos,
serán — ¡Dios los bendiga! —

Los que truecan los campos en verjeles
mezclando las espigas con las flores;
los que la manta, orlada de caireles,
tiñen de mil colores;

Los que hacen suspirar á la sonora
guitarra en las veladas campesinas,
los que en la dócil barca pescadora
tienden velas latinas;

Los que al ánfora dan gentil contorno
y fúlgido barniz al azulejo,
y al ancho plato el oriental adorno
del dorado reflejo;

Los que á la seda, por mayores galas,
prestan el tono y tornasol más rico,
é irisados fulgores á las alas
del flexible abanico;

Los que á un arte aspirando más profundo,
que todos los obstáculos arrolla,
el nombre alcanzan, que saluda el mundo
de Benlliure y Sorolla;

O conquistando la mayor victoria,
alzando á otro ideal la mente inquieta
son, en el alto asiento de la gloria,
Querol, ¡nuestro poeta!

Y si no alcanzan tan supremas palmas,
sagrado numen los conduce y guía,
porque hay siempre en el fondo de sus almas
algo de poesía.

Hay algo que responde á la hermosura
del claro cielo que su frente dora,
y le presta la luz límpida y pura
de una feliz aurora.

Y esas niñas, que en el círculo girando,
las inocentes manos enlazadas,
dan al aire con són tímido y blando
Infantiles baladas;

Esas que oyendo cuentos y consejas,
la aguja enhebran pulcras y hacendosas,
y tienen á la vez algo de abejas
y algo de mariposas;

Las que, en vez, de granates y rubíes,
en sus juegos ingenuos y sencillos,
dos pares de cerezas carmesíes
Convierten en zarcillos;

Las que obedientes al decoro innato
á la franca expansión de la alegría
anudan siempre el natural recato
serán también un día;

Las que al mundo señala por hermosas
España, entre sus hijas más galanas;
las dignas compañeras de las rosas,
Las bellas valencianas;

Las que favorecidas por el cielo,
fieles, castas, benignas y serenas,
pinté yo, su cantor, como el modelo
de las mujeres buenas.

TEODORO LLORENTE.

IX

CATALUÑA

« Si una parte de la España nueva debe ir á la cabeza de las « otras, esta parte es Cataluña, la clara, la risueña, la activa « Cataluña cuya capital *Barcelona* es una de las ciudades más « grandes, más ricas y más bellas del litoral mediterráneo [1]. »

De ella dijo Cervantes estas inolvidables palabras : « Archi- « vo de la cortesía, albergue de los extranjeros, patria de los « valientes, hospital de los pobres, venganza de los ofendidos, « ejemplo de todas las virtudes, y en sitio y belleza única. »

« Tres grandes problemas afectan el porvenir de Cataluña en « su desarrollo material : la integración de las comarcas de « Lérida á la vida de la producción por el aportamiento á ella « de sus inmensas energías hidráulicas y de su riqueza fores- « tal y minera ; la reconquista del trabajo vinculado en capi- « tales extranjeros, cerrando el ciclo industrial y comercial de « Cataluña ; y el desarrollo de Barcelona como capital mediter- « ránea, hasta conseguir el dominio del mercado de Oriente y « la influencia decisiva en el mar [2]. »

El principado de Cataluña formó cuatro provincias que son : Lérida, Gerona, Barcelona y Tarragona.

No hay en la provincia de *Barcelona* un solo palmo de terreno

1. *Mundial, Revista Ilustrada.*
2. *Nuevo Mundo, Revista Ilustrada.*

(Fot. Lacoste.)

Lérida : Campesinos.

sin cultivar, y en cuanto á su industria se puede afirmar que cuenta la provincia con todas las industrias conocidas, pero se ha especializado en la elaboración de hilados, tejidos, estampados, damascos, alfombras, felpas, terciopelos y tafiletes.

En *Gerona* la minería tiene mayor importancia con los afamados criaderos de amianto, antimonio, cobre, hierro, y las minas de hulla en San Juan de las Abadesas; cuenta también con canteras de jaspe, alabastro, mármol, piedra pomez y yeso; además de esto la Cerdaña es región muy fértil, produciendo en abundancia cereales y vinos, frutas exquisitas.

Tarragona ha conservado muchos vestigios de su pasada grandeza como capital de la antigua Tarraconense, en particular los célebres muros ciclópeos ó megalíticos, compuestos de enormes piedras sin tallar, atribuidos á los *pelasgos*. Tarragona, por sus monumentos, es un verdadero museo arqueológico.

Lérida, provincia interior, está constituída por elevados macizos con pintorescos valles y estrechas cañadas; sin embargo tiene zona llana que forman los partidos de Lérida, Cervera y Balaguer. El canal de Urgel que toma sus aguas del Segre ha contribuído al crecimiento de la gran riqueza agrícola de esta parte de la provincia que antiguamente se distinguía por su aridez; y cuando sea un hecho la línea internacional, siguiendo el valle del Noguera Pallaresa, adquirirá vida la parte septentrional de la provincia de Lérida donde no se pueden explotar yacimientos abundantes de minerales por falta de comunicaciones.

Cataluña.

Aquel gran educador del pueblo catalán, aquel obispo Oliva, que fundó el Monasterio de Ripoll, presidió el de Cuxá, empuñó el báculo episcopal de Vich, reunió sinodos fecundísimos para la civilización de su país y supo en sus escritos animar la belleza latina, con el espíritu nuevo del Evangelio, terminaba un día una carta escrita á sus monjes de Ripoll « preguntándoles con gran interés por unos blancos cisnes que en el monasterio había y pidiéndoles detalles de ellos y participándoles á la vez que él tenía una hermosa grulla que ya comenzaba á pegar vuelos, que era de plumas rojizas y que se le aclaraba la voz. » Y en esta vieja carta, de una vieja alma del siglo XI, yo veo ya vibrante y clara toda la espiritualidad de Cataluña.

Las solas fundaciones no habrían hecho á Oliva un tipo representativo de Cataluña pero las fundaciones y este interés suyo por los cisnes de Ripoll y los ratos que debió perder en su corral espiando el crecer de las aves que allí había y anotando el color de su plumaje y viendo con íntima satisfacción cómo su voz se formaba y aclaraba, todo esto junto le hace catalán, porque todo esto junto es Cataluña.

Casi no habrá quien desconozca el comienzo de la famosa Oda de Horacio; ¡Beatus ille, qui, procul negotiis...! Yo no puedo leer estas palabras sin que me asombre el fuerte y poderoso sedimento latino que hay en el fondo del alma catalana. Todos los hijos de todas las regiones de España pueden sentir amor por las cosas campestres y hasta delei-

tarse en líricas expansiones sobre la paz rural, pero únicamente un poeta catalán es hoy capaz de revivir en España el estado del alma de Horacio al comenzar dicha oda. El Beatus ille es universal; en el procul negotiis estuvo ayer lo específico latino, y hoy lo específico catalán.

Horacio no habría escrito su oda sin esas dos palabras. Tanto es así, que cuando ya las tenemos casi olvidadas y en el decurso de la composición hase desvanecido su rumor urbano en la abundancia y en la paz campestres, viene la estrofa final que muchos retóricos no se explican á ponerles un comentario definitivo y á dar el verdadero tono de aquel amor, todo policiano y civil que siente Horacio por la quietud del campo. Notad en la imitación que ha hecho Fray Luis de esta oda, como pasó sin comprenderlo, por el « procul negotiis » y cómo inconscientemente, lo sustituyó por aquella despectiva y teológica generalización « del mundanal ruido » Ruido y nada más que ruido mundanal son para el religioso lírico estos « negocios » en los que vió ayer Horacio y vemos hoy nosotros toda la complejidad, toda la utilidad fecunda, toda la fuerza intelectual del funcionalismo urbano. Y, entendidos así, también puedo afirmaros que en estos « negocios » desde los cuales el alma se vuelve con un gesto muchas veces torpe y falto de elegancia, pero siempre sincero, á buscar campo, idealidad y poesía, está también toda Cataluña.

Cataluña porque es muy activa y muy laboriosa, y muy amiga de hacer y de realizar, tiene el alma llena de idealidad. No es verdad que Cataluña sea materialista y práctica y ginovesa en el sentido en que generalmente se aplican estas palabras. No se puede hacer pan sin levadura, ni lograr cosecha sin semilla. Tampoco se puede realizar lo que antes no ha sido idea. En lo real encontramos los elementos de nuestras obras; no el alma, no el espíritu de ellas : el alma de ellas está en lo ideal y no puede realizar mucho el que antes no ha idealizado mucho. Lo que hay es que la idea catalana, en su forma final, es siempre ley : brota de las cosas y vuelve á las cosas para nutrirlas, combinarlas y organizarlas. No tenemos místicos sino por excepción en Cataluña, y en nuestro Credo religioso, como ha hecho notar el poeta, subrayamos con triunfal y valiente

emoción estas palabras : « Creo en la resurrección de la carne. »

Cataluña que procede del campo, que ha sido rural y montañesa, ha adquirido en el ejercicio del tráfico comercial el gusto y la aspiración de las cosas ciudadanas. El « payés » catalán tiene su Meca en la ciudad más próxima y cuando por las tardes, en torno al hogar caliente, se reunen él y los suyos, hablan de « Ciudad » así sin artículo ni determinativo ; en abstracto, como de una divinidad ó de una religión.

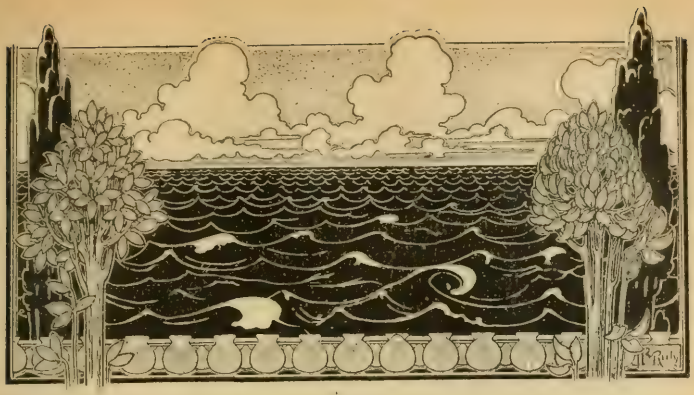
Cataluña tiene escaso aliento de conquista, pero tiene un práctico y fuerte poder de asimilación. Guimera, que es hijo de Canarias, es ya un alma típicamente Catalana.

Ausias March, que es el verbo de nuestra sentimentalidad, nos ha dejado en sus *dictats* la más sobria y exacta síntesis que puede darse de la mujer Catalana ; « plena de seny » llena de juicio. No confundáis este juicio, este buen juicio activo y personal, con el sentido común de Antonia Quijana, la sobrina de Don Quijote. Hay en el *seny* de la mujer catalana un ejercicio constante de razón. En el cerebro y en el alma de ella cuecen las cosas con lenta y calmosa ebulición cantante, y ella las depura y las espuma...

Tal vez de sus pueblos de la costa ha adquirido Cataluña un vago sentimiento cosmopolita y mundial. En catalán se escribieron las famosas « Lleys de Mar », que aceptaron casi todas las naciones.

En estos tiempos de depresión y de tristeza quiero yo hacer notar, hablando de Cataluña, la sonrisa de Renacimiento que brilla en los labios de su juventud ; creo que esto es digno de tomarse en cuenta, de utilizarse y de encauzarse.

E. Marquina.



Valencia y Barcelona.

Yo idolatro á Valencia por su hermosura
Su luz, su poesía, la donosura
De su gente, sus usos, trajes y aliños ;
Y de un amor primero con la fé pura
Le doy de hijo amante los dos cariños.

Pero amo á Barcelona por tiranía
De ley inevitable de mi destino :
Dios condenó al trabajo la vida mía ;
Morir sobre el trabajo tengo por sino.
Barcelona trabaja... y á su existencia
El trabajo da fuerza, pan y alegría :
Que me dé cuando espire tumba Valencia
Pan Barcelona, mientras mi inteligencia
Dios alumbre y mis ojos la luz del día.

ZORRILLA.

Balada de Cataluña.

Cataluña tiene un hijo,
Tiene un hijo menestral,
Que por verla siempre grande
Sin descanso velará.
De la máquina sonora
La voz dice sin cesar,
Tric, trac
Tric, trac
Y responde á la que teje,
Hila ó prensa, viene ó va,
Tric, trac
Tric, trac,
Con cantares que le ayudan
A sufrir y á trabajar.

Cataluña dijo un día,
Muchos años hace ya :
— Ya ves, hijo, que soy pobre,
Mi pobreza viendo estás.
— Madre (el hijo respondióla)
A ganarme voy el pan
Tric, trac
Tric, trac
Y regando con rocío
De la frente su telar,
Tric, trac
Tric trac.
Ganó el pan que le pedía
El acento maternal.

Cataluña, noble madre,
Un vestido te he de dar,
Y del frío los rigores
A sentir no volverás.
A su madre así le dijo

Barcelona : El puerto.

El obrero catalán
Tric, trac,
Tric, trac
Los talleres resonaron,
Y tejiendo fué á la par,
Tric, trac
Tric, trac
El vestido y la grandeza
Que á su madre hizo inmortal.

Cataluña en otros tiempos
Dijo al monte y dijo al mar :
— Mi constancia ha de domaros
Y mi firme voluntad.
Al payés rústica azada
Y al marino remos da,
Tric, trac,
Tric, trac ;
Y de azadas y de remos
A los golpes y al compás.
Tric, trac,
Tric, trac,
A la piedra arrancó espigas
Y al abismo un cetro real.

Cataluña vió en sus campos
Extranjera gente audaz,
Y en su pecho hirvió la sangre
Del feroz almogavar,
A la guerra van sus hijos
Y al taller sus hijos van,
Tric, trac
Tric, trac;
Y alternando las canciones
De la guerra y de la paz,
Tric, trac
Tric, trac,
Conquistó su independencia
Y tejió su libertad.

Cataluña, porque tengas
Ricas galas que ostentar,
El vapor palpita y ruge,
Hila el huso de metal.
Mucho valen esas galas,

Las Hilanderas (cuadro de Velázquez).

Tus virtudes valen más,
Tric, trac
Tric, trac
En olvido no las eches;
Si las llegas á olvidar,
Tric, trac,
Tric, trac,
No la tela de tu gloria,
Tu mortaja labrarás.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Batalla del Bruch y los Somatenes.

Es el somatén en Cataluña « un género de socorro, como dice Zurita, repentino y cierto que muchas veces ha sido de grande efecto ». Está conocido de tiempo inmemorial, teniendo que acudir al repique de la campana concejil todos los hombres aptos para las armas de las diversas vaguerías ó partidos según lo dispone el usaje de Barcelona.

Fué en este caso no menos provechoso que en otros antiguos y renombrados. Había pocas armas y municiones tan escasas, que careciendo de balas de fusil, se cortaron las varillas de hierro de las cortinas para que supliesen la falta.

Los somatenes de Igualada y Manresa fueron los primeros que se prepararon, y al hijo de un mercader llamado Francisco Riera teníasele por principal caudillo. Apostáronse, pues, y se escondieron entre los matorrales y arboleda de las alturas del Bruch.

Apenas había pasado la columna francesa las casas que llevan el mismo nombre y tomada la revuelta que forma el camino real antes de emparejar con el de Manresa, cuando fué detenida por el inesperado fuego de los encubiertos somatenes. Schwartz después de un rato de espera embistió à sus contrarios; replegáronse éstos y disputando el terreno á palmos se dividieron, unos yendo la vuelta de Igualada y otros la de Casa-Masana.

Desalojados del último punto y teniéndose por perdidos, apriesa se retiraban; y completa hubiera sido su derrota, á no haber afortunadamente Schwartz desistido de perseguirlos. Admirados los manresanos de la suspensión del francés cobraron aliento, y engrosados con el somatén de Sampedor compuesto de buenos y esforzados tiradores, volvieron de nuevo á la carga. Venía con los recién llegados un tambor, quien como más experto hizo las veces de general en jefe. Vivamente acometieron todos juntos á los

franceses de Casa-Masana, los que se recogieron al cuerpo de la columna que comía el rancho á retaguardia.

El número de Somatenes crecía por momentos; sus ánimos se enardecían, adquiriendo ventaja sobre los franceses descaecidos con la impensada embestida.

Schwartz al ver retirarse su vanguardia, y al ruido de la caja del Somatén de Sampedor, persuadióse que tropa de línea auxiliaba al paisanaje. Formó entonces el cuadro para evitar ser envuelto, y al cabo de cierto tiempo determinó retroceder á Barcelona. Aunque molestados los enemigos por los somatenes en flanco y retaguardia, llegaron sin desorden hasta Esparraguera.

Los vecinos de esta villa puestos en acecho, y sabiendo que los enemigos se retiraban, atajaron la calle larga y angosta que la atraviesa, con todo linaje de obstáculos, en especial con muebles y utensilios de casa. Al anochecer se acercaron los franceses, y penetrando en la calle con imprudencia la cabeza de la columna, cayeron en la celada que les estaba armada. De todas partes empezaron á ofenderlos á tejazos y pedradas con algunos escopetazos, y hasta con calderas de agua hirviendo. Schwartz suspendió el paso, y dividiendo su gente en dos trozos la hizo caminar á derecha é izquierda de la villa. Apretó después la marcha durante la noche hostigado incesantemente por los somatenes, los que le cogieron un cañón en la riera de Abrera, y le acosaron hasta Martorell.

No imitaron sus habitantes el ejemplo de los de Esparraguera y así fuéles permitido á los franceses entrar en Barcelona el 8 de julio; pero tan destrozados y abatidos, que dieron claro indicio de laderrota experimentada. Su pérdida no dejó de ser considerable, mayormente si se atiende á que fueron acometidos por gente allegadiza y con escasas y malas armas. De los nuestros pocos perecieron, estando siempre amparados del terreno y protegidos en el alcance por toda la población.

Toca á los catalanes la gloria de haber sido los primeros en España que postraron con feliz éxito el orgullo de los invasores. Fué en efecto la victoria del Bruch la que antes que ninguna otra mereció ser calificada con tal nombre y semejante triunfo admirable en sus circunstancias reso-

nando por todo el Principado, excitó noble emulación en todos sus habitadores, declarándose á porfía los pueblos unos en pos de otros y denonadamente.

El Conde de Toreno.

El Somatén de Cataluña.

Pues el Somatén, aunque por algunos historiadores ha sido confundido con el Usage *Princeps namque*, que disponía el alzamiento general en armas contra el enemigo, no es otra cosa que una institución de justicia fundada en muy remotos tiempos para armonizar la anarquía que en asuntos de justicia reinaba en Cataluña á causa de la variedad y complicación de jurisdicciones, feudos, castillos, abadías y vías libres.

Por eso el Rey D. Jaime el Conquistador, en unas *Ordinacions*, le dió la facultad de entrar en todas partes : villas y ciudades, castillos y tierras de templarios, de obispos y abades, facultándole, asimismo, para destruir los bienes y sitiar á aquél que se resistiese á entregar al malhechor refugiado en sus tierras.

El Somatén, en su esencia, ha llegado hasta nosotros porque ha seguido la evolución de los tiempos, y hoy presta aún servicios insustituibles, cumpliendo la función de paz pública del mismo modo que la cumplía en los siglos x y xi.

Su origen ha sido muy discutido, llegando un historiador del siglo xv, Callís, á darle un origen divino, recordando los « actos impulsivos y *clamorosos* de los pueblos judáicos para vengar las injusticias », de que nos habla el Antiguo Testamento ; otros historiadores le han atribuído un origen más humano en las costumbres feudales y en la Constitución de Federico al hablar del *clamor del pueblo*.

En estas palabras está sintetizada toda la esencia del Somatén : es el pueblo *metent só* (lanzando gritos) de *vías fores*, contra todo lo que perturbaba la conciencia nacional. Por esto le quedó el nombre de Somatén á esta institución popular.

El Somatén se desvirtuó al advenimiento de la Casa de

Montserrat.

Austria, que lo convirtió en las llamadas « milicias de la Unión », á modo de policía, perdiendo su carácter popular para constituir una especie de Santa Hermandad. Esto acarreó grandes conflictos, llegándose á promover algaradas sediciosas en las calles de Barcelona y motivando protestas de la *Generalitat* ó Diputación catalana, hasta que Felipe V, que no tenía muchos motivos de simpatía por el Somatén, lo disolvió.

Mas á últimos del siglo XVIII, cuando los franceses de la Revolución entraron en Cataluña y rindieron el castillo de Figueras, resurge el Somatén á la proclama del conde de la Unión, capitán general de los ejércitos de la frontera; y más tarde, cuando la invasión del año ocho, el Somatén, ya reorganizado en toda la región, vence á las águilas francesas en los peñascos del Bruch.

En los primeros años de la Restauración, para acabar con las cuadrillas de malhechores, últimos restos de la Guerra civil, se reorganizó el Somatén bajo la jefatura del capitán general de Cataluña. Un general catalán, excelente militar, gran conocedor del Principado y de sus habitantes, el brigadier Mola, fué el encargado de la reorganización, auxiliado por una Junta civil, que continúa siendo la directora del Somatén. Su comandante es hoy un general de brigada, auxiliado de jefes y oficiales del ejército; los jefes directos son individuos del mismo Somatén con la graduación de cabos y subcabos de distrito. El lema de esta institución es *Pau, pau, y sempre pau* (Paz, paz, y siempre paz), y siempre la hay entre sus individuos, no obstante profesar las más encontradas opiniones. Paz y democracia es lo que reina entre sus afiliados; bien elocuentemente se demostró en la magna revista que verificó el Somatén en Montserrat, cuando la visita de Alfonso XIII á Cataluña, donde millares de hombres armados, de todas clases y categorías y de todos colores políticos, observaron una corrección y un orden difícil de concebirse en tropas irregulares, y en donde se vieron ejemplos de fraternidad y democracia, como el de un colono que era cabo de distrito, mandando á su señor que formaba en filas.

LUIS FOLCH.

(De *Nuevo Mundo*, Revista ilustrada.)

X

ANTIGUO REINO DE ARAGÓN

Transformación maravillosa sufrió Aragón desde hace cincuenta años á esta parte. El suelo feracísimo, aun fecundado por el riego, ofrece las producciones más ricas : hermosa y sabrosa fruta, exquisitos vinos, excelentes aceites, largo y sedoso lino, trigo bien granado ; por la agricultura toda la provincia vino á ser una tierra de promisión especialmente en los magníficos valles de Calatayud, Alcañiz, Caspe, Albarracín y Zaragoza. Sin embargo á pesar del desarrollo grande que en ciertas partes tiene el cultivo, se podría aumentar la producción agrícola en proporción considerable, aprovechando, por ejemplo, las numerosísimas corrientes que nacen en los estanques de las cumbres Pirenáicas para combatir las pertinaces sequías que perjudican el terreno aunque el Canal Imperial de Aragón hace de la región que riega por la ribera derecha del Ebro un jardín hermoso, mientras la orilla izquierda se parece á un erial desolado porque allí no basta el canal del Tauste.

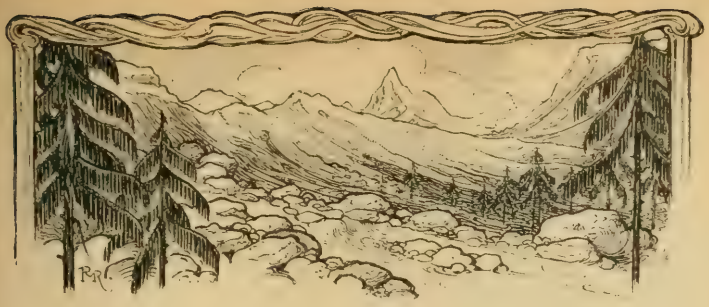
Zaragoza puede considerarse como el baluarte de la Península y el centro de su defensa, pero es igualmente el cerebro que piensa en la renovación de la « patria chica » y le va planeando brillante porvenir económico á la par que intelectual. Es una hermosa ciudad de cien mil habitantes que se inmortalizó por su heroísmo en la guerra de la Independencia y que además tiene fama en toda España por el templo consagrado á la Virgen del Pilar.

Huesca, capital de la provincia del mismo nombre descansa en deliciosa campiña. Construída por completo casi en mampostería por falta de piedra y por ignorancia de sus moradores

en el manejo del ladrillo es una población sin carácter. Conserva una antigua Universidad que sirve hoy de instituto y donde se muestra la sala subterránea en que se verificó la tragedia conocida por *la Campana de Huesca*.

Otra tragedia famosa es la que pusieron en escena varios poetas dramáticos, entre los cuales descuella *Hartzenbusch*, con el título de *los Amantes de Teruel*, ¿Acaso mucha gente conozca únicamente á *Teruel* por el título de dicha obra? Sin embargo la provincia de Teruel merece mayor examen y atención por la gran riqueza minera del subsuelo.

Si se explotaran sus minas de zinc, plomo, lignito, hulla, azabache, azogue, azufre, cobre y sal, pronto alcanzaría la provincia días de bonanza. Desgraciadamente Teruel ha sido la última en gozar de los beneficios debidos á los ferrocarriles, y á pesar de la línea de Calatayud á Sagunto que la cruza, la industria se halla en estado de atraso lamentable y casi no reina en la Provincia ambiente moderno.



El Aragonés.

LA JOTA

Actualmente aragoneses y catalanes tienen claras diferencias específicas. La voluntad aragonesa es más violenta, llegará más pronto al egoísmo que la catalana; pero es menos reflexiva, está más emancipada de razón.

El Aragonés es abierto y generoso. El aragonés es franco y sobrio. Hay en su alma dura y limpia algo primitivo y principal, algo que trasciende á « Mocedad del Cid » á español del siglo XIII.

Nadie puede calcular lo que podría hacerse de esos elementos sanos, fuertes, pacientes, voluntariosos, resistentes, honrados del pueblo aragonés : de este Aragón que se mantiene tan *pueblo*, es decir que se ha maleado tan poco.

Puede decirse que hoy día todo lo vivamente español es aragonés. Hasta esa Pilarica, santa y piadosa herejía, en que han necesitado humanizar y materializar la religión para darle entera su alma.

Si queréis apoderaros prontamente de las relaciones y diferencias que existen entre Cataluña y Aragón, fijáos un momento en el carácter de estos dos bailes populares que

respectivamente les simbolizan y resumen : la Sardana y la Jota.

La Sardana necesita para existir de la colectividad, es decir de la muchedumbre unida y puesta de acuerdo en la danza : es lenta ; no admite furia ni entusiasmo, ni forma ninguna de frenesí aislado ; el individuo que entra en ella pone toda su inspiración y toda su fuerza al servicio de la forma preexistente y eterna. Y por la gran serenidad de la sardana corren los números : toda su armonía y compás nacen del cálculo. Nunca el delirio dionisiaco del salto apartará á los sardanistas de la tierra : en la encantada oscilación de la ancha rueda, siempre los danzantes dan con un pie en el suelo...

La jota es menos normativa ; el individuo puede atreverse con ella, y siendo un baile de pasión, la crea, la modifica, la inventa cada vez que la baila... El bailador de jota arrebatará, encenderá, entusiasmará á los que le vean : la jota tiene sensualismo, tiene fuego y tiene sangre dentro : la jota cantada tiene modulaciones y gritos que suenan á fatalismo oriental... La jota puede ser danza de amor y danza de guerra... La sardana no se concibe más que en tardes de paz, bajo un cielo tranquilo, entre cosechas abundantes, como el rito de una Ceres que poco á poco se hiciera ciudadana y se trocara en diosa Razón.

E. Marquina.

Zaragoza.

EPISODIO DEL AÑO 9

¿Zaragoza se rendirá ? La muerte al que esto diga.

Zaragoza no se rinde ; la reducirán á polvo ; de sus históricas casas no quedará ladrillo sobre ladrillo ; caerán sus cien templos ; su suelo abriráse vomitando llamas, y lanzados al aire los cimientos, caerán las tejas al fondo de los pozos ; pero entre los escombros y entre los muertos habrá siempre una lengua viva para decir que Zaragoza no se rinde.

(Fot. Lacoste.)

Zaragoza : Vista general.

Llegó el momento de la suprema desesperación. Francia ya no combatía, minaba. Al fin ¡ parece mentira ! nos acostumbramos á las voladuras como antes nos habíamos hecho al bombardeo. A lo mejor, se oía un ruido como el de mil truenos retumbando á la vez ¿ Qué ha sido ? Nada : la Universidad, la capilla de la Sangre, la casa de Aranda, tal convento ó iglesia que ya no existen. Aquello no era vivir en nuestro pacífico y callado planeta ; era tener por morada las regiones del rayo, mundos desordenados donde todo es fragor y desquiciamiento. No había sitio alguno donde estar porque el suelo ya no era suelo, y bajo cada planta se abría un cráter.

Ya no se comía ¿ Para qué, si se esperaba la muerte de un momento á otro ? Centenares, miles de hombres perecían en las voladuras, y la epidemia había tomado carácter fulminante. Ya no había parientes ni amigos ; menos aún : ya los hombres no se conocían unos á otros, y ennegrecidos los rostros por la tierra, por el humo, por la sangre, desencajados y cadavéricos, al juntarse después del combate, se preguntaban : ¿ Quién eres tú ? ¿ Quién es usted ?

Pasó un día después de la explosión de San Francisco, día horrible, que no parece haber existido en las series del tiempo, sino tan sólo en el reino engañoso de la imaginación. Yo fuí á la calle de las Arcadas, poco antes de que se hundieran sus casas. Volví al Coso á cumplir la Misión que se me encargó, y por el camino supe que descubierta y comprobada la traición de Candiola, éste fué encerrado en la Torre Nueva, hasta que el Consejo de guerra sentenciara sobre el castigo que debía imponérsele. Para no cansaros, os diré que el feroz tacaño fué fusilado en la misma plaza de San Felipe al amanecer del siguiente día. Yo tuve la desgracia de mandar el pelotón que puso fin á su aborrecida existencia.

B. Pérez Galdós.

El compromiso de Caspe.

Nuncá estará de más abrir de cuando en cuando la Historia, porque aun los que no creen en ella hallarán en sus páginas algo que les amengüe la desconfianza y les fortalezca el espíritu ; recordar sin ton ni son nombres de batallas, es vanagloria fútil y engañosa; mas traer á la memoria hechos donde se pruebe que hay alma nacional, que fué grande y que puede volver á serlo, es labor consoladora, y el consuelo germen de actividad y provecho. Tal vez así contribuyamos á difundir la creencia de que no somos rebaño miserable, sino muchedumbre, aunque desorientada y apática, deseosa de hallar su norte y recobrar, conforme al espíritu moderno, aquella grandeza de que fué capaz cuando eran otras las ideas que gobernaban el mundo. Llena están de ejemplos nuestras historias; ninguno tan hermoso como *El compromiso de Caspe*.

« Sangriento y lleno de turbaciones » quedó el reino de Aragón á la muerte de D. Martin *el Humano*, y en el resto de Europa no era mayor el sosiego, porque andaba Italia combatida de parcialidades ; Francia, ensangrentada por banderías, y sus costas asoladas por el inglés ; Castilla, sujeta á los riesgos de una minoría ; el romano imperio, dividido así en lo temporal como en lo religioso ; y la cristiandad toda, revuelta por aquel cisma en que á un tiempo se ciñeron la tiara Juan XXIII, Gregorio XII y Benedicto XIII ; sólo Portugal gozaba paz interna, empleando su poderío en mover al África guerra. Por eso, dada la turbulencia y rudeza de los tiempos, parece á primera vista inexplicable *El compromiso de Caspe ;* mas quien haya leído despacio la historia de la corona de Aragón, no verá en él sino la consecuencia de las ideas que allí desde tiempo atrás dominaban.

Para obligarle á revocar un contrafuero, dijo Guillén de Vinatea á D. Alfonso IV estas palabras : « Como hombre no sois sobre nosotros, y como rey sois por nosotros y para nosotros. » La reina doña Leonor, que se hallaba presente,

sin poder contenerse exclamó : « Tal cosa como ésta no la toleraría mi hermano el rey de Castilla, y de seguro, á tan sediciosas gentes las mandaría degollar » ; á lo cual su esposo dijo entonces : « Reina : nuestro pueblo es más libre que el de Castilla ; nuestros súbditos Nos reverencian, y Nos los tenemos á ellos por buenos vasallos y amigos. » Muchos años después, aún se mantenía tan vivo este sentimiento de respeto del rey al reino, que D. Martín *el Humano* decía : « He ordenado que mi hijo venga á Aragón para que aprenda cómo han de haberse sus reyes en guardar y conservar las libertades... porque los demás reinos, en su mayor parte, se rigen por la voluntad y disposición de sus reyes. » Así confesaban los monarcas lo limitado de su autoridad y tan celosos eran los pueblos de su soberanía : por donde claramente se explica que al ponerse en tela de juicio quién había de ceñir la corona, no se resolviese la duda por violencia de las armas, sino doblegándose todos, gobernados y pretendientes, á lo que las ideas del tiempo consideraban legal y justo.

He aquí cómo sucedieron las cosas al celebrarse el *Compromiso de Caspe :*

Refiere Zurita que hallándose en sus postrimerías D. Martín *El Humano*, al tiempo de reunirse Cortes en Barcelona, andaban los varones grandes, que se llamaban del Principado, desavenidos y revueltos ; « y como se entendió un viernes á 30 del mes de Mayo (1410) que el Rey estaba al fin de sus días y no se hallaba en disposición de ordenar su testamento, ni declaraba á quién dejaba por sucesor, habiéndose puesto en contienda en su vida, considerando los males que se podían seguir de aquella incertidumbre, deliberaron que de cada estado se nombrasen personas para que supiesen del Rey, si era su voluntad, que el sucesor de la corona real de Aragón se declarase por justicia. Estos fueron al Monasterio de Valdedoncellas á donde el Rey estaba doliente en la celda de la Priora, á las once horas de la noche ; y Ferrer de Gualbes, que era consejero de la ciudad y fué nombrado para ello con otras personas, en presencia de Ramón Cescomes, protonotario del Rey, y de otros dos notarios, dijo al Rey, que estaba en su sentido, estas palabras : « Señor : nosotros que somos elegidos por

la Corte de Cataluña y estamos aquí delante de Vuestra Magestad, os suplicamos humildemente que os plega hacer dos cosas, las cuales redundan en soberana utilidad de la cosa pública y de todos vuestros reynos y tierras. La primera, que los queráis exhortar que tengan entre sí amor, paz y concordia, porque los quiera Dios conservar en todo bien; y lo otro, que tengáis ahora por bien de mandar á todos los de vuestros reynos que, por todo su poder y fuerzas, hagan por tal forma y manera que la sucesión de vuestros reynos y tierras, después de vuestros días, venga á aquel á quien por justicia deba; como esto sea muy placiente á Dios y en gran manera provechoso al bien público y muy honroso y perteneciente á vuestra real dignidad. » Y tornando á decirle esto mismo le preguntó así: « Señor ¿ pláceos que la sucesión de vuestros reynos y tierras, después de vuestros días, venga al que por justicia debe venir ? » Y entonces respondió el Rey y dijo : « Sí. »

Seis eran los pretendientes á la corona de Aragón. El conde de Urgell, biznieto de Alfonso IV por línea masculina; el infante de Castilla D. Fernando, llamado el de Antequera desde que tomó á los moros esta villa, nieto de Pedro II, por línea femenina ; el duque de Denia ; el conde de Pradés ; D. Fadrique, nieto bastardo del rey difunto, y D. Luis de Calabria, nieto de Juan I.

Tras largas y dificultosas negociaciones reuniéronse los *Parlamentos*, nombre que se daba á las *Cortes* cuando se juntaban, no mediante iniciativa del monarca, sino por derecho propio en casos previstos por la ley. El *Parlamento* de Cataluña convocado para Montblanch, pasó luego á Tortosa ; el de Aragón anduvo más despacio, por graves disensiones, la principal de ellas entre el obispo de Urgell y el conde de Pallás, juntándose al fin en Alcañiz; en Valencia andaban tan estragados los ánimos por la lucha del gobernador Arnaldo Guillén de Bellera con D. Bernaldo de Centellas, que se nombraron dos *Parlamentos,* uno en Vinalaroz, otro en Trahiguera; mas luego ajustaron treguas, acordándose, por último, que los representantes de Aragón, Valencia y Cataluña, presididos por el gobernador y justicia del primero de estos reinos, se reunieran en Calatayud, donde todos los congregados resolvieron nombrar nueve

compromisarios que, juntándose en el castillo de Caspe, habían de elegir el futuro monarca.

Habíase convenido que los nueve jueces oirían á los pretendientes, representados por sus abogados, y luego de concluso el proceso darían sentencia, entendiéndose por firme y valedero aquello que determinasen seis de ellos, por lo menos, con tal de que cada región estuviese representada por un voto. « Resolución maravillosa y nunca oída, dice Mariana, que pretendiesen, por juicio de pocos hombres y no de los más poderosos, dar y quitar un reino tan importante ».

» . . . Después que tuvieron ordenada su declaracíon, en nombre y conformidad de todos, deliberaron que la publicación se hiciese el martes siguiente, que fué á 28 de Junio, y ordenóse de manera por aquellos varones que se hiciese con la solemnidad y aparato que se requería en el auto más soberano que se vió en grandes siglos. Hízose un cadalso muy grande de madera, bien alto, cerca de la Iglesia, que está en lugar eminente, junto al castillo, adonde se sube por muchas gradas; y estaba adornado de paños de oro y seda; y había otros dos tablados muy ricamente aderezados, adonde estuvieron los embajadores de los competidores y mucho número de caballeros. Aquel día, siendo de día claro, los tres capitanes que tuvieron cargo de la defensa y guarda de la villa, con igual número de gente de armas, salieron con su gente armada hasta en número de trescientos hombres, entre la gente de caballo y ballesteros : y estaban muy bien aderezados de sus jaquetones de tapete de velludo y brocado y de muy ricos paños ; y á la postre iba Martín Martínez de Marzilla con el estandarte real de Aragón. Estuvieron á la hora de tercia los nueve en la sala del castillo, y salieron con grande acompañamiento á la Iglesia, y á las puertas de ella estaba adornado un altar maravillosamente, y en él se sentaron los nueve... Celebró la misa del Espíritu Santo el Obispo de Huesca, y siendo acabada comenzó el sermón el santo varón y maestro Fray Vicente Ferrer... Acabado el sermón, leyó en voz alta la publicación del instrumento que se había ordenado ; y cuando llegó al punto en que se declaraba el nombre del Infante D. Fernando, el mismo Fray Vicente Ferrer y muchos de los pre-

sentes, declarando su alegría con altas voces, dijeron por diversas veces, separando en cada una con gran silencio, ¡ viva ! ¡ viva ! nuestro Rey y Señor don Fernando ; y hincados de rodillas, con diversos himnos y cánticos daban gracias á Nuestro Señor. Luego tras esto, los alcaides del castillo levantaron un estandarte real delante del altar, y sonaron diversos instrumentos. Aquel mismo día, á la tarde, renunciaron los nueve el señorío y jurisdicción de aquella villa en el Obispo de Huesca...

No hay en el ancho campo de la Historia de España, teniendo en cuenta al espíritu de los tiempos, hecho más glorioso que el Compromiso de Caspe, pues en él se dió el caso de que sobre la monarquía hereditaria y sobre la constitución aristocrática de aquellos reinos se alzara y prevaleciese la soberanía nacional, cuya voz llevaron gentes de condición humilde, á quienes infundió entereza la persuasión de su derecho.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

Teruel.

Porque Teruel es rico. Se figuran
Los que nunca han salido de su casa,
Que componen no más aquella tierra
Montes pelados y llanuras áridas ;
Pero eso, no es lo cierto, por fortuna.
La forman muchos pueblos de importancia
Que esperan sólo un alma que les lleve
Sus trigos y sus vinos á la playa. .
Pero habrá que esperar á que de fuera
Vida, dinero y materiales traigan,
Porque en este país nadie se arriesga,
Y el que tiene dos reales se los guarda.
Teruel, la población, no es mucha cosa :
Unas calles estrechas y empinadas,
Dos torres mudejares muy bonitas. . .

Y una gente muy buena y muy simpática.
Lo que hay allí que ver son los Amantes,
La célebre pareja legendaria
Que eternizó muriendo su memoria
Y legó á la ciudad renombre y fama.
Las momias de Isabel y de Marsilla
Se exhiben en capilla solitaria
Y están en una urna de cristales
Y sujetas las dos por una barra.
Del mancebo gallardo y arrogante,
De la hermosa doncella enamorada
Siete siglos han hecho dos figuras
Que inspiran invencible repugnancia.

SINESIO DELGADO.

Huesca.

Muchas veces pudimos en nuestra excursión observar el carácter de los montañeses. Tan sencillos como llenos de honradez, tan francos como desinteresados, profesan generalmente un ciego respeto á las autoridades y á las leyes. Si es cierto que muchos hijos de algunos pueblos fronterizos han nacido viendo en el contrabando una simple profesión que jamás creyeron en lo más mínimo deshonra ; si es cierto que á los que á tal tráfico se consagran, buscando únicamente en él los elementos necesarios á su vida, no han reparado en ocasiones dadas en llegar al homicidio para salvar de las manos de las fuerzas auxiliares de aduanas los bultos de cuyo paso pende á veces el sustento ó la perdición de una familia, cúlpese en gran parte á la falta de eficaces disposiciones administrativas que, fomentando por medios hábiles el bienestar y la riqueza en todas las comarcas, brinden con fructuosas industrias á aquellos que no pueden hallar en la agricultura la compensación de una laboriosa vida.

No es raro, en ciertas épocas, hallarse en la montaña con pueblos enteros ocupados solamente por niños y mujeres

que se consagran á los más rudos trabajos del campo en ausencia de sus padres y esposos. ¿Dónde están ellos? A esta pregunta se sonríen ellas siempre. Los hombres no han nacido allí más que para los riesgos y zozobras de la ruda vida del contrabando. La misma agitación de su vida les hace cautos, serenos y tenaces; sus anuales emigraciones les dan cierta ilustración que los distingue.

Las fiestas de la montaña son siempre tan sencillas como el carácter de los montañeses. Manifiéstase allí un grande apego á las tradiciones, hasta en el traje, principalmente en el valle de Ansó. Llevan aún las mujeres un vestido sin mangas, de bayeta verde, precisamente ajustado á raiz de los pechos, de donde parte la falda sin señalar la cintura. Una ancha gorguera alrededor del cuello, una cadena con varios medallones que penden sobre el seno y los brazos, sin más que la camisa, adornada con frecuencia con ahuecados bullones, forman ordinariamente aquel pintoresco traje, que se completa por un calzado de abarcas, también común á los hombres. La soltera se diferencia de la casada, y ambas se distinguen de la viuda en el modo de presentarse en la iglesia y por el color de la cinta con que sujetan las trenzas de sus cabellos. Los hombres suelen vestir, en cambio, chaqueta ó jubón de bayeta y calzón de paño burdo.

C. Soler y Arques.

Del alto Aragón.

LAS ANSOTANAS

Es un amor bravío, dentro de la austeridad aldeana, aquel amor que palpita en el alma de la mujer alto-aragonesa.

Ya el valle de Ansó, con sus montañas remontando al cielo y sus peñascales por camino y sus abetos seculares por fronda, dan la psicología del corazón femenino nacido entre ventiscas, y entre las épicas canciones del torrente que

baja de las cumbres, cuando el sol funde el inmenso *blokhaus* de nieve que á guisa de reluciente coraza se ciñe al gigante de granito.

Si hay rostro que acuse la línea de las antiguas divinidades de Judea, es el rostro de la ansotana.

Es famosa su belleza dentro de la región, y el hecho de que los propios coterráneos la reconozcan, implica testimonio indubitable.

Bajo el sayal de verde estameña que á tablas desciende desde la gorguera rizada al mismo borde de la albarca, se adivina la gentileza de un cuerpo bien curvado, de suaves ondulaciones, y á la sombra del pañuelo cubriendo el alto rodete, destellan dos ojos profundamente negros, hechos de oquedades de sima, de las simas que salta la ansotana cruzando las breñas del Pirineo.

Hubo un tiempo, no remoto, en que de Ansó partían á Francia largas hileras de jinetes que luego retornaban acompañando, trabuco al frente, el cargamento de sedas y encajes y pasamanería. A menudo, el eco de la fusilería retumbaba en la trocha perdida á través de las pendientes, y allá, en la barranquera, quedaban tendidos cuatro, ocho, diez ansotanos, empeñados en fragorosa lucha con las fuerzas fiscales, que á su vez también veían mermado su número por el plomo del adversario.

Frecuentemente salían de las avanzadas del grupo contrabandista, mujeres, que, cual visión de Averno, disparaban intrépidas el arma, vomitando fuego y alentando á sus camaradas con gritos de ángel exterminador.

Eran bellas ansotanas sumadas á la partida, que, al lado de sus hermanos ó de sus esposos defendían el género en peligro poniendo el pecho á las balas del remington.

Estrechado por el Estado el cerco de la represión, desaparecieron tan trágicos episodios, pero aun conserva la ansotana hábitos locales de su temperamento.

Llegad á Ansó una noche de fiesta.

Calle arriba, sube pausadamente la ronda. Las guitarras suenan clamorosas, acompasadas, á golpe de jota, y el guitarro y el requinto juguetean sus notas sobre el diapasón de las vihuelas. Un acordeón pule con su flautado la armonía del conjunto. Una voz aguda lanza al aire la canción :

Por la calle arriba va
el guitarro volandero,
el que se atreva á pararlo
que se confiese primero.

Es una voz dulce, de tríos sonoros, es la voz de la ansotana, que tañe la guitarra junto al mozo de sus ensueños, ó recorre las teclas apasionada y artista, puliendo con el flautado del acordeón las vibraciones del conjunto.

Al amanecer, cuando el alba trae luz y el aire perfumes, retíranse las ansotanas al hogar y entonces los novios llenan sus ventanas de flores y de olorosas ramas de pino.

No es difícil que en el transcurso de la farándula nocturna, surjan querellas masculinas pero tercia la ansotana, invoca la paz y callan los enojos, ahogados con el mosto de la tierra llana.

Nada existe de varonil en la ansotana á pesar de su carácter libre, nacido de la confianza que á sí misma se inspira. Al contrario, es búcaro de espiritualismo rural, sencilla, ingénua, de recato nativo, no del recato hipócrita que imponen ciertas fórmulas del mundo urbano.

Sólo en un momento preciso el búcaro se rompe y la esencia natural se desborda : aquél en que la falsía y la traición del hombre amado enciende su pecho y la exalta.

Entonces es cuando la vestal rasga su túnica y aparece la mujer bravía, la espartana vengadora que arma su brazo y cobra en sangre el precio de sus ilusiones marchitas...

GONZALO DE QUIRÓS.

(De *Nuevo Mundo*, Revista ilustrada.)

XI

ISLAS BALEARES Y CANARIAS

Canarias.

El Atlántico tiene una poesía intensa : él nos trae las palpitaciones de una humanidad joven ; colocado entre Europa y América, unido á nosotros por tantos lazos de amor, sus aguas azules tienden á la civilización y al progreso puente de plata. Allí, bajo el manto de un cielo turquí y rodeado de olas casi siempre tranquilas, está el archipiélago Canario : islas de origen plutónico, accidentadas, cubiertas de vigorosísima vegetación, que, por su contextura, parecen una desmembración del Atlas. Una paz solemne rodea estas islas de que habló Plutarco, y en las que, probablemente, los helenos colocaron los *Campos Elíseos* cantados por Homero.

En el centro de Tenerife y dominando el valle de Orotava, donde tantos tísicos respiraron la vida, el pico Teide levanta su cuerpo basáltico, monstruoso como una joroba del planeta. Sólo de tarde en tarde el *simún,* alma del desierto sahárico, lanza hasta allí su bostezo asolador. La temperatura normal es deliciosa y la variedad de climas determina una riqueza forestal pasmosa : millones de pintadas y habladoras avecillas regocijan la calma hierática de los bosques;

los arroyuelos entonan su canción de adioses sobre sus lechos de arcilla bermeja ó de blanca arena ; la retama aromática y el mirto fragante embalsaman el ambiente ozonizado. Abajo, cerca del mar, verdean el cocotero y el guayabo, y la palmera y el plátano abren al sol sus ramas perezosas ; luego, según vamos trepando, hallamos los naranjos siempre lozanos, las higueras cargadas de higos mejores que los de Smirna, las bergamotas y los limoneros opulentos ; y más arriba aún, los castaños frondosos, las encinas enamoradas del rayo, los nogales, los pinos, las retamas blancas vecinas de aquellas regiones estériles que los primeros fríos del invierno cubren bajo un turbante de nieves. Una dulce historia va ligada al recuerdo de esos altísimos picos que vieron partir las carabelas de Colón : es la emoción de los desterrados españoles, que al regresar de América tras veinte ó treinta años de emigración, ven tremolar de nuevo sobre los muros de Tenerife y de Palma el muy noble pendón de Castilla. Diríase que aquellas islas, ganosas de recobrarles se adelantan á su encuentro ; y su saludo es dulce, conmovedor como el abrazo de esos compañeros de infancia que, al saber que volvemos á nuestro pueblo natal, salen á recibirnos en medio del camino.

Ed. Zamacoís.

Baleares y Mediterráneo.

Cerca de España hay dos grupos de pequeñas islas, archipiélagos pintorescos, célebres en la historia de todos los siglos, codiciados por la ambición de todas las naciones, famosos por la fecundidad munífica de su suelo, bellísimos como preciosas piedras de la un tempo esplendente corona española. Les islas Baleares dejan en la memoria del visitante huella perdurable. « Cuando termine la misión que me he impuesto — escribía Zola, — me retiraré á Mallorca, el rincón á mi juicio más hermoso del mundo. Mallorca, en efecto, es la más linda de aquellas cinco hermanas. Allí están las cuevas del Pirata y del Drach, prodigios de arqui-

tectura, especie de hadadas catedrales con naves solemnes y columnatas refulgentes y sutiles labradas bajo el Océano por las filtraciones del mar; y pastos magníficos y dehesas ubérrimas sembradas de olivares y de almendros, y cordi-

Montañas Mallorquinas.

lleras abruptas donde la mano curiosa del hombre halló criaderos copiosos de cinabrio, granates, cristal de roca, alabastro, ágatas, amianto, plomo y otros metales y piedras de subido valor.

Una poesía infinita, evocadora de egregios recuerdos,

orla con nimbo magnífico de aventuras el archipiélago balear: es la poesía milenaria del Mediterráneo, el mar que cortaron las quillas de todas las naves de Egipto y de Fenicia, que azotaron los galeotes presos en todas las galeras de Venecia et de Génova; mar de belleza, eternamente azul, que presidió el nacimiento de Venus y meció las almas vagabundas de Eneas y Ulises, y devoró todos los cadáveres que arrastraron las ondas sagradas del Tiber, y por cuya amplitud la imaginación griega vió bogar el carro de Neptuno con su séquito de tritones y de ninfas desnudas, y de sirenas cantarinas y crueles.

EDUARDO ZAMACOÍS.
(De *Blanco y Negro.*)

De la tierra Canaria. — Isla adentro.

Un viaje á través de nuestras carreteras y caminos vecinales, recorriendo pueblos y caseríos, contemplando paisajes soberanamente encantadores, observando tipos y costumbres de vigorosa originalidad, asistiendo á fiestas genuinamente populares; todo esto, visto con ojos de artista y corazón de patriota, daría materia sobrada para una serie de artículos.

La Rambla, los Realejos, Icod, Garachico, Dante, Los Silos ofrecen tantos atractivos y bellezas que el turista, admirado, y sorprendido, ni siquiera echa de menos el confort con que se viaja en Europa.

¡ Bendita tierra canaria, que tan bien sabe pagar la curiosidad de los extraños y el amor de sus hijos!

Aquellas enormes masas de verdura que se extienden desde las grietas de las montañas hasta las orillas del mar, acusan la prodigiosa fertilidad de un suelo que jamás se cansa de producir. El agua por todas partes bulle y chispea herida por los rayos del sol; cae en forma de cascada, ó corre mansamente por las atarjeas, entonando la canción de la abundancia, el himno de sus amores fecundos con los plátanos y las ñameras. Una sensación de frescura, de placi-

dez, de paz idílica, se apodera del ánimo, que vuelto al pasado, tiene que evocar la memoria de los guanches, cuyas huellas no han podido extinguir ni la conquista ni el tiempo.

Felices y primitivos moradores de aquellos lugares, aún los barrancos conservan el eco de sus silbos. A medida que nos internamos en la isla, la visión se hace más clara, el recuerdo más tenaz; sentimos la obsesión de algo inefable y misterioso; las sombras de Bencomo y de Tinguaro caminan á nuestro lado; la brisa, jugando en la copa de los pinos, remeda el murmullo de las voces de los aborígenes, congregados en el Tagoror. Avanzamos: he ahí El Roque de Garachico, clavado en medio de las aguas verdosas. Cerca, muy cerca, un convento, para demostrar que también las ideas cristalizan; y arriba y abajo, la lava, la lava que arrasó á Garachico. Fría, apagada, endurecida, ostenta sus negros picachos, reveladores de la tremenda catástrofe: un volcán que se revienta de súbito y deja en pos de sí la espantosa desolación de Pompeya y Herculano.

Avancemos más, y otra vez el contraste: los montes, verdes como esmeraldas gigantescas, los valles en plena lozanía, las playas de finísimas arenas, el mar sereno, de olas azules como el cielo que promete.

La riqueza y el bienestar brotan por doquier: son el resultado de la industria del hombre y de las fuerzas germinadoras de la naturaleza. Sobre esos campos ha descendido la bendición de Dios.

Entramos en Los Silos, la patria de los Jordanes, y entramos con buen pie: es el día de la fiesta de su Patrona.

El pueblo está de gala; la plaza, espaciosa y regular, como trazada á cordel; la fachada de las viviendas y la calle central, recrean la vista con sus adecuados adornos: ramas, flores y gallardetes. No es el abigarrado conjunto de banderas de distintos paises que se nota en algunos festejos. El patriotismo de Los Silos no consiente otros colores que los nacionales.

Hay que aprovechar el día; el único de expansión después de los trabajos y fatigas de todo un año. Cuántas veces he oído decir á ciertos privilegiados de la fortuna en son de extrañeza, viendo los coros de campesinos canarios pasar

cantando, á semejanza de los mozos de la antigua Ática : « ¡ Cómo se divierte esa gente ! » Para sentir esa alegría sana, es preciso cansar antes los músculos en ruda y diaria labor ; sudar sobre el terruño, doblarse sobre la azada desde que amanece hasta que suena la campana del « Angelus » ; matar el hambre con un puñado de « gofío », para satisfacer el fisco ; tiritar con el frío de Los Rodeos, y abrasarse con el calor del Sur, entre las doradas espigas, que van cayendo bajo el filo de la cortante hoz ; soñar con la lluvia que tarda, con el hijo ausente en América, que tal vez no vuelva..... Divertíos, esclavos de la tierra ; el día es vuestro. Cantad al son del tamboril ; bailad el « tajaraste » que guarda en sus cuatro notas recuerdos de la raza caída y el « Santo Domingo » esa danza honesta, ceremoniosa, señorial, que yo quisiera ver transplantada á nuestros salones.

Ya sale la procesión : el gentío de los contornos espera apostado en las afueras. La Virgen avanza ; los cohetes y los « rijijidos » atruenan el espacio. La sagrada imagen se detiene de cara á la multitud, y hace tres reverencias. A cada saludo responde un clamor inmenso, una explosión de deseos, súplicas y exclamaciones : « ¡ Virgen de la Luz ! ¡ Madre mía, acuerdate de mí ! » y millares de pañuelos se agitan en el aire. El sol contribuye al divino homenaje brillando desde el cenit : para tal cuadro, tal luminaria ; y la Virgen, ante las manifestaciones piadosas y sinceras de sus fieles, parece sonreir.

ANTONIO ZEROLO.

¡ Naranjas sabrosas !

CANTO Á UN SABROSO RECUERDO

¡ Naranjas hermosas !
¡ Naranjas de allí !
De Palma del Río,
De Lora del Río ;

De los naranjales de la Andalucía
Fecunda y feliz.
(¡ Pues no estoy suspirando, Dios mío !
Y es que, á veces, nos llega muy honda
La impresión de un recuerdo pueril)
Escucho los pregones
Así como en sueños :
¡ De Palma del Río !
¡ De Lora del Río !
¡ Naranjas sabrosas !
¡ Naranjas de allí !

En época breve
De breves amores,
Los frutos preciados,
De piel matizada con tonos dorados,
Y entrañas jugosas,
Me daban á un tiempo frescura y placer,
Saciando mi gusto
Calmando mi sed.
¡ Naranjas sabrosas !
¡ Naranjas de allí !
¡ De los naranjales de la Andalucía
Fecunda y feliz !

¡ Qué hermosas, comidas
Al pie de los árboles !
¡ Qué ricas en zumo,
Qué ricas de olor !
Ó bien bajo el toldo
De un patio de *aquéllos,*
Al son cristalino
Del chorro del agua que lanza la fuente,
Con música grata, de tenue rumor ;
Que sube flexible,
Y á poco se rompe,
Quebrando en el aire su salto veloz ;
Que baja deshecho,
Y en torno salpica las anchas macetas,
Cubriendo con gotas, que tiemblan de gusto

Las plantas en flor.
Compradas al paso
Por una estación.....
Entonces ¡ entonces !,
No sé por qué extraño
Capricho del gusto
Me saben mejor.
Tendido en el fondo
De un claro vagón,
Que corre ligero manchado de polvo;
Sintiendo caricias
De un vago sopor;
Oyendo que crujen
Las anchas y recias y azules cortinas
Al soplo de un aire
Que está saturado
De intenso calor !....

El tren sacudiendo
La muelle pereza
Que invade á los hombres,
Avanza veloz....
Y á un lado y al otro
Del largo camino
Que marcan los fuertes
¡ Cuán frescas parecen
Aquellas fragantes
Y dulces naranjas !
¡ Naranjas de allí !
¡ De los naranjales de la Andalucía
Fecunda y feliz !

Mas yo las prefiero —
No sé por qué extraño
Capricho-comidas,
Gustadas, en horas
Del sol asfixiante,
Y en tanto que cruzo
Las tierras calientes
En alas del tren.

Me saben á gloria
Me huelen á flores,
En tanto que calman
Mi ardor y mi sed.
Compradas de manos
De mozas morenas,
Que llevan el pelo sembrado de rosas,
Y tienen los ojos
Así como llenos de rayos de sol;
Carriles de hierro,
Las huertas desfilan,
¡Las huertas brillantes de verdes naranjos,
Bañadas de sol!

. . . . . .

. . . . . .

¡Ay, cuántos recuerdos
Despiertan en mí!
¡Naranjas sabrosas!
Cuán frescas! ¡Cuán dulces!
¡Qué hermosas! Qué hermosas!
¡¡Entonces.... y allí!!

Sin duelos ni afanes,
Con años que apenas
Llegaban á veinte;
Soñando, despierto,
Con glorias y amores;
Gozando del mundo,
¡Queriendo vivir!
Entonces no había
Ni gusto más grande,
Ni encanto que fuera
Mayor para mí
Que el gusto sencillo
Y el sano placer.....
De pasar, devorando naranjas,
Por encima del suelo caliente
¡¡Y en alas del tren!!

¡De Palma del Río!

¡ De Lora del Río !
¡ Naranjas de allí !

¡ Quien pudiera volver á aquel tiempo,
Tan breve, tan breve,
Por lo mismo que fué tan feliz,
Y en un bosque de alegres naranjos
¡ Quién pudiera, gozoso y febril,
Ver llegar á la Musa encantada,
La mujer del ensueño, la Amada
De toda una vida,
¡ De toda una vida de amor !
Coronada—ceñida—vestida
De rayos de sol !!!

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

(De *La Ilustración española y americana*, Almanaque 1908.)

SEGUNDA PARTE

LOS ESPAÑOLES

Invocación á España.

¡Ven á mis manos, ven harpa sonora!
¡Baja á mi mente, inspiración cristiana,
Y enciende en mí la llama creadora,
Que del aliento del Querub emana!
¡Lejos de mí la historia tentadora
De ajena tierra y religión profana!
Mi voz, mi corazón, mi fantasía
La gloria cantan de la patria mía.

Venid, yo no hollaré con mis cantares
Del pueblo en que he nacido la creencia;
Respetaré su ley y sus altares;
En su desgracia á par que en su opulencia
Celebraré su fuerza, ó sus azares,
Y fiel ministro de la gaya ciencia
Levantaré mi voz consoladora
Sobre las ruinas en que España llora.

¡Tierra de amor! tesoro de memorias,
Grande, opulenta y vencedora un día,
Sembrada de recuerdos y de historias,
Y hollada asaz por la fortuna impía!
Yo cantaré tus olvidadas glorias;
Que en alas de la ardiente poesía
No aspiro á más laurel ni á más hazaña
Que á una sonrisa de mi dulce España.

José Zorrilla.

(*Cantos del trovador.*)

La Patria.

En el descanso de una jornada
que si fué dura, si fué sangrienta,
por la victoria fué coronada;
junto á la hoguera que los calienta,
enardecidos y decidores,
con fe en la vida y alma contenta
varios soldados cantan amores,
como quien quiere buscando flores
borrar el daño de la tormenta.
Harto seguro de su donaire,
toca uno de ellos una guitarra,
Y una garganta que se desgarra
lanza esta copla que roba el aire:

La heridita que me han hecho
es chiquita y es roja:
¡bendiga Dios esta herida
que me recuerda tu boca!

Con recios gritos y ¡oles! ardientes
al que ha cantado premia el corrillo:
porque la copla lleva á las frentes,
en su lenguaje puro y sencillo,
la imagen viva de los ausentes
cuyos retratos guarda el hatillo.
Y aun no repuestos los campeones
de esta alegría, que en sentimiento
tiene anegados los corazones,
cuando quejosa como un lamento,
de la vihuela siempre á los sones
salta otra copla que roba el viento:

Aquel beso de mi madre
me dió miedo de la guerra,
y en la guerra soy valiente
por devolvérselo á ella.

¡ Amor de madre ! Rico tesoro
que late dentro de las entrañas,
como en el centro de las montañas
oculto el oro :
al evocarte con voz dolida,
sienten los héroes como encendida
sobre su rostro, la intensa huella
de aquellos besos de despedida
que da tan sólo la boca de ella.
En algún pecho brota un sollozo ;
algunos ojos anubla el llanto ;
y al advertirlo sagaz el mozo
de los cantares, por el quebranto
volver en gozo,
para la Patria tiene este canto :

que cuál patria era su patria
le preguntaron á Dios
y sin pararse á pensarlo
Él dijo que era *español.*

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

Patriotismo.

El amor á la Patria, el cariño por la tierra donde hemos recibido el primer beso de la luz, donde han llorado las primeras lágrimas nuestros ojos y se ha dibujado la primera sonrisa en nuestros labios ; donde unas manos suaves, amables, santificadas por la maternidad, han mecido nuestra cuna ; donde aprendimos á rezar ; y donde, con las cadencias y las sonoridades del idioma, ha sonado por primera vez en nuestra alma la música de las palabras, es un cariño, un amor que el oficial tiene que hacer sentir hondamente á sus inferiores, á los que debe inspirar el deseo de que esa Patria sea libre, sea próspera, sea grande y potente, porque cooperando todos los soldados á realizar

tan altos fines será suyo el triunfo, así como será muy suya la derrota cuando ese amor no arraigue en sus corazones.

El soldado ha de fijarse que en el cumplimiento de sus obligaciones, por sencillas que sean, descansa, en gran parte, la felicidad ó la desdicha de su Patria; porque si en vez de seguir el camino del patriotismo los soldados, desoyendo la voz de sus deberes, emprendiesen rutas peligrosas, con la falta de condiciones morales del Ejército, vendría la decadencia y el hundimiento de la Patria.

No creemos que el patriotismo ha de ser alentado y fortificado sólo por los refinamientos retóricos del educador. Emplee éste si quiere para producir la emoción palabras de vehemencia y de sinceridad, pero no abuse de los términos comunes y las frases pomposas; presente el patriotismo como un afecto que se ha de traducir en hechos que ha de pesarse y medirse en la realidad, en los actos que ejecutemos. Son éstos los que, en su conjunto, elevan ó deprimen el nivel moral de un pueblo. El amor á la Patria no ha de ser fuente de hermosas palabras sino de acciones nobles y rectas porque con la galanura de las primeras y la falta de las segundas semejaríase el patriotismo á un libro de bellas y artísticas tapas que tuviera las hojas en blanco.

CAPITÁN TARDUCHY.

Oración á la bandera.

¡Gloria, bandera de mi Patria! ¡gloria!
¡Símbolo de la tierra en que nací!
¡Dos mundos presidieron tu victoria!
¡Dos renglones de sangre son tu historia!...
¡Bandera de mi Patria, creo en tí!

Creo en la que en Lepanto, fué admirada;
Creo en la que en Sicilia entró triunfal;
Creo en la que á Boabdil rindió en Granada;
Creo en la que en Numancia fué sitiada...
Para hacerse en los siglos inmortal.

Del Rey el que delinque indulto espera,
Perdona Dios al que imploró perdón;
Pero el vil que profana su bandera,
Ni es digno de piedad, ni aunque lo fuera
Borrara con la muerte su baldón.

Palpitan en las venas tus colores,
Se filtra el amor patrio al respirar,
Penetra en nuestro sér, sin preceptores,
Y serán tus discípulos mejores
Aquéllos que te sepan siempre honrar.

¡Quisiera ser Cervantes para hablarte!
¡Hernán Cortés para ofrecerte un sol!
¡Quisiera ser Velázquez y pintarte!
¡Quisiera ser el Cid para aguardarte!...
Para morir por tí... ¡soy español!

PABLO CASAS

La jura de la bandera.

¿Habéis visto vosotros alguna de estas solemnidades?

Luce en el cielo un sol espléndido de primavera, despiden metálicos destellos las bruñidas armas, alegran la vista las notas de color de los uniformes y vibran en el aire alegres marchas y bélicos sones de cornetas y clarines. Avanzan en correcta formación los regimientos, hay luz, juventud y alegría.

Allá en el fondo se levanta un altar sombreado por árboles en flor, y en él se ofrece al Altísimo el sacrificio de la Misa mientras que una banda de música, eleva en el espacio dulcísimas armonías, que suben al cielo como los ecos temblorosos de una oración.

Terminada la misa, destácanse de sus regimientos los nuevos reclutas, con sus flamantes uniformes de primera puesta. La vieja bandera roja y amarilla, escoltada por una sección de veteranos, aparece en el fondo de aquel cuadro

de luz, y á los acordes de la Marcha real, arrancando lágrimas de ternura á los viejos soldados que dieron por ella su sangre.

Todo el mundo se descubre, mientras los militares presentan sus armas.

Se oye un toque de corneta, y reina en aquella muchedumbre un respetuoso silencio.

Un jefe del ejército cruzando su espada con la bandera gloriosa de la Patria pregunta á los soldados : « ¿ Juráis á Dios y prometéis al Rey seguir constantemente sus banderas, defenderlas hasta perder la última gota de vuestra sangre y no abandonar al que os esté mandando en acción de guerra á disposición para ella ?

Y un grito poderoso, compuesto de una multitud de voces juveniles contesta : « sí juramos. »

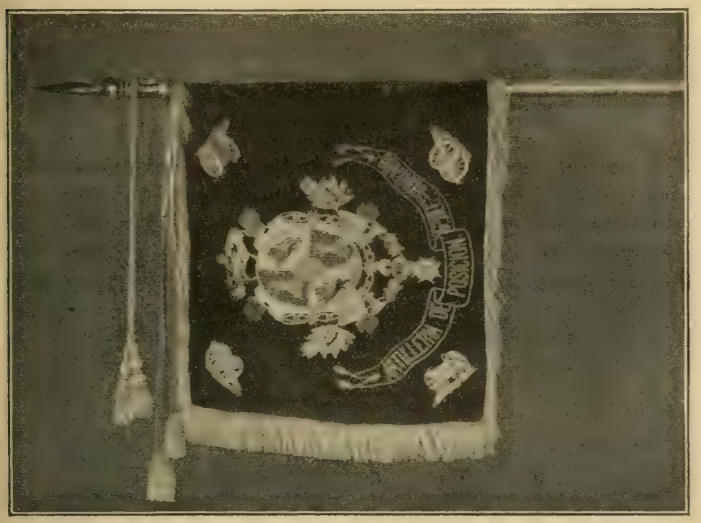
Tras unos instantes de silencio dice en voz alta el capellán castrense. « Por obligación de mi ministerio ruego á Dios que á cada uno le ayude si cumple lo que jura, y si no, se lo demande. »

Resuenan de nuevo los acordes de una marcha guerrera, y pasan los reclutas besando uno á uno la cruz que forman la espada y el asta de la bandera, y bajo los pliegues de la enseña nacional, desfilan después como polluelos que se amparan á la sombra de las alas maternales, porque han jurado morir por la Patria y la Patria los protege como á hijos con su manto de reina.

Los quintos son ya soldados, entran en una vida de honor, de abnegación y patriotismo; velarán por el mantenimiento del órden y la paz, mientras vuestros padres y hermanos se consagran laboriosamente á sus ordinarias tareas; mientras los demás trabajamos en servicio de la Patria, ellos protegerán nuestra vida y nos asegurarán el tranquilo goce del fruto de nuestros afanes; ellos mantendrán el respeto de nuestras leyes, la gloria de nuestros recuerdos y tradiciones, la dignidad del nombre español, la integridad de nuestras libertades públicas.

Acordaos de lo que ha pasado hace poco. Todos en el pueblo atendíamos pacíficamente á nuestras obligaciones, hacíamos la vida de costumbre, sin que nadie nos estorbase el cumplimiento de nuestros deberes; y mientras tanto,

en beneficio de la tranquilidad que nosotros disfrutábamos aquí, morían á centenares nuestros soldados en las cercanías de Melilla y en las quebraduras del Barranco del Lobo



(Fot. Rimey.)

Estandarte del 6º Regto de Artillería.

defendiendo los más altos intereses de la Patria, á la sombra de los benditos pliegues de nuestra gloriosa Bandera, y envueltos en ella, bajaron contentos á la tumba los que habían ofrecido á la madre España el sacrificio heroico de la sangre y la vida.

X.

El Alma española.

... Entre las parcelas del alma nacional, donde florecen los sentimientos colectivos, hay una yerma: es la parcela de la ternura, el campo donde germina la piedad hacia lo humano, el cariño á lo humilde, la efusión cordial que suaviza los ímpetus y hace amar la tierra, los árboles y los niños, lo frágil, lo delicado, lo gentil, lo exquisitamente gracioso, conduciéndonos por los invisibles caminos de una sensibilidad ténue y fertilizante á la benéfica sensación de un panteismo cordial. El erial de nuestro espíritu no está en la inteligencia, sino en el corazón. Lo ardiente, lo arrebatado, lo enloquecido, nos pertenece; carecemos de lo suave, lo dulce, la indulgente cordialidad, mansa y tierna, sin cuya intromisión se emponzoña y amarga la vida de la multitud.

Nuestro paisaje afectivo es, en sus reposos, páramo; en sus agitaciones, montaña desnuda y riscosa sobre cuyas cumbres vuelca el nublado sus diluvios para que corran bramadores por los pedregales. Desconocemos la pendiente imperceptible y afelpada, donde el sol reverbera sobre la alfombra verdegay, y las florecillas sin alcurnia y sin nombre se yerguen como notas dispersas del gran salmo campesino. La sentimentalidad española polariza hacia el odio; nuestro patriotismo es odio al extranjero, como en los tiempos de la Grecia amenazada; nuestra justicia se alimenta más del odio al inícuo que de la compasión á la víctima; nuestra religión piensa más en condenar que en redimir; nuestra política es, esencialmente, el choque de dos intolerancias, acuñadas ayer por un fanatismo único.

De ahí nuestra incapacidad, acaso transitoria, para asimilarnos fecundamente la civilización moderna. Tiene ésta por clave de su dédalo una palabra: amor. Amor á los humildes y á los desvalidos, fructificando en las instituciones de protección social, baldías cuando un soplo de ternura no ha oreado sus entrañas; amor á la dignidad de hombre, en las democracias; amor á las cosas y á los séres, en las artes; á

la naturaleza y sus secretos, en las ciencias; amor del paisaje y del existir; amor de los bellos amores, de los amores imposibles, de los amores infinitos donde se anegan y disuelven el ritmo y la savia de la vida universal. La antigua civilización, hija del odio y del miedo, conducía á la guerra; la nueva civilización, engendrada por el amor, nos conducirá á la paz: es la herencia de siglos de sufrimiento y desengaño, herencia reservada por el destino á quienes amando purifican su sentir.

Las plumas españolas no han acertado á pintar amorosamente la niñez; ni aun Cervantes. El arte no es más tierno. Los colores patrios son el rojo y el negro; cuadros españoles, los mártires de Ribera; policromia nacional, la discordante, la violenta. Nuestra fiesta son los toros. De nuestras campiñas hemos arrancado los árboles. Los renuevos de las generaciones se tronchan en el silencio indiferente: Herodes es español. Supimos conquistar nuestras colonias, pero no crear en ellas afectos durables; Las Casas nos pedía humanidad, y no le entendíamos. Acampamos sobre el territorio patrio; pero carecemos del inglés cariño al hogar, que es la más inmediata exteriorización de nuestra ternura íntima, la revelación de nuestra capacidad para el amor.

Siglos tras siglos nos han forjado así. El sol andaluz, inexorable y cegador; la tierra parda y monótona de Castilla; la montaña abrupta y hostil de Cataluña; el incesante batallar fronterizo del comunero; el gemir del payés bajo la dura ley feudal: en todos esos yunques se fraguó el alma nacional, exenta de suave yugo afectivo. Para encontrar ternura es menester remontarse á las húmedas costas del Norte y Noroeste: allí se entreabre de tiempo en tiempo una flor exquisita, acaso germinada en los sueños de un milenario de piedad escondido en las almas del Norte, ó acaso comunicada por el Océano brumoso, el gran taciturno de las cóleras inauditas, las adormiladas indiferencias y las supremas melancolías errantes por su inmensidad solitaria.

La realidad, la vida, se revuelven contra esa obra de los siglos orientada hacia la muerte. La España de hoy rehace su espíritu.....

BALDOMERO ARGENTE.

(*Los lunes del Imparcial.*)

El Catolicismo español.

... El catolicismo ha penetrado en España, en todo el organismo nacional; dueño exclusivo en la educación ha infundido su espíritu en los hombres, les ha amoldado á su imagen; los posee, como se decía con energía en la Edad Media. Mientras en otras naciones es posible concebir al individuo moral con abstracción de toda idea religiosa, esto es imposible para el español, porque su razón y su conciencia no están en él sino que derivan de su fe. Concebimos con dificultad la idea de un hombre que está seguro de poseer la verdad en todas las cosas, que resuelve por medio de afirmaciones absolutas, las cuestiones más intrincadas, que sabe positivamente de dónde viene y á dónde va; es el estado general de ánimo del español. Su fe le basta para todo lo que quiere saber; nunca la menor duda se presenta á su espíritu; no tiene ninguna idea de lo que puede ser el pensamiento independiente; si alcanza á comprenderlo, lo considera como una impiedad y lo desprecia con horror. La religión le asegura la paz del alma y lo entretiene al mismo tiempo y se presenta sin cesar á su recuerdo por medio de mil prácticas, de mil imágenes, mil inveteradas costumbres y nunca fastidio ni cansancio, por monótona que sea su cotidiana repetición, logran hacerlo desfallecer. A las pompas espléndidas del culto romano, ha añadido todo lo que le halaga á sí mismo; gusta del lujo en las vestiduras y de las alhajas, viste á sus santos con terciopelo y seda bordada y recamada de oro: les corona de diademas, nubes, aureolas, rayos y estrellas; gusta de la música y de la danza, sus iglesias tienen capillas de música admirables, órganos poderosos, orquestas completas, coros sin cesar adiestrados; los *seises* bailan delante del tálamo en las procesiones de Sevilla, los vascos bailan en la iglesia la *Espathadanza* ó danza de las espadas.

Tiene el gusto de las escenas trágicas y violentas; la vista de la sangre le atrae; verá en sus iglesias al Santo Cristo

clavado en la Cruz, destrozado el Cuerpo y las manos y pies ensangrentados. Grandes artistas realistas esculpirán y pintarán para él el martirio de San Bartolomé, la crucifixión de San Andrés y de Santa Eulalia, la cabeza pálida y lívida de San Juan Bautista, la faz patibularia del traidor Judas. Se complace en abandonarse á los caprichos de su imaginación; violento y sensual, es místico y asceta; le enseñarán debajo de un vidrio al niño Jesús con sus vestiduras blancas, sus pies rosados y la cabeza rubia y rizada; tendrá la Virgen cuyo corazón que chorrea sangre le aparecerá herido por siete afiladas espadas. En otro sitio hay Santa Teresa la gran doctora, el extático San Francisco, Santo Domingo, San Pedro Regalado á quien la Virgen ofreció su retrato, San Juan de Mata á quien dió su bolsa. La iglesia es para el español un mundo maravilloso, un rincón del paraíso, donde vive como gusta vivir, soñando.

Por poderoso que aparezca hoy día el catolicismo lo era mucho más en el siglo pasado, cuando no encontraba ni incrédulos ni contradictores. Carlos III, que ha sido presentado algunas veces como rey filósofo, tenía la devoción exaltada de un San Luis, puso á España bajo la invocación de la Inmaculada Concepción; en los libros, en los periódicos, en los registros de las deliberaciones de los cuerpos públicos, no se encuentra el menor pensamiento irrespetuoso, la menor burla, la más pequeña manifestación de escepticismo. El clero que representa la religión, la política y la civilización católica, debe ser en una nación profundamente imbuída de espíritu católico, el cuerpo dominante y preponderante, y así como Michelet antes de escribir la Historia de Francia quiso conocer el pueblo francés es indispensable antes de hablar de la sociedad española, conocer á fondo el clero español.

G. Desdevises du Dezert.

Sobre el carácter español.

REFLEXIONES DE GANIVET

Nuestro espíritu es religioso y es artístico, y la religión muchas veces se confunde con el arte. A su vez, el fondo del arte es la religión en su sentido más elevado, el misticismo juntamente con nuestras demás propiedades características : el valor, la pasión, la caballerosidad. Pero al decir esto, que es lo que la generalidad de las gentes dice ó piensa, no se dice nada ó casi nada, porque más importante que la tendencia ideal de un arte es la concepción y ejecución de la obra, ó sea la « obra en sí ». Los pueblos tienen personalidad, estilo ó manera como los artistas : dos pintores muy devotos de la Virgen pintan dos Virgenes que no tienen entre sí punto de relación, y dos pueblos religiosos, nobles, apasionados, pueden dar vida á dos artes antagónicos ; y la razón de esta diferencia está en el hecho interesante de que mientras el fondo del arte procede de la constitución ideal de la raza, la técnica arranca del espíritu territorial.

. . . . . .

Por eso en España no hay términos medios. Los artistas pequeños como los grandes van á ver lo que sale ; y cuando empiezan á trabajar no suelen tener más que una idea vaga de la obra que van á crear y una confianza absoluta en sus fuerzas propias, en su genialidad, cuando no « confían en Dios y en la Reina de los Cielos » como dicen los romances que cantan los ciegos en las plazuelas. Siempre que un español de buena estirpe coge la pluma ó el pincel ú otro instrumento de trabajo artístico, se puede pensar sin temor de equivocarse, que aquel hombre está igualmente dispuesto para crear una obra maestra ó para dar vida á algún estupendo mamarracho.

No existe en el arte español nada que sobrepuje al *Quijote* y el *Quijote*, no sólo ha sido creado á la manera española, sino que es nuestra obra típica « la obra » por antonoma-

sia, porque Cervantes no se contentó con ser un « independiente » fué un conquistador, fué el más grande de todos los conquistadores, porque mientras los demás conquistadores conquistaban países para España, él conquistó á España misma, encerrado en una prisión. Cuando Cervantes comienza á idear su obra, tiene dentro de sí un genio portentoso; pero fuera de él no hay más que figuras que se mueven como divinas intuiciones; después coge esas figuras y las arrea, pudiera decirse, hacia adelante, como un arriero arrea sus borricos, animándoles con frases desaliñadas de amor, mezcladas con palos equitativos y oportunos. No busquéis más artificio en el *Quijote*. Está escrito en prosa y es como esas raras poesías de los místicos, en las que igual da comenzar á leer por el fin que por el principio, porque cada verso es una sensación pura y desligada como una idea platónica.

. . . . . .

Al estudiar la historia de las artes españolas, hay que fundar la unión en las ideas. *Tenemos una Historia de nuestras ideas estéticas*; pero no tenemos una historia de nuestros procedimientos técnicos, de nuestros estilos, de nuestras escuelas, porque en España no es fácil relacionarlos en una unidad superior, en un concepto general, en una verdadera escuela; y así los puntos más altos de nuestro arte no están representados por grupos unidos por la comunidad de doctrinas, sino por genios sueltos que, como Cervantes ó Velázquez, forman escuela ellos solos. En Francia hay cuatro ó seis mil gacetilleros ó cronistas, que sin una idea en la cabeza escriben con el aplomo de los grandes escritores. El espíritu patriótico les fuerza á formar núcleos, y alrededor de cada sol giran innumerables planetas, satélites, asteroides y hasta bólidos. Cierto que esa gente menuda no hace cosas de gran provecho, pero tampoco hace daño; mientras que en España sólo sirve para arrasar el sentido estético de la nación. Como dice mi amigo Navarro y Ledesma, uno de los pocos españoles que todavía piensan en Castellano, la lengua francesa es como un gabán y la española como una capa, no hay prenda más individualista ni más difícil de llevar que la capa, sobre todo cuando es de paño recio y larga hasta los pies. Esto es verdad: la lengua

castellana es una capa y la mayoría de los escritores españoles la llevamos arrastrando.

. . . . . .

Nuestro Renacimiento no fué un renacimiento clásico, fué nacional; y aunque produjo algunas obras magistrales, quedó incompleto, por la desviación histórica á que la fatalidad nos arrastró; pero como la fuerza impulsora está en la constitución natural étnica ó psíquica que los diversos cruces han dado al tipo español, tal como hoy existe, debemos confiar en el porvenir: esa fuerza que hoy es un obstáculo para la vida regular de la nación, porque se la aplica á lo que no debe aplicársela, ha de sufrir un desdoblamiento; el individualismo indisciplinado que hoy nos debilita y nos impide levantar cabeza, ha de ser algún día individualismo interno y creador, y ha de conducirnos á nuestro gran triunfo ideal. Tenemos lo principal, el hombre, el tipo; nos falta sólo decidirle á que ponga manos en la obra.

Todos los pueblos tienen un tipo real ó imaginario en quien encarnan sus propias cualidades; en todas las literaturas encontraremos una obra maestra, en la que ese hombre típico figura entrar en acción, ponerse en contacto con la sociedad de su tiempo, y atravesar una larga serie de pruebas, donde se aquilata el temple de su espíritu, que es el espíritu propio de su raza. Ulises es el griego por excelencia; en él se reunen todas las virtudes de un ario: la prudencia, la constancia, el esfuerzo, el dominio de sí mismo, con la astucia y fertilidad de recursos de un semita; comparémosle con cualquiera de los conductores de pueblos germánicos, y veremos con más precisión que pesándola en una balanza, la cantidad de espíritu que los griegos tomaron de los semitas.

Nuestro Ulises es Don Quijote, y en Don Quijote notamos á primera vista una metamorfosis espiritual. El tipo se ha purificado más aún, y para poder moverse, tiene que librarse del peso de las preocupaciones materiales, descargándolas sobre un escudero; así camina completamente desembarazado, y su acción es una inacabable creación, un prodigio humano en el que se idealiza todo cuanto en la realidad existe, y se realiza todo cuanto idealmente se concibe. Don Quijote no ha existido en España antes de los árabes, ni

cuando estaban los árabes, sino después de terminada la Reconquista. Sin los árabes, Don Quijote y Sancho Panza hubieran sido siempre un solo hombre un remedo de Ulises. Si buscamos fuera de España un Ulises moderno, no hallaremos ninguno que supere al Ulises anglo-sajón, á Robinsón Crusoe; el italiano es en Ulises teólogo, el Dante mismo, en su *Divina Comedia*, y el alemán un Ulises filósofo, el *Doctor Fausto* y ninguno de los dos es un Ulises de carne y hueso. Robinsón sí es un Ulises natural, pero muy rebajado de talla, porque su semitismo es opaco, su luz es prestada: es ingenioso solamente para luchar con la naturaleza; es capaz de reconstruir una civilización material; es un hombre que aspira al mando, al gobierno « exterior » de otros hombres; pero su alma carece de expresión, y no sabe entenderse con otras almas. Sancho Panza, después de aprender á leer y escribir, podría ser Robinsón; y Robinsón, en caso de apuro, aplacaría su aire de superioridad y se avendría á ser escudero de Don Quijote.

Así como creo que para las aventuras de la dominación material muchos pueblos de Europa son superiores á nosotros, creo también que para la creación ideal no hay ninguno con aptitudes naturales tan depuradas como las nuestras. Nuestro espíritu parece tosco, porque está embastecido por luchas brutales; parece flaco, porque está sólo nutrido de ideas ridículas, copiadas sin discernimiento, y parece poco original, porque ha perdido la audacia, la fe en sus propias ideas, porque busca fuera de sí lo que dentro de sí tiene. Hemos de hacer acto de contrición colectiva, hemos de desdoblarnos, aunque muchos nos quedemos en tan arriesgada operación; y así tendremos pan espiritual para nosotros y para nuestra familia, que lo anda mendigando por el mundo, y nuestras conquistas materiales podrán ser aún fecundas, porque al renacer hallaremos una inmensidad de pueblos hermanos á quienes marcar con el sello de nuestro espíritu.

ÁNGEL GANIVET.
(*Idearium español.*)

Diferencias de carácter de las provincias españolas.

Los cántabros entendiendo por este nombre todos los que hablan el idioma vizcaíno son unos pueblos sencillos y de notaria probidad. Fueron los primeros marineros de Europa y han mantenido siempre la fama de excelentes hombres de mar. Su país aunque sumamente áspero tiene una población numerosísima que no parece disminuirse con las continuas colonias que envía á la América. Aunque un vizcaíno se ausente de su patria, siempre se halla en ella, como se encuentre un paisano suyo. Tienen entre sí tal unión que la mayor recomendación que puede tener uno para con otro es el mero hecho de ser vizcaíno; sin más diferencia entre varios de ellos para alcanzar el favor poderoso, que la mayor ó menor inmediación de los lugares respectivos. El señorío de Vizcaya, Guipuzcoa, Alava y el reino de Navarra tienen tal pacto entre sí que algunos llaman á estos países « las provincias Unidas de España. »

Los de Asturias y la montaña hacen sumo aprecio de genealogía, y de la memoria de haber sido aquel país el que produjo la reconquista de España con la expulsión de los moros nuestros abuelos. Su población, demasiada para la miseria y estrechez de la tierra, hace que un número considerable de ellos se emplee continuamente en Madrid en la librea, que es la clase inferior de criados; de modo que si yo fuera natural de este país, y me hallara con coche en la corte, examinaría con mucha madurez los papeles de mis cocheros y lacayos, por no tener algún día la mortificación de ver á un primo mío echar cebada á mis mulas, ó á uno de mis tíos limpiarme los zapatos. Sin embargo de todo esto, varias familias de esta provincia se mantienen con el debido lustre, son acreedoras á la mayor consideración, y producen continuamente oficiales del más alto mérito en el ejército y marina.

Los gallegos, en medio de la pobreza de su tierra, son

robustos. Se esparcen por toda España á aprender los trabajos más duros, para llevar á su casa algún dinero físico á costa de tan penosa industria. Sus soldados, aunque carecen de aquel lucido exterior de otras naciones, son excelentes para la infantería, por su subordinación, dureza de cuerpo, y hábito de sufrir incomodidades de hambre, sed y cansancio.

Los castellanos son, de todos los pueblos del mundo, los que merecen la primacía en línea de lealtad. Cuando el ejército del primer rey de España de la casa de Francia quedó arruinado en la batalla de Zaragoza, la sola provincia de Soria dió á su soberano un ejército nuevo y numeroso con que salir á campaña, y fué el que ganó las victorias de que resultó la destrucción del ejército y bando Austríaco. El ilustre historiador que refiere las revoluciones del principio de este siglo con todo el rigor y verdad que pide la historia para distinguirse de la fábula, pondera tanto la fidelidad de estos reinos, que dice será eterna en la memoria de los reyes. Esta provincia aun conserva cierto orgullo nacido de su antigua grandeza, que hoy no se conserva sino en las ruinas de las ciudades, y en la honradez de sus habitantes.

Extremadura produjo los conquistadores del nuevo mundo, y ha continuado siendo madre de insignes guerreros. Sus pueblos son poco afectos á las letras; pero los que entre ellos las han cultivado, no han tenido menos sucesos en ellas que sus patriotas en las armas.

Los andaluces, nacidos y criados en un país abundante, delicioso y ardiente, tienen fama de ser algo arrogantes; pero, si este defecto es verdadero, debe atribuirse á su clima, siendo tan notorio el influjo de lo físico sobre lo moral. Las ventajas con que la naturaleza dotó aquellas provincias, hace que miren con desprecio la pobreza de Galicia, la aspereza de Vizcaya y la sencillez de Castilla: pero como quiera que todo esto sea, entre ellos ha habido hombres insignes que han dado mucho honor á toda España; y en tiempos antiguos los Trajanos, Sénecas y otros semejantes, que pueden envanecer el país en que nacieron. La viveza, astucia y atractivo de las andaluzas, las hace incomparables. Te aseguro que una de ellas sería bastante

para llenar de confusión al imperio de Marruecos, de modo que todos nos matásemos unos á otros.

Los murcianos participan del carácter de los andaluces y valencianos. Estos últimos están tenidos por hombres de sobrada ligereza, atribuyéndose este defecto al clima y suelo; pretendiendo algunos, que hasta en los mismos alimentos falta aquel jugo que se halla en los de otros países. Mi imparcialidad no me permite someterme á esta preocupación, por general que sea; antes debo observar que los valencianos de este siglo son los españoles que más progresos hacen en las ciencias positivas y lenguas muertas.

Los catalanes son los pueblos más industriosos de España. Manufacturas, pescas, navegación, comercio, son cosas poco conocidas en otras provincias de la península respecto de los catalanes. No sólo son útiles en la paz, sino del mayor servicio en la guerra. Fundición de cañones, fábricas de armas, vestuario y monturas para ejércitos, conducción de artillería, municiones y víveres, formación de tropas ligeras de excelente calidad, todo esto sale de Cataluña. Los campos se cultivan, la población se aumenta, los caudales crecen, y en suma parece estar aquella nación á mil leguas de la gallega, andaluza y castellana. Pero sus genios son poco tratables, únicamente dedicados á su propia ganancia é intereses, y así los llaman algunos los holandeses de España. Mi amigo Nuño me dice que esta provincia florecerá, mientras no se introduzca en ella el lujo personal, y la manía de ennoblecer los artesanos: dos vicios que hasta ahora se oponen al genio que las ha enriquecido.

Los aragoneses son hombres de valor y espíritu, honrados, tenaces en su dictamen, amantes de su provincia, y notablemente preocupados en favor de sus paisanos. En otros tiempos cultivaron con suceso las ciencias, y manejaron con mucha gloria las armas contra los franceses en Nápoles y contra los moros nuestros abuelos en España. Su país, como todo el restante de la península, fué sumamente poblado en la antigüedad; y tanto que es común tradición entre ellos, que en las bodas de uno de sus reyes, entraron en Zaragoza diez mil infanzones con un criado cada uno, montados los veinte mil en otros tantos caballos de la tierra.

Por causa de los muchos siglos que todos estos pueblos estuvieron divididos, guerrearon unos con otros, hablaron diversos idiomas, se gobernaron por diferentes leyes, llevaron distintos trajes y en fin, fueron naciones separadas, se mantuvo entre ellos cierto odio, que sin duda ha minorado, y aún llegado á aniquilarse; pero aun se observa cierto desapego entre los de provincias lejanas; y si esto puede dañar en tiempo de paz, porque es obstáculo considerable para la perfecta unión, puede ser muy ventajoso en tiempo de guerra, por la mutua emulación de unos con otros. Un regimiento todo de aragoneses no mirará con frialdad la gloria adquirida por una tropa toda castellana; y un navío tripulado de vizcaínos no se rendirá al enemigo, mientras se defienda otro montado por catalanes.

CADALSO.

La regeneración y la obra educadora.

La responsabilidad de los elementos intelectuales, con ser grande siempre, es mucho mayor en una nación atrasada y víctima de la abulia como la nuestra. La regeneración si ha de venir ha de ser obra de una minoría que impulse á la masa, la arrastre y la eduque. No nos dejemos ilusionar por la esperanza en lo que vagamente suele llamarse « pueblo » « fondo social » etc. En un país donde hay cerca de doce millones de personas que carecen de toda instrucción, y en donde hay que descontar en rigor más de la mitad de los restantes, por las deficiencias de nuestra enseñanza primaria, única que alcanza la mayoría ¿qué esfuerzos se pueden pedir razonablemente á esa masa social, en pro de cuestiones que ni comprende, ni le interesan, ni puede resolver por sí, aunque nada de esto proceda de culpa propia? No confiemos más que en lo que puede servir, en los elementos verdaderamente útiles, en la minoría que lee, estudia, piensa y se da razón de los grandes problemas nacionales. Podrá contar ésta con la colaboración pasiva de ciertas cualidades morales que posee la

masa, y concierto instinto de salvación en ella manifiesto, de donde puede derivarse la seguridad, ciertamente importante de no hallar resistencias en la obra y de que los demás respondan con sacrificios económicos y personales á las peticiones de arriba; pero la impulsión, la organización, la ejecución de los planes, la discreta aplicación de los procedimientos, el cumplimiento concreto de los deberes, que pide cultura y una diferenciación inteligente de órganos, éso, sólo los elementos citados pueden hacerlo, y de ahí la terrible responsabilidad que sobre ellos pesa. El humilde « paisano » de nuestras montañas, el labrador de los llanos de Castilla, el payés de las regiones Catalanas etc., no pueden dar el impulso para regenerar el país, porque ellos son los que primeramente necesitan de regeneración y de cultura. Si España no sale de la profunda crisis que atraviesa, culpa será de los llamados « elementos directores » — entre los cuales hay que incluir á todo el que tiene conciencia de las necesidades generales de la patria, — á los cuales incumbe la « acción » y es bueno que piensen seriamente en esa culpabilidad que les amenaza. Por muy graves faltas que hayan cometido nuestros gobiernos en orden á sus deberes para con la cultura nacional, hay que decir francamente que otras tantas corresponden á los elementos sociales que no intervienen en la gobernación pública. Es muy cómodo quejarse á la continua de la inercia del Estado, y permanecer, los que se quejan, en la más absoluta inacción cuando se trata de cooperar á las funciones que transitoriamente cumple hoy, en parte, el organismo jurídico. Lo que la iniciativa particular pueda hacer en esto, es incalculable, y bien claro se ve, en nuestro propio país, recordando las innumerables fundaciones antiguas de Universidades, Colegios y Casas de enseñanza, debidas, no ya á corporaciones, sino á individuos poderosos. ¿ Qué hacen hoy los más de nuestros ricos, ni en vida ni en actos de última voluntad, para sostener esa hermosa tradición española ? ¿ Dónde están aquí las fundaciones, los legados, las donaciones que tan poderosamente ayudan en Inglaterra y en los Estados Unidos al desarrollo y la vida pujante de las instituciones docentes? El Evangelio de la riqueza no se practica apenas entre nosotros por lo que

toca á la enseñanza; y quien no lo practique, no tiene derecho á censurar lo que si no fuera por su egoísmo quedaría remediado en muchas de sus faltas.

RAFAEL ALTAMIRA.

(*Psicología del pueblo español.*)

. . . . . .

. . . . . .

No hay que desconocer tampoco las llagas que mortifican el cuerpo enfermo de la nación. Ocultarlas sería rechazar neciamente los remedios para recobrar la salud perdida. Y una de estas llagas, la más grave, la más espantosa, la que siempre vierte sangre, y siempre se alarga es el mal estado de la educación en toda España. En la educación del pueblo ¿ quién puede negarlo ? se concentran todos los problemas de mayor vitalidad para la patria. ¡ Cuántas y cuántas fuerzas yacen aquí olvidadas, inertes ! ¡ Cuántas inteligencias se extravían y malgastan por falta de dirección y de alimento ! ¡ Y cómo crece descuidada la tierna planta, el niño, la primera raíz del hombre ! Nuestras más risueñas esperanzas estriban siempre en los albores de la vida. La primera juventud despierta nuestras impresiones más profundas y duraderas. Sin fuertes raíces ¿ cómo queréis que el árbol crezca robusto y majestuoso y sus ramas resistan las lluvias y los vientos ? Maestros he conocido en mi viaje que arrastraban una mísera vida, dejando en olvido completo su escuela para vender trigo ; no diré en qué ciudad. A mi pregunta ¿ qué hacían sin ellos, y cómo se educaban los niños ?, « Ayúdeles Dios — respondían — que nosotros no podemos vivir de otra manera. »

« Hay que poner reparo á esta calamidad tan funesta para el porvenir de la nación. Hay que aprovechar las prendas naturales sobresalientes en España, tal vez más que en otras naciones, y desarrollarlas con perseverancia, fortaleciendo la energía individual y la conciencia, trabajando, trabajando siempre con ardimiento, con fe y constancia.

Conferencia de A. Farinelli en el Ateneo de Madrid.

Una escuela en Santander.

El cuarto era angosto, bajo de techo y triste de luz; negreaban á partes las paredes, que habían sido blancas, y un espeso tapiz de roña, empedernida casi, cubría las carcomidas tablas del suelo. Contenía una mesa de pino, un derrengado sillón de vaqueta y tres sillas desvencijadas; un crucifijo con un ramo de laurel seco, dos estampas de la Pasión y un rosario de Jerusalén, en las paredes; un tintero de cuerno con pluma de ave, un viejo breviario muy recosido, una carpetilla de badana negra, un calendario y una palmatoria de hoja de lata, encima de la mesa; y, por último, un paraguas de mahón azul, con corva empuñadura de asta, en uno de los rincones más oscuros. El cuarto tenía también una alcoba, en cuyo fondo, y por los resquicios que dejaba abiertos una cortinilla de indiana, que no alcanzaba á tapar la menguada puerta, se entreveía una pobre cama, y sobre ella un manteo y un sombrero de teja.

Entre la mesa, las sillas y el paraguas, que llenaban lo mejor de la estancia, y media docena de criaturas haraposas, que, arrimadas á la pared, ó aplastando las narices contra la vidriera, ó descoyuntadas entre dos sillas y la mesa, ocupaban casi el resto, trataban de pasearse, con grandísimas dificultades, un cura de sotana remendada, zapatillas de cintos negros y gorro de terciopelo raído. Era alto, algo encorvado, con los ojos demasiado tiernos, de lo cual, por horror á la luz, era obra la encorvadura del cuello; y tenía un poco abultada y rubicunda la nariz, gruesos los labios, áspero y moreno el cutis y negra la dentadura.

Entre todos aquellos granujas no había señal de zapato, ni una camisa completa; los seis iban descalzos, y la mitad de ellos no tenían camisa. Alguno envolvía todo su pellejo en un macizo y remendado chaquetón de su padre; pocos llevaban las perneras cabales: el que tenía calzones no tenía chaqueta, y lo único en que iban todos acordes era en la cara sucia, el pelo hecho un bardal, y las pantorrillas

roñosas y con *cabras*, El mayor de ellos tendría diez años. Apestaban á perrera.

Vamos á ver — dijo el cura — dando un coquetazo al del chaquetón que se entretenía en resobar las narices contra los vidrios del balcón, el cual muchacho era morrudo, cobrizo, bizco y de cabeza descomunal, — ¿ Quién dijo el Credo ?

Se volvió el rapaz, después de largar un hilo sutil de saliva á la vidriera, por entre dos de sus incisivos, y respondió, encogiéndose de hombros :

— ¡ Qué sé yo !

— Y ¿ por qué no lo sabes, animalejo ? Para qué vienes aquí ? Cuántas veces te he repetido que los apóstoles ? Pero « ab asino, lanam »..... ¿ Cuántos dioses hay ?...

— ¿ Dioses ? repitió el interpelado, cruzando los brazos atrás, con lo que vino á quedar en cueros vivos por delante, porque el chaquetón no tenía botones, ni ojales en que prenderlos, aunque los hubiera tenido. Reparó el cura en ello, y dijo, echando mano á las solapas y cruzando la una sobre la otra :

— ¡ Tapa esas inmundicias, puerco !... ¿ Y los botones ?

— No los tengo.

— Los habrás jugado al bote.

— Tenía una escota y la perdí esta mañana.

El cura fué á la mesa y sacó del cajón un bramante, con el que á duras penas logró sujetar las dos remendadas delanteras del chaquetón, de modo que taparan las carnes del muchacho. En seguida le repitió la pregunta :

— ¿ Cuántos Dioses hay ?

— Pues habrá — respondió el interpelado, volviendo á cruzar los brazos atrás — á todo tirar, ocho ó nueve.

— ¡ Resurge de profundis !.. ¡ Ánimas benditas, Qué pedazo de animal !... Y personas ¿ Cuántas ?

Miró el bizco, á su manera, de hito en hito al cura, que también le miraba á él como podía, y respondió, con todas las señales de estar poseído de la mayor curiosidad :

— ¡ Personas !... ¿ qué son personas, usté ?

— ¡ San Apolinar bendito ! exclamó el sencillo clérigo haciéndose cruces — ¿ conque no sabes qué son personas ?... ¿ lo que es una persona ?... Pues ¿ qué eres tú ?

— ¿ Yo ?... Yo soy Muergo.

— Ni tanto siquiera, porque los hay en la playa con más entendimiento que tú... ¿ Qué son personas ? — repitió el cura, encarándose con el muchacho que seguía á Muergo por la derecha, también descamisado, pero con calzones, aunque escasos y malos, menos feo que Muergo y no tan bronco de voz.

Este muchacho, no sabiendo que responder miró al más inmediato, el cual miró al que le seguía ; y todos fueron mirándose unos á otros, con las mismas dudas pintadas en la cara.

— ¿ De modo — exclamó entonces el cura, volviéndose á encararse con el que seguía á Muergo, — que tampoco sabes qué eres tú?

— ¡ Eso sí, corflis ! — respondió el muchacho, creyendo ver una salida franca para sus apuros.

— Pues ¿ qué eres?

— Surbia.

— ¡ Eso te diera yo para que reventaras, animal !

— Y tú ¿ qué eres? — añadió el cura, dirigiéndose á otro, de media camisa, pero sin chaqueta y muy poco pantalón.

— Yo soy Sula — respondió el interpelado, que era rubio y delgadito, por lo cual descollaba en él, más que en el fondo tostado de sus camaradas, la roña de las carnes.

De esta manera, y tratando de responder á la misma pregunta fueron diciendo sus motes los otros tres muchachos que había en el cuarto, ó séanse Cole, Guarín y Toletes. Acaso ninguno de ellos conocía su propio nombre de pila.

El cura, que los tenía bien estudiados, no acabó de perder la paciencia por eso. Les descerrajó cuatro improperios y media docena de latines y después les dijo en santa calma :

— Pero la culpa me tengo yo, que me empeño en varear sabiendo que no puede soltar más que bellotas. El que menos de vosotros lleva dos meses asistiendo á esta casa... ¿ A qué santo nombre de Dios !... Y ¿ por qué ? ¡ Virgen María de las misericordias !... Pues porque el padre Apolinar es un bragazas que se cae de bueno...

... Tras este desahogo, pasó fray Apolinar, sin dejar de pasearse, casi en redondo, con las manos cruzadas atrás, á

lo que el llamaba lo llano y de todos los días : á preguntar á los granujas las oraciones más usuales y sencillas para que no las olvidaran; lo único que había logrado meterles en la cabeza, aunque no bien ni del todo. Muergo no necesitó remolque más que tres veces en el Ave María; Cole dijo tal cual el Padre Nuestro, y el que mejor sabía el Credo, entre todos ellos, no pasó, sin apuntador, del « su único Hijo ».

En vista de lo cual, fray Apolinar no le dió á Sula más que media galleta dulce; un botón del provincial de Laredo á Toletes, y un higo paso á Guarín.

José María de Pereda.

(*Solileza.*)

Horas andaluzas.

LAS NIÑAS DE LA ESTACIÓN

Cuando los colegiales, en fila ya bajo los claustros, aguardábamos, como jueves, la llegada del P. José para ir de paseo, un muchacho de Ronda, Muñoz, me dijo :

— Hoy nos toca el paseo á la estación.

— ¿ Quién te lo ha dicho ?

— El hermano Joaquín. Se lo ha oído decir al P. José.

— Entonces hoy veremos á las niñas.

— ¡ Claro !

Todo esto de los sitios para pasear, del escolapio que nos llevaría, de la ruta que habíamos de seguir, era para nosotros, cada jueves, un atormentador rompe-cabezas. Por el temperamento y aficiones de cada Padre, solíamos deducir nuestros lugares de paseo y el camino que, por las calles de Archidona, habíamos de llevar. Así, cuando el pastor que nos guiaba era el pulido y melindroso P. Luis, cuyo entallado balandrán y fino porte le daban cierto empaque de abate madrigalesco, ya sabíamos que, ante nuestro paseo, los balcones más ricos y los más señoriales cierres de cristales asomarían tras de los visillos caras de señoritas

ojerosas entre sus peinadores, y arrogantes figuras matronescas que, á los saludos del P. Luis, responderían con una ondulación de sus peinados á la última. En cambio, cuando el huraño P. José, entre el ruidoso azotar de sus manteos, venía, como un cura de misa y olla, dando sus zancajadas de pantomima, con el sombrero de teja atrás, ya se nos alcanzaba que en el camino no habríamos de topar sino callejones y tapiales, alguna fuente en cuya pila abrevaban pollinos éticos, y tal cual puerta de mesón, donde arrieros y cosarios disputaban, con un serón al hombro.

Había, pues, motivos juveniles para desear que el galante P. Luis nos acompañara, y que el zafiamente misógino P. José fuera bendito de Dios á encerrarse en su celda, entre estornudos de rapé y trabajosas sumas de Padre procurador de nuestro colegio. Así que la noticia de Muñoz dando por cierto que era el P. José quien nos acompañaba, y que íbamos, de seguro, hacia la estación, hubo de promover en nuestras filas disputas consiguientes á su extrañeza. Un rumoreo de colmena llenó el claustro, por cuyas lejanías penumbrosas vagaba, leve y mística en su balandrán de seda, la figura del Padre Rector. A media luz, y frente á la ventana del jardín, su aristocrática palidez meditaba satiadamente, y el abejorreo colegial se apagaba, medroso, ante sus prestigios.

Entre la revisión de nuestras corbatas, las chupadas contrabandistas al cigarro y el comentar sobre nuestro paseo, oímos, jovial y alegre, el risueño repique á vísperas. Se despegó el rector de la ventana, llegó, lenta y pontificalmente impalpable, hasta su celda, y luego de avisar con dos palmadas finas — como dadas por un cardenal-duque, bajo las marmóreas naves de San Pedro, — dijo, como una súplica : — ¡ Padre José, la hora !

Oímos el chirrido de una puerta, varios ruidosos estornudos — ¡ oh rapé clásico ! — y, desgarbada, burda, con el sombrero de teja atrás y el manteo arrollado feamente, vino, gruñona, hacia nosotros, la záfia y dictadora paternidad.

— ¿ Callan ustedes ? — comenzó, riñendo. — Callamos todos como en misa. — « Ese niño, Masó, ¿ qué americana lleva usted ? » Masó temblaba el infeliz. — « ¡ Troya, la cor-

bata está torcida! » También al pobre Troya se le subió el pavo. — « Jun, jun... Son ustedes adanes. » Y en el colmo de su ira, vociferó : — ¿ A que no hay paseo ? »

¡ Santo Dios lo que pasó por mí ! Se me caía el claustro encima. Sobrecogióme una tristeza tal, que á poco se me saltan las lágrimas. Fué un jarro de agua fría á mis ilusiones, una siega de flores en mi alma, algo tan angustioso y tan desolador que me llevó al deseo ardiente de irme á mi pueblo; de pensar, por primera vez, en que el colegio era una cárcel y en que yo no saldría de allí nunca, como las princesitas encantadas de los castillos « de irás y no volverás ». A ésto, el P. José ya se había calmado, y salimos. Yo iba hacia el promedio de la fila, llevando de pareja á Muñoz, y al entrar en la calle Real, en plena exhibición galante, vimos el coche de la marquesa viuda, cuyos dos alazanes cordobeses se impacientaban, briosos, golpeteando el empedrado.

Por la fila corrió la nueva de que iba la marquesa de viaje, y unas criadas pintureras que, con sus delantales blancos y sus morenos brazos desnudos, nos veían pasar, se rieron de nuestros piropos.

— ¡ Olé las hembras !

— ¡ A callar, mocosos ! A ver si se lo digo al Padre.

Atravesamos calles viejas, con tiendas sucias y portales lóbregos, y, á media tarde, dimos vista al campo. La vega dilataba sus rastrojales hasta el pie de un cerro, cuyas crestas azuleaban al sol. Huertas frondosas blanqueaban entre nogales, y sobre acequias rumorosas volaban, entre píos, las golondrinas. Allá, á lo lejos, la estación negreaba, enfilados sus vagones. Los almacenes, con techumbres de zinc, despedían reflejos de plata, y entre pedazos de carbón sobre los terraplenes morenos, se acortaban, cansados, los rieles.

Veíamos el dosel encortinado de la cantina, donde enlutadamende pechugona, con patillas gitanas y coqueteando entre botellas, una viuda guapa despachaba cigarros y refrescos. Del lado de Antequera se divisó un tren; los penachos de humo se deshacían entre los picachos, y los viajeros, á las ventanillas, parecían, á tal distancia, de juguete.

Tras el P. José que, sudoroso, con el sombrero de teja en la mano, subió la cuesta, limpiándose la calva con el pañuelo, fuimos los colegiales alborozados, con la esperanza de ver, como otras veces, á las dos niñas bellas de la estación.

Cuando, al atravesar la sala de equipajes — donde un mozo, tras de la báscula, pesaba un baul, — asomamos, risueños, al andén todos los colegiales, como á una seña, levantamos la vista á las ventanas de persianas verdes. No había nadie; no estaban asomadas, como de costumbre, morenas y gentiles entre el blancor de sus chaponas. Solamente las albahacas, chorreando aún, testimoniaban el primor de aquellas manos. ¿ Dónde estarían? — Y un largo suspiro atravesó mi pecho colegial. De pronto, oyóse el timbre del telégrafo; el guarda-agujas, con su banderola, salió de la oficina del jefe; los rizados bigotes del telegrafista asomaron con no sé qué desplantes donjuanescos, y una dama opulenta y señorial, con su sombrero plumeado y su velillo flotante, llegó al andén, entre esplendores de sus gracias rubias.

Oímos voces de mujeres, llantos y adioses entre besos, y un cuchícheo de estupor sacó al P. José de sus casillas :

« ¡ Paletos! Parecéis paletos. » Entre un silencio que fué ofrenda y homenaje, vimos pasar, gentiles de elegancia, garbeando sus guardapolvos de señoritas, llevando sus « cabás » de piel, á las dos muchachitas de la estación, en tren de niñas millonarias. Avanzaban entre risueñas y llorosas, con ese aire tan singularmente femenil que sabe aunar la pena del adiós y la intensa alegría de un viaje soñado. En sus pestañas andaluzas, las lágrimas se suspendían como gotas de lluvia entre un rosal; y en sus bocas húmedas y joviales la risa relampagueaba adorablemente.

Tras ellas, entre letanías querellosas, el padre se ufanaba con su gorra de dos galones; la madre, ajada y con gran vientre, traía en brazos á una niña de pecho, y de la falda, como una Virgen dos arcángeles, otras dos criaturillas ensimismadamente melancólicas.

Avanzó el tren con resoplidos : la marquesa viuda se adelantó severamente hacia ellas. — « Vaya. El último beso, y á Madrid. » ¡ Se las llevaba aquella señorona! ¡ Y á Madrid,

en un coche reservado á todo lujo, y como dos niñas millo-ñarias!...

— ¡Suerte de las « creaturas » ! — dijo, filosófico, el mozo que porteaba el baul. — Por vía é Dios, y que no me « adotaran » á mí tamién...

Desde las ventanillas, bajo los plumeantes sombreros, las dos caras morenas se reían, entre sollozos :

— Adiós, mamá mía. ¡Ay qué pena, papá de mi alma! — Y los blancos pañuelos enjugaban los bellos ojos.

— Vaya, no ser tontas. Si es para vuestro bien. Si la señora marquesa os va á tratar como á hijas suyas. — Y los pañuelos blancos, despegándose, dejaban ver las dos bocas rientes...

Golpearon las portezuelas. El padre, jefe, llevó á la boca su silbato y, el pañuelo en la mano libre, dijo adiós. Yo me quité mi gorra galoneada y la ondeé en el aire, galantemente. Casi todos mis compañeros hicieron lo mismo. Arrancó el tren entre salutaciones, y la voz del P. José rasgó los aires, como un trueno :

— ¡Desvergonzados! ¿Háse visto? Formen la fila y al colegio otra vez. Se acabó el paseo... ¿Háse visto? ¡Pues no faltaba más!...

CRISTÓBAL DE CASTRO.

La reja.

¡La reja! sus hierros que besa la luna,
Allá en la desierta calleja moruna,
Encierran misterios y encantos sin fin :
Parece que exhalan, cubiertos de flores,
Murmullos de besos, palabras de amores,
Promesas de citas y olor á jazmín.

Tras ella adivina, quien pasa á su lado,
Un busto de nieve de nardo cuajado,
Dos ojos muy negros que acechan quizá;

Un pecho impaciente que late de prisa,
Los pasos de un hombre, la seña que avisa,
Y el « cuánto has tardado » y el « heme aquí ya »

¡Benditas mil veces las rejas hermosas
Cubiertas de albahaca, claveles y rosas,
Que aromas derraman y prestan calor!
¿Qué moza garrida, qué joven pareja,
Naciendo andaluza, no puso en la reja
El fin á sus ansias y el sello á su amor?

Detrás de los hierros, cual blanco tesoro
¡Cuán dulces en ellas las noches calladas!
Rumor de suspiros, brillar de miradas,
El largo coloquio de intenso placer;
La música extraña del blando ceceo
Que sabe á caricia, que suena á gorjeo
Saliendo de labios de aquella mujer.

Detrás de los hierros, cual blanco tesoro,
La bata crujiente, más limpia que el oro,
Que mueve el latido de un seno vivaz;
Delante, flotando ligera y galana,
La capa torera, con vueltas de grana,
Y el ancho sombrero que oculta la faz.

Y pasan los años, los años crueles,
Y hay siempre en la reja, de albahaca y claveles,
La misma cortina de eterno verdor :
Hay siempre una mano que cuida las flores,
Son otras mujeres, son otros amores...
Se van los amantes; mas queda el amor.

Donde hay una reja discreta y florida,
Hay siempre una hermosa, de amores herida,
Que acude á la seña del tierno galán :
Ayer al reclamo las madres salieron;
Hoy salen las hijas que de ellas nacieron:
La que aun no han nacido mañana saldrán.

Al pie de sus hierros se oirá eternamente
De un canto de amores el ritmo doliente,
Suspiros que vuelan hacia una mujer;
La copla vibrante, la endecha que implora...
Hoy es la guitarra quien canta y quien llora.
Su madre, la guzla, sin duda, fué ayer.

¡Oh reja! que tienes de altar y de nido,
Quien nunca á tus hierros llegó conmovido
Detrás del encanto de un rostro de sol,
De un goce completo no guarda memoria,
Ni quiso de veras, ni sabe que es gloria
Ni acaso ha debido nacer español!

Mujer andaluza cubierta de flores,
Sentada á la reja y hablando de amores,
No es sólo una moza garrida y gentil:
Es símbolo hermoso, que encarna y encierra
La gracia divina de toda la tierra
Que el Betis fecunda, que borda el Genil.

En ella palpitan Sevilla y Granada;
La vega florida, la huerta soñada,
La blanda tibieza del aire andaluz,
La raza africana, la sangre caliente,
La risa en los labios, el fuego en la mente
Y el cielo sin nubes radiante de luz.

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

Pelando la pava.

... Gloria me quería, me daba una cita, y esta cita tenía el singular atractivo para un poeta y un hombre del norte de ser á la reja. ¡La reja! ¿Verdad que este nombre ejerce cierta fascinación, despierta en la fantasía un enjambre de pensamientos dulces y vagos, como si fuese el símbolo ó el

centro del amor y la poesía? ¿Quién es el que, por poca imaginación que tenga, no ha soñado con un coloquio amoroso al pie de la reja en una noche de luna? Estos coloquios y estas noches tienen además la incalculable ventaja de que pueden describirse sin haberlos visto. No hay mosquito lírico de los que zumban en las provincias meridionales ó septentrionales de España que no haya expuesto sus impresiones acerca de ellos y armado un tinglado más ó menos armonioso con « los dulces acordes de la guitarra », « el aroma de los nardos », « la luz de la luna esparciendo sus hebras finísimas de plata sobre la ventana », « el cielo salpicado de estrellas » « el azahar », « los ojos fascinadores de la doncella » su aliento cálido, perfumado », etc., etc... Yo mismo, en calidad de poeta descriptivo y colorista, había barajado en más de una ocasión estos lugares comunes de la estética andaluza con aplauso de mis convecinos. Mas ahora la realidad excedía y se apartaba un poco de este convencionalismo poético. Por lo pronto yo no reparé al entrar en la calle de Argote de Molina, á las once, si había en el cielo luna y estrellas. Debía de haberlas, porque son cosas naturales; pero no reparé. Lo que sí ví divinamente fué al sereno que estaba arrimado con su chuzo y farol á una puerta no muy lejos de la de Gloria.

« ¿Habrá que esperar que este tío se vaya? » me pregunté con sobresalto. Por fortuna á los pocos minutos de espiarle se apartó de aquel sitio y se fué calle arriba. Además, yo iba á la cita sin guitarra ni capa, sólo con un junquillo en la mano y vestido de sencilla é inofensiva americana. Nada de brioso corcel tampoco, negro, tordo ó alazán. Sobre las propias y míseras piernas, que por cierto me temblaban demasiadamente al acercarme á las ventanas de la casa. En una de ellas ví blanquear un bulto, y me aproximé hasta tocar en las rejas.

— ¡ Gloria ! — dije muy quedo.

— Presente — respondió la voz de la joven.

Y al mismo tiempo su graciosa cabeza desnuda se inclinó hacia la reja y ví blanquear sus menudos dientes con la misma sonrisa hechicera y burlona que tenía yo dibujada en el alma. Ví lucir sus ojos negros de terciopelo. Quedéme inmóvil, sobrecogido, como si estuviese delante de una

aparición sobrenatural, agarrado con entrambas manos á la reja.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.
(*La hermana San Sulpicio.*)

La Nochebuena de un niño.

I

Hace muchos años que, al obscurecer de un día de invierno, y después de rezar las tres Ave Marías al toque de Oraciones, me dijo mi padre con voz solemne :

— Pedro : esta noche no te acostarás á la misma hora que las gallinas : ya eres grande, y debes cenar con tus padres y con tus hermanos mayores. Esta noche es Noche-buena.

Nunca olvidaré el regocijo con que escuché tales palabras. ¡ Yo me acostaría tarde !

Dirigí una mirada de desprecio á aquéllos de mis hermanos que eran más pequeños que yo, y me puse á discurrir el modo de contar en la escuela, después del día de Reyes, aquella primera aventura, aquella primera calaverada, aquella primera disipación de mi vida.

II

Eran ya las « Ánimas », como se dice en mi pueblo.

¡ En mi pueblo : á noventa leguas de Madrid : á mil leguas del mundo : en un pliegue de Sierra-Nevada !

¡ Aún me parece veros, padres y hermanos !

Un enorme tronco de encina chisporroteaba en medio del hogar : la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba : en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en nuestra casa á presidir la ceremonia de familia ; en seguida se hallaban mis padres, luego nosotros, y entre nosotros los criados...

Porque en aquella fiesta todos representábamos la casa, y á todos debía calentarnos un mismo fuego.

Recuerdo, sí, que los criados estaban de pie y las criadas acurrucadas ó de rodillas. Su respetuosa humildad les vedaba ocupar asiento.

Los gatos dormían en el centro del círculo, con la rabadilla vuelta á la lumbre.

Algunos copos de nieve caían por el cañón de la chimenea, ¡ por aquel camino de los duendes!

¡ Y el viento silbaba á lo lejos, hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!

Mi padre y mi hermana mayor tocaban el arpa, y yo les acompañaba, á pesar suyo, con una gran zambomba, que había fabricado aquella tarde con un cántaro roto.

¿ Conocéis la canción de los Aguinaldos, la que se canta en los pueblos que caen al Oriente del Mulhacem?

Pues á esa música se redujo nuestro concierto.

Las criadas se encargaron de la parte vocal, y cantaron coplas como la siguiente :

Esta noche es Nochebuena
Y mañana Navidad ;
Saca la bota María
Que me voy á emborrachar.

Y todo era bullicio, todo contento. Los roscos, los mantecados, el alajú, los dulces hechos por las monjas, el rosolí, el aguardiente de guindas, circulaban de mano en mano... Y se hablaba de ir á la Misa del Gallo á las doce de la noche, y á los Pastores al romper el alba, y de hacer sorbete con la nieve que tapizaba el patio, y de ver el Nacimiento que habíamos puesto los muchachos en la torre...

De pronto, en medio de aquella alegría, llegó á mis oídos esta copla, cantada por mi abuela paterna :

La Nochebuena se viene
La Nochebuena se va,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

A pesar de mis pocos años, esta copla me heló el corazón.

Y era que se habían desplegado súbitamente ante mis ojos todos los horizontes melancólicos de la vida.

Fué aquel un rapto de intuición impropia de mi edad; fué milagroso presentimiento; fué un anuncio de los inefables tedios de la poesía; fué mi primera inspiración... Ello es que ví con una lucidez maravillosa, el fatal destino de las tres generaciones allí juntas y que constituían mi familia. Ello es que mis abuelas, mis padres y mis hermanos me parecieron un ejército en marcha, cuya vanguardia entraba ya en la tumba, mientras que la retaguardia no había acabado de salir de la cuna. ¡Y aquellas tres generaciones componían un siglo! ¡Y todos los siglos habrían sido iguales! Y el nuestro desaparecería como los otros, y como todos los que vinieran después!...

La Nochebuena se viene.
La Nochebuena se va.

Tal es la implacable monotonía del tiempo, el péndulo que oscila en el espacio, la indiferente repetición de los hechos, contrastando con nuestros leves años de peregrinación por la tierra...

¡Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más!

¡Concepto horrible, sentencia cruel, cuya claridad terminante fué para mí como el primer aviso que me daba la muerte, como el primer gesto que me hacía desde la penumbra del porvenir!...

Un río de lágrimas brotó de mis ojos. Se me preguntó porqué lloraba y, como yo mismo no lo sabía, como no podía discernirlo claramente, como de manera alguna hubiera podido explicarlo, interpretóse que tenía sueño y se me mandó acostar...

Lloré, pues de nuevo con este motivo, y corrieron juntas, por consiguiente, mis primeras lágrimas filosóficas y mis últimas lágrimas pueriles, pudiendo hoy asegurar que aquella noche de insomnio, en que oí desde la cama el gozoso ruido de una escena á que yo no asistía por ser demasiado niño (según se creyó entonces), ó por ser ya demasiado hombre (según deduzco yo ahora), fué una de las más amargas de mi vida.

Debí al cabo de dormirme, pues no recuerdo si quedaron ó no en conversación la misa del Gallo, la de los Pastores y el sorbete proyectado.

PEDRO A. DE ALARCÓN.
(*Cosas que fueron.*)

(Fot. Napoléon.)
La mantilla.

La mantilla.

Es rejilla de nácar transparente
que siempre esconde tras de sí hermosura,
es perfume de azahares que satura,
es andaluza, cual el sol ardiente.

Es celosía que ocultar procura
el rostro encantador de un ser viviente,
marco lleno de gracia sonriente
sus ojos reflejando un alma pura.

Es la mantilla tan preciada joya
que en España será cual su bandera
paño que da la gracia, el alma entera
á las majas de aquel insigne Goya.

La matrona sublime y sin mancilla
el día que en dolor esté anegada,
en lienzo rojo y gualdo arrebujada
lucirá su simbólica mantilla.

ANTONIO AGUDO AYLLÓN.
(*Arte y letras.*)

Canto de la Gitanilla.

(SEGUIDILLAS)

I

Óigame, señor mío
Y abra esa mano
Más limpia que la plata
Que estoy mirando,
Bajo los dedos
Con mi segunda vista
Miro el dinero.

Yo soy la Gitanilla
Que canta y llora,
Según lo pida el gusto
Del que la oiga.
Al son que pidan
Cantan, lloran ó rezan
Mis seguidillas.

Para las ocasiones
Traigo la prueba ;
Hablan como cotorras
Mis castañuelas;
Alzo el pandero
Me remonto en el aire
Y allí me cierno.

II

Primer cantar.

« Donde pacen los toros
« Y los corderos,
« Y es cuna de pastores,
Sierra de Gredos
« El cielo azul
« Ve escondida una choza
« Junto á una cruz.

« Cuando á la pastorcilla,
« Hija del sol,
« Cayéronse las alas
« Del corazón
« Pasaba sola
« Sentada en aquel sitio
Horas y horas. »

Yo soy la gitanilla
Que llora ó canta,
Á medida del gusto
De quien le paga
Las mismas coplas,
Según quien las escucha
Cantan ó lloran.

Segundo cantar.

« Volaba una paloma...
Blanca y sin hiel...

Madre y me dió tristeza
No sé por qué...
¿ Á dónde y sola,
Cuando ya anochecía
Fué la paloma ?

Con el alma en los ojos
Le seguí el vuelo
Y la perdí de vista
Lejos, muy lejos.
Llévame, madre,
Donde nunca me acuerde
De aquella tarde. »

Yo soy la Gitanilla
Que canta ó ríe
A medida del gusto
De quien lo pide...
Mas yo por dentro,
Cuando canto ó me río,
Sé lo que siento.

Tercer cantar.

« Florecillas del monte !
« Almas de niños
« Parecéis en el suelo
« Do habéis nacido...
« La niña andaba
« Distraída pisando
« Sobre esas almas.

Bendita la inocencia
Mientras sonríe
Porque tan solamente
Sabe que existe...
Y existir sólo,
Es extender las alas
De un mundo á otro.

« Cuando tras la sonrisa
Nace el suspiro
Ya tenemos memoria
De un bien perdido...
Con el dolor
Se nos caen las alas
Del corazón. »

« Yo soy la Gitanilla
Que anda en el aire...
Dígame quién bien quiera
Que cante ó baile
La Gitanilla. »
Dijo y se fué bailando
Sus seguidillas.

ANTONIO ROS DE OLANO.

Un Gitano.

Nacido en las *Costanillas*,
antigua calle que en Córdoba
por ser calle de gitanos
fué conocida y famosa,

del tiempo viejo conserva
usos, modales y ropa,
con el afán con que el noble
conserva su ejecutoria.

Dan á su rostro cetrino
las patillas de hacha sombra,
y su calva frente ciñe
pañuelo de seda roja,

sobre el cual, de medio lado
y al desgaire, se coloca
el calañés puntiagudo
de antigua y típica forma.

Viste, á la usanza gitana,
chaqueta entallada y corta,
y pantalón ajustado
de pana fina y lustrosa,

que, cubriendo la rodilla,
por encima de la corva
con lucientes pasadores
de monedillas se abrocha.

Y entre la encarnada faja,
que á su cintura se arrolla,
las afiladas tijeras
ojos y puntas asoman.

Es ya viejo, mas los años
su firme cuerpo no doblan,
ni en la inseparable vara
para caminar se apoya.

Aún en las ferias los potros
apenas domados monta,
sin que en la silla le muevan
saltos, botes ni cabriolas.

Aún esgrime con denuedo,
si se arma gresca ó camorra,
la enorme faca que dice :
¡ Viva mi dueño ! en la hoja.

Aún sigue siendo el primero
en las juergas y en las broncas ;
aún á los mozos no teme
y aún le temen á él las mozas.

Nadie como él trueca en negra
una mula blanca ó torda,
de modo tal que ni el dueño
si la encuentra la conozca,

Nadie como él en los tratos
hay que pondere ó que ponga
excelencias cuando vende
y defectos cuando compra.

Nadie como él la guitarra
para acompañarse toca,
arrancando de sus cuerdas
gemidos en vez de notas,

á su compás entonando
cien intencionadas coplas
que de repente improvisa
al mismo tiempo que entona.

Como de feria en mercado
ha corrido España toda,
y de cuanto vió y ha oído
es archivo su memoria,

en cuanto suelta el torrente
de su voz aguardentosa
y con pintoresco estilo
refiere cuentos ó historias,

la gente, de oir sus palabras
y ver sus gestos ansiosa,
en torno de él en silencio
formando corro se agolpa ;

y sin cesar de sus labios
chistes y mentiras brotan,
que con malicioso ingenio
él ameniza y sazona,

pues no desentonarían,
repetidos por su boca,
los avisos y consejos
que al amante de *Preciosa*

da aquel discreto gitano
en páginas que son gloria
preclara é inmarcesible
de las letras españolas.

MANUEL DE SANDOVAL.

La cantaora.

Llámese *flamenca,* hungara, cubana ó andaluza existe una canción ó una serie de canciones que, ajustadas á distinto compás y sujetas á diferentes ritmos, recorren todo el mundo y producen el mismo efecto en todos los oídos. Esas canciones son los aires andaluces.

Atadas á las cuerdas de instrumento morisco, cautivas en las cajas de otros instrumentos extraños, ó dormidas en los trastes de la guitarra, siempre guardan el mismo sentimiento. Cuando un gitano las entona, producen *escalofrío* de pena ; cuando las lanza desde el calabozo un preso, parten de tristeza el corazón ; cuando las modula un campesino lloroso en las misteriosas soledades del campo, hay que contener los sollozos.

¿ Quién ha dado á esas coplas ese poder mágico ! ¿ Quién las ha compuesto ? ¿ Hay un músico colectivo, formado por millones de seres de todas las razas, que escriben en pentágrama no visto ese lamento armonioso que se repite de pueblo en pueblo, é imprime en todas las almas el mismo dejo de tristeza ?

Porque no hay que fiarse de las alegrías de la vihuela, símbolo de esas canciones : la guitarra es una gran melancólica, una incurable que hace por reirse y no puede, que inicia una carcajada y la termina en un sollozo. Cuesta pena infinita verla forcejear, contraerse por estallar en risa, sin poder acabar de alegrarse. Siempre he creído que dentro de cada guitarra hay un alma : la forma de su caja describe la figura de un pecho en el que acaso haya encerrado un corazón ideal que nosotros no podemos ver.

Sea como quiera, las canciones que acompaña y borda

tienen la sanción universal y son de un arte delicado y único. Por eso es digna de admiración y de respeto la guitarra.

La fiesta canallesca la prostituye : el tablado la violenta y disloca, trocando por agilidades de ejecución su sentimiento ; los mendigos la visten de andrajos : los barberos la hacen petulante y cursi ; las rondallas la riegan de vino y golpean su caja ; los enamorados la hacen intérprete de su deseo ; la ardiente *juerga* que se ágita con ondular de pañuelos de Manila, y se corona con hojas de pámpanas, la eleva á diosa terrestre ; el campesino la rasguea por las noches con mano santificada por el trabajo, y la hace confesora de cuanto siente, y la *cantaora* la somete á su voz de *artista*, deja *recamar* por ella sus coplas, apoya su acento en el compás que marca, y es su compañera de música. Necesita, para cantar á su són, que esté apropiado el registro : entonces el tocador de oficio afina las cuerdas, gradúa las tensiones, repasa una vez y otra, vuelve á repasar, hiere en escala las seis, *desgrana* un puñado de falsetas como estallan algunos cohetes antes de los fuegos artificiales, y la cantaora, sacando el cincelado busto, deja ir la voz y atropella con este tropel de notas el aire :

A las niñas de tus ojos
Les tengo de ir á pedir
Que me entierren en su fondo
Que ya no quiero vivir.

Si la cantaora está en la plenitud de su voz, ataca las vocales con que termina la copla, sin desviar sus sonidos : esta es señal de timbre lozano, de acento joven y fresco. Si la *i* con que acaba el verso final (porque las consonantes, *instrumentacion* que vienen á ser de las vocales, que son la melodía, no las pronuncia la *cantaora* en las terminaciones) ; si la *i* con que acaba el verso la trueca la voz al llegar la fermata, en *á* ó en *é* ó en otra cualquiera, revela decadencia, revela haber apurado ya el acento su timbre, haberse vuelto opaco, insonoro.

La cantaora entonces elige *instintivamente*, para cantar, coplas cuyos versos terminen en vocales que conserve

limpias y frescas su voz. En vez, por ejemplo, de cantar la copla anterior, cantará esta otra :

Si quieres darme la muerte
Tira donde más te agrade,
Pero no en el corázon,
Porque allí llevo tu imagen.

Y si ya tiene empañada la *e* que es la que ha de seguir en sus caprichos á la fermata ; si ya, en fuerza de emitirla perdió su cristalina vibración, la cantaora siempre, de un modo inconsciente, hará predilecto suyo otro que termine en *ó* como éste :

La vida es un tren que sale
Con carga de sentimientos,
Con parada en los amores
Y fin en el cementerio.

Así, rodando, puede decirse de vocal en vocal, — rodando, porque esa escala descendente la recorre la *cantaora* cuando camina hacia el agotamiento, hacia la anulación, van marcando esas mujeres, de voz apasionada y fresca, que halaga nuestros oídos, los grados de su gloriosa vida artística, hasta no hallar vocal apropiada á su acento afónico.

Entonces, ya en la última trinchera, vienen las angustias horribles, las desesperaciones tremendas, las congestiones al emitir la voz, que adquiere los visos del ópalo sin la belleza de ellos. Las yugulares se hinchan con plétora de sangre, los musculos del rostro se contraen, la garganta adopta las *posturas* propias de cada sonido, pero las notas acuden, las escalas son roncas, la armonía ha huido del prodigioso órgano.

Adiós, entonces, aplausos entusiastas, ilusiones de amor, sueños fascinadores, salvas frenéticas de aplausos.

El nido de ruiseñores que la *cantaora* tenía en la garganta, se ha deshecho ; los pájaros se han ido, y sólo quedan á la mujer las exigencias á que acostumbró su naturaleza, el reclamo de los halagos á que estuvo hecho su oído.

La guitarra lleva tras de sí un mundo, de alegría y dolores, y penetrar en ese mundo, causa á veces delicias inmensas, á veces torturas horribles.

En los tallados de la caña de manzanilla, se ríe la luz, pero el vino suele estar mezclado con lágrimas.

Toda esta lección, y muchas más que podría dar, las aprendí en la *Cátedra del burrero de Sevilta*, donde puede aprender mucho quien se atreve á pasar de la superficie de cuanto vé.

Para el que no tenga ojos, ni sea aficionado á observar, ni en sitios superiores, ni en el mismo Burrero, conseguirá otra cosa... que *hacer el burro*.

SALVADOR RUEDA.

Los mendigos.

Con tener honores de puerta principal la puerta Sur de San Sebastián es la menos favorecida de fieles en días ordinarios, mañana y tarde. Casi todo el señorío entra por la del Norte, que más parece puerta excusada ó familiar. Y no necesitaremos hacer estadística de los feligreses que acuden al sagrado culto por una parte y otra, porque tenemos un contador infalible : los pobres. Mucho más numerosa y formidable que por el Sur es por el Norte la cuadrilla de miseria, que acecha el paso de la caridad, al modo de guardia de acabaleros que cobra humanamente el portazgo en la frontera de lo divino ó la contribución impuesta á las conciencias impuras que van á donde lavan.

Los que hacen la guardia por el Norte ocupan distintos puestos en el patinillo y en las dos entradas de éste por las calles de las Huertas y San Sebastían, y es tan estratégica su colocación, que no puede escaparse ningún feligrés como no entre en la iglesia por el tejado. En rigurosos días de invierno, la lluvia ó el frío glacial no permiten á los intrépidos soldados de la miseria destacarse al aire libre (aunque los hay constituidos milagrosamente para aguantar á pie firme las inclemencias de la atmósfera) y se repliegan con buen órden al túnel ó pasadizo que sirve de ingreso al templo parroquial, formando en dos alas á derecha é izquierda. Bien se comprende que con esta formidable ocu-

pación del terreno y táctica exquisita, no se escapa un cristiano, y forzar el túnel no es menos difícil y glorioso que el memorable paso de las Termópilas. Entre ala derecha y ala izquierda, no baja de docena y media el aguerrido contingente que componen ancianos audaces, indómitas viejas, ciegos machacones, resforzados por niños de una acometividad irresistible (entiéndase que se aplican estos términos al arte de la postulación) y allí se están desde que Dios amanece, hasta la hora de comer, pues también aquel ejército se raciona metódicamente, para volver con nuevos bríos á la campaña de la tarde. Al caer de la noche, si no hay Novena con sermón, Santo Rosario con meditación y plática, ó Adoración Nocturna, se retira el ejército, marchándose cada combatiente á su olivo con tardo paso. Ya le seguiremos en su interesante regreso al escondrijo donde mal vive. Por de pronto, observémosle en su rudo luchar por la pícara existencia, y en el terrible campo de batalla, en el cual no hemos de encontrar charcos de sangre ni militares despojos, sino pulgas y otras feroces alimañas.

Una mañana de Marzo, ventosa y glacial, en que se helaban las palabras en la boca, y azotaba el rostro de los transeuntes un polvo que por lo frío parecía nieve molida, se replegó el ejército al interior del pasadizo, quedando sólo en la puerta de hierro de la calle de San Sebastián un ciego entrado en años, de nombre Pulido, que debía de tener cuerpo de bronce, y por sangre alcohol ó mercurio, según resistía las temperaturas extremas, siempre fuerte, sano, y con unos colores que daban envidia á las flores del cercano puesto.....

.....Ninguno de los entrantes ó salientes hacía caso del pobre Pulido, porque ya tenían costumbre de verle impávido en su guardia, tan insensible á la nieve como al calor sofocante, con su mano extendida, mal envuelto en raída capita de paño pardo, modulando sin cesar palabras tristes, que salían congeladas de sus labios. Aquel día, el viento jugaba con los pelos blancos de su barba, metiéndoselos por la nariz y pegándoselos al rostro, húmedo por el lagrimeo que el intenso frío producía en sus muertos ojos. Eran las nueve, y aun no se había estrenado el hombre. Día más perro que aquél no se había visto en todo el año, que desde Reyes

venía siendo un año fulastre, pues el día del Santo Patrono (20 de enero) sólo se habían hecho doce chicas, la mitad próximamente que el año anterior, y la Candelaria y la novena del bendito San Blas, que otros años fueron tan de provecho vinieron en aquél con diarios de siete *chicas*, de cinco *chicas* ¡valiente puñado! « Y me *paice* á mí decía para sus andrajos el buen Pulido, bebiéndose las lágrimas y escupiendo los pelos de su barba, — que el amigo San José también nos vendrá con mala mata... ¡Quién se acuerda del San José del primer año de Amadeo!... Pero ya ni los santos del Cielo son como es debido. Todo se acaba, Señor hasta el *fruto de la festividá*, ó, como quien dice, la *probeza honrada*. Todo es por tanto pillo como hay en la política *pulpitante*, y el aquél de las suscriciones para las *vitimas*. Yo que Dios, mandaría á los ángeles que reventaran á todos esos que en los papeles andan siempre inventando *vitimas*, al cuento de jorobarnos á los pobres *de tanda*. Limosna hay, buenas almas hay: pero liberales por un lado, el *Congrieso* dichoso, y por otro las *congriogaciones*, los *metingos*, y *discursiones* y tantas cosas de imprenta, quitan la voluntad á los más cristianos... Lo que digo: quieren que no *haiga* pobres, y se saldrán con la suya. Pero *pa* entonces, yo quiero saber quién es el guapo que saca las ánimas del Purgatorio... Ya, ya se pudrirán allá las señoras almas, sin que la cristiandad se acuerde de ellas porque... á mí que no me digan: el rezo de los ricos, con la barriga bien llena y las carnes bien abrigadas, no vale... por Dios vivo que no vale. »

Al llegar aquí en su meditación, acercósele un sujeto de baja estatura con luenga capa que casi le arrastraba; rechoncho como de sesenta años, de dulce mirar, la barba cana y recortada, vestido con desaliño; y poniéndole en la mano una perra grande, que sacó de un cartucho que sin duda destinaba á las limosnas del día, le dijo: « No te las esperabas hoy: dí la verdad. ¡Con este día!

Si que las esperaba, mi Sr D. Carlos — replicó el ciego besando la moneda, porque hoy es el *Universario*, y usted no había de faltar, anque se helara el cero de los *terremotos* (sin duda quería decir termómetros).

. . . . . .

... Pues señor entró D. Carlos en la iglesia, como he dicho, por la puerta que llamaremos del cementerio de San Sebastián y las ancianas y ciegos de ambos sexos que acababan de recibir de él la limosna, se pusieron á picotear, pues mientras no entrara ó saliera alguien á quien acometer, ¿qué habían de hacer aquellos infelices más que engañar su inanición y sus tristes horas, regalándose con la comidilla que nada les cuesta, y que, picante ó desabrida, siempre tienen á mano para con ella saciarse? En esto son iguales á los ricos; quizás les llevan ventaja, porque cuando tocan á charlar, no se ven cohibidos por las conveniencias usuales de la conversación, que poniendo entre el pensamiento y la palabra gruesa costra etiquetera y gramatical embotan el gusto inefable del dime y direte.

«¿Nos *vus* dije que D. Carlos no faltaba hoy? Ya lo habeis visto. Decir ahora si yo me equivoco y no estoy al tanto.

— Yo también lo dije... Toma... como que es el aniversario del mes, día 24; quiere decir que cumple mes la defunción de su esposa, y Don Carlos bendito no falta este día, aunque lluevan ruedas de molino, porque otro más cristiano, sin agraviar, no lo hay en Madrid.

— Pues yo me temía que no viniera, motivado al frío que hace, y pensé que, por ser día de perra gorda, el buen señor suprimía la *festividá*.

— Hubiérale dado mañana, bien lo sabes, Crescencia que D. Carlos sabe cumplir y pagar lo que debe.

Hubiéranos dado mañana la gorda de hoy, eso sí; pero quitándonos la chica de mañana. Pues ¿qué crees tú que aquí no sabemos de cuentas? Sin agraviar, yo sé ajustarlas como la misma luz, y sé que el D. Carlos, cuando se le hace mucho lo que nos da, se pone malo por ahorrarse algunos días, lo cual que ha de saberle mal á la difunta.

— Cállate, mala lengua.

— Mala lengua tú, y... ¿quieres que te lo diga? adulona! — ¡Lenguaza!

Eran tres las que así chismorreaban, sentaditas á la derecha, según se entra, formando un grupo separado de los demás pobres, una de ellas ciega, ó por lo menos cegata, las otras dos con buena vista, todas vestidas de andrajos,

y abrigadas con pañolones negros ó grises. La *señá* Casiana, alta y huesuda, hablaba con cierta arrogancia, como quien tiene ó cree tener autoridad; y no es inverosímil que la tuviese, pues en donde quiera que para cualquier fin se reúnen media docena de seres humanos, siempre hay uno que pretende imponer su voluntad á los demás, y, en efecto, la impone. Crescencia se llamaba la ciega ó cegata, siempre hecha un ovillo, mostrando su rostro diminuto, y sacando del envoltorio que con su arrollado cuerpo formaba, la flaca y rugosa mano de largas uñas. La que en el anterior coloquio pronunciara frases altaneras y descorteses tenía por nombre *Flora* y por apodo *la Burlada,* cuyo origen y sentido se ignora, y era una viejecilla pequeña y vivaracha, irascible, parlanchina que revolvía y alborotaba el miserable cotarro, indisponiendo á unos con otros, pues siempre tenía que decir algo picante y malévolo cuando los demás *repartijaban* y nunca distinguía de pobres y ricos en sus críticas acerbas. Sus ojuelos sagaces, lacrimosos, gatunos, irradiaban la desconfianza y la malicia. Su nariz estaba reducida á una bolita roja. que bajaba y subía al mover de labios y lengua en su charla vertiginosa. Los dos dientes que en sus encías quedaban, parecían correr de un lado á otro de la boca, asomándose tan pronto por aquí, tan pronto por allá, y cuando terminaba su perorata con un gesto de desdén supremo ó de terrible sarcasmo, cerrábase de golpe la boca, los labios se metían uno dentro de otro, y la barbilla roja, mientras callaba la lengua, seguía expresando las ideas con un temblor insultante. Tipo contrario al de *la Burlada* era el de Señá Casiana: alta, huesuda, flaca, si bien no se apreciaba fácilmente su delgadez por llevar, según dicho de la gente maliciosa, mucha y buena ropa debajo de los pingajos. Su cara larguísima como si por máquina se la estiraran todos los días, oprimiéndole los carrillos, era de lo más desapacible y feo que puede imaginarse, con los ojos reventones, espantados, sin brillo ni expresión, ojos que parecían ciegos sin serlo; la nariz de gancho, desairada; á gran distancia de la nariz, la boca, de labios delgadísimos, y, por fin, el maxilar largo y huesudo. Si vale comparar rostros de personas con rostros de animales, y si para conocer á la Burlada podríamos imaginarla como un gato que hubiera perdido el pelo en

una riña, seguida de un chapuzón, digamos que era la Casiana como un caballo viejo, y perfecta su semejanza con los de la plaza de toros, cuando se tapaba con venda oblicua uno de los ojos, quedándose con el otro libre para el fisgoneo y vigilancia de sus cofrades. Como en toda región del mundo hay clases, sin que se exceptúen de esta división capital las más ínfimas jerarquías, allí no eran todos los pobres lo mismo. Las viejas, principalmente, no permitían que se alterase el principio de distinción capital. Las *antiguas*, ó sea las que llevaban ya veinte ó más años de pedir en aquella iglesia, disfrutaban de preeminencias que por todos eran respetadas, y las *nuevas* no tenían más remedio que conformarse. Las *antiguas* disfrutaban de los mejores puestos, y á ellas solas se concedía el derecho de pedir dentro, junto á la pila de agua bendita. Como el sacristán ó el coadjutor alterasen esta jurisprudencia en beneficio del agua nueva, ya les había caído que hacer. Armábase tal tumulto, que en muchas ocasiones era forzoso acudir á la ronda ó á la pareja de vigilancia. En las limosnas colectivas y en los repartos de bonos, llevaban preferencia las antiguas; y cuando algún *parroquiano* daba una cantidad cualquiera para que fuese distribuída entre todos, la antigüedad reclamaba el derecho á la repartición, apropiándose la cifra mayor, si la cantidad no era fácilmente divisible en partes iguales. Fuera de esto, existían la preponderancia moral, la autoridad tácita adquirida por el largo dominio, la fuerza invisible de la autoridad. Siempre es fuerte el antiguo, como el novato siempre es débil, con las excepciones que pueden determinar en algunos casos los caracteres. La Casiana, carácter duro, dominante, de un egoismo elemental, era la más antigua de las antiguas; la *Burlada*, levantisca, revoltosilla, picotera y maleante, era la más nueva de las nuevas; y con esto queda dicho que cualquier suceso trivial ó palabra baladí eran el fulminante que hacía brotar entre ellas la chispa de la discordia.

La disputilla referida anteriormente fué cortada por la entrada ó salida de fieles. Pero la *Burlada* no podía refrenar su reconcomio, y en la primera ocasión, viendo que la Casiana y el ciego Almudena, recibían en aquel día más

limosna que los demás, se deslenguó nuevamente con la *antigua* diciéndole : « Adulona, más que adulona, ¿ crees que no sé que estás rica y que en Cuatro Caminos tienes casa con muchas gallinas, y muchas palomas y conejos muchos? Todo se sabe.

— Cállate la boca, si no quieres que dé parte á D. Senén para que te enseñe la educación.

— ¡ A ver !

— No vociferes, que ya oyes la campanilla de alzar la Majestad.

— Pero señoras, por Dios, dijo un lisiado que en pie ocupaba el sitio más próximo á la iglesia. Arreparen que están alzando el Santísimo Sacramento.

— Es esta habladora, escorpionaza.

— Es esta dominanta... ¡ A ver !... Pues, hija, ya que eres caporala no tires tanto de la cuerda, y deja que las *nuevas* alcancemos algo de la limosna, que todas *semos* hijas de Dios... ¡ A ver !

— Silencio, digo !

— Ay, hija... ni que fúas Cánovas ! »

DON BENITO PÉREZ GALDÓS.

(*Misericordia.*)

Golfería.

La sensiblería y la declamación no son los defectos menores de nuestro tiempo. Se siente poco, se lloriquea mucho y abundan los escritores plañideros que están continuamente husmeando calamidades, desgracias ó desastres, para enjaretar en frío, sobre ellos, unas cuantas frases de retórica cursi y lacrimosa. Podría formarse un nutrido ramillete con las majaderías que se han escrito acerca de la catástrofe de Courrières, de la erupción del Vesubio, de la muerte de Curie, bajo las patas de los caballos, y de los terremotos de San Francisco. Como en esos novelescos relatos falta la sinceridad del sentimiento, resultan ridículos y nos conmueven mucho menos que nos conmoverían noticias escuetas, sin requilorios literarios.

Además de estos acontecimientos infaustos, entre cuyos deplorables efectos puede contarse el de hacer brotar raudales de palabrería pseudopatética, hay temas que son objeto constante de escarceos retóricos y hasta poéticos... Uno de estos temas se refiere á la *golferia*. De algún tiempo acá, el *golfo* es objeto de entusiastas panegíricos ; él es el prototipo de toda gentileza y la gala de Madrid ; su corazón, al decir de los apologistas de la *golferia*, es mucho más noble que el del trabajador, que enajena su libertad por un miserable salario ; sus hazañas callejeras son cantadas en popularísimos romances, y sus dicharachos enriquecen el lenguaje de los salones. ¿ Queréis encontrar abnegación, virtud y patriotismo ? No los busquéis en talleres, fábricas y escritorios ; no en los centros literarios, políticos, artísticos... : buscadlos en los descendientes de los antiguos pícaros, en los patios de los modernos Monipodios, en los Rinconetes y Cortadillos que juegan al *cané* con naipes *ovados*, en el barranco de Embajadores ; en los Guzmanes de Alfarache que sestean en las escaleras de la Plaza Mayor ; en las pícaras Justinas que vagabundean por los alrededores del Dos de Mayo ; en la *golferia*, en fin, que duerme apelotonada en las cuevas de la Moncloa. Allí es donde está la flor y nata de lo poco bueno que existe en la capital de España. ¿ Lo dudáis ? Pues id á ver los melodramas comprimidos que más se aplauden en los teatros de « género chico ». Allí os convenceréis de que son unos pillos cuantos tienen camisa limpia, unos sin vergüenzas los representantes de la autoridad, unos infames, sin corazón ni conciencia, los que á costa de su trabajo han conquistado una posición desahogada... Los buenos, los nobles, los dignos son los *golfos*...

¿ Creéis que hay exageración en lo que acabo de decir ? Pues yo he oído, y quizás alguno de vosotros también, declararse á sí mismos *golfos honorarios* á dos conocidos literatos, entre los aplausos de un público selecto que llenaba la sala del Español. Soy *golfo*, decían, uno en prosa y otro en verso, los dos citados escritores, con el mismo orgullo que decía el ciudadano romano : *Civis romanus sum*.

*
* *

Líbreme Dios de denigrar á los descalzos, á los desnudos, á los que padecen hambre y sed y no tienen albergue en donde cobijarse. Para todos ellos debemos pedir constantemente pan, abrigo, enseñanza y trabajo. Pero el *golfo* no es el pobre desamparado, que quiere trabajar y no encuentra dónde, y que quizás muere de hambre á la puerta del rico egoísta; el *golfo* auténtico es el vago profesional, que rehuye toda clase de sujeción y que gusta de revolcarse en la pereza y en el vicio. Ese *golfo* explota rufianescamente á su compañera de miseria, y la apalea cuando ella no le entrega el fruto de su degradación: es el aprendiz de ratero y á menudo la larva del asesino.

No há mucho se ha tratado de recoger á los *golfos*: se les ha dado asilo, ropa, vestido é instrucción. De ellos, los que ansiaban salir de su vida ignominiosa, se han sometido con gusto al régimen que se les ha impuesto, y se regeneran por medio del trabajo. Los otros se escapan de los Asilos, y venden las ropas que les ha dado la caridad, ó las queman, para no verse obligados á trabajar. Bien hallados con su vida hampona y viciosa, odian á cuantos quieren sacarlos de ella, y hasta se sienten orgullosos de pasear sus harapos por las calles y paseos de la corte.

Y no es esto lo más malo: lo peor es que mucha gente, engañada por la leyenda del *golfo* noble y caballeroso, mira con rencor africano y hostilidad marroquí á los que, en cumplimiento de leyes superiores y atinadas, tratan de convertir al vagabundo vicioso en hombre útil á la sociedad. Bien claro se vió esto en la repugnante y, á la postre, trágica escena de que fué poco há teatro uno de los sitios más céntricos y concurridos de Madrid. ¡ Allí, los extranjeros que en estos días de primavera visitan la capital de España, pudieron ver al populacho persiguiendo é insultando á los representantes de la autoridad por el *enorme atropello* de detener á dos *golfos*, para darles pan, vestido y albergue; pudieron enterarse de las soeces palabrotas con que un bandido amenazaba á los guardias; le vieron, quizá, empuñar la navaja, que tal vez le entregó alguno de sus

admiradores, y degollar traidoramente al infeliz agente que le conducía á la Delegación!

* * *

Este sangriento suceso debe servirnos de provechosa enseñanza. Dejémonos de peligrosas sensiblerías y de retóricas declamaciones. Seamos caritativos con los desgraciados; procuremos ampararlos y protegerlos, y hagamos cuantos sacrificios sean menester para que no haya ni un solo mozuelo ni una sola muchacha que no tengan ni pan que llevarse á la boca, ni casa en que dormir, ni sitio en que trabajar; pero secundemos á las autoridades en su obligada tarea de extirpar el vicio vergonzoso de la *golfería*.

ANÓNIMO.

Serenísimos Señores.

Estos « serenísimos señores » de quienes vamos á tratar no son altezas ni señores; son únicamente serenísimos, y algunas veces serenos nada más, y algunas otras veces, ni serenos. Sépase de una vez, mejor dicho, de tres veces: vamos á tratar de la autoridad noctámbula, de los serenos de comercio, de los « gusanos de luz », como los denominan los guasones.

El sereno no tiene traducción, ni imitación posible; es un ser que vive y bebe en las tinieblas, y en ellas vigila y dormita simultáneamente de puerta en puerta y de quicio en quicio, hasta que algún vecino reclama sus servicios, ó hasta que algún ruido extraño le alarma y le saca de quicio. Este sér, al extrañarle, pierde su manera de ser, y se debilita y languidece hasta morir, como planta tropical bruscamente trasladada á las frías regiones del Polo Norte, del Polo Sur, ó del Polo de Orive.

Las funciones del sereno en el ejercicio de su profesión, son muy complicadas. Tiene que requisar las puertas de

los comercios y las de los portales de las casas, para cerciorarse de que están bien cerradas; tiene que abrir las puertas á los inquilinos; tiene que cuidar de no dejárselas abrir á los ladrones; tiene que beber, tiene que dar la voz de alarma en los casos de incendio, ú otros accidentes que ocurran en su demarcación; tiene que velar por el silencio; tiene que echar un sueñecillo, y tiene que despertar á los vecinos que madrugan mucho; después de todo esto, tiene que ir á la Tenencia de Alcaldía á pasar lista, y después tiene que irse á dormir á su casa, si quiere. Los hay que no quieren.

Antaño los serenos, como los relojes de cuco, cantaban las horas y añadían el estado del tiempo, con la melodía que les inspiraba su musa, siempre en consonancia con sus facultades; « tessitura », extensión de voz, flexibilidad, resistencia y acento. Ahora no cantan, ahora se limitan á oir con gran sigilo en la quietud de la noche como dan las horas, y cuando más las recitan, siempre con el mismo acento local que dominaba en las antiguas folías.

Entre los titiriteros de la imaginación, andaba hace poco tiempo por Madrid la adivinanza siguiente: « ¿Qué plaza hay en Madrid que tiene un solo farol? » El que me propuso á mí la adivinanza, me dió como solución la « plaza de sereno »; realmente es una plaza que tiene un solo farol; pero yo no me dí por satisfecho, porque en España, y por lo tanto en Madrid, hay muchas subsecretarías, direcciones generales y otras prebendas y granjerías, que con grandes plazas y « alicuando » también tienen un solo farol, el que las ocupa.

Las plazas de serenos son muy codiciadas, y las hay que alcanzan cotizaciones fabulosas; es de advertir que estas plazas son de propiedad particular, y se traspasan ó se arriendan como un café ó como una cacharrería. Hay plazas de sereno muy lucrativas. El sereno percibe un estipendio fijo de cada uno de sus abonados; además recibe gratificación de los vecinos que le utilizan; además cae alguna propineja que otra por servicios ajenos á su ministerio, verbigracia, avisar á un médico, á una funeraria, dar una carta á un vecino, un telegrama, un llavín, mil cosas; pero el ingreso más importante consiste en los espléndidos

alboroques que se les da siempre que facilitan algún informe.

Los madrileños hemos tomado siempre á chacota al sereno y á la autoridad del sereno, cómo lo prueba la frase: « tu me has tomado por el pito del sereno », que quiere decir que nadie hacía caso del pito de un sereno, á pesar de ser el pito lo más autoritario de toda su personalidad nocherniega.

Ahora esta triste condición del sereno ha variado mucho porque además de tener pito, tendrá autoridad, y una lanza, y un sable, y el farol, y las llaves; es decir, que cada sereno va á tener más hierro que la cuenca minera de Somorrostro... No será difícil ver dentro de poco á un sereno poseído de su autoridad, lanzarse á un lance de lanza, con más destrozo que destreza, sobre cualquier trasnochador inadvertido de la flamante investidura.

Algún exceso puede que cometan, los que no acierten á conservar siempre su « serenidad », pero se les puede tolerar á cambio de las muchísimas barbaridades que evitará que ocurran con su nuevo fuero, esta institución tan sufrida, tan honrada y tan genuinamente madrileña. Los pobres serenos han pasado á ser « Serenísimos Señores. »

FÉLIX MÉNDEZ.

Los cadetes de la Garduña.

Son los cadetes de la Garduña,
que al Fisco tienen por capitán.
Cortos de alcances y largos de uña:
temible gente si se enfurruña,
pues no hace caso del qué dirán...
Son los cadetes de la Garduña,
que al Fisco tienen por capitán.

De buen olfato, de mucha vista,
son los verdugos de la nación.

No hay en España quien los resista,
quien no reniegue de su conquista,
quien no rechace su intervención...
De buen olfato, de mucha vista,
son los verdugos de la nación.

Son del Fielato los vigilantes :
fiera mesnada, terrible grey.
Siempre avizores, siempre acechantes,
son unos pocos ; y son bastantes
á hacer odiosa la injusta ley !...
Son del Fielato los vigilantes :
fiera mesnada, terrible grey.

De los Consumos guardianes fieros
es el insomnio su gran virtud.
Perseguidores de matuteros,
son menos libres los consumeros
que cuantos pagan su esclavitud...
De los Consumos guardianes fieros
es el insomnio su gran virtud.

Fusil al hombro, garrote en mano,
sus desafueros no hallan sanción.
Quien protestase, lo haría en vano ;
porque es su fuerza la del tirano,
y es su justicia la sinrazón...
Fusil al hombro, garrote en mano,
sus desafueros no hallan sanción.

Son los cadetes de la Garduña
que al Fisco tienen por capitán.
Cortos de alcances y largos de uña :
temible gente si se enfurruña,
pues no hace caso del qué dirán...
¡ Son los cadetes de la Garduña,
que al Fisco tienen por capitán !

CARLOS MIRANDA.

La Media Tostada.

Es toda una institución madrileña que tiene las simpatías de muchos miles de individuos agradecidos.

No conozco á ningún escritor ó poeta de mi tiempo que durante su período de lucha y en los supremos instantes de desfallecimientos espiritual y corporal — ambos suelen presentarse de la mano — no haya recurrido al maravilloso tónico del café con media.

Gracias al auxilio del café con media no sucumbieron en la lucha muchos esforzados varones que hoy ocupan lugar señalado, por preferente, en el mundo del Arte. Estos merecen toda mi admiración. Triunfar, y llegar á los días del triunfo á fuerza de pan con manteca, es sencillamente admirable. Bien pueden gloriarse de ello los que lo han logrado.

No sé qué extraño imán tiene para los literatos la media tostada que también es constantemente requerida por los señoritos adinerados que escriben por puro dandysmo. Sólo existe una diferencia entre el literato rico y el literato pobre; y es que aquél toma al día un café con media, y paga catorce, y este toma catorce, y paga uno. Lo paga cuando el camarero se pone intratable.

Quiero apresurarme á consignar que no tienen mis simpatías aquellos que, apartándose de lo castizo, atentaron contra la *personalidad* de la media tostada. Y digo esto, porque algunos — pocos por fortuna — la divorciaron de su fiel compañero el café con leche, para asociarla á vivas fuerzas al té ó al chocolate, cosa verdaderamente absurda.

Si las medias tostadas hablasen y sus consumidores tuvieran con ellas la delicada atención de consultarlas con respecto á la forma en que les es grato morir, contestarían siempre con la resolución de fieles y heroicas enamoradas: *Casadas con el café ó célibes.* Estoy segurísimo de ello. Por eso, me indignan los que destruyen tan apasionado idilio.

Y yo, que pienso así, he pasado por el trance de ver á un amigo tomar media tostada, ¿con qué dirán ustedes?... ¡con agua de Seltz! ¡Qué rato me hizo pasar! Todavía me atormenta el pensar la muerte tan amarga que tendría

aquella desventurada. Desde entonces, y han transcurrido siete ú ocho años, cada vez que me encuentro al autor de tamaña fechoría me tengo que contener para no darle de cachetes. Tanto ha caído en mi desgracia que, habiéndose hecho el hombre un novelista de cuerpo entero, á mí no acaban de llenarme sus novelas.

Lo más terrible es que este individuo, apenas logró asegurarse cierto relativo régimen en la alimentación, olvidóse tan en absoluto de la media tostada que no ha vuelto á gustarla; y cuando, en el café, algún amigo que está en su compañía, hace que se la sirvan, se desata en improperios contra la tostada y el amigo. Ni que decir tiene que cuando yo estoy presente le hago cambiar en seguida de conversación. ¡ No faltaba más !

Pero, como todo tiene compensación en el mundo, yo me consuelo de esta espina que llevo clavada en el alma, viendo y admirando la conducta que sigue otro amiguito, que es el reverso de la medalla. Se trata de un *ex luchador*, hoy hombre importante en las filas del periodismo.

Este otro individuo se lo debe todo á la media tostada; puede decirse que, gracias á ella, vive. Durante los años de lucha, devoró miles de panecillos partidos por gala en dos y embadurnados de manteca. No comía otra cosa, porque su situación económica, harto deplorable, no se lo permitía. Y á veces, para afrontar tan modesto dispendio, tuvo que vencer obstáculos punto menos que invencibles. Ahora, no tiene dificultades. Posee numerario suficiente para refocilarse con ciertas variedades de manjares, y, sin embargo, continúa con el mismo plan de alimentación: café con media, á todo trapo. ¡ Sublime consecuencia ! ¡ Admirable ejemplo de gratitud ! Cuanto es se lo debe al café con media, y al café con media consagra cuanto tiene. Hay quien supone que pesa sobre él una maldición que le condena á no comer á manteles otras viandas; pero yo me inclino á creer que tan extraña obstinación obedece á que en sus tiempos de penuria hizo un voto, que ahora se complace en cumplir escrupulosamente. Si es así, hay que convenir en que es digna de toda clase de respetos su conducta.

FRANCISCO DE TORRES.

La fiesta de la patrona[1].

— Chufa celeste, ¡ muy buenas!
Pero oye... ¿ No me haces caso ?
— ¿ Quien es usté ? ¡ Ay qué graciosa !
¿ no me conoces ? — No caigo.
— ¿ Pero es que el cutis del rostro
tengo tan desfigurado ?
Soy yo... Tu media naranja,
vulgo novio. — Calla... ¡ Paco !
Es verdad. ¿ Qué te ha ocurrido ?
— Casi nada. Que me han mondado.
— ¿ Y por qué ? — Por ser torero.
— Tú torero ! ¿ Desde cuando ?
— Desde el día que nací
Que ha sido ayer á las cuatro.
Por poco me mata. — ¡ Cuerno !
— ¡¡ Calla !! En casa del ahorcado
no está bien mentar la cuerda.
— Como no me hables más claro...
¿ Qué es lo que quieres decirme
Con eso ? — Voy á contártelo.
Verás tu. Para celebrar
lo mismo que todos los años
la fiesta de la Purísima,
patrona de los soldados
que vamos *á pata* siempre,
los cuales, según el cabo
López dice, son *infantes*,
aunque yo si he de ser franco,
no lo creo, pues no es cosa
de Infantes el ir andando
á todas partes, además
de echarnos *chorí* en el rancho
y de la misa solemne,

1. Perdón pedimos al autor por haber restablecido la ortografía ; la presente poesía en el texto original lleva pronunciación figurada.

los jefes organizaron
varios festejos, entre ellos
la lidia de un toro bravo;
y el coronel, que ya sabe
que yo soy aficionado
— Tú le matarás — me dijo.
Al oirlo me quedé pálido.
Pero como la milicia
yo al aguardiente comparo
porque en uno y otro pasa
que aquél que tiene más grados
es el que nos hace andar
de cabeza si abusamos,
pues no tuve más remedio
que obedecer su mandato.
— Pórtate bien — añadió —
que no se diga, muchacho,
que la bandera española
tiene cobardes vasallos.
— ¡ La bandera !.. No hará falta
— le repliqué yo en el acto —
Que mi coronel la vuelva
á nombrar ; pierda cuidado
que quedaré á gran altura.
Dicho lo cual, cogí el trapo
y la espada, me fuí hacia el choto
con más hechuras que El Gallo,
y cumplí lo prometido :
¡ toqué el cielo con las manos !
Al principio, de muleta
lo pasé bien ; pero al rato
lo empecé á pasar muy mal,
pues el bicho condenado
me conoció la jindama,
y al darle un pase por bajo
y otro natural, como era
natural, me dió un encargo
para la Providencia, y yo
se lo fué á llevar... volando.
Por mi desgracia, Vedrines

no estaba en su micoplano
subido para hacerme el quite
y me dí el primer porrazo.
El segundo vino luego ;
y el tercero ; y no sé cuantos
me dí, pues perdí la cuenta
de las veces que el morlaco
me hizo sonar contra el suelo.
Notó que era sevillano
se conoce. — y lo mataste ?
— ¿ Qué si lo maté ? ¡ Está claro
que sí ! Y al primer intento !
— ¿ Lo descabellaste acaso ?
— ¿ Descabellar ? ¡ Quita, quita !
— ¿ Cómo entonces ? — De un balazo.
— ¿ Te echarían muchas cosas ?
— ¡ Ya lo creo que me echaron !
A patas. El comandante
Quiso mandarme arrestado
Mas, por ser el día que era
en seguida me indultaron.
— ¿ Es decir que á la Purísima
debo que estés á mi lado ? —
Mismamente. — ¡ Me figuro
que no matarás el año
que viene ningún becerro !
— ¿ Becerro yo ? ¡ Ni pensarlo !
Digo, si no me lo mandan ;
que creo que no. Un soldado
su sangre por la bandera
debe dar con entusiasmo ;
pero á darla por el asta
no creo que esté obligado.

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE.

De *Nuevo Mundo*, Revista ilustrada.

El monólogo de un botijo.

Vaya, héteme aquí aposentado en la ventana de este guardillón, vecino de las estrellas!... Un sueño me parece el haber escapado del calabozo de la cacharrería. ¡ Qué estancia tan horrible la de aquel tenducho!... No sé cómo he podido resistir meses y meses sin desportillarme, entre mis secos y puercos compañeros, hacinados unos sobre otros, sin asomar nunca el pitón al aire, y confundido con los barreños y las cazuelas!...

¡ Lozoya, qué cerca estoy del alero del tejado!... ¡ Dios me libre de la embestida de un gato corretón, porque me voy del rafe al piso sin remedio! ¡ Beso á usted la antena señor grillo!... á los capullos de ustedes, rosas!... ¡ Muy albahaca mía! Glu... glu... glu... ¡ Quietos, quietos, no moverse, yo ocupo muy poco sitio! Y luego dirán que no somos finos los de Talavera!... ¡ Parecen muy simpáticos mis compañeros de alfeizar!... Me alegro; no me gusta la soledad...

Pues sí: ayer me compró el ama, y el día de hoy lo he pasado muy fresco, disfrutando del airecillo que se colaba por la entornada puerta del cuarto... Pero si es ese el lugar que me destinan, maldito si me agrada, porque hay unos chicos que juegan á la peonza en la meseta de la escalera y son capaces de agujerearme. ¿ Que si estoy contento del ama?... ¡ Ya lo creo! ¡ No me ha probado más que dos veces, y dice que hago una agua fresquísima, y que parezco una garrapiñera!... Le prometo muy buenos gazpachos!... ¿ Que si bebe á chorro? Nó, á chupetones, y da un gusto el sentir la presión de sus labios de guinda!

¡ Hola!... ¡ La luna!... Sí, señora, es la primera vez que salgo á esta ventana de la jaula y las macetas!... ¡ Tiene usted muy buen golpe de rayo, y es usted sobrado fisonomista!... ¡ Qué Jarama de astro; cómo se sabe de memoria los botijos que hay en la calle!... ¿ De suerte que no soy yo el único novato de la temporada? ¡ Ah, sí!... ¡ Ya la distingo!... ¡ En el principal de la casa de enfrente!... ¡ Preciosa botija!... ¡ Qué repujados tan lindos!... ¡ Muchas

gracias !... El gusto ha sido mío !... ¡ A la disposición de su luz !... ¡ Ea, ahora entro yo !... ¡ Qué hermosura de botija ! ¡ Qué labores tan finas las de su cuerpo !... ¡ Me entusiasma ese cacharro y me rezumo de emoción al verle !... El grillo me informará de quién es esa botija del balcón !... ¿ Que no sabe usted nada ?... ¡ Qué bicho tan áspero !... ¡ Las rosas me darán noticias !... ¡ Sí, señoras !... ¡ Ustedes que están en relaciones con el clavel del sotabanco de al lado, comprenderán el fuego que me arde en las entrañas !... ¡ Se me ha puesto el agua como caldo !... ¡ Ah !... ¿ No tiene esa botija novio ?... ¡ Entonces es segura mi conquista, en cuanto le haga una seña con el asa !.. ¡ Pero ante todo, es preciso que me distinga ; sin atisbarme es imposible que advierta mis galanteos !... ¡ Si yo pudiera empinarme un poco y asomarme al rafe del tejado !... ¿ Pero quién me empuja ?... ¡ Justo !... ¡ He triunfado !... La cortina de la ventana !... En vez de resistirme á las ondeadas con que la abofetea el viento, me dejaré arrastrar por la lona y punto concluido !... Ya en el alero es cuestión de maña el detenerme, y el llamar desde allí la atención de la botija !... ¡ Aupa !... ¡ Agua sucia !... ¡ Soy perdido !... ¡ La fuerza de la tela me ha volcado !... siento que me derramo y peso menos... me voy derecho á las piedras de la calle... Socorro !... Glu... glu... glu... ¡ Plaf !...

Y un estrépito de loza machacada y de barro hecho añicos, como de cacharro que se destroza al caer de la altura, rompió el silencio del paraje y la quietud de la noche, poniendo en fuga á un gato que por allí husmeaba oliscando los montones de basura vertidos por los vecinos, y el que arqueado y con los pelos de punta huyó mahullando : « ¡ miau... miau... Un botijo se ha estrellau !... » mientras arriba, en el guardillón, cantaba implacable el grillo con su agudo chillido : « ¡ Guirrí... guirrí... todos los tenorios acaban así ! »

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(*Cuentos de la calle.*)

De gorra.

¡ Nada ! Decididamente,
de hoy no pasa !
El mal se ataca de frente.
Para usted no estoy en casa
mi querido don Vicente.

Hace tres años ó cuatro
que le estoy sufriendo á usté
en mi casa, en el café,
en la calle, en el teatro...
¡ A todas partes conmigo !
¡ Qué castigo !

Me tiene usted muy cargado.
Sépalo usted, caro amigo,
y lo de *caro* lo digo
por lo que usted me ha costado.

¿ He de aguantar á un gorrón
que siempre me ha de moler
con alguna petición,
fundándose en la razón
de que me ha visto nacer ?
¡ Bueno fuera !
¡ Que le sufra á usted quien quiera !
Yo nací inconscientemente
por voluntad del Eterno.
¡ Si sé que está usted presente
me vuelvo al claustro materno
mi querido don Vicente !

Exagerando el cariño
que dice que me profesa,
me trata usted como á un niño,
¡ y hasta me abraza... y me besa !

Mas sus caricias rechazo
y quiero que en paz me deje,
pues cada beso y abrazo
me cuesta luego un sablazo
que me parte por el eje.

Y por eso me incomodo,
y por eso se lo digo;
el que se porta conmigo
de ese modo,
se expone, naturalmente
á que yo le diga que
ni es honrado, ni es decente,
como se lo digo á usté,
mi querido don Vicente.

¡ Mire usté que es mucho cuento;
sin motivo ni razón,
no verme libre un momento
de semejante gorrón!

No hay manera de evitar
que me venga usted á ver
á las horas de almorzar
y á las horas de comer.

Y es claro, ¡ como es tan grande
el amor que me profesa
se sienta usted á la mesa
sin que nadie se lo mande!

Y come que es un espanto,
lo mismo que un sabañón
y yo por educación
se lo aguanto.
Toma usted luego café,
¡ ya se ve!
y una copita, y dos puros
y con cara lastimosa
me habla usted de sus apuros,

y me pide cuatro duros,
así, como si tal cosa.

Mas ¡ basta ya ! En adelante
busque usted algún paciente
que le aguante ;
¡ que yo ya le dí bastante,
mi querido don Vicente !

¿ Le debo á usté algún favor ?
¡ No señor !
Es decir, como no sea
que al comer conmigo crea
que me dispensa un honor.
Váyase usted á la porra
ó busque quien le socorra
¡ Nada, nada !
¡ No aguanto mas una gorra
tan pesada !
¡ No quiero saber si vive !
Olvídese usted de mí
y no vuelva por aquí
porque no se le recibe.

¡ Ya se lo he dicho al portero !
... « Si viene ese caballero
tan gorrón,
aunque peque de grosero,
cumpla usted su obligación,
que á mi casa no se pasa,
que es ésta mi decisión
y que si le encuentro en casa
le tiro por el balcón. »

Eso he dicho y eso haré.
Lo he pensado seriamente.
¡ Con que... ya lo sabe usté,
mi querido don Vicente !

VITAL AZA.

El Garbanzo.

Figura nacional, Figurón, mejor dicho; y por eso en muchos pueblos de España á los garbanzos les llaman figurones.

España y los garbanzos van unidos. Pan y toros suele decirse. No señor: ¡ Cocido, y agua encima ! Si la raza degenera, no es solamente culpa de los Gobiernos. La raza come poco.

El plato es tan nacional como la marcha de Cádiz. Alimentación lenta, pesada, perezosa. El garbanzo se siembra en Mayo, según tengo entendido, y se recoge... qué sé yo cuántos meses después.

Luego necesita también mucho tiempo para secarse y ponerse en condiciones de poder reemplazar á las cápsulas del maüser.

Y cuando ya se trata de comerlo, entonces se ve que el garbanzo es comida preventiva como las leyes conservadoras.

Hay que pensar con veinticuatro horas de anticipación que hay que comerlo.

Necesita estar un día en remojo, como los decretos que publica la Gaceta.

Y así que está blando y que hincha, entonces es el cotidiano manjar de las clases medias y bajas.

Puédese calcular en catorce ó quince millones de españoles los que lo comen. Comemos quiero decir, porque soy cómplice.

Hay cocido castellano, cocido navarro, cocido andaluz. Base de todos ellos : el garbanzo amarillo, que ni hace sangre, ni da buen color. Por eso estamos todos tan pálidos y tan desmayados. Vienen las razas que comen carne y beben vino, y nos cogen desprevenidos.

El garbanzo rival del bacalao, va sosteniendo á las masas, que no comen garbanzo por culto patriótico, no señor, no hay que creer eso, sino porque no pueden comer otra cosa.

Cosechas enteras nos comemos todos; y si fuera posible calcular la cifra de kilos de garbanzos que se consumen al año en España, espantaría casi tanto como la del presupuesto del Estado; y cuidado que ésta es para ponerles los pelos de punta á los cofres!

Dicen que es la base del arreglo de una casa.

Porque es lo que yo digo, repite Doña Susana, la viuda del hidrógrafo; en teniendo una su cocidito, ya se puede decir que tiene bastante. Yo le pongo siempre su poquito de azafrán para que le dé gusto á la sopa, y cuando estoy delicada, su buen cuarto de gallina....

Pero hay que andarse con mucho tiento, porque con ser el cocido plato ibero de gran recurso, en cuanto se le ponen cosas que le dan el título de ilustrado, es plato carísimo.

En casa del recontralmirante, el que ha vuelto de Cuba hace un año porque le sentaba mal el clima y se le había perdido el mapa, comen un cocido que lleva en sí:

Garbanzos	Chorizo
Carne	Cangrejos
tocino	Patata
jamón	Cardillos.
Gallina	Y salsa de tomate.

¡Oreja!

¡De donde resulta que cada garbanzo le sale á catorce reales!

El garbanzo, como la forma poética aquélla, está llamado á desaparecer. ¡pero aún falta mucho!

Cuando lleguemos á la cifra de quince millones de habitantes que no sepan leer ni escribir, y á que los límites de España queden reducidos al recinto de Castilla la Vieja, entonces, entonces, entonces habrá hecatombes de sacos de garbanzos, y las masas en vez de *pan y toros* pedirán pan y chuletas, y saldrán las poblaciones á pisotear los sembrados, arrepentidos de haber comido en un siglo tal cantidad de fécula estéril, y comenzará la regeneración nacional, y los garbanzos se usarán *para metralla* que acabe con los enemigos de fuera.... y con los de dentro *¡que son los piores!*

EUSEBIO BLASCO.

La feria de Madrid.

Digan lo que quieran, la feria de Madrid es una respetable anciana que, conforme va entrando en años, va perdiendo el carácter que tuvo en otros tiempos, convencida de que hoy no tiene razón de ser.

Sin embargo, aún hace inauditos esfuerzos para conservar algo de su antiguo esplendor y nos presenta formadas, una frente á otra, en el Paseo de Atocha, dos filas de interesantes instalaciones.

Cualquier observador que no tenga otra cosa que observar, puede, ver la competencia sostenida allí entre los frescos frutos de la tierra, representados por montones de acerolas y manzanas, y los añejos frutos de la inteligencia formando montones de libros carcomidos.

Ya no existen aquellas prenderías que ostentaban el retrato de Cabrera sobre un fregadero, entre una jaula de loro y una caja de música sin música. Pero seguimos viendo melocotones admirablemente fabricados por la naturaleza; acerolas cuyo agrio carácter incita al gesto facial; azufaifas, que parecen corazones de jamona desengañada; torraos empedernidos, subvencionados por el gremio de dentistas; avellanas crueles en su mayoría, es decir, sin entrañas; robustos membrillos, destinados á pasar la vida metidos en camisa de once varas dentro del baúl de cualquier fregona, y por último, sacos llenos de nueces frescas, aun cuando en la feria más es el ruido que las nueces.

Vis á vis, con las frutas se encuentran los percales, los muñecos, las cestas, los libros y los cacharros, abundando en la fila los puestos de á real y medio la pieza.

¡Qué delicioso efecto de estética producen estos pequeños bazares!

Ricas pastillas de jabón de lechuga neurasténica, vistosas ligas que están diciendo « ponedme », trenes de hojalata á precios reducidos, generales de la misma pasta que sus caballos, (esto no es ninguna novedad) y retratos del Algabeño revuelto con castañas, lendreras y batidores. Todo

esto y mucho más pueden ustedes ver si dan una vuelta por la feria. Vayan ustedes, pues, y si caen en la tentación de comprar algo, con su pan se lo coman.

De todos modos, pasarán un rato entretenidos contemplando ora las tiendas, ora los pin-pan-punes, ora esas familias numerosas cuyos individuos caminan sin hablar palabra, comiendo avellanas y moviendo las mandíbulas á compás.

No faltan allí madres que van con el propósito de feriar á sus hijas algún novio barato; ¡Y debe de ser tan delicioso el dulce sí junto á un costal de nueces!... ¡Debe de ser tan agradable recibir á hurtadillas entre la muchedumbre, un amoroso torrao del objeto de nuestras ilusiones!..

Ayer mismo, en la feria, una niña tan larga como corta de genio decía *sotto-voce* á un pollo asado que la acompañaba;

— Toma, Chichito, esta azufaifa y cómetela en prenda de nuestro puro amor;

— Ah! Sinforiana! — respondió el galán, te juro que conservaré el hueso eternamente y con él me llevarán à la tumba fría.

Poco después, el mismo, joven (que es algo poeta) ofreciendo á la madre de su amada un buñuelo recién sacado del claustro materno de una sartén, improvisaba la siguiente quintilla:

Acéptelo sin demora
Si estima usté su salud
porque el buñuelo señora,
no conserva ni una hora
la flor de la juventud.

— ¿Quieren ustedes ver algún fenómeno de los que se exhiben? dijo por último.

— ¡Ay, no! — respondió la suegra en ciernes, que el año pasado «*entremos*» á ver una mujer con tres cabezas y media y por poco arrojo hasta los hígados. Verdad es que las vueltas que dí luego en el Tío vivo no bajarían de seis mil...

Lo dicho: en la feria se ve y se oye cada cosa...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

(*Miscelánea.*)

Sevillanas.

En Andalucía, y sobre todo en Sevilla, la gracia se da por generación espontánea. La gente del pueblo tiene verdadero *ángel*, como ellos dicen, para improvisar una frase ó un comentario que resultan casi siempre chistes de buena ley.

El que ha visitado la Fábrica de Tabacos y los barrios populares de la bella capital ha podido recoger muestras del lozano ingenio del pueblo sevillano.

De mis viajes á Sevilla son los apuntes que transcribo á continuación.

Las personas finas.

Situábase cerca del Hotel de Londres una gitana, vendedora de claveles, dicharachera y muy dada á ponderar la belleza de sus parroquianas y la gallardía de los buenos mozos que se hospedaban en el hotel, porque de este modo halagaba la vanidad de los compradores y redondeaba su negocio.

Un día dió de manos á boca con un inglés, tan feo y desgarbado que reputó cargo de conciencia llamar *güen mozo* á semejante dromedario; pero no queriendo dejarle sin un cumplido, le abordó diciéndole:

—¡Osú! ¡*Jasta* en la *oló* se *conosen* las *presonas* finas!

Un sevillano neto.

Contaba D. Emilio Castelar que en uno de los viajes que hizo á Sevilla recibió muchos agasajos y cumplimientos; pero nada le hizo tanta gracia como el sucedido que voy á contar.

Había un mozo sevillano gran partidario de Castelar que no sabiendo cómo demostrarle su admiración decidió sin duda agasajarle con un discurso que tenía aprendido de carretilla. A este fin, aguardó en la puerta de D. Pedro Rodríguez de la Borbolla á que saliese á la calle D. Emilio, y en cuanto le vió se acercó á él muy dispuesto á soltar su discurso.

Pero cuando quiso romper á hablar huyeron de su memoria los párrafos aprendidos, y el sevillanito, no sabiendo cómo demostrar su admiración al gran tribuno, cuadróse delante de él, dió un tirón con ambas manos á la chaquetilla, y dijo llorando de entusiasmo:

—¡¡D. Emilio!!... ¡Sá!

Dos piropos.

Había en Sevilla un galanteador de oficio que se plantaba en la calle de las Sierpes y se pasaba el día requebrando á todas las mujeres que por allí pasaban.

Una cigarrera, guapa ella y de rompe y rasga, amoscada ya por el chaparrón de lindezas que á diario le soltaba el mozo, decidió dejarle plantado con una fracesita de su repertorio.

— *Vayasté* con *Dió*, *mosita* — le dijo el pelma. — Es osté el primer clavelito de la primavera.

A lo que replicó la cigarrera:

— Y osté, compadre, el *úrtimo* melón del invierno.

La saeta.

Presenciaba yo cerca de la Catedral el paso de la Cofradía de los Panaderos y al pararse la imagen de la Virgen, una pobre devota, vieja y fea, entonó con voz quejumbrosa una saeta.

Casi simultáneamente escuché estos dos comentarios.

Un chavalillo, como de doce años, dijo:

—¡Josú, que mujé más fea! Sólo de mirarla se me han puesto los pelos de pie.

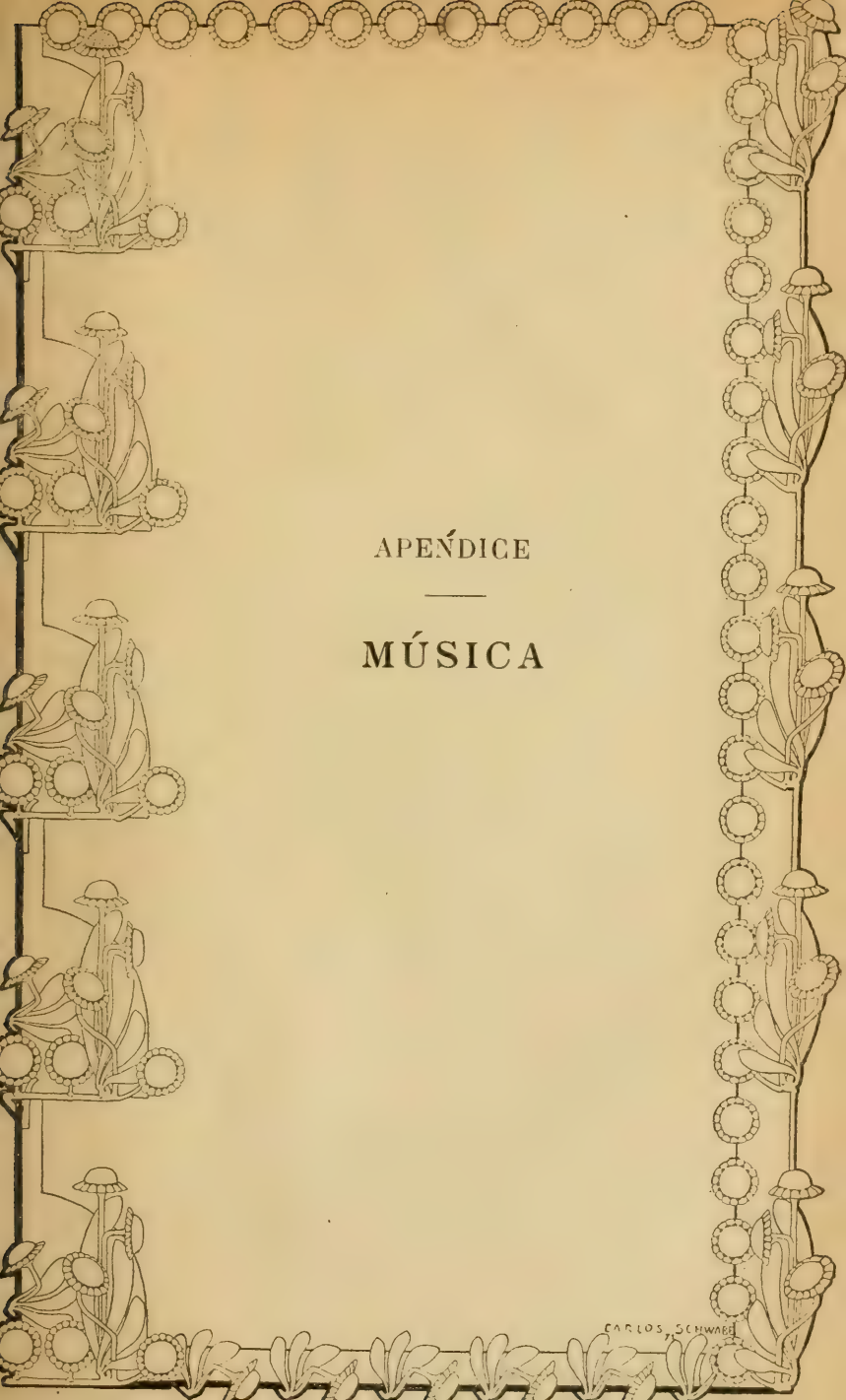
Otro, que no había visto á la cantaora, pregunto:

—¿Quién ha sío la tiple esa?

Y le contestaron:

—No ha sío tiple, camará. Ha sío un loro que ha traido de América Martín Vázquez.

CAIRELES.



APENDICE

MÚSICA

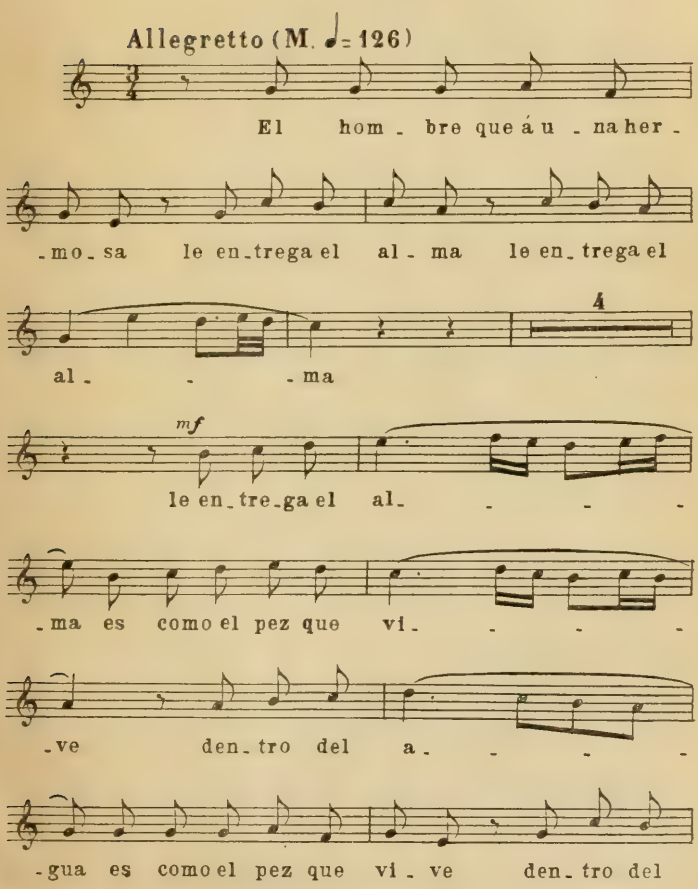
ADVERTENCIA

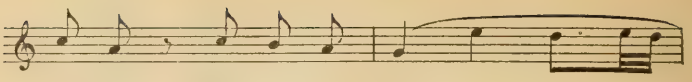
Dijo un escritor español : « la alegría es el capital más sólido que tiene nuestro pueblo y á la vez su cualidad más simpática y característica. » De esta alegría el baile es la expresión más popular, y todas las regiones españolas conservan por tradición sus danzas propias que son *la muiñeira* en Galicia, *el zortzico* en las provincias vascongadas, *la petenera* en Andalucía, *la seguidilla* en la Mancha, *la Sardana* en Cataluña, *la jota* en Aragón, Navarra, Murcia y Valencia, habiendo casi tantos géneros de música como hay provincias en la Península.

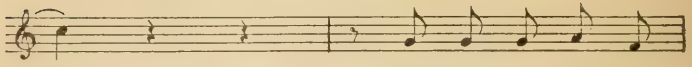
Debemos á la amabilidad de los Editores del libro : *Echos d'Espagne*[1], las danzas y cantares que damos á continuación. El *maestro Lacome* recorrió España en busca de tonadas y aires populares, recogiendo aquí *una charrada*, las Habas Verdes, danza de Salamanca, una de las más antiguas de Europa tal vez, y allá esta *Malagueña* tan típica que incluimos. La dictaron tres ciegos y dice el Maestro Lacome que pertenece esta música, de encanto indecible, más al África que á los pueblos de Europa, á los Moros que á los Españoles.

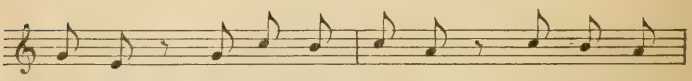
[1] MM. Durand et Cie, Éditeurs propriétaires de l'accompagnement de piano (4, place de la Madeleine, Paris).

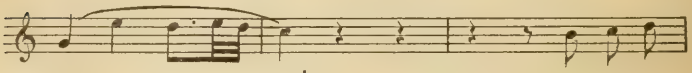
Seguidilla manchega.

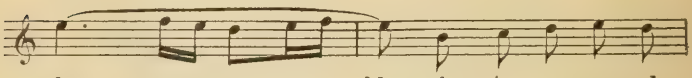


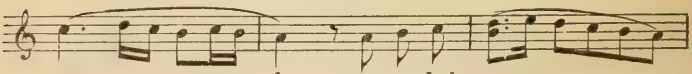

a - gua den - tro del a - - - -

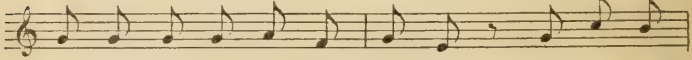

- gua Tie - ne como el dia -

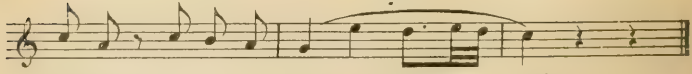

- man - te la da - ma bel - la la da - ma


bel - - - la! Y si es a -


- fa ble no hay te - soro en el


mun do que se - lei - gua


le no hay te - so - ro en el mun - do que se - lei -


- gua le que se - lei - gua le!

El Lelillo.

Por - que sa - bes que te quie - ro

tu te ha - ces de ro - gar!

Y la cuer - da ti - ras tan - to

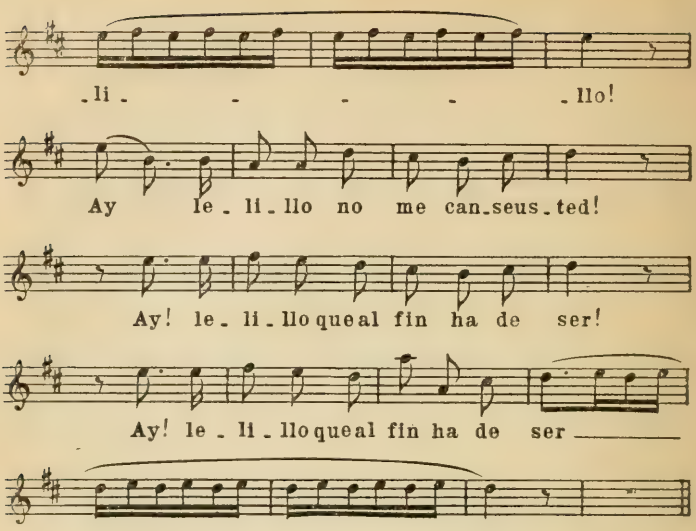
Que al fin ven - drá á que -

- brar! Ay! le - li - llo Ay! le -

- li - llo Ay le - li - llo no me canseus -

- ted! Ay! le - li - -

- - - llo Ay! le -



II

Cada vez que considero
Que tengo un amor ingrato
No sé como no me echo
Sobre un colchón y me mato
Ay Lelillo! Ay Lelillo
No me canse usted
Que al fin ha de ser!

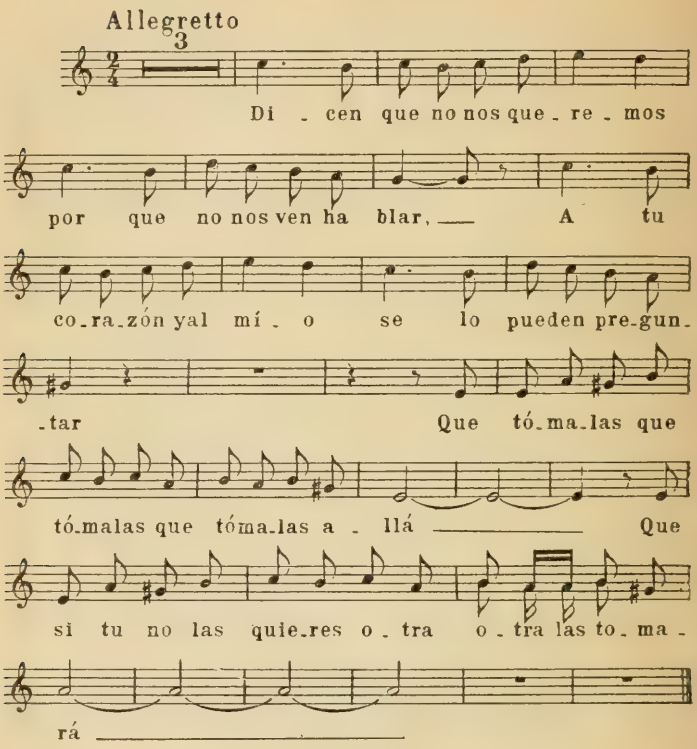
Malaguenita.

Da - me con e - se pu -
-ñal Da - me con e - se pu -
-ñal Y di - rás que yo me
ma - té Yen el co - lor de la
san - gre Ve rás si bien te
quie - ro Da - me con e - se pu
ñal

II

Que importa que salga el sol (*bis*)
Con campanillas de plata
Si para alumbrarme á mí
La luz de tus ojos basta!
Que importa que salga el sol!

Las habas verdes.



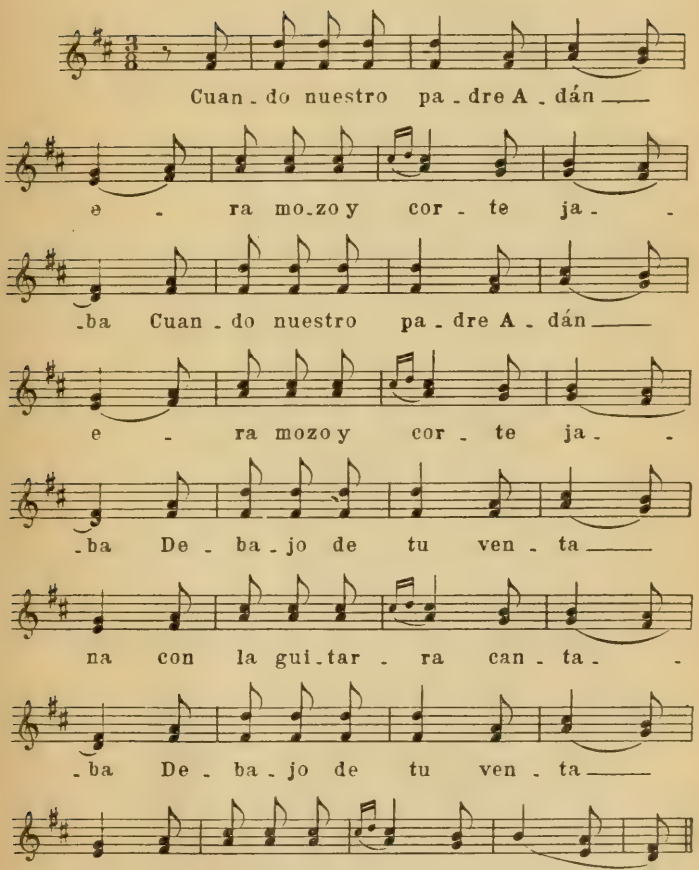
II

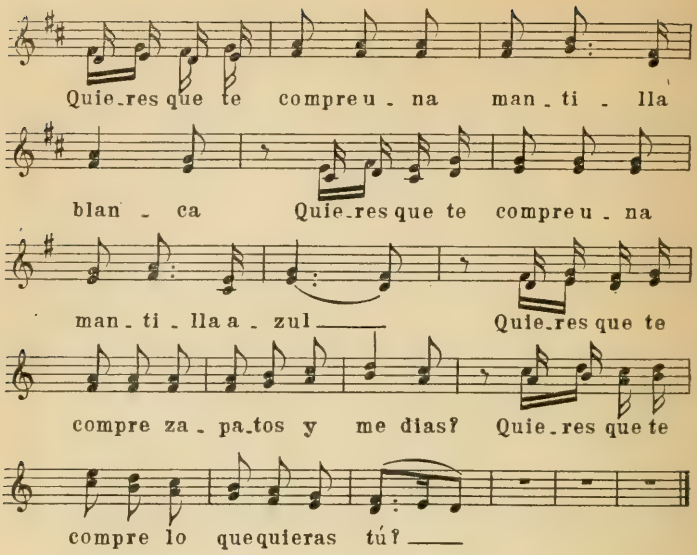
Aunque de tí me separe
A lo más lejos del mundo
De nadie diré que soy
Pero diré que soy tuyo
Que tómalas, que tómalas, allá.

. . . . . .

Si tú no fueras tan fria
Y yo no fuera giboso
Todo el mundo diria
A tí linda, y á mí hermoso
Que tómalas, que tómalas, allá.

La jota valenciana.

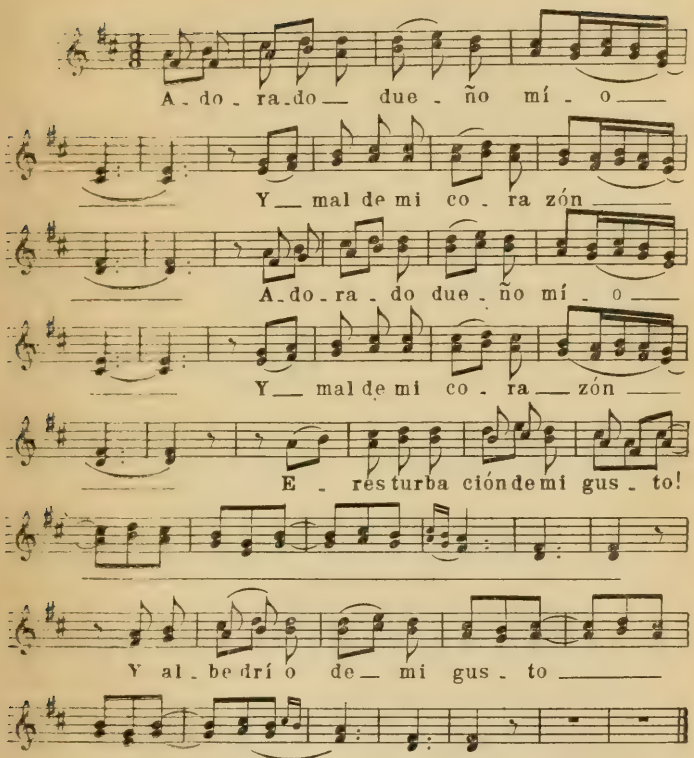




II

Una vieja se murió } *bis*
En los arcos de Granada }
Y el diablo se la llevó } *bis*
Para cuerdas de guitarra }
¿ Quieres que te compre
Una mantilla blanca ?
Quieres que te compre
Una mantilla azul ?
¿ Quieres que te compre
Unos zapatos y medias ?
¿ Quieres que te compre
Lo que quieras tú ?

La jota aragonesa.



II

La carta que te escribí } *bis*
Algunos borrones fueron }
Son lágrimas que cayeron
Al acordarme de tí

ÍNDICE GENERAL

TEXTO

PRIMERA PARTE

ESPAÑA

Páginas

Mapa poético de España. — Pedro A. de Alarcón 3

I. Castilla la Vieja 9

Las tierras llanas. — Emilio Ferrari 13
La construcción castellana. — Ricardo Macías Picavea . . . 16
Las fiestas del Corpus en Burgos. — Anselmo Salvá 18
La Montaraz Castellana. — José María Gabriel y Galán . . 21
San Vicente de la Barquera. — Don Benito Pérez Galdós . . 21
De Reinosa á Tablanca en la montaña. — José María de Pereda 23
La Villa arcaica. — José Montero 26
En Segovia. — Amado Nervo 28
Una boda en la Rioja. — Ricardo León 33

II. Reino de León 37

El labrador. — Ricardo Macías Picavea 41
Canto de trilla. — Carlos Fernández Shaw 42
Castilla y León. — A. Palomero 44
En la llanura. — Gaspar Nuñez de Arce 49

III. Provincias vascongadas 53

Provincias vascongadas y Navarra. — Pío Baroja 56
El árbol de Guernica. — J.-M. de Angulo 59
La boina. — Miguel de Unamuno 62

Páginas

La Sanjuanada. — ANTONIO DE TRUEBA 64
La deshoja. — ARTURO CAMPIÓN 67
Viaje al país vascongado. La noche profunda de Vergara. — J.-M. SALAVERRÍA 69
A mi tierra madre. — MIGUEL DE UNAMUNO 73
Ojeada sobre Urgaín y sus habitantes. — ARTURO CAMPIÓN . . 75

IV. **Galicia — Asturias** 79 81

Los robles. — ROSALÍA DE CASTRO 83
La guerra como escuela. — RAMIRO DE MAETZU 87
El gaitero. — ANTONIO OSETE 90
El peregrino. — ALFONSO PÉREZ NIEVA 91
Asturias. — LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ 92
La Vaca. — SALVADOR RUEDA 94
La pesca del retuelle. — J.-M. DE PEREDA 94
Asturias. — ÁNGEL PULIDO 98
Coloquio. — RAMÓN PEREZ DE AYALA 101

V. **Castilla la Nueva** 103

Una verbena. — PEDRO MATA 107
La calle de Toledo en Madrid. — GALDÓS 110
En una tienda. — CARLOS FRONTAURA 112
El Manzanares. — JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN 113
Los mueblistas de Albendiego. — FRANCISCO ALCÁNTARA . . . 116
La fresa. — SINESIO DELGADO 120
Ciudad Real, la Mancha. — GALDÓS 122
Toledo. — JOSÉ ZORRILLA 123

VI. **Extremadura** 133

Extremadura. — VIRGILIO COLCHERO 136
Mérida. — MARIANO JOSÉ DE LARRA 138
Cáceres, Los hurdanos. — Dr J. BIDE 139

VII. **Andalucía** 143

Granada. — AMADOR DE LOS RÍOS 152
Granada. — NICOLÁS M. LÓPEZ 154
La tierra andaluza. — VICENTE BLASCO IBÁÑEZ 156
La pasa. — ARTURO REYES 161
De Jaén á Sevilla. — ARMANDO PALACIO VALDÉS 164
El olivo. — FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN 166
Los latifundios. — RAMIRO DE MAETZU 168
Sevilla. — SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO 172
Arcos. — MARTÍNEZ RUIZ 176
¡Viva mi tierra! — JAVIER DE BURGOS 178

VIII. **Valencia y Murcia** 181

Valencia y Murcia. — MARTÍNEZ RUIZ 185
A Valencia. — ENRIQUE PÉREZ ESCRICH 190

Páginas

Paisajes levantinos. — RAFAEL ALTAMIRA 190
El tribunal de las aguas de Valencia. — VICENTE BLASCO IBÁÑEZ 193
Los niños valencianos. — TEODORO LLORENTE. 198

IX. **Cataluña** 201

Cataluña. — EDUARDO MARQUINA. 204
Valencia y Barcelona. — ZORRILLA. 207
Balada de Cataluña. — VENTURA RUIZ AGUILERA. 208
Batalla del Bruch y los Somatenes. — EL CONDE DE TORENO . 212
El somatén de Cataluña. — LUIS FOLCH 214

X. **Antiguo reino de Aragón** 217

El aragonés. La Jota. — EDUARDO MARQUINA 219
Zaragoza. episodio del año 9. — GALDÓS. 220
El compromiso de Caspe. — JACINTO OCTAVIO PICÓN 223
Teruel. — SINESIO DELGADO 227
Huesca. — C. SOLER Y ARQUES. 228
Del Alto Aragón. — GONZALO DE QUIRÓS 229

XI. **Islas Baleares y Canarias**. 233

Canarias. — ED. ZAMACOÍS. 233
Baleares y Mediterráneo. — E. ZAMACOÍS 234
De la tierra canaria isla adentro. — ANTONIO ZEROLO 236
¡Naranjas sabrosas! — CARLOS FERNÁNDEZ SHAW. 238

SEGUNDA PARTE

LOS ESPAÑOLES

Los Españoles. 243

Invocación á España. — ZORRILLA. 245
La patria. — SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO 246
Patriotismo. — CAPITÁN TARDUCHY 247
Oración á la bandera. — PABLO CASAS 248
La jura de la bandera. — X. 249
El alma española. — BALDOMERO ARGENTE 252
El catolicismo español. — G. DESDEVISES DU DÉZERT 254
Sobre el carácter español. — ÁNGEL GANIVET. 256
Diferencias de carácter de las provincias españolas. — CADALSO. 260
La regeneración y la obra educadora { ALTAMIRA. . . . . / FARINELLI. . . . . } 263
Una escuela en Santander. — PEREDA 266

Páginas
Horas andaluzas. — Salvador Rueda 269
La reja. — Juan Antonio Cavestany 273
Pelando la pava. — Armando Palacio Valdes 275
La Nochebuena de un niño. — Pedro de Alarcón 277
La mantilla. — Antonio Agudo Ayllón 280
Canto de la Gitanilla. — Antonio Ros de Olano 281
Un gitano. — Manuel de Sandoval 284
La Cantaora. — Salvador Rueda 287
Los mendigos. — Galdós 290
Golfería. — Anónimo 296
Serenísimos Señores. — Félix Méndez 299
Los cadetes de la Garduña. — Carlos Miranda 301
La media tostada. — Francisco de Torres 303
La fiesta de la patrona. — Adolfo Sánchez Carrere 305
El monólogo de un botijo. — Alfonso Pérez Nieva 308
De gorra. — Vital Aza 310
El garbanzo. — Eusebio Blasco 313
La feria de Madrid. — Juan Pérez Zúñiga 315
Sevillanas. — Caireles 317

APEÑDICE

MÚSICA

Advertencia 320
1. Seguidilla manchega 321
2. El Lelillo 323
3. Malagueñita 325
4. Las habas verdes 326
5. La jota valenciana 327
6. La jota aragonesa 329

GRABADOS

Páginas

1. Serranos de la provincia de Burgos 19
2. Los cubos de Ávila 27
3. El Alcázar de Segovia 31
4. Fachada del Convento de San Pablo en Valladolid. 38
5. Patio de San Gregorio en Valladolid. 39
6. La « trilla ». 43
7. Maragatos 47
8. León — Rivereños 51
9. Tipos vascongados 62
10. Navarra — Campesinos 77
11. La bahía de Vigo 95
12. Campesino de Ciudad Real 105
13. La sierra de Guadarrama 109
14. Guadalajara. — Campesinos. 117
15. Los jardines del palacio de Aranjuez 119
16. Meseta de Castilla : Toledo 125
17. Toledo. San Juan de los Reyes 126
18. Toledo. Posada de la Santa Hermandad 129
19. Meseta extremeña. 134
20. Campesinos de Montehèrmoso. 140
21. La sierra de Ronda 145
22. Desfiladero de Despeñaperros 147
23. Cádiz. La pesca del atún á fines del siglo XVI 150
24. Granada. Vista. 153
25. Sierra Nevada. 157
26. Feria de Caballos en Sevilla 159
27. El peñón de Gibraltar. 169
28. El aguador sevillano. (Cuadro de Velázquez). 174
29. Murcia. Noria. 182
30. En la huerta Valenciana 183
31. Elche. Las palmeras 189
32. Cartagena. El puerto 191
33. Valencia. Un huertano 195
34. Las mieses 197
35. Lérida. Campesinos 202
36. Barcelona. El puerto 209

Páginas
37. Las Hilanderas (Cuadro de Velásquez) 211
38. Montserrat 215
39. Zaragoza. Vista general 221
40. Montañas mallorquinas 235
41. Estandarte del 6º Reg. de Artillería 251
42. La mantilla 280

España y Portugal. — Mapa político, industrial y mercantil.
(*Al final del volumen.*)

ÉVREUX, IMPRIMERIE CH. HÉRISSEY, PAUL HÉRISSEY, SUCC^r

OCÉANO ATLÁNTICO
Exportación de Ganados y Salazones
Cristalería y Cerámica
Industrias varias
(en Asturias)
Gijón
Oviedo
Remolacha
ASTURIAS
Picos de Fur
Hierro, Meta
El Ferrol
Cabo Ortegal
La Coruña
Plomo, Estaño
(en Galicia)
Conservas de Pescado, Tejidos y Curtidos (en Galicia)
Cabo Finisterre
Santiago
GALICIA
Hulla, Hierro, Zinc
Bosques, Castañares
Puerto de Pajares
Montes Cantábricos
Hulla
Carril
Pontevedra
Monforte
Astorga
León
Vigo
Orense
Pastos, ganados y Maíz
Benavente
Palencia
Mantas
Riosecco
MINHO
Braga
Bragança
Meseta de Castilla la Vieja
Zamora
TRAS OS MONTES
Vinos
Villareal
LEON
Porto
Medina
Salazones, Cerámica, Vidriería y Tejidos (en Portugal)
BEIRA
Salamanca
Marismas
Aveiro
Vizeu
DUERO
Avila
Coimbra
Serra da Estrella
Sierra de Gata
Bejar
Maíz, Aceites
Paños
Plasencia
Castello Branco
Río Tajo
EXTREMADURA
Llanura de Portugal
Cáceres
Sierra de Guadalupe
Fosforita
Torres Vedras
Arroz
Fortalegre
EXTREMADURA
Mérida
Cintra
Cabo da Roca
LISBOA
Elvas
Badajoz
Corcho
Barreiro
Setubal
PORTUGAL
Embutidos y Salazón de Cerdo
Zafra (en Extremadura)
Evora
Cabo Espichel
Sal
Casa Branca
Hulla (en Belmez)
Belmez
Beja
Cobre
Córdoba
ALEMTEJO
Corcho
Manganeso (en Huelva)
Ecija
ALGARVE
Huelva
SEVILLA
Frutas
Tavira
Palos
Caballos
Cabo S. Vicente
Faro
Marismas
Fábricas
Exportación de Minerales
Sanlúcar
Vinos de Jerez
Ronda
Cádiz
San Fernando
Salinas
GRANADA
Exportación de Vinos
Algeciras
Gibraltar (Inglaterra)
Tarifa
Ceuta (E)
Estrecho de Gibraltar
Cabo Espartel
Tánger
MARRUECOS

A ARMAND COLIN. PARIS.

LS.C
P. 2225p

133093

Author Paraire, V. et Rimey, G (eds)

Title La Patria Española.

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU

LA REVE
DON'T
AUTRE
DE RIEN
A
C